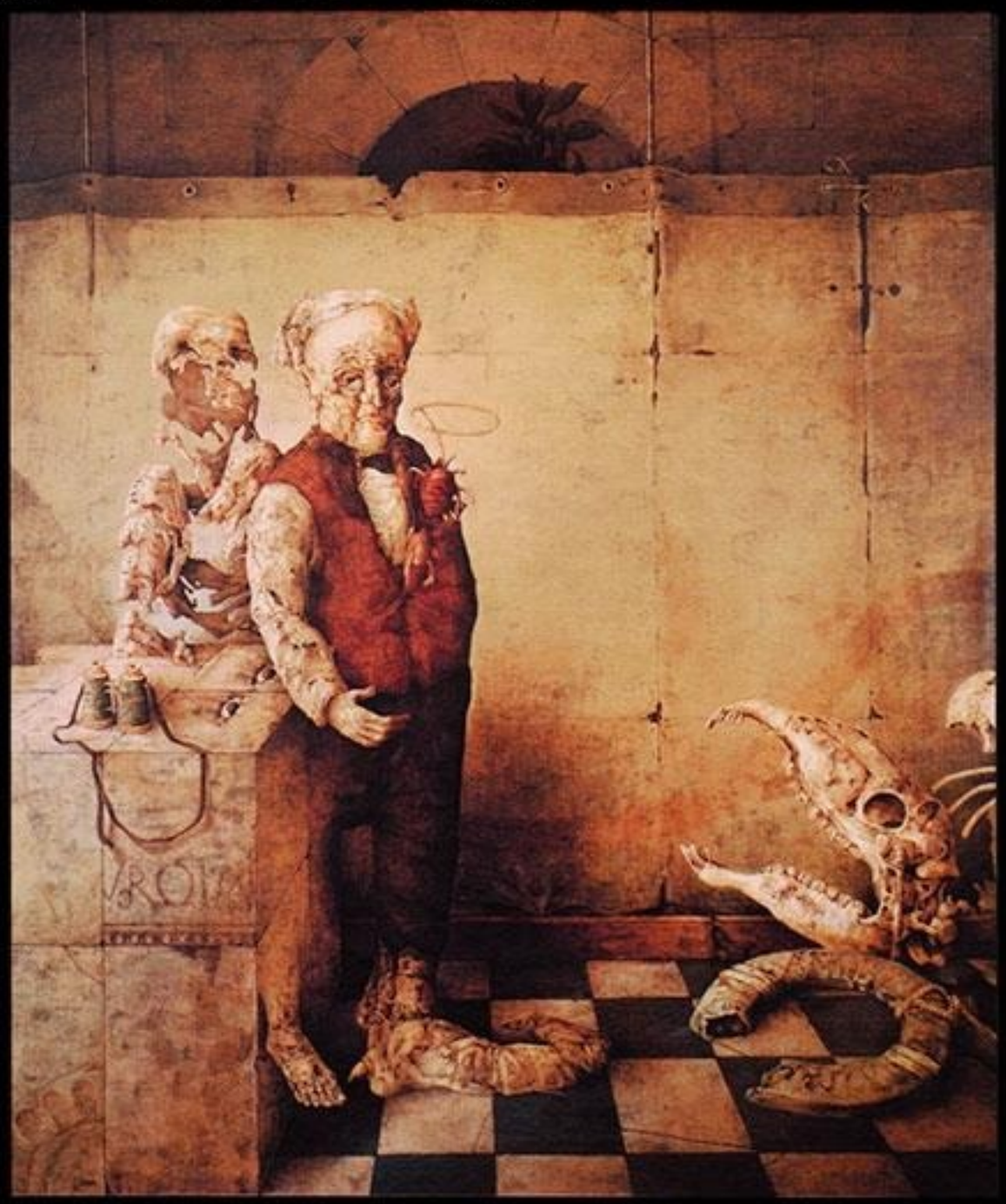

Teatro Grottesco

THOMAS LIGOTTI

Lectulandia

Thomas Ligotti, «el secreto mejor guardado de la literatura de horror contemporánea», según el Washington Post, nació en Detroit en 1953 y estudió en la universidad estatal de Michigan. Ha trabajado como editor asociado de la editorial Gale hasta 2001, año en que fijó su residencia en Florida. En 1986 apareció su primera colección de relatos: «Songs of a Dead Dreamer», a la que sucedió «Grimscribe: Vidas y obras» (Gótica nº 99) en 1991, «Noctuario» (Gótica nº 90) en 1994 y «Teatro Grottesco», que ahora presentamos, en 2006. En 2010 apareció su inclasificable ensayo «La conspiración contra la especie humana» (Valdemar / Intempestivas nº 27), una extraña combinación de guía de la literatura de horror y tratado de filosofía nihilista. Descendiente en línea directa de Edgar Allan Poe y H. P. Lovecraft, con quienes compone la insana, justa y necesaria Trinidad de la moderna Literatura Fantástica y Extraña, Thomas Ligotti es un escritor de ficción sobrenatural sin excusas ni condiciones, aclamado ya como un clásico.

Imposible de describir sin acudir a adjetivos desmesurados o crípticos, «Teatro Grottesco» lleva al extremo las ideas nihilistas expuestas en su ensayo «La conspiración contra la especie humana». Los relatos contenidos en este volumen muestran o ejemplifican una realidad desabrida y sin sentido, donde la existencia humana transcurre en círculos de pesadilla, y donde la propia identidad fluye entre la incongruencia y la alucinación. En este universo grotesco o psicótico cuya naturaleza es el simulacro o la ocultación opera una lógica de la indiferencia, de la indeterminación como en la física de partículas que deviene en una lógica de lo peor: el mal es consustancial a la realidad, en cuanto receptora o emanación del sinsentido.

No obstante, en las páginas de este «Teatro Grottesco» late un sutil y extraño humor negro, con resonancias kafkianas, como descubrirá quien asista a esta inquietante representación.

Lectulandia

Thomas Ligotti

Teatro Grottesco

Valdemar: Gótica - 101

ePub r1.0
orhi 05.12.2017

Título original: *Teatro Grottesco*
Thomas Ligotti, 2016
Traducción: Marta Lila Murillo
Ilustración de cubierta: José Hernandez. *Pensador amenazado*, 1975

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ENAJENACIONES

[Derangements]

PURITY
THE TOWN MANAGER
SIDESHOW, AND OTHER STORIES
THE CLOWN PUPPET
THE RED TOWER

PUREZA

Vivíamos en una casa alquilada y no era ni la primera ni la última de una larga sucesión de viviendas similares que la familia habitó durante los años de mi infancia. Fue poco después de que nos mudáramos a esa casa en concreto cuando mi padre nos sermoneó sobre su filosofía de una «vida de alquiler». Nos explicó que no era posible vivir de otra manera y que intentar hacerlo era la peor forma de locura. «Debemos consagrarnos a la realidad de la *no-propiedad*», nos dijo a mi madre, a mi hermana y a mí cerniéndose sobre nosotros y gesticulando con sus pesados brazos mientras lo escuchábamos arremolinados en un sofá alquilado dentro de una casa alquilada. «Nada nos pertenece. Todo es alquilado. Incluso nuestras cabezas están repletas de ideas alquiladas que han ido pasando de generación en generación. Vuestros pensamientos se asientan en el mismo lugar en el que se han asentado los pensamientos de innumerables personas, y han dejado su marca, al igual que el trasero de otras personas dejaron su marca en ese sofá en el que ahora estáis sentados. Vivimos en un mundo donde cada superficie, cada opinión o pasión, todo en su conjunto está contaminado por los cuerpos y mentes de extraños. Piojos —piojos intelectuales y piojos físicos de otras personas— se pasean a nuestro alrededor y por nuestro cuerpo en todo momento. No hay manera de escapar de este hecho».

Sin embargo, era precisamente de este hecho de lo que mi padre parecía tan ansioso de escapar durante el tiempo que pasamos en aquella casa. Era una residencia especialmente infestada por piojos en un barrio malo que limitaba con otro barrio aún peor. El lugar además estaba ligeramente encantado, lo cual era prácticamente la norma de las casas que mi padre elegía alquilar. Varias veces al año, de hecho, recogíamos los bártulos de algún sitio y nos instalábamos en otro, y siempre guardaba una distancia considerable entre nuestras ubicaciones, o reubicaciones. Y cada vez que entrábamos en una nueva casa de alquiler por primera vez, mi padre declaraba que aquel era un lugar donde podría «conseguir hacer algo». Poco después, comenzaba a pasar cada vez más tiempo en el sótano de la casa y a veces permanecía allí durante semanas enteras. El resto teníamos prohibido entrar en los territorios subterráneos de mi padre a menos que hubiéramos sido invitados explícitamente a participar en alguno de sus proyectos. La mayor parte del tiempo yo era el único sujeto disponible, porque mi madre y mi hermana se ausentaban con frecuencia para emprender uno de sus «viajes», de cuya naturaleza jamás fui informado y de los que rara vez escuchaba hablar a su regreso. Mi padre se refería a estas ausencias por parte de mi madre y de mi hermana como «sabáticos misteriosos» para ocultar su ignorancia o falta de interés en sus excursiones. Y con esto no estoy quejándome porque me importara que me dejaran solo (y mucho menos que echara de menos a mi madre y sus cigarrillos europeos que apestaban la atmósfera de la casa). Como el resto de la familia, yo era experto en entretenerme de una forma apasionada, y tanto

da que mi pasión fuera o no fuera una pasión alquilada.

Una noche a finales de otoño me encontraba en el piso de arriba, en mi dormitorio, preparándome para una de esas escapadas cuando sonó el timbre de la puerta. Éste era un acontecimiento inusual, cuando menos, en nuestro hogar. Por aquel entonces mi madre y mi hermana se encontraban de viaje en uno de sus sabáticos y mi padre no había salido de su sótano desde hacía varios días. Así pues, parecía que dependía de mí responder o no al estridente timbre de la puerta, que, por cierto, era la primera vez que lo oía desde que nos mudamos a la casa, y tampoco recordaba haberlo escuchado en ninguna de las otras casas alquiladas en las que pasé mi infancia (por algún motivo, siempre creí que mi padre desconectaba los timbres en cuanto nos reubicábamos en una casa alquilada). Me moví vacilante, esperando que el intruso, o intrusos, se hubieran marchado cuando llegara a la puerta. El timbre volvió a sonar. Afortunadamente, e increíblemente, mi padre había subido del sótano. Me quedé de pie entre las sombras en lo alto de las escaleras cuando vi su enorme forma moviéndose por el salón, al tiempo que se quitaba la sucia bata blanca de laboratorio y la arrojaba a un rincón antes de llegar a la puerta. Naturalmente, pensé que mi padre esperaba una visita, y que ésta tal vez tenía algo que ver con sus tareas en el sótano. Sin embargo, quedó claro que ése no era el caso, al menos por lo que pude oír desde el piso de arriba.

Por el sonido de su voz deduje que el visitante era un hombre joven. Mi padre le invitó a entrar mientras le hablaba de una forma franca y afable que yo sabía que era del todo forzada. Me pregunté cuánto tiempo podría aguantar ese tono de conversación tan poco habitual en él, porque invitó al joven a sentarse en el salón donde los dos podrían hablar «cómodamente», una palabra que sonaba muy extraña en boca de mi padre.

—Como le decía, señor —dijo el joven—, estoy recorriendo el barrio para informar a la gente sobre una organización muy respetable.

—Ciudadanos por la Fe —le interrumpió mi padre.

—¿Ha oído hablar de nuestra organización?

—Sé leer el pin de la solapa de su chaqueta. Es suficiente para permitir que me haga una idea de sus principios generales.

—Entonces, tal vez podría estar interesado en hacer una donación —dijo el joven.

—Sin duda, lo estoy.

—Eso es estupendo, señor.

—Pero con la condición de que me permita *cuestionar* sus absurdos principios… ponerlos realmente a prueba. Llevaba ya un tiempo esperando que usted, o alguien como usted, se acercara por aquí. Es casi como si algún elemento de mediación fortuito le hubiera traído a esta casa, si es que creyera en algo tan ridículo.

Y así acabó la efímera capitulación de mi padre a la franqueza y la bonhomía.

—¿Señor? —dijo el joven, al tiempo que fruncía levemente el ceño, confundido.

—Se lo explicaré. Usted tiene estos dos principios en su mente, y posiblemente

sean los únicos principios que aportan cohesión a su estructura mental. El *primero* es el principio de las naciones, los países, todo el jaleo de las tierras madre y las tierras padre. El *segundo* es el principio de las deidades. Ninguno de estos principios posee un ápice de realidad. Son simples impurezas que envenenan su mente. En una sola frase, Ciudadanos por la Fe ha incorporado dos de los *tres* principios importantes, o impurezas, que deben ser eliminados, completamente erradicados, para que nuestra especie pueda iniciar un acercamiento a una concepción pura de la existencia. Sin una concepción pura, o algo que se aproxime a una concepción pura, todo es un desastre y continuará siendo un desastre.

—Entiendo entonces que no está interesado en hacer una donación, señor —dijo el joven.

Y en ese instante mi padre hundió la mano en el bolsillo derecho de sus pantalones y sacó un fajo de billetes enrollados en un tubo y atados con una goma gruesa. Lo sostuvo ante los ojos del joven.

—Esto es para usted, pero sólo si me permite que tenga la oportunidad de derrotar esos principios abyectos y limpiarlos de su mente.

—No creo que mi fe sea algo que esté sólo en mi mente.

Hasta ese momento, pensé que mi padre se limitaba a provocar al joven por pura diversión, quizás como un medio de distracción tras el trabajo en el que había estado inmerso de forma tan intensa durante los últimos días. Luego escuché lo que a mis oídos sonó como un cambio funesto en las palabras de mi padre, revelando su cambio desde el iconoclasta de la vieja escuela que había estado representando a un ser desesperado y sin escrúpulos con respecto al joven.

—Por favor, perdóneme. No quise decir que algo así *sólo* estuviera en su mente. ¿Cómo podría pensar eso cuando sé perfectamente que algo semejante habita en esta misma casa?

—Él está en todas las casas —dijo el joven—. Está en todas partes.

—Sin duda, sin duda. Pero algo similar está muy presente en esta casa en concreto.

Sospechaba que mi padre se refería a la naturaleza encantada —aunque apenas merecía dicha descripción— de nuestra casa alquilada. Yo mismo le había ayudado en un pequeño proyecto relacionado con esta naturaleza y sobre lo que podría significar, al menos eso fue lo poco que mi padre me había querido explicar de tales cosas. Incluso me permitió guardar un recuerdo de este «experimento fase uno», como lo llamaba. No estaba en absoluto seguro de que éste fuera el caso y entonces mi padre aludió al sótano.

—¿Sótano? —preguntó el joven.

—Sí —respondió—. Podría mostrárselo.

—No está en mi mente, pero está en su sótano —dijo el joven como si intentara aclarar lo que afirmaba mi padre.

—Sí, sí. Permítame que se lo muestre. Y después haré una generosa donación a su

organización. ¿Qué me dice?

El joven no dijo nada y tal vez fuera ésa la razón de que mi padre gritara rápidamente mi nombre. Retrocedí unos pasos y esperé, luego descendí las escaleras como si no hubiera estado espiando todo el rato.

—Éste es mi hijo —dijo mi padre al joven, que se levantó para darme la mano; era delgado y llevaba un traje de segunda mano, exactamente como me lo había imaginado mientras espiaba en lo alto de las escaleras—. Daniel, este caballero y yo tenemos un asunto que tratar. Quiero que te asegures de que no nos molestan.

Yo simplemente me quedé allí de pie como si tuviera la intención de seguir obedientemente esas instrucciones. Entonces mi padre se volvió hacia el joven y le señaló el camino al sótano.

—No nos llevará mucho tiempo.

Sin duda, mi presencia —es decir, la *normalidad* de mi presencia— fue un factor determinante en la decisión del hombre de bajar al sótano. Mi padre debía saberlo. Pero no sabía, ni se habría preocupado lo más mínimo de haberlo sabido, que salí de la casa en cuanto cerró la puerta del sótano tras de él y su invitado. Pensé en quedarme por la casa durante un rato, aunque sólo fuera para hacerme una idea de la fase en la que había entrado ahora el experimento de mi padre, puesto que yo había participado en las primeras fases. Sin embargo, esa noche yo estaba ansioso por ver a una amiga que vivía en el barrio.

Para ser precisos, mi amiga no vivía en el barrio *malo* en el que mi familia había alquilado la casa, sino en el barrio *peor* junto al nuestro. Tan sólo estaba a unas cuantas calles, pero ésa era la distancia entre un barrio donde algunas de las casas tenían barrotes en las puertas y ventanas, y otro en el que no quedaba nada que proteger o salvar o por lo que preocuparse. Era otro mundo… un paraíso retorcido de peligro y enajenación… de casas en ruinas apiñadas unas junto a otras… de casas quemadas que derivaban hacia la total extinción… de casas con agujeros negros donde en otro tiempo hubo puertas y ventanas… y de solares vacíos sobre los que brillaba una luna que era vagamente diferente a la que se veía desde cualquier otro lugar de la Tierra.

En ocasiones había alguna casa aislada erguida precariamente sobre un campo abierto de sombras y cristales rotos. Y la casa estaba tan torcida por su ruinoso estado que la posibilidad de que estuviera habitada hacía que mi imaginación se adentrara en un pozo de oscuros misterios. Tras una mirada más detenida, se podían observar sábanas desgastadas y raídas en lugar de cortinas. Finalmente, después de una contemplación prolongada, el milagro de un fulgor suave y ondulante se revelaba en el interior de la casa.

Poco después de que mi familia se mudara a un vecindario donde tales lugares eran habituales, encontré una casa en particular que era nada menos que el prototipo de la clase de vivienda, por decirlo así, que acabo de describir. Clavé la mirada en ella, paralizado como si estuviera contemplando una visión milagrosa. Entonces, una

de las sábanas que cubría el ventanal principal se movió ligeramente y la voz de una mujer me llamó mientras me tambaleaba sobre los escombros destrozados de una acera.

—Eh, tú. Eh, chico. ¿Tienes dinero?

—Algo —contesté a aquella voz poderosa.

—Entonces, ¿me harías un favor?

—¿Qué? —pregunté.

—¿Irías a la tienda y me comprarías unas de esas barritas de salami? Las largas, no las cortas. Te las pagaré cuando vuelvas.

Cuando regresé de la tienda, la mujer volvió a llamarme a través de las sábanas iluminadas.

—Sube con cuidado los escalones del porche —dijo—. La puerta está abierta.

La única luz dentro de la casa emanaba de un pequeño televisor sobre un soporte metálico. El televisor estaba orientado hacia un sofá que parecía estar ocupado de lado a lado por una mujer negra de edad indefinida. En la mano izquierda sujetaba un tarro de mayonesa y en la derecha una salchicha cruda, la última de un envase vacío tirado en el suelo de la casa. Hundió la salchicha en la mayonesa, luego la sacó sin apartar los ojos del televisor. Tras chupar un poco de mayonesa de los dedos, enroscó la tapa del tarro y lo colocó a un lado del sofá, el cual parecía ser el único mobiliario de la habitación. Le ofrecí las barritas de salami y ella depositó unas monedas en mi mano. Era la cantidad exacta que había pagado por ellas, más un dólar.

Apenas daba crédito a que estuviera realmente dentro de una de las casas que había admirado desde que mi familia se mudó al barrio. Era una noche fría y la casa no tenía calefacción. La televisión debía funcionar con pilas, porque no se veía ningún cable por la parte de detrás. Me sentía como si hubiera atravesado una enorme barrera para entrar en un puesto fronterizo abandonado hace mucho por el resto del mundo, un lugar separado de la propia realidad. Quería preguntarle a la mujer si me permitía acurrucarme en algún rincón de aquella casa y no abandonarla nunca más. Pero en lugar de eso le pregunté si podía usar el cuarto de baño.

Ella me miró en silencio durante unos segundos y luego metió la mano por detrás de los cojines del sofá. Sacó una linterna. Me la pasó y dijo:

—Usa esto y ten cuidado. Es la segunda puerta por el pasillo. No la primera… la segunda puerta. Y no te caigas dentro.

Mientras avanzaba por el pasillo mantuve la linterna apuntada al suelo de madera sucio y abombado a unos cuantos pies por delante de mí. Abrí la segunda puerta, no la primera, luego la cerré al entrar. La habitación en la que me encontraba no era un baño, sino un retrete grande. En la parte de atrás del retrete había un agujero en el suelo y vi que conducía directamente al sótano de la casa. Allá abajo había trozos de un lavabo y una taza de váter de porcelana, que debieron caer por el derrumbamiento del suelo del baño, que era la habitación que en otro tiempo estuvo tras la primera puerta del pasillo. Como era una noche fría y la casa no tenía calefacción, el olor no

era del todo apestoso. Me arrodillé en el borde del agujero e iluminé hacia abajo con la linterna alumbrando hasta donde llegaba el fino haz de luz. Pero los únicos objetos que vi fueron algunas botellas rotas clavadas en los estratos de excrementos humanos. Pensé en qué otras cosas podría haber en ese sótano… y me quedé abstraído en esos pensamientos.

—Eh, chico —escuché exclamar a la mujer—. ¿Estás bien?

Cuando regresé a la parte delantera de la casa, vi que la mujer tenía otros visitantes. Cuando levantaron las manos protegiéndose los ojos con el dorso me di cuenta de que todavía sostenía la linterna encendida en la mano. La apagué y se la devolví a la mujer del sofá.

—Gracias —dije mientras maniobraba entre los otros en dirección a la puerta de entrada. Antes de irme, me volví hacia la mujer y le pregunté si me permitía que volviera a su casa.

—Si quieres —dijo—. Sólo asegúrate de traerme algunas barritas de salami.

Así conocí a mi amiga Candy, cuya casa visité en muchas ocasiones desde nuestro primer encuentro aquella excitante noche. Durante algunas de las visitas, que no siempre eran de noche, ella estaba ocupada con su negocio y yo me quitaba de en medio mientras una hilera de gente, joven y vieja, negra y blanca, entraba y salía. En otras ocasiones, cuando Candy no estaba tan ocupada, me apiñaba junto a ella en el sofá y veíamos la televisión juntos. A veces hablábamos, aunque nuestras conversaciones por lo general eran bastante breves y superficiales, y se atascaban en alguno de los abismos que dividían nuestras respectivas vidas y que no podían ser cruzados por ninguno de los dos. Cuando le hablé de los hediondos cigarrillos europeos de mi madre, por ejemplo, Candy parecía tener dificultades para comprender la idea de «europeos», o quizás fuera con la propia palabra. Del mismo modo, a veces yo era incapaz de proporcionar un contexto de mi propia vida que me permitiera comprender algo que ella exclamaba de forma casual cuando estábamos viendo la televisión. Llevaba visitando su casa al menos un mes cuando, sin venir a cuento, Candy me lo dijo:

—¿Sabes?, tenía un hijo de tu edad.

—¿Qué le ocurrió? —pregunté.

—Oh, le mataron —dijo, como si tal respuesta bastara por toda explicación. Nunca le pedí a Candy que abundara en el tema, pero tampoco pude olvidar sus palabras, o la voz resignada y distante con que las pronunció.

Más tarde averigüé que un considerable número de niños habían sido asesinados en el barrio de Candy, algunos de ellos parecían ser víctimas de un asesino en serie de niños que había estado actuando en los peores barrios de la ciudad durante unos cuantos años antes de que mi familia se mudara allí (de hecho, fue mi madre quien, con una falta de sinceridad atroz, me advirtió sobre «un pervertido peligroso» que iba por ahí sigilosamente rebanando los pescuezos de niños en lo que ella denominaba «aquel terrible barrio donde vive tu amiga»). La noche que me marché de nuestra

casa alquilada después de que mi padre bajara al sótano con el joven del traje de segunda mano, pensé en ese asesino de niños mientras caminaba por las calles que llevaban a la casa de Candy. Estas calles me atraparon con mayor intensidad después de enterarme de los asesinatos de niños, como una pesadilla que ejerce un poder hipnótico y que fuerza tu mente a revisar sus imágenes y acontecimientos una y otra vez por mucho que quieras olvidarlos. Aunque no estaba interesado realmente en convertirme en víctima del asesino de niños, la amenaza de que me ocurriera algo así incrementaba mi fascinación por aquellas casas abarrotadas y los estrechos espacios entre ellas, añadiendo otra sombra a las que ya envolvían aquel barrio.

Mientras caminaba hacia la casa de Candy, iba con una mano metida en el bolsillo del abrigo en el que llevaba algo que mi padre había fabricado para ser usado en el caso de que, parafraseando a mi padre incorregiblemente imaginativo, alguien intentara alguna vez infligir daño a mi persona. Mi hermana recibió un cacharro idéntico. Parecía una pluma de escribir (padre nos dijo que no contáramos nada a nadie sobre estos aparatos, incluyendo a mi madre, que por su parte ya se había equipado para su protección con una pistola automática de calibre pequeño). En varias ocasiones estuve tentado de mostrar ese instrumento a Candy, pero al final decidí no romper el voto de silencio sobre el que mi padre había insistido tanto. Sin embargo, mi padre me había dado otra cosa que llevaba en una bolsa de papel pequeña que balanceaba en una mano y que estaba ansioso por enseñar a Candy aquella noche. No se había especificado ninguna restricción en cuanto a revelar eso a alguien, aunque probablemente ni se le pasó por la mente a mi padre que a mí se me ocurriera hacerlo alguna vez.

Lo que llevaba conmigo dentro de un pequeño tarro en la bolsa de papel era un residuo, se podría decir, del experimento de la primera fase en la que ayudé a mi padre poco después de que nos instaláramos en nuestra casa alquilada. Ya he mencionado que, como tantas de las casas en las que vivimos la familia durante mi infancia, nuestra última residencia estaba imbuida de una cierta atmósfera encantada, por muy leve que pudiera ser en este caso. En concreto, este encantamiento se manifestaba en una presencia definida que yo sentía en el ático de la vivienda, donde pasaba mucho tiempo antes de convertirme en un asiduo de la casa de Candy. Como suele ocurrir con estas cosas, en mi experiencia, no había nada especialmente extraordinario en dicha presencia. Parecía estar concentrada cerca de las vigas de madera que atravesaban el ático y de las cuales, supuse, en una ocasión, alguno de los antiguos habitantes de la casa tal vez se hubiera ahorcado. Tal teoría, sin embargo, no interesaba en absoluto a mi padre, quien negaba rotundamente la existencia de fantasmas o espíritus de cualquier tipo o incluso el uso de tales términos.

—No hay nada en el ático —me explicó—. Es sólo la forma en la que tu mente interactúa con el espacio de ese ático. Hay ciertos campos de fuerzas que están por todas partes. Y estas fuerzas, por razones que de momento todavía se me escapan, son más potentes en algunos lugares. ¿Lo entiendes? El ático no está hechizando a tu

mente… tu mente está hechizando el ático. Algunas mentes están más hechizadas que otras, ya sea por fantasmas, o por dioses, o por criaturas del espacio exterior. No son reales. No obstante, son *indicadores* de fuerzas reales, fuerzas vivas e incluso creativas, que tu mente sólo concibe como alguna especie de espectro o quién sabe qué. Vas a ayudarme a probar esta teoría permitiéndome usar el aparato que tengo en el sótano para drenar de tu mente esa cosa que crees que encanta el ático. Este proceso de drenaje tendrá lugar en una parte diminuta de tu mente, porque si drenara toda tu mente… bueno, eso no importa ahora. Créeme, no sentirás nada.

Después del experimento, dejé de sentir la presencia en el ático. Mi padre la había eliminado drenándola y la había guardado en un pequeño tarro que me dio tras realizar con él las pruebas oportunas para su investigación, la primera fase de experimentación en un campo en el que, aunque desconocido por otros científicos que desde entonces han llevado a cabo investigaciones similares, mi padre era el verdadero Copérnico o Galileo o quienquiera que queramos mencionar. Sin embargo, como ya será obvio a estas alturas, yo no poseía el temperamento científico de mi padre, y aunque ya no sentía la presencia en el ático, me resistía por completo a abandonar la imagen de alguien colgándose de las vigas de madera que atravesaban el techo del ático de lado a lado, dejando tras de sí una solitaria guía invisible a otro mundo. Por lo tanto, me encantó descubrir que había recuperado la sensación de esa presencia en el formato portátil de un pequeño tarro, el cual, cuando lo sujetaba con fuerza en mis manos, transmitía a mi organismo una sensación de lo sobrenatural incluso más potente que la que había experimentado anteriormente en el ático. Y esto era lo que ahora le llevaba a Candy aquella noche a finales de otoño.

Cuando entré en casa de Candy no había ningún asunto que pudiera distraernos de lo que tenía que enseñarle. De hecho, había dos figuras desplomadas junto a la pared opuesta de la sala principal de la casa, pero parecían distraídas, por no decir del todo ajenas a lo que ocurría a su alrededor.

—¿Qué le has traído a Candy? —preguntó mirando la bolsa de papel que llevaba en la mano.

Me senté en el sofá junto a ella y ella se inclinó hacia mí.

—Esto es algo… —comencé a decir mientras sacaba el tarro de la bolsa y lo sujetaba por la tapa.

Luego me di cuenta de que no tenía forma de comunicarle qué era lo que le había llevado. No tenía intención de perturbarla, pero no había palabras para prepararla.

—Bueno, no lo abras —dije—. Sólo sujétalo.

—Parece gelatina —dijo ella mientras yo le colocaba el tarro en sus manos regordetas.

Afortunadamente, el contenido del tarro no presentaba un aspecto inquietante y a la luz brillante de la televisión adoptó una apariencia bastante tranquilizadora. Candy cerró con cuidado los dedos alrededor del pequeño recipiente de cristal como si fuera consciente de la valiosa naturaleza de lo que contenía. Parecía completamente

tranquila, incluso relajada. Yo no tenía ni idea de cuál iba a ser su reacción. Sólo sabía que quería compartir con ella algo a lo que jamás habría podido tener acceso en toda su vida, al igual que ella había compartido conmigo las maravillas de su casa.

—Oh, Dios mío —exclamó suavemente—. Lo sabía. Sabía que él no me había abandonado. Sabía que no estaba sola.

Más tarde pensé que lo que había contemplado confirmaba las teorías de mi padre. Al igual que mi mente había estado hechizando el ático con la presencia de alguien que se ahorcó allí, la mente de Candy ahora hechizaba el tarro con una presencia de su propia invención, una presencia muy diferente a la mía. Parecía querer permanecer así con el tarro entre sus manos eternamente. Pero como es habitual, la eternidad estaba a punto de acabarse. Un coche sin ninguna característica distintiva acababa de aparcar frente a la casa de Candy. El conductor salió rápidamente del vehículo y cerró la portezuela con fuerza.

—Candy —dije—, tienes negocios.

Tuve que tirar del tarro con fuerza para liberarlo de sus dedos, pero al final lo soltó y se dirigió hacia la puerta. Como solía hacer, me alejé de allí y me metí en una de las habitaciones traseras de la casa, un dormitorio vacío donde me gustaba acurrucarme en un rincón y pensar en todos los cuerpos durmientes que habían soñado allí a lo largo de innumerables noches. Pero en esta ocasión no me acurruqué en un rincón, sino que me mantuve atento a lo que ocurría en la habitación principal en la parte delantera de la casa. El coche había frenado de forma demasiado impetuosa, con demasiado ruido, y el hombre del abrigo largo que avanzó hacia la casa se movía de una manera que resultaba demasiado agresiva y demasiado ruidosa. Abrió la puerta de la casa de par en par y la dejó abierta después de entrar.

—¿Dónde está el chico blanco? —preguntó el hombre del abrigo largo.

—No hay blancos aquí —respondió Candy sin apartar los ojos de la televisión—. Ni siquiera incluyéndote a ti.

El hombre se acercó a las dos figuras que estaban al fondo de la habitación y propinó un puntapié a cada una de ellas.

—Por si no lo sabes, yo soy el que te permite hacer negocios.

—Sé quién eres, señor Detective de la Policía. Eres el que se llevó a mi niño. Y también a los otros niños, lo sé.

—Cállate, gorda. He venido a por el niño blanco.

Saqué la pluma del bolsillo y la escondí en la espalda. Luego me acerqué por el pasillo.

—¿Qué quiere? —pregunté al hombre del abrigo largo.

—He venido para llevarte a casa, chico.

Si había algo de lo que estuviera totalmente seguro en mi vida, con una certeza fría y abstracta, era ésta: si me iba con aquel hombre jamás volvería a casa.

—Cójalo —dije, al tiempo que le lanzaba el tarro.

El hombre lo cogió con ambas manos y durante unos segundos se dibujó una

sonrisa en su rostro. Nunca he visto una sonrisa que se borrara con tanta rapidez o de forma tan fulminante. Si hubiera pestañeado, me habría perdido aquella afligida transición. Entonces, el tarro saltó de sus manos y cayó al suelo. Tras recuperarse, dio un paso hacia delante y me agarró. No tengo ningún motivo para pensar que Candy o los otros en la habitación me vieran clavarle la pluma en la pierna. Lo que sí vieron fue que el hombre del abrigo largo me soltaba y luego se derrumbaba y quedaba inmóvil en el suelo, hecho un ovillo. Evidentemente, la reacción fue inmediata. Una de las dos figuras salió de las sombras y le propinó al hombre la misma clase de puntapié desdeñoso que le había propinado a él.

—Está muerto, Candy —dijo la figura.

—¿Estás seguro?

La otra figura se puso de pie y le dio una coz en la cabeza.

—Eso parece —dijo.

—Maldita sea —exclamó Candy, mirándome—. Es todo vuestro. No quiero ni un trocito de él.

Encontré el tarro, que afortunadamente estaba intacto, y fui a sentarme en el sofá junto a Candy. En cuestión de minutos las dos figuras desnudaron al otro hombre hasta dejarlo en calzoncillos. Entonces, uno de ellos tiró de los calzoncillos al tiempo que decía: «Parecen casi nuevos».

Sin embargo, en cuanto vio lo que había debajo dejó de tirar de los calzones. Todos vimos lo que había allí, de eso no hay duda. Pero me pregunté si los otros se quedaron tan confundidos al verlo como yo. Siempre había pensado en tales cosas desde un punto de vista idealizado, una concepción mítica que había pasado de generación en generación a lo largo de los siglos. Pero no se parecía en nada a eso.

—¡Metedlo en el agujero! —gritó Candy, que se había levantado del sofá y ahora señalaba hacia el pasillo—. ¡Tiradlo por el puto agujero!

Arrastraron el cuerpo al retrete y lo lanzaron al sótano. Se escuchó un fuerte chasquido de carne golpeando el suelo allá abajo. Cuando las dos figuras salieron del retrete, Candy dijo:

—Ahora deshaceos del resto de esta porquería y del coche y de vosotros mismos.

Antes de salir de la casa, una de las figuras se dio la vuelta.

—Hay un montón de pasta aquí dentro, Candy. Vas a necesitar dinero para viajar. No te puedes quedar aquí.

Me alivió ver que Candy cogía parte del dinero. Me levanté del sofá y apoyé el tarro sobre el cojín junto a mi amiga.

—¿Adónde vas a ir? —pregunté.

—Hay un montón de lugares como éste en la ciudad. Sin calefacción, sin electricidad, sin cañerías. Y sin alquiler. Estaré bien.

—No diré nada.

—Sé que no lo harás. Adiós, chico.

Le dije adiós y caminé lentamente a casa, soñando todo el tiempo con lo que

había ahora en el sótano de Candy.

Cuando llegué a casa ya era más de medianoche. Mi madre y mi hermana debían de haber regresado porque pude oler la peste de los cigarrillos europeos de mi madre en cuanto entré en la casa. Mi padre estaba tumbado en el sofá del salón, visiblemente exhausto tras tantos días de trabajo en el sótano. También parecía bastante agitado, con los ojos desorbitados y clavados en el techo, movía la cabeza de un lado a otro con una expresión de disgusto o negación, o ambas cosas al mismo tiempo, y repentinamente exclamaba: «Impurezas irreparables, impurezas irreparables». Esas palabras me ayudaron a liberar mi mente de lo que había visto en casa de Candy. También me recordaron que quería preguntar a mi padre algo que había dicho al joven del traje de segunda mano que visitó la casa unas horas antes esa misma noche. Pero el estado de mi padre en aquellos momentos no parecía aconsejar tal conversación. De hecho, no pareció reparar en mi presencia. Como no me veía capaz de enfrentarme a mi madre y a mi hermana, a las que ahora oía moverse en el piso de arriba (probablemente deshaciendo todavía las maletas de su viaje), decidí aprovechar la oportunidad de incumplir la norma impuesta por mi padre de no entrar al sótano sin su autorización explícita. Pensé que aquello me proporcionaría algo con lo que entretener la mente y olvidar los perturbadores acontecimientos de esa noche.

Sin embargo, mientras descendía las escaleras del sótano de mi padre, sentí que tiraban de mi mente y mis sentidos hacia la región oscura del sótano de Candy. Incluso antes de que pisara el último escalón, aquel lugar subterráneo me envolvió con su atmósfera de ruina y desolación y de un caos abismal que, me alegró descubrir, todavía encontraba cautivador. Y cuando vi el estado de lo que había allí abajo, me recorrió un temblor de miedo que nunca antes había sentido.

Todo a mi alrededor estaba hecho añicos. Parecía como si mi padre hubiera cogido un hacha y hubiera destrozado el aparato en el que en el pasado había depositado todas sus esperanzas para lograr llevar a cabo una labor que tan sólo él supo ver. Cables y cuerdas colgaban del techo, todos cortados y oscilando como lianas de una jungla. Un líquido verdoso y grasiento cubría el suelo y se escurría por el desagüe del sótano. Avancé abriéndome paso por un cúmulo de cristales y papeles rotos. Me agaché y recogí algunas de las hojas salvajemente arrancadas de las voluminosas libretas de mi padre. Diagramas y gráficos meticulosos ocultos bajo palabras y frases escritas con un rotulador negro de punta gruesa. Página tras página se leía sobre éstas la palabra «IMPURO» garabateada sobre ellas como pintadas en las paredes de un retrete público. Otras exclamaciones recurrentes eran: «NADA MÁS QUE IMPUREZAS», «MENTES IMPURAS», «NADA REVELADO», «NINGUNA CONCEPCIÓN PURA», «IMPUREZAS IMPOSIBLES», y, finalmente, «LAS FUERZAS DE UN UNIVERSO IMPURO».

En el rincón más alejado del sótano vi un artilugio híbrido que parecía un cruce entre el trono de un monarca y una silla eléctrica. Atado a ese aparato con correas que sujetaban los brazos, las piernas y la cabeza, estaba el joven del traje de segunda

mano. Tenía los ojos abiertos, pero estaban desenfocados. Advertí que el líquido verdoso y grasiento provenía de un recipiente del tamaño de un bidón de agua para beber volcado junto a la extraña silla. El recipiente estaba marcado con un trozo de cinta de enmascarar en el que se leía la palabra DRENADO. Cualquier cantidad de fantasmas o espectros u otras entidades que habitaran en la cabeza del joven —y por lo visto mi padre había drenado una cantidad considerable de esa sustancia— estaban ahora de camino a la red de alcantarillado. Debieron perder algo, quizás se pudrieron al salir del recipiente, porque no sentí ningún aura espectral —ni maligna ni benigna — que emanara de aquella sustancia residual. No era capaz de distinguir si el hombre seguía vivo, en cualquier sentido convencional de la palabra. Tal vez lo estaba. En todo caso, era tal su estado que mi familia de nuevo tendría que buscar otra casa en la que vivir.

—¿Qué ha ocurrido aquí abajo? —preguntó mi hermana desde el otro extremo del sótano; estaba sentada en las escaleras—. Por lo visto, otro de los proyectos de papá ha hecho aguas.

—Eso parece —respondí, y caminé hacia las escaleras.

—¿Crees que ese tipo llevaba mucho dinero encima?

—No lo sé. Probablemente. Vino aquí a recolectar para una especie de organización.

—Bien, porque mamá y yo hemos regresado sin blanca. Y no ha sido porque nos hayamos gastado mucho.

—¿Adónde fuisteis? —pregunté, al tiempo que me sentaba junto a ella.

—Sabes que no puedo hablar de eso.

—Tenía que intentarlo.

Tras una pausa, mi hermana susurró:

—Daniel, ¿sabes lo que es un hermafrodita?

Intenté ocultar lo mejor que pude cualquier atisbo de reacción ante la pregunta de mi hermana, a pesar de que había provocado un torbellino de imágenes y emociones en mi interior. Eso fue lo que me confundió del cuerpo del detective. En mi mente, siempre había trazado una clara línea divisoria. Pero no era nada de eso, como ya he señalado. Todo se mezclaba. Gracias, Elisa. A pesar de cumplir escrupulosamente con la estricta norma de silencio, mi hermana siempre se las apañaba para revelar algo de lo que habían estado haciendo.

—¿Por qué me lo preguntas? —dije, también en susurros—. ¿Has conocido a alguien así cuando te has ido con mamá?

—Por supuesto que no —dijo ella.

—Tienes que decírmelo, Elisa. ¿Habló mamá… habló ella sobre mí… habló sobre mí con ese hombre?

—No tengo ni idea. No sabría decirte —respondió Elisa mientras se levantaba y subía las escaleras. Subió un escalón, se giró y dijo—: ¿Cómo va a acabar todo este asunto entre tú y mamá? Cada vez que te menciono, ella simplemente se queda muda.

No tiene ningún sentido.

—Las fuerzas del universo impuro —recité retóricamente.

—¿Qué? —dijo mi hermana.

—Nada de lo que cree la gente tiene sentido, por si no te has dado cuenta todavía. Está todo en nuestra mente, como siempre dice papá.

—Pues bien. De todas formas, más te vale mantener la boca cerrada sobre lo que he dicho. No voy a volver a contarte nada nunca más —terminó de hablar y subió las escaleras.

Seguí a mi hermana hasta el salón. Mi padre ahora estaba sentado en el sofá junto a mi madre, que abría cajas y sacaba cosas de bolsas; supuestamente le mostraba a mi padre lo que había comprado durante su último viaje con Elisa. Me senté en una silla frente a ellos.

—Hola, cielo —dijo mi madre.

—Hola, mamá —dije, y luego me dirigí a mi padre—: Eh, papá, ¿puedo preguntarte una cosa? —el hombre parecía estar aún un poco ido—. ¿Papá?

—Tu padre está muy cansado, cariño.

—Lo sé. Lo siento. Sólo quiero preguntarle una cosa. Papá, cuando hablabas con ese tipo, dijiste algo acerca de tres… los llamaste principios.

—Países, dioses —dijo mi padre, y su voz parecía proceder de un pozo de depresión—. Obstáculos para alcanzar una concepción pura.

—Sí, pero ¿cuál es el *tercer* principio? Nunca lo mencionaste.

Pero mi padre se había apagado y ahora miraba desconsoladamente al suelo.

Sin embargo, mi madre me sonreía. Sin duda, había escuchado en muchas ocasiones aquella cantinela de mi padre.

—¿El tercer principio? —dijo lanzando una bocanada de humo de cigarrillo hacia mí—. Es la familia, cielo.

EL GESTOR DE LA CIUDAD

Una mañana gris, no mucho antes del comienzo del invierno, unas noticias preocupantes se propagaron entre la población: el gestor de la ciudad no estaba en su oficina, y no parecía estar en ninguna otra parte. Dejamos que aquella situación, o supuesta situación, permaneciera en el aire todo lo que pudimos. Simplemente, así era como habíamos manejado ese tipo de acontecimientos en el pasado.

Fue Carnes, el hombre que operaba el trolebús que recorría Main Street de un lado a otro, quien nos advirtió en un principio de la posibilidad de que el gestor de la ciudad ya no estuviera entre nosotros. Fue el primero en darse cuenta, mientras caminaba desde su casa en una punta de la ciudad hasta la estación en la otra punta, que la tenue luz de la lámpara que siempre permanecía encendida en la oficina del gestor de la ciudad ahora estaba apagada.

Por supuesto, no era del todo descabellado pensar que la bombilla de la lámpara simplemente se había fundido o que se había cortocircuitado la red eléctrica de la pequeña oficina de Main Street. Tal vez se había producido un apagón de mayor alcance que también afectaba a las estancias del piso de arriba de la oficina, donde residía el gestor municipal desde que llegó a la ciudad para asumir su cargo. Sin duda, todos sabíamos que el gestor municipal no es que se mostrara excesivamente escrupuloso con el estado de su oficina de atención ciudadana o sus dependencias privadas.

En consecuencia, aquellos de nosotros que nos reunimos en la calle frente a la oficina y casa del gestor municipal consideramos la hipótesis de una bombilla fundida y la del cortocircuito eléctrico durante un buen rato. Pero durante todo ese tiempo nuestro nerviosismo fue en aumento. Carnes era el que parecía más afectado con una fuerte ansiedad, porque las actuales circunstancias habían estado atormentándole durante más tiempo que a cualquier otro, aunque sólo fuera por unos pocos minutos. Como ya he indicado anteriormente, ésta no era la primera vez que nos enfrentábamos a un desenlace similar. Así que, cuando Carnes por fin dio la voz de alarma, el resto abandonamos nuestro refugio teórico.

—Es hora de hacer algo —dijo el hombre del trolebús—. Debemos investigar.

Ritter, que se ocupaba de la ferretería local, forzó la puerta de la oficina del gestor municipal y algunos de nosotros no tardamos en entrar y registrar el interior. El lugar estaba bastante recogido, aunque sólo fuera porque se hallaba prácticamente vacío. Tan sólo había una silla, un escritorio y la lámpara sobre éste. El resto era un espacio vacío de paredes desnudas. Incluso los cajones del escritorio estaban vacíos, como descubrieron los más curiosos de nuestra partida de búsqueda. Ritter comprobaba el enchufe de pared al que estaba conectada la lámpara y otro inspeccionaba los fusibles en la parte trasera de la oficina. Pero todas estas acciones no eran nada más que tácticas de dilación. Nadie quería meter la mano por debajo del plafón de la lámpara

y accionar el interruptor para averiguar si la bombilla simplemente se había fundido o si el lugar había sido invadido por la oscuridad de forma voluntaria. Como todos sabíamos, esta segunda opción, bastante más siniestra, señalaba el fin del mandato del gestor municipal de turno.

En otro tiempo, nuestro eslabón con los servicios y funciones públicas era un ayuntamiento tradicional situado en la parte sur de Main Street. En lugar de una pequeña lámpara al borde de un escritorio desgastado por el tiempo, aquel impresionante edificio se hallaba iluminado por una enorme araña. Aquel deslumbrante aplique nos servía de faro y nos informaba de que el principal funcionario de la ciudad todavía seguía entre nosotros. Cuando el ayuntamiento entró en decadencia y tuvo que ser abandonado, otros edificios prestaron su iluminación… desde los pisos superiores del antiguo teatro de la ópera (también vacío con el paso de los años) hasta la actual oficina abierta al público que había servido más recientemente de centro de administración cívica municipal. Pero siempre llegaba el día en que, sin previo aviso, la luz se apagaba.

«No está arriba», gritó Carnes desde las estancias privadas del gestor municipal. En ese preciso instante tomé la iniciativa de encender la luz. La bombilla se encendió y todos en la habitación se quedaron mudos. Un rato más tarde, alguien —hoy en día soy incapaz de recordar quién fue— afirmó con voz resignada: «Nos ha dejado».

Ésas fueron las palabras que pasaron de boca en boca entre la multitud que se agolpaba frente a la oficina del gestor municipal… hasta que todo el mundo supo la verdad. Nadie consideró siquiera la posibilidad de que este desenlace hubiera sido una broma o un error. La única conclusión posible era que el antiguo gestor municipal ya no tenía el mando y que se realizaría un nuevo nombramiento, si es que no se había realizado ya.

Sin embargo, teníamos que seguir el protocolo. Se procedió con la búsqueda durante el resto de aquella mañana gris y la tarde. A lo largo de los años, estas búsquedas se realizaban cada vez con mayor rapidez y eficacia siempre que un gestor municipal desaparecía como preludio al nombramiento de otro. En nuestra ciudad había muchos menos edificios y casas de los que había en mi niñez y juventud. Sectores enteros que en otro tiempo fueron distritos de prolífica actividad habían sido transformados por una notable corrosión en solares vacíos donde tan sólo unos cuantos ladrillos y algunos cristales rotos indicaban que había existido allí algo más que malas hierbas y tierra seca. Durante mis años de ambiciosa adolescencia, decidí que un día tendría una casa en un barrio elegante conocido como The Hill. Esa área todavía era así conocida, un nombre amargamente conservado a pesar de que el barrio en cuestión —ahora una franja de tierra agreste y vacía— ya no se erigía en un terreno más elevado que el resto.

Tras convencernos de que el gestor municipal no se encontraba en ninguna parte de la ciudad, nos dirigimos al campo. Al igual que seguimos el protocolo dentro de los límites de la ciudad, continuamos cumpliendo con el protocolo fuera de éstos,

mientras avanzábamos por el campo. Como se ha mencionado previamente, se aproximaba la estación invernal y sólo unos cuantos árboles desnudos obstruían la vista mientras vagábamos por aquella tierra agreste. Manteníamos los ojos abiertos, pero éramos incapaces de fingir ser unos buscadores meticulosos.

En el pasado, tras su desaparición, jamás se encontró al gestor municipal, ni vivo ni muerto, después de que la luz de su oficina se apagara. Nuestra única preocupación era actuar de manera que pudiéramos informar al nuevo gestor municipal, cuando apareciera, de que habíamos hecho todo lo que estaba en nuestras manos para descubrir el paradero de su predecesor. Sin embargo, este ritual parecía importar cada vez menos a los sucesivos gestores municipales, y el último apenas nos prestó atención cuando le hablamos sobre nuestros intentos de localizar el cuerpo vivo o muerto del administrador anterior.

—¿Qué? —dijo, cuando por fin salió de su letargo tras el escritorio de la oficina.

—Hicimos todo lo que pudimos —repitió uno de nosotros, el que había dirigido la búsqueda, que en aquella ocasión tuvo lugar a principios de la primavera.

—Estuvo tronando todo el tiempo —dijo otro.

Tras escuchar nuestro informe, el gestor municipal simplemente dijo:

—Oh, ya veo. Bien hecho.

Luego nos despidió y retomó su cabezada.

—Me pregunto por qué nos tomamos tantas molestias —mencionó Leeman, el barbero, cuando salimos de la oficina del gestor—. Nunca encontramos nada.

Entonces les recordé a él y a los otros el artículo de la Carta Municipal, sin duda un documento breve en el que se ordenaba a los habitantes realizar «una búsqueda exhaustiva por la ciudad y sus alrededores» siempre que desaparecía un gestor municipal. Era parte de un acuerdo al que habían llegado los fundadores y que había permanecido vigente a lo largo de varias generaciones. Desafortunadamente, en ninguno de los documentos almacenados en el nuevo teatro de la ópera, que más tarde se perdieron en el incendio que arrasó el edificio destartalado construido unos años después, se informaba abiertamente de quiénes eran aquellos con los que se había llegado a tal acuerdo (la propia Carta Municipal ahora era tan sólo una serie de notas escritas torpemente sobre recuerdos y costumbres, aunque los detalles de aquel rudimentario documento raras veces eran cuestionados). Sin duda, los fundadores habían adoptado en su momento lo que les pareció la mejor opción para la supervivencia y prosperidad de la ciudad, y forjaron un acuerdo que comprometía a sus descendientes con esa misma opción. No había nada extraño en esas acciones y acuerdos.

—Pero eso ocurrió hace muchos años —apuntó Leeman aquella tarde lluviosa de primavera—. Yo, por ejemplo, creo que ya es hora de que al menos averigüemos con quién estamos tratando.

Otros mostraron su acuerdo con él. Yo mismo no me opuse. No obstante, nunca logramos abordar el tema con el antiguo gestor municipal. Pero mientras

deambulábamos por el campo aquel día tan cercano a los albores del invierno, hablamos entre nosotros y nos juramos que plantearíamos ciertas preguntas al nuevo gestor municipal, quien habitualmente aparecía poco después de la desaparición o renuncia del anterior administrador, en ocasiones incluso el mismo día.

La primera cuestión que deseábamos abordar era la razón por la cual estábamos obligados a llevar a cabo una búsqueda tan inútil de los gestores municipales desaparecidos. Algunos creíamos que estas búsquedas eran simplemente una manera de distraernos para darle tiempo al nuevo gestor a ocupar su puesto antes de que nadie tuviera ocasión de averiguar por qué medio llegaba o de qué dirección. Otros opinaban que estas expediciones en realidad cumplían una función, aunque éramos incapaces de entender cuál podría ser. En cualquier caso, todos estuvimos de acuerdo en que había llegado el momento de que la ciudad —es decir, lo que quedaba de ella — iniciara una nueva era más ilustrada de su historia. Sin embargo, cuando llegamos a la granja medio en ruinas, nuestros buenos propósitos se disolvieron en la penumbra gris que había envuelto el día.

Tradicionalmente, la granja en ruinas y la cabaña de madera junto a ésta marcaban el punto final de nuestra búsqueda y el regreso a la ciudad. Ya se acercaba el ocaso, lo cual nos daba el tiempo justo para regresar a nuestras casas antes de que oscureciera del todo una vez realizado un registro superficial de la granja y la choza. Pero no llegamos a entrar. En esta ocasión nos mantuvimos lejos de aquella granja, que no era más que una silueta dentada y combada que se recortaba contra el cielo gris, así como de la cabaña, un edificio estrecho de delgados tablones de madera que alguien había ensamblado con clavos mucho tiempo atrás. Había algo escrito en esos tablones avejentados por el paso del tiempo, unas marcas que ninguno habíamos visto antes. Estaban grabadas en la madera, como si hubieran usado una hoja afilada. Faltaban algunas de las letras, o eran ilegibles donde los tablones se habían separado. Carnes, el del trolebús, estaba de pie junto a mí.

—¿Dice eso lo que creo que dice? —me preguntó, casi en un susurro.

—Eso parece.

—¿Y la luz de dentro?

—Son como brasas encendidas —dije, en relación al fulgor rojizo que resplandecía a través de los tablones de la cabaña.

Tras haber confirmado la llegada del nuevo gestor municipal —de dondequiera que hubiera llegado—, nos dimos la vuelta y caminamos a paso lento y en silencio hacia la ciudad a través del campo gris que poco a poco era invadido por el inminente invierno.

A pesar de lo que descubrimos durante nuestra incursión, no tardamos en aceptarlo o, al menos, llegamos a un estado anímico en el que ya no expresábamos abiertamente nuestra ansiedad. ¿Importaba realmente que, en lugar de ocupar un edificio de Main Street con un letrero en la puerta en el que se leía GESTOR MUNICIPAL, el que ocupaba ahora ese cargo hubiera elegido una cabaña cuyos

tablones desgastados mostraban esas mismas palabras grabadas con una hoja afilada? El devenir de los acontecimientos en los últimos tiempos ya apuntaba en esa dirección. En el pasado, el gestor municipal había llevado sus asuntos desde una planta de oficinas en el ayuntamiento y vivía en una casa elegante del distrito de The Hill. Ahora este funcionario realizaría su trabajo en una cabaña desvencijada junto a una granja en ruinas. Nada permanecía igual durante mucho tiempo. El cambio era la mismísima esencia de nuestras vidas.

Mi caso era bastante común. Como ya he mencionado antes, ambicionaba ser propietario de una residencia en el distrito de The Hill. Durante un tiempo dirigí una empresa de mensajería que sin duda me habría permitido lograr tal objetivo. Sin embargo, cuando llegó el anterior gestor municipal, yo andaba barriendo suelos en la barbería de Leeman y aceptando cualquier trabajillo que se me ofreciera. En cualquier caso, mi ilusión por hacer prosperar una empresa de mensajería se desvaneció en cuanto el distrito de The Hill se erosionó hasta desaparecer.

Quizás el declive generalizado de las condiciones de la ciudad, así como de la situación de sus habitantes, podría ser achacado a una gestión deficiente por parte de nuestros administradores municipales, quienes en muchos aspectos cada vez parecían menos capaces de desempeñar su labor a medida que se iban sucediendo unos a otros a lo largo de los años. Por muy grande que fuera nuestro miedo al nuevo gestor municipal, no se podía decir que el anterior hubiera sido un administrador modélico. Durante el periodo previo al término de su mandato, se pasó todos y cada uno de sus días laborables dormitando sobre su escritorio.

Por otro lado, cada uno de los gestores municipales contaba en su haber con algún elemento de cambio distintivo, algún proyecto oficial de uno u otro tipo, que resultaba difícil considerar del todo perjudicial. Aunque el nuevo teatro de la ópera nunca fue nada más que una estructura toscamente construida y trampa mortal en caso de incendio, representaba un esfuerzo cívico de rehabilitación o, al menos, ésa era la impresión que daba. Por su parte, el anterior gestor municipal había sido responsable de la instalación del trolebús que recorría Main Street. Durante los primeros días de su administración trajo obreros de fuera de la ciudad para construir ese monumento a su espíritu innovador. Y no es que existiera una gran demanda para ese tipo de transporte por parte de los habitantes de nuestra ciudad, que podía ser recorrida de punta a punta o bien a pie o en bicicleta sin causarnos el más mínimo cansancio a aquellos que gozábamos de una salud razonablemente buena. Sin embargo, en cuanto se inauguró el nuevo trolebús, la mayoría nos montamos en un momento u otro, aunque sólo fuera por la novedad. Algunas personas, por la razón que fuera, hacían un uso regular de este nuevo medio de transporte e incluso parecían depender de él para que los llevase aunque sólo fuera a unas cuantas manzanas más allá. En cualquier caso, el trolebús proporcionó a Carnes un trabajo estable, del cual antes carecía.

En resumen, siempre nos las apañábamos para adaptarnos a cada nuevo gestor

municipal. Lo más difícil era esperar a que los nuevos administradores revelaran la naturaleza de sus planes para la ciudad y luego adaptarnos a cualquier forma que éstos adoptaran. Éste era el sistema al que nos habíamos amoldado durante generaciones. Éste era el orden de las cosas cuando nacimos y con el que nos comprometimos de forma tácita. El riesgo de oponernos a este orden de cosas, de lanzarnos a lo desconocido, simplemente resultaba demasiado abrumador para que ni tan siquiera lo consideráramos durante mucho tiempo. Pero a pesar de ser testigos del espectáculo de la cabaña junto a la granja en ruinas, no previmos que la ciudad estuviera a punto de entrar en una era de su historia radicalmente nueva.

La primera directiva del nuevo gestor municipal se nos comunicó mediante un trozo de papel que llegó un día revoloteando por la acera de Main Street y que recogió una anciana, la cual nos lo mostró al resto. El papel era de un material pulposo y de color marrón claro. La escritura en el papel parecía estar hecha con un trozo de madera quemada y provenir de la misma mano que había grabado las palabras en los viejos tablones de la choza del gestor municipal. El mensaje era el siguiente: DESTRULLAN TROLEVUS.

Aunque el sentido literal de esas palabras era lo suficientemente obvio, nos mostramos reacios a cumplir una orden tan parca tanto en su contenido como en su propósito. No era la primera vez que un gestor municipal eliminaba algún edificio o símbolo de la administración de su antecesor con el fin de despejar el camino para erigir su propio edificio o símbolo definitorio o, simplemente, para borrar cualquier indicio significativo del viejo orden y así dejar patente la existencia de uno nuevo. Pero, por lo común, se ofrecía alguna razón, se daba alguna excusa, para llevar a cabo tal acción. Obviamente, éste no era el caso de las órdenes del nuevo gestor municipal de eliminar el trolebús. Así que decidimos no hacer nada hasta que recibiéramos mayor información al respecto. Ritter sugirió que consideráramos escribir una nota solicitando instrucciones más detalladas. Alguien podía dejar la nota en la puerta de la cabaña del gestor municipal. No sorprendió a nadie que no hubiera voluntarios para esta misión. Así que hasta que no recibiéramos una notificación más detallada, el trolebús permanecería en su sitio.

A la mañana siguiente, el trolebús llegó pitando por Main Street en su primer trayecto del día. Sin embargo, no hizo ninguna parada para recoger a los usuarios que esperaban en la acera. «Mira esto», me dijo Leeman mientras escudriñaba por la ventana de la barbería. Luego salió. Dejé apoyada la escoba en la pared y salí detrás de él. Otros ya se habían congregado en la calle para observar el trolebús hasta que por fin se detuvo en la otra punta de la ciudad. «No había nadie a los mandos», dijo Leeman, una afirmación que repitieron una serie de personas. Cuando ya parecía que el trolebús no iba a hacer el trayecto de vuelta, algunos recorrimos la calle para investigar. Al subir al vehículo encontramos en el suelo el cuerpo desnudo de Carnes, el conductor del trolebús. Había sido gravemente mutilado y estaba muerto. Grabadas a fuego en su pecho se leían las palabras: «DESTROZAD TROLEVUS».

Dedicamos los siguientes días a hacer precisamente eso. También arrancamos las vías que recorrían la ciudad y desmontamos el sistema eléctrico que accionaba el trolebús. Justo cuando estábamos finalizando estas labores, alguien descubrió otro trozo de aquel papel marrón claro. Volaba empujado por el viento por encima de nuestras cabezas, agitándose de un lado a otro como una cometa. Por fin, descendió hasta el suelo. De pie, formando un círculo alrededor del trozo de papel, leímos las palabras garabateadas del mensaje. «BIEN», decía, «AHORA VTROS. TRBJOS. CANVIARAN».

No sólo cambiaron nuestros trabajos, sino también toda la fisonomía de la ciudad. Una vez más, llegaron trabajadores de fuera con órdenes de ejecutar varias clases de obras, demoliciones y ornamentaciones que comenzaron en Main Street y después se extendieron hasta los barrios de la periferia. Habíamos sido advertidos por el medio habitual de que no interfiriéramos con las obras. A lo largo de un invierno profundamente gris, trabajaron en los interiores de los edificios de la ciudad. Con la llegada de la primavera, remataron las fachadas y se marcharon. Lo que dejaron tras de sí fue un paisaje que en lugar de una ciudad más bien parecía un parque de atracciones. Y aquellos de nosotros que vivíamos allí comenzamos a actuar de monstruos de barraca de feria tras ser notificados por el medio habitual de qué forma exactamente habían cambiado nuestros trabajos.

Por ejemplo, habían vaciado la ferretería de Ritter de su habitual mercancía y la habían reestructurado como un complicado laberinto de retretes. Al entrar por la puerta principal uno se encontraba inmediatamente entre una taza de váter y un lavabo. En una de las paredes de aquella pequeña estancia había otra puerta que conducía a otro retrete que era ligeramente mayor. Esa habitación tenía dos puertas que conducían a sendos retretes, y algunos de éstos sólo eran accesibles tras subir una escalera de caracol o recorrer un largo y estrecho pasillo. Cada retrete se diferenciaba ligeramente de los otros por su tamaño o por su decoración. Ninguno de los váteres funcionaba. Construyeron una nueva fachada en el exterior de la ferretería de Ritter con grandes bloques de piedra y un par de torres falsas a ambos lados del edificio que se erguían a bastante altura sobre éste. Un cartel sobre la puerta de entrada de la antigua ferretería anunciaba: CASTILLO DEL CONFORT. El nuevo trabajo de Ritter consistía en estar sentado en una silla colocada en la acera junto a su antiguo comercio, vestido con un sencillo uniforme con la palabra «ENCARGADO» bordada bajo el hombro izquierdo.

Leeman, el barbero, resultó incluso menos afortunado con la nueva profesión que le asignaron. Su local, rebautizado como «La Ciudad de los Bebés», había sido redecorado como un gigantesco parque infantil. Entre animales disecados y una variedad de juguetes, Leeman fue obligado a languidecer vestido con ropa infantil de talla de adulto.

Todos los comercios de Main Street fueron transformados de una u otra manera, aunque su aspecto no siempre era tan fantasioso como el Castillo del Confort de

Ritter o la Ciudad de los Bebés de Leeman. Una serie de edificios simplemente permanecieron como comercios aparentemente abandonados… hasta que se exploraba el interior y se descubría que la trastienda de uno de ellos era en realidad una sala de cine en miniatura donde se proyectaban dibujos animados extranjeros sobre una pared desnuda, o en otro, escondida en el sótano, había una galería de arte abarrotada de cuadros y bocetos de cuestionable gusto. En ocasiones, estos comercios abandonados eran precisamente lo que aparentaban, aunque uno se quedaba encerrado dentro en cuanto la puerta se cerraba, obligándole a salir por la puerta trasera.

Tras los comercios de Main Street había un mundo de callejones donde reinaba la noche eterna, efecto creado mediante unas arcadas amplias como túneles que cubrían esa extensa área. Habían colocado estratégicamente luces tenues para que ningún tramo del callejón quedara del todo a oscuras, mientras uno avanzaba entre altas vallas de madera o muros de ladrillo. Muchos de los callejones acababan en la cocina o el salón de estar de alguien, que proporcionaba una vía de escape de regreso a la ciudad. Algunos de estos callejones iban haciéndose cada vez más estrechos hasta que resultaba imposible seguir avanzando y había que retroceder hasta el principio. Otros callejones se transformaban gradualmente a medida que uno avanzaba por ellos y presentaban una transición completa desde un decorado de una pequeña ciudad de provincias a un decorado de una gran urbe en la que se podían escuchar sirenas y gritos en la distancia, aunque estos sonidos eran sólo grabaciones emitidas a través de altavoces ocultos. Era justo en uno de aquellos callejones, en el que se cernían a ambos lados telones de fondo teatrales sobre los que se habían pintado rascacielos de apartamentos con zigzagueantes escaleras de incendios, donde yo desempeñaba mi nuevo trabajo.

Al final de un oscuro callejón en el que manaba vapor de los agujeros de una falsa tapa de alcantarilla, me habían asignado un quiosco donde vendía sopa en vasos de papel. Para ser más exactos, no era sopa lo que se me suministraba para la venta, sino algo más parecido a un caldo. Tras el mostrador de mi quiosco había un fino colchón sobre el suelo donde podía dormir de noche, o siempre que me apeteciera dormir, ya que parecía poco probable que algún cliente se aventurara por aquel laberinto de callejones con el deseo de que yo le atendiera. Subsistía con mi propio caldo y el agua que usaba para cocinar aquel parco ágape. Tenía la impresión de que el nuevo gestor municipal por fin lograría llevar a cabo la empresa que sus predecesores habían intentado llevar a cabo perezosamente a lo largo de los años; la tarea de sangrar hasta la última gota de los escasos recursos de la ciudad que todavía quedaban. Sin embargo, no pude errar más con esta suposición.

En cuestión de semanas, tenía un flujo constante de clientes en fila frente a mi franquicia de caldo, todos dispuestos a pagar un precio absurdo por mi fluido acuoso y amarillento. Esas personas no eran conciudadanos, sino gente de fuera. Advertí que casi todos llevaban folletos doblados que sobresalían de sus bolsillos o que sujetaban

en la mano. Uno de esos folletos quedó olvidado sobre el mostrador del quiosco y lo leí en cuanto decayó la clientela. En la cubierta del folleto se leía «DIVIÉRTETE EN LA CIUDAD DE LA DIVERSIÓN». En el interior se veían algunas fotografías con pie de foto que mostraban diversas «atracciones» que ofrecía nuestra ciudad al turista curioso. Me quedé atónito ante el plan del gestor municipal. Aquella persona sin rostro no sólo se había llevado hasta nuestro último penique para financiar el proyecto de construcción de mayor envergadura que nuestra ciudad jamás hubiera presenciado, y el que sin duda involucraba a su vez una gran cantidad de sobornos, sino que además aquel ingenioso despilfarro había reportado una entrada de dinero sin precedentes para la ciudad.

Sin embargo, el único que realmente prosperaba en la ciudad era el gestor municipal. A diario, y en ocasiones a cada hora, se llevaban a cabo colectas en cada una de las atracciones y concesiones de la ciudad. Dichas colectas eran realizadas por forasteros de rostros solemnes que iban visiblemente armados con una variedad de armas. Además, advertí que se habían infiltrado espías entre los turistas para comprobar que ninguno de nosotros se quedaba con algo más que una ínfima parte de los beneficios derivados de los nuevos negocios de la ciudad. No obstante, a pesar de que durante un tiempo tuvimos motivos para pensar que no nos esperaba otra cosa que la pobreza más absoluta bajo el gobierno del gestor municipal, ahora al menos parecía que sobreviviríamos a su mandato.

Sin embargo, un día las hordas de turistas empezaron a mermar. Y pronto el nuevo negocio de la ciudad languideció hasta morir. Los hombres de rostros solemnes ya no se molestaban en hacer las colectas y nos temimos lo peor. Vacilantes, comenzamos a salir de nuestros cubículos y nos congregamos en Main Street bajo una pancarta medio caída en la que se leía «BIENVENIDOS A LA CIUDAD DE LA DIVERSIÓN».

—Creo que ya ha acabado —dijo Ritter, que todavía llevaba puesto el uniforme de encargado de los retretes.

—Sólo hay una manera de asegurarse —replicó Leeman, ahora ya vestido con ropas de adulto.

Una vez más, salimos al campo bajo un cielo gris unas semanas antes del comienzo del invierno. Se aproximaba el crepúsculo y mucho antes de que llegáramos a la cabaña del gestor municipal advertimos que dentro no resplandecía ningún fulgor rojizo. Registramos la cabaña. Luego registramos la granja. No había rastro del gestor municipal. No había dinero. No había nada.

Cuando los demás se dieron la vuelta para regresar a la ciudad, yo me quedé rezagado. Pronto llegaría otro gestor municipal y no deseaba ver qué forma adoptaría la nueva administración. Así había sido siempre… un gestor municipal sucedía a otro y todos ellos mostraban signos de una degeneración cada vez mayor, como si estuvieran degradándose y transformándose en quién sabe qué. Y nadie sabía cómo iba a acabar todo. ¿Cuántos más vendrían y se marcharían, llevándose con ellos más

y más del lugar en el que nací y en el que ya comenzaba a envejecer? Pensé en lo diferente que había sido la ciudad cuando era niño. Recordé mi anhelo de juventud de ser propietario de una casa en el distrito de The Hill. Pensé en mi antiguo negocio de mensajería.

Entonces partí en dirección contraria a la ciudad. Caminé hasta llegar a otra población. Pasé por muchos pueblos, así como por grandes ciudades, ganándome la vida con trabajos de limpieza y chapuzas varias. Todas esas poblaciones eran gestionadas siguiendo los mismos principios que mi ciudad natal, aunque jamás encontré ninguna que hubiera alcanzado tal grado de degeneración. Huí de aquellos lugares con la esperanza de encontrar alguna población fundada sobre unos principios distintos y gestionada según un orden diferente. Pero no existía tal lugar, o yo no fui capaz de encontrarlo. Parecía que la única vía de acción posible para mí era acabar con mi vida.

Poco después de ser consciente de los hechos arriba mencionados sobre mi existencia, estaba sentado tras la barra de una pequeña y sucia cafetería. Era ya avanzada la noche y estaba tomándome una sopa. También reflexionaba sobre cómo podría quitarme la vida. La cafetería quizás estaba en una pequeña ciudad, o tal vez en una gran urbe. Aunque, ahora que pienso en ello, el lugar estaba situado bajo un paso elevado de doble carril, así que debió de ser el segundo caso. El único cliente aparte de mí en aquel local era un hombre bien vestido y sentado al otro extremo de la barra. Bebía una taza de café y advertí que me lanzaba miradas de reojo de vez en cuando. Volví la cabeza hacia él y le lancé una mirada prolongada. Él sonrió y me preguntó si podía sentarse a mi lado en la barra.

—Puede hacer lo que quiera. Ya me marchaba.

—Aún no —dijo, al tiempo que se sentaba en el taburete situado junto al mío—. ¿A qué negocio se dedica?

—A ninguno en particular, ¿por qué lo pregunta?

—No sé. Usted parece conocer el terreno que pisa. Parece que ha estado en bastantes sitios, ¿me equivoco?

—Supongo que no —respondí.

—Me lo imaginaba. Mire, no estoy sólo interesado en mantener una charla cordial. Trabajo a comisión para encontrar a gente como usted. Y creo que tiene lo que hace falta.

—¿Para qué? —pregunté.

—Gestión municipal —contestó.

Apuré las últimas cucharadas de sopa. Me limpié los labios con una servilleta de papel.

—Cuénteme más cosas —dije.

Era eso o quitarme la vida.

ATRACCIÓN DE FERIA Y OTROS RELATOS

PREFACIO

Cuando conocí al autor de los relatos que aquí se transcriben, ya había llegado a un punto crítico en mi propia carrera de escritor de ficción. Aquel caballero, que era considerablemente mayor que yo, caminaba varios pasos por delante de mí en esa misma senda. «Siempre he deseado escapar —dijo en una ocasión— de *las ataduras del mundo del espectáculo*».

Pronunció estas palabras desde el otro lado de la mesa de un reservado en un rincón de la cafetería en la que tenían lugar nuestros encuentros a altas horas de la noche.

Nos presentó una camarera del turno de noche que advirtió que ambos éramos insomnes que acudíamos a la cafetería y nos sentábamos durante horas bebiendo aquel terrible café descafeinado que servían allí y que, de vez en cuando, ambos anotábamos cosas en nuestras respectivas libretas que sosteníamos en la mano.

—Todos los mitos de la humanidad no son nada más que espectáculo —dijo el hombre durante nuestro primer encuentro—. Todo por lo que supuestamente vivimos y por lo que supuestamente morimos, ya sean unas escrituras religiosas o eslóganes improvisados, todo es espectáculo. El alzamiento y la caída de imperios… espectáculo. La Ciencia, la Filosofía y todas las disciplinas bajo el sol, e incluso el propio sol, así como todas esas masas de materia que se mueven temblorosas en la negrura de allá arriba… —me dijo, al tiempo que señalaba hacia la ventana cercana al reservado en el que estábamos sentados—, espectáculo, espectáculo, espectáculo.

—¿Y qué hay de los sueños? —pregunté, creyendo que podría haber dado con una excepción a su visión dogmática o, al menos, una excepción que él pudiera aceptar como tal.

—¿Se refiere a la clase de sueños que tenemos en este momento o a los que disfrutamos cuando tenemos la fortuna de dormirnos?

Le dije que aceptaba su argumento y retiraba mi desafío, de todas formas lo había planteado sin mucha convicción. Sin embargo, la conversación prosiguió por los mismos derroteros; él presentaba un ejemplo tras otro de las *manifestaciones del mundo del espectáculo*, y yo intentaba proponer excepciones plausibles a la doctrina idiosincrática con la que parecía irremediablemente obsesionado… hasta que nos separamos y nos fuimos cada uno por nuestro camino antes de que amaneciera.

Ese primer encuentro estableció el tono y fijó el asunto a tratar en mis encuentros posteriores en la cafetería con un caballero al que llegaría a considerar mi padre literario perdido. Debo reconocer que alimenté deliberadamente la obsesión del caballero e hice todo lo posible para mantener nuestras conversaciones centradas en ésta, porque tenía la impresión de que su obsesión con *el mundo del espectáculo* se

relacionaba íntimamente con mi propio dilema o crisis como escritor de ficción. ¿A qué se refería exactamente cuando hablaba de «espectáculo»? ¿Por qué creía que la «naturaleza esencialmente teatral» de todas las manifestaciones era problemática? ¿Cómo coincidía o, tal vez, se oponía su obra a lo que él denominaba el «mundo del espectáculo»?

—No pretendo defender mi obra, ni tengo ninguna esperanza de que ésta pueda escapar de las garras del mundo del espectáculo —dijo—. Escribir es simplemente otra acción que reproduzco *automáticamente*. He pedido este terrible café porque estoy en una cafetería de mala muerte. Fumo otro cigarrillo porque mi cuerpo me indica que ya es hora de hacerlo. Del mismo modo, escribo porque me siento empujado a escribir, nada más.

Al detectar una aproximación a un tema más íntimamente relacionado con mis intereses inmediatos, o mi dilema-crisis, le pregunté acerca de su obra y específicamente sobre el tema principal de ésta, su «foco de interés» según lo expresé en aquel momento.

—Mi foco o centro de interés —respondió— siempre ha sido el ruinoso espectáculo de mi propia vida… una ruina autobiográfica que ni siquiera da para un espectáculo de primera, sino más bien para una serie de atracciones de feria, de episodios sin sentido y sin continuidad o coherencia alguna, a excepción de que, a título de maestro de ceremonias de este miserable circo de atracciones de feria, yo soy el hilo conductor y *me ocupo* de ello de la forma más fingida y farandulera posible, la cual, por supuesto e irremediablemente, no logra proporcionar ni el más mínimo atisbo de verdadera continuidad o coherencia. Pero he descubierto que esto es, justamente, lo que conforma la propia esencia del mundo del espectáculo, el cual, de hecho, no es más que negocio de *atracción de feria*. Las mutaciones inesperadas, la pura carencia de fundamentos de los seres, la volatilidad de las cosas… Por necesidad, vivimos en un mundo, un mundo de atracciones de feria, donde todo es definitivamente peculiar y definitivamente ridículo.

—¿En comparación a qué? —exclamé, antes de que sus palabras (que habían llegado al mismísimo corazón de mi crisis o dilema y al asfixiante callejón sin salida de mi existencia como escritor de ficción) se desviaran del tema—. He preguntado en comparación a qué —repetí— considera todo tan peculiar y ridículo.

Tras mirarme con una expresión que no sólo revelaba que estaba reflexionando sobre mi pregunta, sino también que me observaba sopesándome a mí y a todo mi mundo, respondió:

—En comparación a aquel orden innombrable e incognoscible y, sin duda, inexistente, que *no* forma parte del mundo del espectáculo.

Sin pronunciar ni una sola palabra más, se deslizó por el asiento del reservado y salió del rincón, pagó su cuenta en la caja del mostrador y se marchó de la cafetería.

Ésa fue la última vez que hablé con ese caballero y colega escritor.

La siguiente ocasión en la que acudí a la cafetería y me senté en el reservado del

rincón, la camarera del turno de noche me entregó un pequeño fajo de papeles.

—Me dijo que se lo diera a usted y que no volvería a recogerlo.

—¿Eso es todo lo que dijo? —pregunté.

—Eso es todo —respondió ella.

Le di las gracias, pedí un café descafeinado, encendí un cigarrillo y comencé a leer los cuentos que siguen.

I. LA MATRIZ MALIGNA

Durante años gocé del privilegio de recibir informes frecuentes y detallados relacionados con los estudios científicos y metafísicos más avanzados. Esta información era de una naturaleza altamente especializada y aparentemente ignorada por el común de los científicos y metafísicos y, sin embargo, era accesible para ávidos profanos como yo mismo, siempre y cuando, por supuesto, uno poseyera un temperamento receptivo y estuviera voluntariamente abierto a ciertas corrientes de pensamiento y experiencia.

Un día recibí un informe muy especial por el cual supe que se había realizado un asombroso e inesperado avance… Por lo visto, era la culminación de muchos años de intensa investigación científica y metafísica. Este avance, informaba el comunicado, hacía referencia nada menos que al descubrimiento de los verdaderos orígenes de todas las manifestaciones existenciales, tanto físicas como metafísicas… el mismísimo origen —por lo que entendí de las aseveraciones realizadas— de la existencia en el sentido amplio de la palabra. Este comunicado especial también me hacía saber que había sido seleccionado para estar entre aquellos pocos privilegiados a los que se les permitiría una visión de todo lo concerniente a este sorprendente descubrimiento y, por lo tanto, el acceso a una comprensión única de los verdaderos orígenes de toda manifestación existencial. Como yo era un individuo de temperamento extremadamente receptivo al tema en cuestión, sólo necesitaba presentarme en el lugar concreto donde aquel increíble avance en el conocimiento científico y metafísico había tenido lugar.

Seguí escrupulosamente las indicaciones que me comunicaron, aunque, por razones ocultas, no fui informado de todos los detalles de mi destino real. Sin embargo, no pude evitar pensar que por fin iba a visitar unas sofisticadas instalaciones de investigación de alguna clase, un laberinto reluciente con los artefactos más innovadores y aparatos de extraordinaria complejidad. Sin embargo, el lugar al que llegué no se ajustaba a mis expectativas de profano, decepcionantemente convencionales. Esta instalación científica y metafísica, como esperaba, estaba situada en un gran edificio, pero muy antiguo. Entré, siguiendo las indicaciones, por una puerta pequeña que encontré al final de un callejón oscuro y estrecho que bordeaba el viejo edificio. Abrí la puerta y entré, apenas capaz de ver a más de dos

pasos frente a mí, y es que ya era noche cerrada. Se escuchó un leve chasquido cuando la puerta se cerró a mis espaldas y lo único que pude hacer entonces fue esperar a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad reinante.

La luz de la luna entraba por alguna ventana sobre mi cabeza y se extendía tenuemente sobre el sucio suelo de cemento. Pude vislumbrar que me encontraba a los pies de un hueco de escalera vacío. Escuché unos sonidos apagados de algo que se arrastraba directamente hacia mí. Entonces vi lo que emergía de una zona en sombras de aquel hueco de escalera. Era una cabeza apoyada en un cuello corto sobre el que se impulsaba como un caracol, moviéndose centímetro a centímetro por el suelo de cemento. Sus rasgos estaban poco definidos, aunque parecían deformes o mutilados, emitía sonidos cuyos significados no llegaba a comprender y su mandíbula angulosa se abría y cerraba mecánicamente. Antes de que la cabeza se acercara demasiado, advertí que había algo más en otro rincón en penumbra de aquel lóbrego hueco de escalera iluminado por la luna. No mucho más grande que la cabeza que se aproximaba por el suelo, este otro ente me pareció a primera vista una masa casi del todo informe, bastante pálida, que tan sólo pude identificar como *tejido animado* porque, intermitentemente, se abría como uno de esos moluscos bivalvos gigantescos que habitan en las enormes profundidades suboceánicas. Y emitía el mismo sonido que la cabeza reptante; ambos gritaban a los pies de aquel sombrío hueco de escalera vacío, el lugar, según me habían informado, en el que me enfrentaría al origen de todos los fenómenos existenciales.

Entonces, mientras permanecía allí de pie escuchando los lamentos de aquellas criaturas a los pies de un hueco de escalera vacío, pensé que, tal vez, había sido víctima de un engaño y abandoné aquel lugar por la misma puerta por la que había entrado. Pero justo cuando esa puerta se cerró tras de mí, fui consciente de lo mucho que aquellos sonidos que había escuchado me recordaban a las tenues voces de criaturas que, por muy imperfectas que sean sus formas, han sido lanzadas al mundo de las manifestaciones de la existencia.

II. COMUNICACIÓN PREMATURA

A primeras horas de una mañana de invierno de mi niñez, mientras estaba todavía echado en la cama en el piso de arriba, observando unos copos de nieve que flotaban tras el cristal de la ventana de mi dormitorio, oí que una voz en el piso de abajo pronunciaba estas palabras: «El hielo del río está rompiéndose». Aquella voz no me resultaba familiar. Era áspera y al mismo tiempo sonaba muy baja, como si un montón de máquinas oxidadas hubieran susurrado algo desde las sombras de una vieja fábrica. Aquella voz no dijo nada más.

Cuando salí de mi habitación y bajé, encontré a mis padres en la cocina, como era habitual a esas horas de las mañanas de invierno. Mi padre leía el periódico y mi

madre preparaba el desayuno mientras los mismos copos que flotaban frente a la ventana de mi habitación ahora flotaban lentamente frente a la ventana de la cocina. Antes de que pudiera decir una palabra, de repente mi madre me dijo que tendría que quedarme dentro de la casa el resto del día, sin explicar el porqué de esa orden. Reaccioné preguntando, con palabras de niño, si mi confinamiento en la casa ese día tenía algo que ver con las palabras que había pronunciado la voz, que «el hielo del río se estaba rompiendo». Desde el otro extremo de la cocina mi padre levantó la mirada hacia mi madre y ninguno de ellos habló. En ese momento me di cuenta por primera vez de cuántas cosas del mundo me resultaban desconocidas, qué reticentes y con frecuencia completamente silenciosas eran las personas y lugares de mi pequeño mundo infantil.

No recuerdo la explicación que mi madre o mi padre me dieron para justificar que debía quedarme en la casa el resto del día. De hecho, no sentía ningún deseo de salir fuera de la casa esa mañana de invierno, no mientras aquella voz, cuyo misterio nunca fue revelado por mi madre o mi padre, continuara hablándome en aquel tono áspero, bajo y distante, desde todos los rincones en penumbra de la casa, al tiempo que los copos de nieve flotaban tras las ventanas, repitiendo una y otra vez que el hielo del río se rompía.

Pocos días después mis padres me ingresaron en un hospital donde me administraron varias medicaciones potentes y otras formas de tratamiento. De camino al hospital mi padre me sujetaba en el asiento de atrás del coche mientras mi madre conducía, y sólo me calmé durante unos segundos cuando cruzamos un viejo puente construido sobre un río bastante ancho que no había visto antes.

Durante mi estancia en el hospital descubrí que era la medicación que me suministraban, más que los distintos métodos de tratamiento, lo que me permitió entender la naturaleza de la voz que escuché aquella mañana de invierno. Sabía que mis padres cruzarían aquel viejo puente siempre que vinieran a visitarme al hospital, así que el día que el doctor y uno de mis familiares cercanos aparecieron en mi habitación para explicarme los detalles de cierto «suceso trágico», fui el primero en hablar. Antes de que pudieran informarme del triste destino de mi madre y mi padre y de los detalles del suceso, les dije: «El hielo del río se ha roto».

Y la voz que pronunciaba esas palabras no era la de un niño, sino que era una voz áspera y, a un mismo tiempo, susurrante, que brotaba de las profundidades de aquella enorme y antigua maquinaria que propulsaba, mediante sus propios mecanismos defectuosos y ocultos, hasta los movimientos más infinitesimales del mundo tal como yo lo conocía. Así pues, mientras mi doctor y mi familiar cercano me explicaban con mayor detalle lo ocurrido a mis padres, me limité a mirar por la ventana, observando la maquinaria (a la que yo mismo ahora había sido incorporado) mientras producía los copos de nieve que caían uno a uno tras la ventana de mi habitación de hospital.

III. EL BORRÓN ASTRONÓMICO

En una calle de casas muy viejas había un edificio que no era una vivienda, sino una pequeña tienda abierta a todas horas del día y de la noche, y cada día del año. Al principio me pareció que la tienda era un lugar primitivo, una vuelta a una época anterior en la que un negocio podía operar en un distrito totalmente residencial, por muy ruinoso que fuera el estado de las viviendas. Pero era algo mucho más que primitivo en el sentido habitual, porque el pequeño comercio no anunciaba su nombre en ningún sitio, ni mostraba ningún cartel exterior que indicara su lugar en el mundo que lo rodeaba. Tan sólo los residentes locales la llamaban «la pequeña tienda», si alguna vez se referían a ella.

Había una ventana pequeña junto a la puerta de madera oscura del edificio, pero si se echaba un vistazo por el turbio cristal no se podía ver nada reconocible… tan sólo un torbellino borroso de formas indefinidas. Y aunque las luces interiores del edificio siempre estaban encendidas, incluso en mitad de la noche, no era la brillante y habitual iluminación eléctrica lo que parecía brillar por la ventana de aquel lugar, sino un fulgor titilante y tenue. Tampoco se veía a nadie que pudiera ser el propietario del pequeño comercio y nunca se vio a nadie entrando o saliendo de él, mucho menos a la gente del vecindario. Incluso cuando algún coche de paso paraba frente a la tienda y alguien salía del vehículo con intención de entrar en la tienda, nunca iba más allá de la acera antes de darse la vuelta, meterse de nuevo en el coche y marcharse. Los niños de la zona se cruzaban de acera cuando pasaban frente a la pequeña tienda.

Por supuesto, desde el primer momento me entró curiosidad por aquel edificio cuando nos mudamos a una de las casas viejas del barrio. Advertí de inmediato lo que entonces me pareció la naturaleza primitiva, casi primordial, de la pequeña tienda, y observaba durante un buen rato aquella estructura misteriosamente luminosa siempre que salía a dar una vuelta, como hacía con frecuencia, a altas horas de la noche. Practiqué ese hábito durante algún tiempo y jamás advertí ningún cambio en la pequeña tienda, nunca observé nada que no hubiera visto la primera noche cuando descubrí aquel lugar.

Entonces, una noche algo cambió en la pequeña tienda, y algo también cambió en el vecindario que la rodeaba. Sólo duró unos segundos, pero el débil fulgor que ardía en el interior de la tienda pareció llamear con fuerza antes de volver a su habitual estado de parpadeo ardiente y mortecino. Eso fue todo lo que vi. Sin embargo, esa noche no regresé a casa, porque ahora resplandecía con la misma luz primordial que la de la tienda pequeña. Todas las casas viejas del barrio estaban iluminadas de igual manera y todas sus pequeñas ventanas resplandecían tenuemente a tan altas horas de la noche. *Nadie volverá a salir de esas casas*, pensé mientras abandonaba las calles de aquel barrio. *Ni tampoco nadie deseará jamás entrar en ellas*.

Quizás yo había ahondado demasiado en la naturaleza de la pequeña tienda y simplemente ésta me estaba advirtiendo de que dejara de husmear. Por otro lado,

quizás fui testigo accidental de algo totalmente distinto, algún plan o proceso cuyo último estadio era imposible de prever, aunque todavía se me aparece, ciertas noches, el sueño o la imagen mental de un cielo oscuro en el que las propias estrellas brillan mortecinas con una luz tenue y parpadeante, iluminando un torbellino emborronado en el que es imposible distinguir formas o señales definidas.

IV. EL ABISMO DE FORMAS ORGÁNICAS

Durante años viví con mi hermanastro, que había quedado confinado a una silla de ruedas desde su niñez debido a una enfermedad congénita de la columna vertebral. Aunque se mostraba tranquilo la mayor parte del tiempo, mi hermano, o más bien mi hermanastro, me lanzaba frecuentes miradas con una expresión amarga y vagamente salvaje. Sus ojos eran de un color gris tan extraño, tan pálido y al mismo tiempo tan luminoso que era lo primero que uno advertía al acercarse a él, y el hecho de que viviera postrado en una silla de ruedas siempre quedaba en segundo plano ante la inusual y verdaderamente demoniaca naturaleza de sus ojos, en los que había algo que yo era incapaz de identificar.

Sólo en raras ocasiones mi hermanastro abandonaba la casa en la que vivíamos, y éstas tenían lugar casi exclusivamente cuando, por su insistencia, le llevaba a un hipódromo local en el que corrían caballos la mayoría de las tardes durante la temporada de carreras. Allí observábamos a los animales cuando trotaban hacia el circuito y corrían en todas las carreras, desde la primera hasta la última, y nunca apostábamos por ninguno de ellos, aunque siempre regresábamos a casa con el programa de carreras, que incluía los nombres y las estadísticas de rendimiento de todos los caballos que habíamos visto. Durante años observé a mi hermano sentado en la silla de ruedas justo detrás de la valla que bordeaba el circuito, y siempre advertía la intensidad con la que miraba a aquellos caballos; sus ojos grises miraban de una forma totalmente distinta a la expresión amarga y salvaje que adoptaba cuando estábamos en casa. Los días que no visitábamos el circuito, mi hermanastro estudiaba minuciosamente los viejos programas de carreras con los nombres de innumerables caballos y complejas estadísticas de rendimiento competitivo, así como información sobre el aspecto físico de los animales, que incluía la edad de los caballos y sus distintos colores, ya fueran castaños o bayos, ruanos o grises.

Un día regresé a la casa que compartí durante muchos años con mi hermanastro y encontré su silla de ruedas vacía en medio del salón. Alrededor de ésta y formando un círculo, estaban los viejos programas de carreras que mi hermano coleccionaba hechos trizas. Había un montículo bastante grande de esos trozos de papel alrededor de la silla de ruedas de mi hermano, mi hermanastro, y en cada uno de esos trozos se leía el nombre de uno de los muchos caballos que vimos durante nuestras visitas al hipódromo. Todos aquellos nombres me resultaban familiares: Avatara, Royal

Troubadour, Hallview Spirit, Mechanical Harry T, etcétera. Luego advertí que había un rastro de trozos de papel que se alejaba de la silla de ruedas y se dirigía hacia la puerta de la entrada. Seguí el rastro hasta fuera de la casa, donde encontré unos cuantos fragmentos más de los viejos programas de carreras en el porche. Pero el rastro se perdía antes de llegar a la acera; por lo visto, los trozos pequeños se habían dispersado arrastrados por las fuertes ráfagas de viento de un frío día de septiembre. Tras investigar durante algún tiempo, no pude encontrar nada que me revelara qué había pasado con mi hermano —es decir, mi hermanastro—, ni tampoco pudo informarme nadie más. Ninguna explicación por parte de persona u organismo alguno aclaró lo suficiente la razón o modo de su desaparición.

Fue poco después de este incidente cuando, por primera vez en mi vida, fui solo al hipódromo que mi hermano y yo habíamos frecuentado juntos en tantas ocasiones. Allí observé a los caballos trotando hacia el circuito en todas y cada una de las carreras, desde el primero al último de los caballos.

Después de la última carrera del día, cuando los caballos ya abandonaban el circuito para regresar a la zona de los establos, vi que uno de aquellos animales, un semental ruano, tenía los ojos de un color gris sumamente claro y extraño. Cuando ese caballo en particular pasó por donde yo estaba apostado, giró sus ojos hacia mí y los clavó en los míos con una expresión que parecía amarga y profundamente salvaje y que provocó en mí una sensación de algo inusual, de algo verdaderamente demoniaco que jamás fui capaz de identificar.

V. EL FRENESÍ FENOMENOLÓGICO

Ya llevaba tiempo buscando una casa en la que, a menos que ocurriera algo inesperado, tenía intención de vivir el resto de mi vida. Durante ese periodo de búsqueda de hogar me sorprendí a mí mismo considerando residencias cada vez más distantes de las viviendas circundantes, hasta que por fin la búsqueda de una casa en la que vivir el resto de mi vida me llevó a desplazarme a remotas regiones a millas de distancia de las poblaciones más apartadas. En ocasiones, yo mismo me sorprendía de los remotos parajes en los que me aventuraba para investigar un viejo caserón al que me había enviado algún agente inmobiliario o con el que simplemente me topaba durante mis excursiones cada vez más alejadas de cualquier región habitada o de las casas circundantes.

Fue un día que me encontraba conduciendo por una carretera secundaria hacia uno de esos parajes apartados, una tarde ventosa de noviembre, cuando descubrí la clase de vivienda aislada que, llegados a este punto, me parecía el único hogar concebible donde poder vivir el resto de mi vida con alguna posibilidad de estar en paz en el mundo. Aunque aquel edificio de madera de dos plantas se alzaba en un terreno apartado y relativamente plano, con unos cuantos árboles desnudos y un

depósito de agua en ruinas interponiéndose entre la casa y el mortecino horizonte otoñal, no advertí su presencia basta que estuve a punto de pasar de largo. No había rastro de vegetación alrededor de la casa, tan sólo el mismo matorral bajo y gris que invadía todo el terreno hasta donde alcanzaba la vista. Sin embargo, la propia casa parecía de construcción bastante reciente y no era exactamente el tipo de vivienda en decadencia en la que deseara vivir el resto de mi vida en corrompida reclusión.

Ya he mencionado que era un día ventoso y, mientras contemplaba aquella casa espectacularmente aislada, el clima de aquel paraje se tornó casi ciclónico. Además, el cielo estaba empezando a oscurecer por los bordes del horizonte, a pesar de que no se veía ninguna nube en el cielo y aún faltaban varias horas para el crepúsculo. A medida que fue aumentando la fuerza del viento, los únicos elementos de aquel paraje apartado —los pocos árboles desnudos y el depósito de agua roto— parecían alejarse en la distancia, al tiempo que la casa frente a la que estaba parecía cernirse más y más sobre mí. Invadido por un pánico irreflexivo, corrí de regreso al coche, forcejeé con la puerta intentando abrirla mientras el viento la golpeaba con fuerza. En cuanto estuve dentro del coche, encendí el motor y me alejé de allí tan rápido como me lo permitieron las condiciones atmosféricas. Sin embargo, parecía que no avanzaba en absoluto por la carretera por la que había accedido a aquella región: el horizonte seguía oscureciéndose y alejándose y la casa en el espejo retrovisor seguía cerniéndose sobre mí en su amenazadora perspectiva. Al rato las cosas comenzaron a cambiar y aquel paraje remoto y la casa aislada de dos plantas disminuyeron de tamaño a mis espaldas.

Fue sólo más tarde cuando me pregunté en qué lugar podría vivir el resto de mi vida si no era en aquel paraje apartado, aquel paraíso remoto en el que se erguía una casa que parecía estar especialmente diseñada para mí. Pero ese mismo lugar, aquel lugar de genuino descanso en el que hubiera podido vivir el resto de mi vida con un mínimo de paz, ahora sólo era algo más que temer.

EPÍLOGO

Además de los cinco relatos aquí presentados, también encontré unas notas, la mayoría en forma de frases inconexas, para un sexto relato con el supuesto título provisional de “Atracción de feria”. Siguiendo el estilo de los demás, este relato parecía destinado a no ser más que una viñeta irreal, un episodio del «peculiar y ridículo mundo del espectáculo», por citar las notas del autor. Había otras frases o ideas singulares que aparecían en esas notas y que también habían surgido en mis conversaciones con el autor mientras estábamos sentados en el reservado del rincón de aquella cafetería a lo largo de varias noches. Por ejemplo, frases como «la volatilidad de las cosas» y «mutaciones inesperadas» aparecían constantemente, como si sirvieran de principios rectores de esta narración supuestamente abandonada.

Supongo que no debería haberme sorprendido al descubrir que el autor de la narración incompleta había hecho referencia a mi persona, porque ya había descrito bastante claramente su obra como una «ruina autobiográfica». En estas notas se refiere a mi persona como el «otro hombre de la cafetería» y como «un pobre insomne que fabrica juegos de palabras artísticos para sí mismo con el fin de distraer su mente de la ciudad de atracciones de feria en la que ha pasado toda su vida». Las palabras «ciudad de atracciones de feria» aparecen antes, en lo que al parecer es la frase inicial del relato interrumpido o deliberadamente abandonado. Esta frase en particular resulta interesante por el hecho de que apunta directamente a cierta continuidad con otro de los relatos, algo que, desde mi punto de vista, se halla ausente en aquellos fragmentos enfebrecidos y aparentemente enajenados. «Después de fracasar en mi búsqueda de la casa en la que poder vivir el resto de mi vida», comienza la frase, «empecé a viajar frenéticamente de una ciudad de atracciones de feria a otra, y cada una de ellas se adentraba aún más en las profundidades del mundo del espectáculo».

Dado el carácter incompleto de las notas para el relato titulado “Atracción de feria”, por no mencionar la calidad sumamente elíptica que caracteriza incluso su obra acabada que ya había leído, no perdí demasiado tiempo buscando un mínimo de *coherencia y continuidad* que él afirmaba proporcionar a los «episodios sin sentido» que formaban el estrato fundamental tanto de su obra como de su experiencia del mundo. Y, en cierto momento, estas notas dejaron de parecerme un tosco borrador de algún relato en proceso de escritura y adoptaron el tono de un diario o una confesión privada. «Le dije a X [una referencia a mí mismo, supuse] que escribía porque me sentía *empujado* a hacerlo», escribió.

«No mencioné en qué podía consistir tal empuje, y él no me lo preguntó. Me resultó muy extraño, ya que parecía exhibir todas las sutiles cualidades de un temperamento receptivo, por no mencionar esos rasgos bastante menos sutiles que me resultaron evidentes desde nuestro primer encuentro. Era como mirar en un espejo distorsionado de una barraca de feria: la deslumbrante similitud de nuestros anhelos literarios, nuestro insomnio compartido, incluso la marca de cigarrillos que ambos fumábamos y que con frecuencia encendíamos simultáneamente. *Yo* no estaba dispuesto a mencionar esos detalles, pero ¿por qué no lo hizo *él*?»

Recordé aquella noche en la que cuestioné la afirmación realizada por mi acompañante de que todo (es decir, en un «mundo de atracciones de feria») era «definitivamente peculiar y definitivamente ridículo». En sus notas, o confesión, escribió: «No existe ningún baremo para medir la peculiaridad o la ridiculez de las cosas, ni siquiera uno que sea indefinible o incognoscible, palabras que son simplemente una tapadera o un subterfugio. Estas cualidades —lo peculiar y lo ridículo— son inmanentes y absolutas en toda existencia y lo serían en cualquier orden existente concebible…» Esta última frase ha sido fielmente transcrita de las notas del autor, truncada por una elipsis que le permite saltar a su siguiente

pensamiento, expresado en la misma línea. «¿Por qué X no cuestionó esta afirmación? ¿Por qué permitió que tantas cosas se quedaran en la superficie cuando podría haber ahondado en ellas mucho más?» Y en la siguiente línea, escribió: «Un sino peculiar y ridículo en una ciudad de atracciones de feria».

Después de terminar de leer los cinco relatos completos y las anotaciones-diario-confesión del sexto relato, salí de la cafetería apresuradamente para evitar que ni el más mínimo rayo del inminente amanecer me pillara sentado en aquel reservado del rincón, una situación que siempre me parecía intensamente deprimente por algún motivo. Recorrí mi habitual ruta de callejuelas y callejones hasta llegar a casa y me paré varias veces para admirar el sugerente fulgor en la ventana de una pequeña tienda o la red de cables que colgaba durante todo el trayecto por encima de mí, y la energía que fluía en su interior parecía tirar de mí y colocar cada uno de mis pasos en su lugar. Ésta era sin duda una ciudad de atracciones de feria en todos los sentidos, peculiar y ridícula en su esencia, aunque no más que cualquier otro lugar. Creo que mi compañero de la cafetería pudo en cierto momento sentir un profundo agradecimiento por esa situación, pero de alguna forma lo perdió. Al final resultó ser incapaz incluso de adoptar una actitud de resignación, no digamos ya la suficiente fortaleza para dejarse llevar por las realidades inmanentes y absolutas, las grandes cuestiones ineludibles que él había tenido el privilegio de atisbar, por decirlo de alguna manera, a los pies de un hueco de escalera vacío y en penumbra.

Ya casi había llegado a casa cuando escuché un ruido entre un montón de basura en un callejón bajo la luz azul plateada de una farola. Miré atentamente el montón de latas de pintura vacías, las ruedas de bicicleta sin neumáticos, los palos oxidados de cortinas y otros objetos similares, y entonces vi a la pequeña criatura. Era algo que bien podría proceder del interior de un tarro de cristal expuesto en un museo o una atracción de feria. Lo que recuerdo con más claridad es la impresión que dejaron en mí aquellos ojos grises pálidos; ya había advertido que me resultaban familiares y que me habían mirado numerosas veces desde el otro lado de un reservado en un rincón de una cafetería. Aquellos ojos ahora me miraban acusadoramente desde una pila de viejos periódicos, noticias amontonadas sobre el mundo de las atracciones de feria. Cuando me giré para marcharme, la criatura consumida intentó llamarme, pero el único sonido que logró emitir fue un ruido áspero y ronco que retumbó fugazmente por el valle. «No», escribió en sus anotaciones del sexto relato inacabado. «Me niego a seguir siendo un escriba de todo este fenómeno del mundo del espectáculo». Yo, por mi parte, ya había superado mi crisis literaria y sólo deseaba regresar a mi escritorio; mi cerebro casi vibraba con una energía inusitada, a pesar de haber pasado otra noche en blanco.

LA MARIONETA PAYASO

Siempre había tenido la impresión de que mi existencia, simple y llanamente, consistía en el más atroz de los sinsentidos. Desde que tengo uso de razón, cada incidente y anhelo de mi vida sólo ha servido para perpetrar un episodio tras otro del más manifiesto sinsentido, todos ellos atrozmente absurdos. Desde cualquier perspectiva —íntimamente cercana, infinitamente remota, o cualquier punto intermedio—, parecía que todo fuera siempre un mero accidente insólito que ocurría a una velocidad dolorosamente lenta. En ocasiones, me he quedado sin aliento por el caos impecable, el sinsentido absolutamente perfecto de algún espectáculo que tenía lugar fuera de mí mismo, o en mi interior. Imágenes de formas y líneas retorcidas brotan en mi mente. *Garabatos de un epiléptico mentalmente trastornado*, me he repetido con frecuencia a mí mismo. Si pudiera hacer alguna salvedad a esta situación atrozmente disparatada que he descrito —y no haré *ninguna*—, esta sola excepción incluiría aquellas *visitas* que experimentaba muy de vez en cuando a lo largo de mi existencia y, en especial, una visita en concreto que tuvo lugar en la farmacia del señor Vizniak.

Yo estaba apostado detrás del mostrador en el modesto establecimiento del señor Vizniak ya avanzada la noche. A esas horas ya no había prácticamente clientes, ninguno de hecho, debido a la apartada ubicación del local y sus dimensiones de cuchitril; además, yo mantenía el lugar en una oscuridad casi completa tanto dentro como fuera. El señor Vizniak vivía en un pequeño apartamento en la planta de arriba de la farmacia y me dio permiso para abrir o cerrar el local cuando me apeteciera después de cierta hora. Parecía ser consciente de que estar apostado tras el mostrador de su local a todas horas de la noche y en casi total oscuridad, a excepción del tenue resplandor de algunos apliques en las paredes, proporcionaba a mi mente algo de distracción del sinsentido atroz que de otra forma la hubiera ocupado. Eventos posteriores más o menos probaron que el señor Vizniak, en efecto, poseía un conocimiento especial y que existía, de hecho, una peculiar simpatía entre el anciano y yo mismo. El local del señor Vizniak estaba ubicado en una oscura callejuela y el barrio circundante permanecía inactivo a altas horas de la noche. Como la mayoría de las farolas del vecindario estaban rotas o no se encendían por algún otro motivo, lo único que veía por el pequeño escaparate de la tienda era la señal de neón en la ventana de la carnicería en la acera de enfrente. Aquella luz de neón permanecía encendida toda la noche en el escaparate de la carnicería y se leían tres palabras: «TERNERA, CERDO, CABRITO». Solía quedarme mirando esas palabras y las contemplaba hasta que mi mente se llenaba de tal sinsentido cárnico, de ternera, cerdo y cabrito, que me veía obligado a apartar la vista y encontrar algo con lo que distraerme en la trastienda de la farmacia, donde no había ventanas y por ello ningún peligro de que viera la carnicería. Pero cuando estaba en la trastienda, empezaban a llenar mi mente

las medicinas allí almacenadas, los frascos y tarros y cajas sobre cajas apiladas desde el suelo hasta el techo en un rincón totalmente abarrotado. Había aprendido algo sobre esas medicinas del señor Vizniak, aunque no tenía una titulación que me acreditara para prepararlas y dispensarlas a clientes sin su supervisión. Sabía qué medicinas podían ser usadas para causar la muerte a aquel que las ingiriera en la cantidad y forma adecuadas. Así pues, siempre que entraba en la trastienda para aliviar mi mente del sinsentido de la carne causado por la contemplación prolongada de la tienda de ternera-cerdo-cabrito, casi al instante me preocupaba por las mortales medicinas o, dicho de otra manera, me obsesionaba con el sinsentido de la muerte, que es una de las peores y más atroces formas de sinsentido. Normalmente, acababa escondiéndome en el pequeño retrete de la trastienda, donde podía recuperarme y aclararme la mente antes de regresar a mi posición tras el mostrador de la farmacia del señor Vizniak.

Fue allí —detrás del mostrador de la farmacia, quiero decir— donde viví una de aquellas *visitas* que consideraba única excepción al sinsentido profundamente atroz de mi existencia, pero que de hecho, debo decir, eran el nadir del absurdo. Ésta fue mi *visita de la farmacia*, así llamada porque siempre he experimentado una sola visita en cada lugar determinado… tras la cual comienzo a buscar una nueva situación, ya sea más o menos similar a la anterior. Todas las situaciones anteriores a la de la farmacia del señor Vizniak eran esencialmente situaciones como la de la farmacia, ya fuera mientras trabajaba de vigilante nocturno patrullando alguna propiedad desolada o de enterrador en algún cementerio de alguna población remota, o mientras pasaba interminables tardes grises sentado en una biblioteca anodina, o arrastrando los pies de un lado a otro de los claustros de un monasterio estéril. Todas ellas eran en esencia situaciones como la de la farmacia y todas ellas más pronto o más tarde implicaban una *visita*… la visita del monasterio o la visita de la biblioteca o la visita del cementerio o la visita mientras repartía paquetes de un lado a otro de la ciudad en mitad de la noche. Al mismo tiempo, hubo ciertos aspectos de la visita de la farmacia que la diferenciaron de cualquier otra visita, ciertos elementos nuevos y sin precedentes que hicieron que esta visita fuera excepcional.

Comenzó con la habitual rutina de sinsentido. Poco a poco, mientras permanecía tras el mostrador de la farmacia ya avanzada la noche, la luz que manaba de los apliques de las paredes cambió de un amarillo tenue a un denso dorado rojizo. Nunca he desarrollado una intuición especial que me permitiera predecir cuándo iba a ocurrir, y así poder decirme a mí mismo: «Ésta será la noche en la que la luz cambia a un tono dorado rojizo. Ésta será la noche de otra visita». Envuelto en la nueva luz (la densa iluminación dorada rojiza), el interior de la farmacia adoptó la exótica opulencia de un óleo antiguo; todo quedó transformado bajo una gruesa pátina de reluciente oscuridad. Y siempre me he preguntado qué aspecto tiene mi propio rostro bajo esa luz nueva, pero en esos momentos nunca puedo pensar sobre tales cosas, porque sé lo que está a punto de suceder y lo único que puedo hacer es esperar que

suceda pronto.

Después del asunto de la intensidad de la luz, apenas transcurren unos segundos antes de que tenga lugar una aparición, lo que significa que la propia visita ha comenzado. Primero, la luz cambia a dorada rojiza y luego empieza la visita. Nunca he sido capaz de descubrir la razón de esta secuencia, como si pudiera haber una razón en un sinsentido tal como estas visitas o cualquier fase concreta de estas visitas. Sin duda, cuando la luz cambia a una tonalidad dorada rojiza estoy siendo advertido de antemano de que está a punto de tener lugar una aparición, pero esto nunca me ha permitido contemplar la *manifestación real*, y ya había desistido de intentarlo cuando tuvo lugar la visita de la farmacia. Sabía que si miraba a mi izquierda, la aparición tendría lugar en el campo de visión de mi derecha; a la inversa, si centraba la mirada en el campo de visión de mi derecha, la aparición tenía lugar justamente a mi izquierda. Y, por supuesto, si simplemente miraba al frente, la aparición tenía lugar justo más allá de mi campo de visión, tanto a la derecha como a la izquierda, silenciosa e instantánea. Sólo después de aparecer comenzaba a emitir algún ruido, una especie de traqueteo, mientras se situaba directamente delante de mis ojos y, entonces, como siempre pasaba, contemplaba a la criatura; un ser del que se podía decir que tenía todas las características de una marioneta antigua, un títere de una época arcaica.

Era casi de tamaño real y flotaba lo suficientemente alto por encima del suelo de la farmacia para que su rostro estuviera al mismo nivel que el mío. Estoy describiendo la marioneta tal como apareció durante la visita de la farmacia, pero he de decir que siempre adoptaba la forma de la misma marioneta antigua flotando frente a mí entre una bruma dorada rojiza. Su aspecto era el de un payaso con pantalones claros bajo una especie de blusón claro, unas manos delgadas y pálidas brotaban de los puños fruncidos de las mangas y una cabeza con el rostro blanco como empolvado emergía de un cuello de camisa fruncido. Al principio, siempre me resultaba difícil mirar directamente el rostro de la marioneta cuando aparecía, porque la expresión de aquel rostro era tan simple y neutra y, a un mismo tiempo, tan profundamente maligna y perversa. En palabras de un crítico de teatro de marionetas, la expresividad de un títere o una marioneta reside en sus brazos, manos y piernas, nunca en su rostro o cabeza, como sí ocurre con un actor humano. Pero en el caso de la marioneta que flotaba ante mí en la farmacia, no era así. Su expresividad estaba centrada en la cara de piel pálida y carcomida, la nariz ligeramente respingona, los labios delicados y unos ojos muertos de marioneta… ojos que no parecían capaces de fijarse o centrarse en nada, sino que simplemente observaban con una expresión inalterable de pesadillesca maldad, una expresión estupefacta profundamente absurda de maldad y crueldad. Así que, siempre que esta marioneta aparecía, en un principio evitaba mirar el rostro y me centraba en sus pies diminutos ocultos bajo un par de zapatillas claras que colgaban justo a ras de suelo. A continuación, siempre recorría con la mirada los cables que estaban atados al cuerpo de la marioneta, e intentaba

distinguir adónde llegaban. Pero a una altura determinada, la visión me fallaba. Podía recorrer con la mirada los cables a lo largo de la perfecta línea vertical… y, entonces, estos cables se perdían en una especie de nebulosa, un techo de luces y sombras distorsionadas que creaban una división sobre la cabeza de la marioneta —y la mía propia— más allá de la cual no se percibía ninguna imagen nítida, nada en absoluto, a excepción de un vago movimiento lento, como una capa densa de nubes vista desde lejos a través de un sombrío crepúsculo dorado rojizo. Este fenómeno de la desaparición de los cables en una nebulosa alimentaba la creencia que había estado afianzando a lo largo de los años de que la marioneta no poseía vida propia. Desde mi punto de vista, aquella criatura era capaz de realizar sus habituales movimientos sólo gracias a esos cables (el término, «movimientos», como me preocupé de averiguar durante mi infructuosa investigación, era habitualmente utilizado en otro tiempo para referirse a distintos tipos de marionetas, como en la frase: «Los movimientos recientemente vistos en la Feria de Saint Bartholomew realizan payasadas de cuestionable gusto ante un público al que más le hubiera aprovechado una contemplación en profundidad del frágil e incierto destino de sus almas inmortales»). La marioneta osciló hacia delante en dirección al mostrador de la farmacia tras el que yo estaba apostado. Las distintas piezas de su cuerpo se agitaron con un traqueteo laxo y ruidoso en el silencio de la noche antes de quedar inmóvil. Extendió una de sus manos hacia mí y sus dedos apenas sujetaban una hoja arrugada de papel.

Por supuesto, cogí la pequeña hoja, que parecía haber sido arrancada de uno de esos viejos blocs para escribir recetas farmacéuticas. A lo largo de los años, he aprendido a responder obedientemente a las entradas que la marioneta me da. En una ocasión, años antes de la visita de la farmacia, fui lo suficientemente osado o estúpido para llamar a la marioneta y sus visitas exactamente lo que eran: un sinsentido atroz. Se lo dije a la cara a aquella marioneta payaso: «Llévate tu sinsentido a otro lado», o quizás dije: «estoy harto de este sinsentido despreciable y nauseabundo». Pero esta queja no sirvió de nada. La marioneta se limitó a esperar a que se me pasara aquella demencia insensata y luego continuó realizando los movimientos ensayados para esa visita en particular. Así que examiné la hoja de la receta que la criatura me había pasado por encima del mostrador y al instante advertí que lo que estaba escrito allí no era más que un caos de garabatos y borrones, precisamente la clase de sinsentido que tendría que haberme esperado durante la visita de la farmacia. Sabía que debía seguir la corriente a la marioneta payaso, aunque nunca llegaba a estar del todo seguro de lo que se esperaba de mí. Tras experiencias previas, averigüé que resultaba una pérdida de tiempo intentar adivinar lo que ocurriría al final de una visita concreta, porque la criatura marioneta era capaz de cualquier cosa. Por ejemplo, en una ocasión me visitó cuando trabajaba en el turno de noche en una casa de empeños de los bajos fondos. Le dije a aquella cosa que no me hiciera perder más el tiempo a menos que pudiera hacer aparecer un diamante exquisitamente tallado del tamaño de un yoyó. Entonces, metió la mano por debajo de la especie de blusón claro que llevaba y rebuscó allá

abajo, luego alargó la mano bajo los pantalones.

—Bueno, venga —grité a la marioneta payaso, y repetí—: Tan grande como un yoyó.

No sólo sacó de allí abajo un diamante exquisitamente tallado que era, en términos generales, tan grande como un yoyó, sino que además el objeto que me mostró la marioneta y que brilló ante mis ojos —iluminando la penumbra de la casa de empeños— tenía la *forma* de un yoyó… La criatura se puso a jugar perezosamente con el diamante yoyó justo frente a mí, haciéndolo rodar por el cordel sujeto a uno de aquellos pálidos dedos de marioneta, lanzándolo hacia abajo y tirando hacia arriba una y otra vez mientras las facetas de aquel diamante exquisitamente tallado arrojaban fulgores pirotécnicos a todos los rincones de la casa de empeños.

Entonces, todavía de pie tras el mostrador de la farmacia, mientras observaba los garabatos y borrones de la hoja arrancada de un viejo bloc de recetas farmacéuticas, comprendí que era inútil poner a prueba a la marioneta payaso, o prever qué ocurriría durante esa visita en particular, o en qué aspecto sería diferente a las visitas anteriores. Así pues, me limité a hacer mi papel, mi papel de la farmacia, siguiendo con tanta fidelidad como pude el guión que supuse que ya había sido escrito, aunque no tenía ni idea de por quién o por qué cosa.

—¿Podría mostrarme un documento de identificación válido? —pregunté a la criatura, al tiempo que apartaba la mirada de su semblante pálido y macilento de payaso y sus ojos muertos de marioneta, la dirigía hacia la ventana de la farmacia y la clavaba en la señal de neón del escaparate de la carnicería de la acera de enfrente. Leí una y otra vez las palabras TERNERA-CERDO-CABRITO, TERNERA-CERDO-CABRITO, y éstas inundaron mi mente con un sinsentido de carne, infinitamente menos atroz que el sinsentido de marioneta al que ahora me enfrentaba.

—No puedo dispensar esta receta —dije, al tiempo que miraba por la ventana de la farmacia—. No, a menos que pueda identificarse correctamente.

Y, de nuevo, me sentí perplejo y sin saber qué hacer cuando la marioneta metió la mano en los pantalones y sacó lo que le pedí.

Continué mirando por la ventana de la farmacia, pensando en todo aquel absurdo de la carne, pero todavía podía ver a la marioneta payaso girando a la luz dorada rojiza y pude oír sus piezas entrechocando unas con otras mientras sacaba pausadamente algo que tenía guardado en los pantalones. Con dedos rígidos pero precisos, la criatura ahora sostenía lo que parecía ser un fino librillo, y lo agitó frente a mí hasta que me volví para mirarle y cogí el objeto. Cuando abrí el librillo comprobé que se trataba de un viejo pasaporte, un pasaporte extranjero escrito con palabras que yo no conocía, a excepción de aquellas que hacían referencia a su dueño legítimo: Ivan Vizniak. La dirección indicada bajo el nombre debía de ser muy antigua, porque sabía que ya habían pasado muchos años desde que el señor Vizniak emigró de su país natal, abrió la farmacia y se mudó a la planta de arriba. También advertí que habían arrancado la fotografía de la cuadrícula asignada a ella en el

documento perteneciente al señor Vizniak.

Nada de esto había ocurrido nunca durante las visitas de la marioneta: nunca se había involucrado a nadie en ninguno de los otros encuentros que experimenté a lo largo de los años con la marioneta payaso, y ahora no sabía cuál era el siguiente paso que debía dar. Lo único que ocupaba mi mente era el hecho de que el señor Vizniak vivía en la planta de arriba de la farmacia y que ahí en mis manos tenía su pasaporte, el cual me lo había proporcionado la marioneta payaso cuando le pedí que se identificara para poder registrar la receta que me había dado o, más bien, para poder hacer como que la registraba, ya que no me veía capaz de descifrar aquellos garabatos y borrones de la vieja receta. Y todo aquello no era más que un atroz sinsentido, como bien sabía por experiencia. De hecho, estaba al borde de provocar una situación violenta, una explosión de histerismo violento con la que acabar de una vez por todas con aquella situación intolerable, por muy desagradable que pudiera resultar. Los ojos de la criatura marioneta eran tan oscuros y se veían tan muertos bajo aquella luz dorada rojiza que envolvía la farmacia… además, su cabeza rebotaba ligeramente y también temblaba de tal manera que hizo que perdiera el control de mis procesos mentales, enmarañándome en una oscura confusión. Pero justo en el momento en el que ya estaba a punto de explotar, la marioneta giró la cabeza, apartó la mirada de mí y sus ojos se centraron en las cortinas de la entrada a la trastienda de la farmacia. A continuación, comenzó a moverse en esa dirección, balanceando sus miembros libremente con los gestos espasmódicos e intensamente mecánicos y traviesos que sólo las marionetas son capaces de hacer. Nada igual había sucedido antes durante las visitas previas de la criatura: nunca había abandonado mi presencia de esa manera. Y, en cuanto desapareció tras las cortinas de la entrada a la trastienda, escuché una voz que me llamaba desde fuera de la farmacia. Era el señor Vizniak.

—Abra la puerta —dijo—. Ha pasado algo.

Podía verle a través de los cristales de la puerta de entrada a la farmacia; miraba a través de ellos con los ojos achinados intentando desentrañar las penumbras de la farmacia. Seguía haciéndome señas con la mano derecha para que me acercara, como si con estos continuados movimientos fuera a lograr que le abriera la puerta. *Otra persona está a punto de entrar en un lugar donde está sucediendo una de estas visitas,* pensé. Pero no parecía haber nada que yo pudiera hacer para evitarlo, nada que pudiera decir, no con la marioneta payaso a tan sólo unos pocos metros en la trastienda. Salí de detrás del mostrador, quité el cerrojo de la puerta de entrada y dejé que el señor Vizniak entrara. Mientras el hombre cruzaba la puerta arrastrando los pies, advertí que llevaba puestas una bata con los bolsillos descosidos y unas zapatillas viejas.

—Todo va bien —le susurré, y luego le supliqué—. Vuelva a la cama. Podemos hablar de esto por la mañana.

Pero el señor Vizniak no pareció oír lo que le dije. Desde que puso el pie en la farmacia advertí en él un extraño estado mental. Todos sus gestos perdieron la

urgencia vital que había mostrado cuando llamaba a la puerta y me hacía señas. Extendió uno de sus dedos pálidos y torcidos hacia arriba y paseó la mirada por el local lentamente.

—La luz… la luz —dijo mientras la iluminación dorada rojiza se reflejaba en su rostro enjuto y arrugado, aportándole un aspecto de máscara cincelada en algún extraño metal, una máscara antigua bajo la cual los ojos miraban desorbitados y brillantes por el miedo.

—Dígame lo que ha pasado —dije, intentando distraerle. Tuve que repetírselo varias veces antes de que me respondiera.

—Creí oír a alguien en mi habitación del piso de arriba —dijo con una voz monótona—. Estaban registrando mis cosas. Pensé que tal vez lo había soñado, pero estaba despierto cuando oí algo que bajaba por las escaleras. No eran pisadas —dijo —. Sólo algo que se arrastraba sigilosamente escaleras abajo. Pero no estaba del todo seguro, así que no bajé aquí inmediatamente.

—No oí a nadie bajando por las escaleras —dije al señor Vizniak, que ahora parecía ensimismado en una prolongada meditación—. Tampoco vi a nadie en la calle. Probablemente sólo fuera un sueño. ¿Por qué no vuelve a la cama y se olvida de todo? —dije.

Pero el señor Vizniak ya no parecía escucharme. Miraba fijamente las cortinas de la entrada a la trastienda de la farmacia.

—Tengo que usar el baño —dijo, mirando aún las cortinas de la entrada.

—Es mejor que regrese arriba a su habitación —le sugerí.

—No —dijo—. Ahí atrás. Tengo que usar el lavabo.

Pintonees comenzó a arrastrar los pies hacia la trastienda y sus viejas zapatillas rozaban suavemente el suelo de la farmacia. Le llamé en voz muy baja varias veces, pero él siguió avanzando hacia la trastienda como si estuviera en un trance. Y, a continuación, desapareció tras las cortinas.

Pensé que el señor Vizniak tal vez no encontrara nada en la trastienda de la farmacia. Pensé que quizás tan sólo viera botellas, tarros y cajas apiladas sobre más cajas de medicinas. *Quizás la visita ya haya acabado*, pensé. Se me ocurrió entonces que la visita tal vez acabó cuando la criatura marioneta traspasó las cortinas de entrada a la trastienda. Pensé que el señor Vizniak tal vez regresara de aquella trastienda después de haber usado el baño y subiera de nuevo a sus estancias en la planta de arriba. Pensé en todo tipo de sinsentidos en los últimos momentos de aquella singular visita de la marioneta payaso.

Pero en una serie de aspectos significativos, esta visita había sido diferente de todas las visitas previas de la marioneta. Incluso podría afirmar que no era a mí a quien la marioneta visitaba en esta ocasión o, al menos, no exclusivamente a mí. Aunque siempre pensé que mis encuentros con la marioneta payaso no eran más que sinsentidos atroces, el mismísimo nadir del absurdo, como ya he dicho, no obstante siempre me acechó la sensación de haber sido elegido de alguna manera de entre

todos los de mi clase, de haber sido *cultivado* con un fin especial. Pero después de que el señor Vizniak desapareciera tras las cortinas descubrí lo equivocado que había estado. Quién sabe cuántos más podrían decir que su existencia no era más que el más atroz de los sinsentidos, un sinsentido que no sería singular y no tendría nada tras de sí, ni más allá de sí, que no fuera más y más sinsentido… un nuevo orden de sinsentido si se quiere, un sinsentido profundamente misterioso, pero un sinsentido al fin y al cabo.

Todos los lugares en los que había estado a lo largo de mi vida no eran más que espacios para el sinsentido de marionetas. La farmacia era sólo un espacio de marionetas como todos los demás. Vine aquí para trabajar detrás del mostrador y esperar a mi visita, pero no había tenido ni idea hasta esa noche de que el señor Vizniak también esperaba la suya. Tras reflexionar sobre ello, pensé que él parecía saber lo que había detrás de las cortinas que conducían a la trastienda de la farmacia, y que también sabía que ya no había ningún lugar a donde ir a excepción de aquellas cortinas, porque cualquier otro lugar al que pudiera ir sólo sería otro espacio de marionetas. Sin embargo, pareció sorprenderse de lo que encontró allá atrás. Y esto es lo más atrozmente absurdo de todo: que él cruzara aquellas cortinas y luego gritara profundamente sorprendido. *Tú*, dijo, o más bien gritó. *Aléjate de mí*. Ésas fueron las últimas palabras que escuché con absoluta claridad antes de que la voz del señor Vizniak se apagara rápidamente, como si se lo estuvieran llevando a una velocidad increíble hacia un lugar muy alto. *Ahora lo podría ver*, pensé en ese instante fugaz. *El señor Vizniak podría ver b que controla los hilos de la marioneta payaso*.

Cuando por fin llegó la mañana y eché un vistazo tras las cortinas, allí no había nadie. Para tranquilizarme, me dije que yo no me sorprendería tanto cuando me llegara el momento. Sin duda, al señor Vizniak se le pasó por la cabeza esa misma idea profundamente disparatada en algún momento de su vida.

LA TORRE ROJA

Las tres plantas de la fábrica en ruinas se erguían en un paisaje sin otro elemento destacable. Aunque un tanto imponente a su manera, ocupaba tan sólo una mínima parte del vacío grisáceo que la rodeaba, y su presencia servía de mero acento sobre un horizonte desolado. Ninguna carretera conducía a la fábrica, y tampoco había rastro de que hubiera existido alguna que llevara hasta allí en un pasado remoto. Si alguna vez existió dicha carretera, habría resultado inútil al topar con cualquiera de los cuatro muros de ladrillo rojo de la fábrica, incluso en los tiempos en los que la fábrica funcionaba a pleno rendimiento. La razón de esto era simple: no había puertas de acceso a la fábrica; ninguna terminal de carga ni entrada permitía atravesar los muros exteriores del edificio, que había sido construido con bloques macizos por los cuatro costados sin una sola ventana por debajo de la segunda planta. La maravilla de una gran fábrica tan cerrada al mundo exterior era algo que me fascinaba poderosamente. Y casi me arrepentí de descubrir la existencia de un acceso subterráneo. Pero, por supuesto, esa revelación a su vez también sirvió de fuente de inspiración a mi capacidad de asombro ciertamente degenerada y a mi pútrido sentido de la fascinación.

La fábrica ya llevaba tiempo en ruinas, los innumerables ladrillos se veían deslucidos y quebradizos y sus múltiples ventanas estaban hechas añicos. Las tres enormes plantas sobre el nivel del suelo estaban vacías a excepción del polvo y el silencio que las llenaban. Se cuenta que las máquinas, que habían abarrotado las tres plantas de la fábrica así como el vasto espacio bajo ésta, se evaporaron —y repito, literalmente «se evaporaron»— poco después de que la fábrica cesara la producción, dejando tras de sí tan sólo unos contornos espectrales de profundos tanques y depósitos, tubos y embudos retorcidos, manivelas y palancas chirriantes, gigantescas correas y ruedas, que se podían apreciar con más claridad a la hora del crepúsculo… y luego dejaban de verse por completo. Según estos relatos rigurosamente alucinados, por toda la Torre Roja, como denominaban a la fábrica, siempre se habían producido *desapariciones* en momentos concretos de su existencia. Este fenómeno, según las delirantes o moribundas palabras de varios testigos, era debido a una profunda hostilidad existente entre los ruidosos y malolientes procesos de la fábrica y la desolada pureza del paisaje que la rodeaba, un conflicto que de forma ocasional acarreaba borrados temporales o desapariciones de estos procesos ocasionados por esta pureza.

A pesar de su origen aparentemente demencial o ingenuo, me parecía que estos testimonios merecían algo más que una escucha superficial. El legendario conflicto entre la fábrica y el paisaje gris que la rodeaba bien podría haber sido la invención de individuos que habían sucumbido a estadios avanzados de un deterioro tanto de índole física como psíquica. No obstante, yo sostenía, todavía sostengo, una teoría

acerca de que la Torre Roja no siempre fue de aquel color peculiar por el que en los últimos tiempos había ganado fama. Así pues, el *enrojecimiento* de la fábrica fue una traición, una ruptura, y es que soy de la creencia de que aquel antiguo edificio fue en tiempos ya olvidados del mismo color parduzco que el mundo que lo abarcaba. Además, con una perspicacia fruto de una racionalidad llevada hasta el extremo de la desesperación, presentí que la Torre Roja nunca estuvo dedicada únicamente a las modestas tareas de una fábrica ordinaria.

Bajo las tres plantas elevadas de la Torre Roja había dos, o posiblemente tres niveles más. El que estaba justo debajo de la primera planta de la fábrica era el nexo de un singular sistema de distribución para la mercancía que se fabricaba en las tres plantas superiores. El primer nivel subterráneo se parecía y funcionaba en muchos aspectos como una vieja mina. Plataformas elevadoras rodeadas de pesada y densa malla metálica, retorcida y oxidada, descendían a bastante profundidad hacia una cámara extensa horadada de forma rudimentaria en la tierra rocosa y caprichosamente perpetuada por una compacta estructura de soportes, un entramado de postes y puntales que incluían una variedad de materiales… madera, metal, cemento, marfil y un delicada malla nervuda, fibrosa y bastante firme. Desde esta cámara central partía toda una red de túneles que penetraban en la tierra bajo el paisaje gris y desolado que rodeaba la Torre Roja. A través de esos túneles, los productos fabricados podían ser transportados, en ocasiones literalmente a mano, pero con más frecuencia por medio de pequeñas vagonetas y carretillas que llegaban hasta los puntos de entrega más remotos e inverosímiles.

La mercancía que se fabricaba originalmente en la Torre Roja era, en cierto sentido, sorprendente, pero a primera vista no parecía ser de una naturaleza extraordinaria o especialmente ambiciosa.

Era un truculento despliegue de productos que podrían ser mejor descritos como artículos de broma. En un principio, la cualidad de los objetos y ensamblajes producidos por las máquinas de la Torre Roja resultaba caótica, un estado azaroso que producía cosas informes sin una apariencia, tamaño o patrón estables. Ocasionalmente podía aparecer algún peculiar bulto lívido que dejaba entrever algo parecido a un rostro o a unos dedos crispados, o quizás un ensamblaje con aspecto de cofre con pequeñas ruedecillas irregulares, pero en su mayor parte los primeros productos parecían ser relativamente inofensivos. Sin embargo, un tiempo después las cosas comenzaron a cuadrar, como ocurre siempre que se elimina un desorden inofensivo y anodino —jamás una situación duradera— y se sustituye por los planes y objetivos más comunes de una creación con propósitos malignos.

Y así fue como la Torre Roja inició la producción de su nueva línea más terrible y desconcertante de singulares artículos de broma. Entre los objetos y ensamblajes que ahora se fabricaban había varios de naturaleza casi inocente. Entre éstos había camafeos mucho más pesados de lo que uno esperaría a juzgar por su tamaño, o guardapelos cuyas brillantes tapas externas se abrían para revelar un negro abismo

reverberante en su interior, una profunda negrura que vibraba con ecos. De un estilo similar, había una serie de réplicas a tamaño natural de órganos internos y organismos fisiológicos, y muchos de éstos evidenciaban un avanzado estado de putrefacción y resultaban desagradablemente calientes y blandos al tacto. Había una falsa mano sin cuerpo cuyas uñas crecían varios centímetros al día y aumentaban tozudamente de tamaño en cuanto alguien intentaba recortarlas. Se diseñaron numerosos productos naturales, principalmente calabazas bulbosas, para que emitieran un largo y ensordecedor grito siempre que fueran levantados o sacados de su letargo vegetal. Había otros objetos menos comprensibles, como unos pegotes endurecidos de lava en cuyas masas toscas e ígneas había incrustados un par de ojos legañosos que dirigían su mirada de un lado a otro perpetuamente como un péndulo incesante. Y también había un humilde trozo de cemento, un fragmento arrancado de alguna calle o acera, que dejaba una mancha sumamente indeleble, grasienta y verde, en cualquier superficie que tocara. Pero estos objetos bastante sencillos fueron seguidos y finalmente reemplazados por objetos y ensamblajes más articulados. Un ejemplo de este tipo complejo de artículo de broma era una ornamentada caja de música que, cuando se abría, emitía un breve borboteo o succión que emulaba los estertores de la muerte de un moribundo. Otro producto fabricado en grandes cantidades en la Torre Roja era un reloj de bolsillo chapado en oro que al abrirse revelaba una curiosa esfera cuyos numerales eran representados por diminutos insectos temblorosos mientras que las «manecillas» que rodaban eran lenguas de reptil, finas y rosadas. Pero estos ejemplos apenas permiten atisbar la variedad de productos que salieron de la fábrica durante su fase de producción de artículos de broma. También debería mencionar las alfombras exóticas tejidas con intricados diseños abstractos que, cuando se observaban durante un cierto tiempo, se recomponían formando fugaces escenas fantasmagóricas como las que plagarían un cerebro febril o incluso uno permanentemente dañado.

Como me fue revelado y como ya les he revelado a ustedes, el medio de distribución de los artículos fabricados en la Torre Roja era un sistema de túneles situados en el primer nivel subterráneo, no el segundo (ni, posiblemente, el tercero), que había sido excavado bajo el propio edificio de tres plantas de la fábrica. Por lo visto, esos niveles subterráneos no formaban necesariamente parte de los cimientos del plano original de la fábrica, sino que, de hecho, fueron una expansión perversa e inusitada que tan sólo podría haber tenido lugar cuando el edificio conocido como la Torre Roja sufrió con el paso del tiempo su propia mutación desde algún estadio anterior hasta convertirse en una modesta fábrica. Esta mutación aparentemente precisó la excavación —no sabría decir si desde arriba o desde abajo— de un sistema de túneles para permitir la distribución de los artículos de broma que, durante un tiempo, produjo la fábrica.

A medida que aquellas invenciones singulares de la Torre Roja fueron alcanzando sus formas definitivas, se les asignaban lugares específicos a los que eran destinadas

para ser posteriormente repartidas a mano o mediante pequeñas vagonetas o carretillas arrastradas en ocasiones a grandes distancias a través de la red de túneles subterráneos. Era imposible adivinar dónde aparecería cada invención. Podría aparecer en el fondo de un armario oscuro o bajo un montón de trastos anodinos, donde algún artículo de la más alta y extrema novedad permanecería allí durante un largo tiempo antes de que lo encontraran por puro accidente o mala fortuna. Por el contrario, la misma invención, u otra del todo distinta, podía ser depositada en la mesilla de noche junto a la cama de alguien para ser descubierta inmediatamente. Cualquier punto de entrega era posible; ninguno escapaba al alcance de la Torre Roja. Incluso existen testimonios histéricos o semiinconscientes sobre artículos de la fábrica descubiertos en el interior de un cuerpo viviente, o un cuerpo ya hace tiempo difunto. Sé que la fábrica poseía la capacidad de tales proezas teniendo en cuenta sus últimos años de producción. Pero mi propia imaginación degenerada quedó atrapada por la idea de cuántos de aquellos monstruosos artículos de broma fabricados en la Torre Roja habían sido entregados tan escrupulosa y devotamente —sólo por medio de aquellos túneles subterráneos interminables— hasta lugares osadamente remotos donde jamás serían encontrados, ni jamás podrían serlo. En verdad, los designios de la Torre Roja eran inescrutables.

Al igual que fue creada una red de túneles de distribución cuando la fábrica inició la manufactura de artículos de broma, se hizo necesaria una expansión de esta red cuando se desarrolló gradualmente una fase nueva de producción. Dentro de la plataforma elevadora de malla metálica que proporcionaba acceso desde la región más elevada de la fábrica hasta los túneles subterráneos, había ahora una palanca especial que cuando se accionaba hacia atrás, o posiblemente hacia delante (ignoro tales detalles), le permitía a uno descender a un segundo nivel subterráneo. Esta zona excavada en los últimos tiempos era mucho más pequeña, bastante más íntima que la inmediatamente superior, como podía observarse en el instante en que la plataforma elevadora se detenía ofreciendo una visión completa. La escena que ahora aguardaba a la mente vacilante de algún testigo era en muchos aspectos como la de un cementerio solitario, rodeado por un cercado torcido de estacas espaciadas unas de otras y unidas con un alambre oxidado. Las lápidas en el interior del cercado se apiñaban unas junto a otras y eran de un diseño bastante común, aunque un tanto anticuado. Sin embargo, no había nombres ni fechas en estos monumentos… de hecho, nada en absoluto, a excepción de alguna ornamentación rudimentaria y abstracta. Esto sólo podía ser verificado cuando uno se encontraba muy cerca del cementerio, ya que la luz en ese nivel era pobre y muy poco ortodoxa, al ser proporcionada exclusivamente por las relucientes paredes circundantes. Aquellos muros parecían haber sido recubiertos de una pintura fosforescente que bañaba el cementerio con una bruma turbia y grisácea. Durante la mayor parte del tiempo —no sabría decir cuánto— mis ensoñaciones malsanas se centraban en esa turbia visión de un cementerio bajo la fábrica, un cementerio subterráneo rodeado por un cerco de

estacas y envuelto por la iluminación sumamente tenue que manaba de la pintura fosforescente de los muros de piedra. De momento, debo enfatizar la visión en sí y pasar por alto los detalles prácticos de aquel lugar, es decir, la función que cumplía en relación a la fábrica situada sobre éste.

Lo cierto es que en determinado momento todas las actividades de la fábrica se trasladaron bajo tierra hasta el nivel del cementerio. Mucho antes de la *evaporación* de la maquinaria de la Torre Roja ocurrió algo que forzó el cierre de todas las líneas de producción de las tres plantas de la fábrica que quedaban por encima del nivel del suelo. Las razones de esta acción son profundamente misteriosas, una cuestión sobre la que reflexionar sólo cuando se ha llegado a un punto álgido de desesperanza y acuciante curiosidad, cuando la luz ardiente de la especulación se hace tan intensa que amenaza con abrasar todo aquello donde se posa. Soy de los que opinan que resulta pertinente recordar en este punto las antiguas tensiones que existían entre la Torre Roja, la cual sostengo que no siempre estuvo estigmatizada por aquel color rojo y aquel nombre, y el paisaje grisáceo de completa desolación que rodeaba a este edificio por los cuatro costados y por encima de éste y que se extendía a distancias incalculables. Pero la parte subterránea de la fábrica era otra cosa: era allí donde, en cierto momento, se ubicó la fabricación; fue allí, concretamente en ese nivel del cementerio, donde se continuó la producción.

Sin duda, la Torre Roja cometió algún tipo de infracción o delito; su ruidosa actividad y sus productos poco ortodoxos —tal vez, su propia existencia— constituían una afrenta a la inmutable quietud del mundo que la rodeaba. Soy de la creencia de que tuvo lugar algún tipo de traición, una ruptura alevosa de algún vínculo. Sin duda, me imagino una época anterior a la existencia de la fábrica, antes de que cualquiera de sus rasgos corrompiera un paraje anodino que se extendía tan gris y desolado en todas direcciones. Cuando soñaba la desolación grisácea de ese paisaje, también me resultaba fácil imaginar que hubiera podido tener lugar un lapso en el monumental tedio, un impulso espontáneo e inexplicable para desviarse de una trayectoria hacia una terrible perfección, quizás incluso un deseo irrefrenable de arriesgarse a avanzar hacia una tentadora imperfección. A modo de concesión a este impulso o deseo *procedente de ningún sitio,* como una rendición mínima, tuvo lugar una creación y un edificio tomó forma donde nunca antes existió algo igual. Me lo imagino, en el momento de su creación, como una irrupción apenas discernible en el paisaje, un mero bosquejo de un edificio, posiblemente translúcido cuando apareció por primera vez, una densidad gris que se elevaba en el aire gris, repujada en él con un diseño sumamente agradable y armonioso. Pero tales estructuras o creaciones poseen sus propios deseos, sus propios destinos que cumplir, sus propios misterios y mecanismos que deben seguir sea cual sea el riesgo.

De un paisaje gris, desolado y notablemente monótono brotó un edificio anodino, una torre pálida y posiblemente translúcida que, a lo largo del tiempo, comenzó a estructurarse en una fábrica y a producir, como si estuviera imbuida por la más

grotesca agresividad, una línea de artículos de broma bastante morbosos y maravillosamente repugnantes. Como una muestra de su desafío, en cierto momento enrojeció con una pasión enigmática por una ruptura y una obstinación malsana. Superficialmente, la Torre Roja podría parecer un espléndido complemento a la desolación grisácea de sus alrededores, que formaban una composición pintoresca y singular que servía para definir la esencia gloriosa de cada uno de ellos. Pero, de hecho, entre ellos existía una hostilidad profunda e inefable. Hubo un intento de reclamar la Torre Roja o, al menos, hacerla retroceder a su informe estado original. Me refiero, por supuesto, a esa demostración de fuerza que tuvo como consecuencia la *evaporación* del denso arsenal de máquinas de la fábrica. Cada una de las tres plantas de la Torre Roja fue vaciada, purgada de sus ofensivos instrumentos de producción de artículos de broma, y se dejó que la parte de la fábrica sobre el nivel del suelo se echara a perder.

Y aunque las máquinas de la Torre Roja *no* se hubieran evaporado, creo que el cementerio subterráneo, o algo muy parecido, sin duda habría nacido en uno u otro momento. Ésa era la tendencia hacia donde la fábrica parecía dirigirse, un hecho sugerido por algunos de sus últimos modelos de artículos de broma. Las máquinas se iban quedando anticuadas a medida que la morbosa obsesión de la Torre Roja se intensificó y evolucionó hacia proyectos más experimentales e incluso visionarios. Ya he informado antes de que las lápidas del cementerio subterráneo de la fábrica no estaban marcadas con ningún nombre de los enterrados ni fechas de nacimiento o muerte. Este hecho ha sido confirmado por numerosos testimonios aportados entre balbuceos titubeantes. La razón de que aquellas lápidas negras estuvieran sin marcar se hacía evidente mientras uno las contemplaba allí erguidas y apiñadas a la luz de la bruma fosforescente que manaba de los muros de piedra recubiertos de pintura luminosa. De hecho no se podía decir que ninguna de aquellas tumbas contuviera a algún difunto cuyo nombre y fechas de nacimiento y muerte precisaran ser inscritos en las lápidas. No eran lo que normalmente se entiende por *tumbas funerarias*. Es decir, aquellas no eran tumbas para enterrar muertos. Muy al contrario: eran tumbas de un diseño sumamente experimental de las que brotaban las últimas producciones de la Torre Roja.

Desde sus comienzos como fabricantes de artículos de broma de naturaleza extravagante, la fábrica había evolucionado y ahora se dedicaba a la creación de lo que se conocía como «híper-organismos». Estos nuevos productos también eran de una naturaleza esencialmente radical que representaban una divergencia incluso mayor por parte de la Torre Roja de la anodina y gris desolación en la que se alzaba. Como se deduce de la designación de *híper-organismos*, esta línea de productos exhibía las cualidades más esenciales de una naturaleza orgánica, lo que significaba, por supuesto, que presentaban un violento conflicto entre sus dos rasgos básicos. Por un lado, manifestaban una intensa *vitalidad* en todos los aspectos de su forma y función; por el otro lado, y simultáneamente, manifestaban un elemento ineludible de

descomposición en estas mismas áreas. Para exponer este asunto en términos más lúcidos: cada uno de estos híper-organismos, al tiempo que brillaban con un grado obsceno de impulsos vitales, también y al mismo tiempo llevaban la degeneración y la muerte escritas sobre ellos. De acuerdo con cierta tradición de estupefacta demencia, cuanto menos se dijera sobre estos vástagos de las *tumbas de nacimientos*, o cualquier creación similar, mejor. Yo mismo he quedado casi reducido a un estado de especulación febril sobre las cautivadoras particularidades de los fenómenos híper-orgánicos producidos en el cementerio subterráneo de la Torre Roja. Aunque podríamos tener razones para pensar que tales creaciones no podían ser consideradas bellas, no tenemos los suficientes datos para conocer los misterios y mecanismos de, por ejemplo, cómo se movían estas creaciones entre la nebulosa luminosidad de aquel mundo subterráneo; qué gestos chirriantes o espasmódicos podrían haber sido capaces de ejecutar, si es que eran capaces de algo así; qué sonidos podrían haber hecho o qué órganos hubieran usado para hacerlos; qué apariencia podrían haber adoptado cuando emergían torpemente de las profundas sombras o permanecían en cuclillas junto a aquellas lápidas sin nombre; qué temblorosos estadios de mutación casi con toda seguridad habrían experimentado tras la generación de sus larvas sobre la yerma tierra del cementerio; qué podrían haber producido o expulsado en forma de fluidos y secreciones; cómo podrían haber respondido a la mutilación de sus partes por motivos experimentales o meramente violentos. Con frecuencia me imagino los esfuerzos frenéticos y desesperados que aquellas criaturas probablemente realizaron para salir de aquel entorno cerrado que sus cerebros deformes, o directamente inexistentes, no eran capaces de empezar a entender. No podrían haber entendido, como yo no puedo, el propósito por el que eran producidos en aquellas tumbas, esas incubadoras de híper-organismos, diminutas fábricas de carne que existían en el interior y muy por debajo de la gran fábrica de la Torre Roja.

No es de extrañar, por supuesto, que la producción de híper-organismos fuera prohibida mucho tiempo antes de que una segunda ola de destrucción recayera sobre la fábrica. Esta vez no sólo fue la *desaparición y evaporación* definitiva de maquinaria, que en efecto tuvo lugar; en esta ocasión fue algo mucho más brutal. Una vez más las fuerzas de destrucción fueron dirigidas contra la fábrica, especialmente contra el cementerio situado en su segundo nivel subterráneo, después de que el edificio de tres plantas al nivel del suelo ya se hubiera convertido en un conjunto de ruinas llenas de ecos. Por lo que sé, la única información disponible sobre lo que quedó del cementerio y de sus productos ingeniosamente blasfemos es una retahíla de susurros muy confusos y escalofriantes sobre caos y devastación y sobre una ruptura total aún más inenarrable. Esas mismas fuentes también parecen considerar ese incidente como la culminación, si no la conclusión, de las perdurables hostilidades entre la Torre Roja y aquel halo grisáceo de desolación que flotaba sobre ella por sus cuatro costados. Tal episodio demoledor debería haber supuesto el fin de la trayectoria de la Torre Roja.

Sin embargo, hay indicios de que, en contra de las apariencias, la fábrica continúa su actividad a pesar de su estado ruinoso. Después de todo, la evaporación de la maquinaria que producía innumerables artículos de broma en el edificio propiamente dicho de ladrillo rojo de la fábrica, y el posterior abandono de su sofisticado sistema de túneles en el primer nivel subterráneo, no impidieron que la fábrica continuara su actividad por otros medios más sinuosos. Los trabajos en el segundo nivel subterráneo (el nivel del cementerio) fueron muy bien durante un tiempo. Tras destruir con saña aquellas tumbas ingeniosas y fértiles, junto a la mercancía que producían, todos hubieran pensado que la carrera manufacturera de la Torre Roja había llegado a su fin. Sin embargo, hay indicios de que por debajo de la fábrica de tres plantas a nivel del suelo, debajo del primer y segundo nivel subterráneo, existe un *tercer nivel* de actividad subterránea. Quizás es sólo un deseo de simetría, un hambre de equilibrio en la estructura de las cosas, lo que ha provocado que se extiendan una serie de rumores de lo más etéreos con referencia a este tercer nivel subterráneo, con el fin de dotar de una especie de proporción complementaria a las tres plantas de la fábrica que se alzan en el gris y anodino paisaje sobre el nivel del suelo. Estos rumores sostienen que en este tercer nivel la producción de la fábrica está siendo realizada de una nueva y extraña manera, y que supone su proyecto más ambicioso en la producción de creaciones pútridas, consumando así definitivamente su proyecto de constante degeneración y alcanzando una total perfección en su imperfección y desorden, según todos los rumores contaminados y brumosos relacionados con este asunto.

Quizás parezca que he contado demasiado sobre la Torre Roja, y quizás haya sonado demasiado extraño. No crean que no soy consciente de tales cosas. Pero como ya he advertido a lo largo de este documento, sólo repito lo que he oído. Yo mismo nunca he contemplado la Torre Roja… nadie la ha contemplado nunca y, posiblemente, nadie la contemplará jamás. Y, sin embargo, allá donde voy, la gente habla de ella. De una u otra manera, hablan de los perturbadores artículos de broma o sobre los misteriosos y repugnantes híper-organismos, y también farfullan incesantemente sobre la red subterránea de túneles y el solitario cementerio, cuyas lápidas no muestran nombres ni fechas que indiquen nacimiento o muerte. Todo lo que dicen está relacionado con la Torre Roja, de una u otra forma, y nada más que la Torre Roja. Todos hablamos de y pensamos en la Torre Roja a nuestra propia manera degenerada. Sólo he transcrito lo que todos dicen (aunque no sean conscientes de que lo dicen) y, en ocasiones, lo que han visto (aunque no sean conscientes de que lo han visto). Pero, aun así, siempre están hablando, de una forma trastornada u otra, sobre la Torre Roja. Los oigo hablar sobre ella cada día de mi vida. A menos, por supuesto, que empiecen a hablar de aquel paisaje gris y desolado, ese brumoso vacío en el que la Torre Roja —la enorme e industriosa Torre Roja— se halla precariamente enclavada. Entonces las voces se convierten en susurros hasta que apenas puedo oírlas mientras intentan comunicarse conmigo en retazos ahogados de traumas de

pesadillas. Ahora es justamente uno de esos momentos en los que tengo que aguzar los oídos para escuchar las voces. Espero que ellas me revelen los nuevos proyectos de la Torre Roja ahora que se adentra en fases de producción incluso más corruptas, así como las creaciones producidas en el misterioso taller de su tercer nivel subterráneo. Debo mantenerme en silencio durante un aterrador segundo. Luego escucharé las noticias acerca de que la fábrica retoma su actividad una vez más. Y entonces podré hablar otra vez de la Torre Roja.

DEFORMACIONES

[Deformations]

My Case for Retributive Action
Our Temporary Supervisor
In a Foreign Town, In a Foreign Land

MI DEFENSA DE UNA ACCIÓN PUNITIVA

Era el primer día que trabajaba de archivista en una oficina comercial. En cuanto entré en aquel lugar —antes incluso de que pudiera cerrar la puerta o dar un solo paso en el interior—, un individuo raquítico que llevaba ropa mal conjuntada y gafas con una montura demasiado pequeña para su cabeza medio calva salió dando saltitos de detrás de su escritorio para saludarme. Hablaba con entusiasmo y sus palabras se atropellaban unas a otras cuando dijo:

—Bienvenido, bienvenido. Soy Ribello. Si no le importa, permítame que le ayude a orientarse por aquí. Lo siento, pero no hay ningún perchero ni nada parecido. Puede usar ese escritorio vacío.

Bueno, creo que ya me conoces lo suficiente, querido amigo, para saber que soy cualquier cosa menos un esnob o alguien que por su temperamento trate a los demás con aires de superioridad, aunque sólo sea porque simplemente me falta la energía extra necesaria para ese tipo de comportamiento. Así que sonreí e intenté presentarme. Pero Ribello continuó inundando mis oídos con su cháchara.

—¿Ha traído lo que le dijeron? —preguntó al tiempo que bajaba la mirada hacia el maletín que colgaba de mi mano derecha; luego continuó hablando antes de que yo pudiera decir nada—. Tenemos que traer nuestros propios materiales aquí, estoy seguro de que le informaron de ello.

Luego giró la cabeza ligeramente para echar un vistazo a la oficina comercial, que contenía ocho escritorios, sólo la mitad ocupados, y todos rodeados de elevadas hileras de archivadores que casi rozaban el techo.

—Y no haga ningún plan para el almuerzo —dijo—. Voy a llevarle a un sitio. Hay algunas cosas que podrían interesarle. Información, anécdotas. Hay una anécdota en particular… pero mejor dejemos eso para más tarde. Primero tiene que orientarse por aquí.

Ribello entonces se aseguró de que supiera cuál era el escritorio que se me había asignado, señalando el que estaba más cerca del escaparate de la fachada.

—Ése antes era mi escritorio. Ahora que usted está con nosotros puedo cambiarme a uno de los escritorios de más atrás.

Anticipándome a la siguiente pregunta de Ribello, le dije que ya había recibido instrucciones sobre mis tareas, las cuales consistían en archivar varios tipos de formularios para la Quine Organization, una empresa con intereses y actividades en toda clase de proyectos, tanto públicos como privados, a este lado de la frontera. Las oficinas centrales estaban situadas muy lejos de la pequeña ciudad donde conseguí el trabajo, un aburrido puesto avanzado, podría decirse, apartado incluso de cualquiera de los centros de operaciones regionales de la empresa. La Quine Organization tiene oficinas abiertas en lugares así, y otros muchos similares, aunque se trate de locales deslucidos impregnados de un olor agrio y salobre como éste. Era imposible ignorar

aquel olor y me imaginaba que antes de que este edificio hubiera sido reconvertido en unas instalaciones para archivar formularios diversos relacionados con la monopolista Q. Org., como era denominada con frecuencia la empresa para acortar el nombre, fue durante un buen tiempo ocupado por un comercio de encurtidos. Tal vez te interese saber que esta ocurrencia fue más tarde confirmada por Ribello, que se había atribuido la responsabilidad de orientarme en mi nuevo puesto de trabajo que, por otro lado, era mi primer trabajo desde que llegué a esta pequeña ciudad de dos calles.

Mientras estaba sentado frente a mi escritorio, donde una pila alta de impresos esperaban ser archivados, intenté olvidarme de mi encuentro con Ribello. Ya estaba bastante fuera de mí, por las razones que bien conoces (ya sabes, mi problema de nervios y todo eso), pero además necesitaba un descanso. Una buena parte de la culpa por mi falta de sueño podía atribuirla a la casera del edificio en el que vivía, en un apartamento de una sola habitación del último piso. Durante semanas había estado suplicándole que solucionara el problema de los ruidos que me llegaban desde el espacio bajo el tejado del edificio, que estaba directamente encima de mi habitación. Era una habitación bastante pequeña que quedaba aún más reducida por la inclinación abrupta de una de las paredes paralela al tejado inclinado que la cubría. No quería decirle a las claras que había ratones u otro tipo de alimañas viviendo bajo el tejado del edificio que ella regentaba, pero eso justamente era lo que pretendía sugerirle cuando le hablé de los «ruidos». De hecho, aquellos ruidos apuntaban a algo mucho más grande y, de alguna manera, menos identificable que unas cuantas alimañas normales. Ella no paraba de decirme que se ocuparía del problema, pero nunca lo hacía. Finalmente, la mañana del que se suponía que era el primer día de mi nuevo trabajo —tras varias semanas de arrastrar la falta de sueño añadida a la agitación que me producía mi problema de nervios— decidí que iba a acabar con mi vida, justo allí, en aquel apartamento de una sola estancia en el piso superior de un edificio en una ciudad de dos calles al otro lado de la frontera del lugar donde había vivido durante toda mi vida y donde probablemente nunca podría regresar. Durante un rato me quedé sentado en el borde de la cama sujetando un frasco de mi medicina para los nervios, pasándolo de una mano a otra y pensando: «Cuando deje de mover este frasco de un lado a otro —una acción que parecía tener lugar sin la intervención o control de mi propia mente—, si encuentro el frasco en la mano izquierda me tragaré todas las pastillas y acabaré con todo, pero si el frasco queda en la mano derecha saldré y comenzaré a trabajar en la oficina de la Quine Organization».

De hecho, no recuerdo en qué mano terminó el frasco, o si se me cayó al suelo al pasarlo de una mano a otra, o qué demonios sucedió. Lo único que sé es que aparecí en la oficina y, en cuanto entré, Ribello se abalanzó sobre mí con sus tonterías sobre ayudarme a orientarme. Y ahora, mientras archivaba un impreso tras otro como una máquina, también tenía que hacerme a la idea de tomar el almuerzo con aquel individuo. Ninguna de las otras tres personas en la oficina —dos hombres de mediana edad y una anciana sentados en el rincón más apartado— había perpetrado la más

mínima intrusión hacia mi persona, como sí había hecho Ribello, a quien ya consideraba un individuo insoportable. Reconocí el mérito de los otros por su consideración y sensibilidad, pero, por supuesto, podrían existir numerosas razones por las que no se acercaron a mí aquella mañana. Recuerdo que al doctor que nos trataba a ti y a mí, y a quien creo que tú sigues viendo, le gustaba decir, como si fuera un sabio consejo: «Por mucho que pienses lo contrario, nada en este mundo es insoportable… nada». Si él no me hubiera hecho creer aquello, yo podría haberme mostrado más cauto con él y no estaría en la posición en la que me encuentro hoy, exiliado en este lado de la frontera, donde las nieblas se forman con una sorprendente regularidad. Estas nieblas son espesas y grises; se deslizan por mi garganta y me invaden sin cortarme la respiración.

A lo largo de esa mañana intenté procesar tantos impresos como me fue posible, aunque sólo fuera por mantener mi mente apartada de las circunstancias que llenaban mi existencia, añadidas al hecho de que tuviera que ir a almorzar con Ribello. Había llevado algo para comer, algo que podía meter en mi maletín sin que se pudriera demasiado rápido. Y durante algunas horas la necesidad de consumir estos pocos alimentos que tenía guardados en mi maletín me afectó profundamente y, sin embargo, Ribello no daba muestras de que ya fuera la hora de llevarme a aquel lugar de comidas que tenía en mente. No sabía exactamente qué hora era, ya que no había ningún reloj en la oficina y ninguno de los otros parecía haberse tomado un descanso para el almuerzo, ni para nada. Pero yo empezaba a sentirme mareado y ansioso. Incluso más que la comida, lo que necesitaba era la medicación que había olvidado en mi apartamento de una sola habitación.

Desde el escaparate de la fachada no podía ver lo que ocurría en la calle por culpa de una niebla especialmente densa que se había formado en algún momento a media mañana y que inundó la ciudad durante el resto del día. Ya casi había terminado de archivar los impresos que estaban en mi escritorio, lo cual era mucho más trabajo del que había calculado que sería capaz de llevar a cabo en un solo día. Cuando ya sólo me quedaban unos pocos impresos para acabar, la anciana sentada en el rincón se acercó a mí arrastrando los pies con un nuevo fajo que era el doble de alto que el anterior, y lo dejó caer de golpe sobre mi escritorio. La observé mientras regresaba renqueando a su escritorio en el rincón, y ahora se escuchaba su respiración trabajosa debido al esfuerzo de transportar una pila tan pesada de impresos. Mientras estaba girado así en mi asiento, vi a Ribello sonriendo y meneando la cabeza al tiempo que señalaba su reloj de pulsera. Luego sacó un abrigo de debajo de su escritorio. Por lo visto, por fin era la hora de irnos a almorzar, aunque ninguno de los otros se movió ni pestañeó cuando pasamos a su lado y salimos de la oficina por la puerta trasera que me señaló Ribello.

Fuera había un estrecho callejón que recorría la parte trasera de la oficina y de los edificios adyacentes. En cuanto salimos del edificio de la oficina le pregunté a Ribello la hora, pero su única respuesta fue: «Tendremos que darnos prisa si

queremos llegar allí antes de que cierren». Finalmente, averigüé que ya casi había acabado la jornada laboral, o lo que yo hubiera considerado como tal. «Los horarios son irregulares», me informó Ribello mientras nos apresurábamos por el callejón. Allí los muros traseros de varios edificios se alzaban a un lado, unas vallas altas de madera al otro y la niebla se apelotonaba entre ambos.

—¿A qué se refiere con que son irregulares? —pregunté.

—¿Dije irregulares? Me refería a que son *indefinidos* —contestó—. Siempre hay mucho trabajo que hacer. Estoy seguro de que los demás están tan contentos de su llegada esta mañana como lo estoy yo, aunque no lo exterioricen. Siempre andamos cortos de trabajadores. Bueno, pues ya hemos llegado —dijo Ribello mientras me conducía hacia una puerta del callejón sobre la que brillaba una tenue luz.

Era un lugar pequeño, no más grande que mi apartamento, con sólo unas pocas mesas. No había clientes aparte de nosotros y la mayoría de las luces estaban apagadas.

—Todavía están abiertos, ¿verdad? —preguntó Ribello a un hombre con un delantal sucio que parecía no haberse afeitado desde hacía varios días.

—Cerraremos pronto —dijo el hombre—. Siéntense aquí.

Nos sentamos donde nos dijo que nos sentáramos y a continuación una mujer nos trajo dos tazas de café y las depositó con fuerza sobre la mesa. Miré a Ribello y vi que sacaba un sándwich envuelto en papel de cera del bolsillo de su abrigo.

—¿No ha traído su almuerzo? —me preguntó; le contesté que creía que íbamos a almorzar en algún lugar donde sirvieran comida—. No, es sólo una cafetería —dijo Ribello mientras mordisqueaba el sándwich—. Pero no pasa nada. El café de aquí es muy fuerte. Después de tomar una taza perderá todo el apetito. Y estará listo para enfrentarse a todos esos impresos que Erma arrastró hasta su escritorio. Dios mío, por un momento pensé que iba a caerse muerta.

—No bebo café —dije—. Me pone…

No quería confesarle que el café me sumergía en un estado de nervios terrible, como comprenderás. Así que me limité a decirle que no me sentaba bien.

Ribello dejó el sándwich sobre la mesa durante unos segundos y me miró.

—Oh, vaya por Dios —dijo, pasándose una mano por la calva.

—¿Qué ocurre?

—Hatcher tampoco bebía café.

—¿Quién es Hatcher?

Tras coger de nuevo el sándwich, Ribello continuó comiendo al mismo tiempo que hablaba.

—Hatcher era el empleado al que usted ha sustituido. Ésa es la anécdota que quería contarle en privado. Sobre él. Ahora tengo la impresión de que podría causar más mal que bien. En realidad, lo único que quería era ayudarle a orientarse.

—No obstante… —dije, mientras observaba a Ribello acabarse el sándwich.

Ribello se restregó una mano contra la otra para sacudirse las migas de pan que se

le habían quedado pegadas. Se ajustó los pequeños anteojos, que parecía que fueran a caérsele de la cara en cualquier momento. Luego sacó un paquete de cigarrillos. Aunque no me ofreció ni una migaja de su sándwich, sí me ofreció un cigarrillo.

—No fumo —le dije.

—Pues debería, especialmente si no bebe café. Hatcher fumaba, pero una marca de cigarrillos muy suave. Supongo que no tiene importancia, el hecho de que no sea fumador, porque ya no nos permiten fumar en la oficina. Recibimos un aviso de la central. Decía que el humo impregnaba los impresos. No sé por qué eso debería importarles lo más mínimo.

—¿Y qué hay de la peste a encurtidos? —pregunté.

—Por alguna razón, eso no les importa.

—¿Por qué simplemente no sale al callejón a fumar?

—Hay demasiado trabajo que hacer. Cada minuto cuenta. Andamos cortos de personal. Siempre andamos cortos de personal, y aun así tenemos que sacar el trabajo adelante. ¿Nunca le explicaron el tema del horario laboral?

Dudé si debía revelar que había conseguido el puesto de trabajo no por medio de una solicitud a la empresa, sino a través de un contacto de mi médico, el único doctor de esta ciudad de dos calles. Me anotó la dirección de la oficina comercial en su bloc de recetas, como si el trabajo con Q. Org fuera otro tipo de medicación adecuada para tratarme. Yo me mostré desconfiado, especialmente después de lo ocurrido con el doctor que nos trató a los dos durante tanto tiempo. *Su* terapia, como ya sabes por mi anterior correspondencia, fue meterme en un tren que viajaba hasta la otra punta del país y al otro lado de la frontera. Se suponía que esto me ayudaría a vencer mi miedo a alejarme demasiado de mi propia casa, y quizás también a romper con todos los otros miedos asociados con mi problema de nervios. Le dije que con toda seguridad no sería capaz de soportar tal aventura, pero él se limitó a repetir su ridícula máxima acerca de que nada en el mundo es insoportable. Para empeorar aún más las cosas, no me permitió llevarme ninguna medicación, aunque por supuesto no le obedecí. Pero esto no me ayudó ni lo más mínimo, no cuando viajaba a través de las montañas y sólo veía gargantas sin fondo a ambos lados de las vías del tren y un cielo infinito arriba. En esos momentos, que te aseguro que se me hicieron eternos, yo no ocupaba ningún lugar en el universo, no tenía nada a lo que agarrarme para sentir el mínimo de seguridad que toda criatura necesita simplemente para existir, sin tener la sensación de que todo da vueltas cada vez más rápido en un carrusel cósmico rodeado tan sólo por una infinita negrura que se abre al borde de esa plataforma giratoria. Sé que tu problema es distinto del mío, y que por lo tanto serás incapaz de entender del todo mis terribles vivencias, al igual que yo no soy capaz de entender del todo las tuyas. Pero reconozco que tanto mi problema como el tuyo son insoportables, a pesar del manoseado tópico del doctor acerca de que nada en este mundo es insoportable. Incluso he llegado a pensar que el propio mundo, por su misma naturaleza, es insoportable. Tan sólo nos diferenciamos por nuestra respuesta a este hecho: la mía es

primordialmente una reacción de terror pasivo cercano al pánico absoluto; la tuya es predominantemente una reacción de obsesiones sórdidas que temes poder llevar a cabo. Cuando el tren en el que me subió el doctor por fin efectuó su primera parada en esta ciudad de dos calles al otro lado de la frontera, juré que antes me mataba que volver a hacer el viaje de regreso. Afortunadamente, o eso me pareció por aquel entonces, pronto di con un doctor que trató mi estado de grave desorientación y pánico agudo. También me ayudó a obtener una visa y permiso de trabajo. Así pues, tras considerar el asunto detenidamente, por fin le dije a Ribello que mis recomendaciones para el puesto en la oficina habían llegado de hecho de mano de mi terapeuta.

—Eso lo explica, entonces —dijo.

—¿Qué explica?

—Todos los médicos trabajan para la Quine Organization. Más pronto o más tarde él te habría traído aquí. Así es como llegó Hatcher. Pero él no fue capaz de perseverar. No pudo aceptar el hecho de que nos faltara personal y que siempre nos iba a faltar personal. Y cuando se enteró de los horarios indefinidos… bueno, explotó en medio de la oficina.

—¿Sufrió una crisis nerviosa? —pregunté.

—Supongo que podría llamarse así. Un día se levantó de su escritorio y comenzó a despotricar por la constante escasez de personal… y por los horarios indefinidos. Después se puso violento y volcó varios de los escritorios vacíos de la oficina gritando: «No vamos a necesitarlos». Además, sacó algunos de los cajones de los archivadores y esparció el contenido por todas partes. Para terminar, se dedicó a romper los impresos, precisamente los que todavía no habían sido procesados. Y fue en ese momento cuando Pilsen intervino.

—¿Quién es Pilsen?

—El hombre grande del bigote sentado en la parte trasera de la oficina. Pilsen agarró a Hatcher y lo lanzó a la calle. Y ahí acabó todo para Hatcher. Unos días después su despido de la empresa se hizo oficial. Yo mismo procesé el impreso. Ya no había marcha atrás para él. Estaba totalmente acabado —dijo Ribello mientras sorbía café y encendía otro cigarrillo.

—No entiendo. ¿Por qué estaba totalmente acabado? —pregunté.

—No ocurrió todo al mismo tiempo —explicó Ribello—. Nunca ocurre con estas cosas. Ya he dicho que Hatcher era fumador de cigarrillos. Unos cigarrillos muy suaves que encargaba especialmente. Pues bien, un día fue a la tienda donde compraba sus cigarrillos y le dijeron que esa marca en concreto que él fumaba, que era la única marca que podía tolerar, ya no estaba disponible.

—No es que sea exactamente el fin del mundo —comenté.

—No, no si la cosa se hubiera quedado ahí —dijo Ribello—. Pero ése sólo fue el principio. Lo mismo que le ocurrió con los cigarrillos, se repitió cuando intentó comprar ciertos alimentos que necesitaba para su dieta especial. Tampoco estaban ya

disponibles. Y lo peor de todo es que ninguna de sus medicinas se vendía ya en la ciudad, o eso le dijeron. Hatcher consumía todo un arsenal de fármacos para mantenerse en pie, mucho más que cualquier otra persona que haya conocido. Lo más importante para él eran las medicinas que tomaba para controlar sus fobias. En particular, padecía una extrema aracnofobia. Recuerdo un día en la oficina, cuando se percató de la presencia de una araña que avanzaba por el techo. Siempre estaba alerta hasta de la más diminuta de las arañas. Prácticamente se puso histérico, e insistía en que alguno de nosotros exterminásemos aquella araña, o dejaría de procesar impresos. Nos puso a todos a gatear por encima de los archivadores intentando atrapar aquella insignificante criatura. Después de que Pilsen cazara por fin aquella cosa y la matara, Hatcher exigió ver su cuerpo muerto y que éste fuera arrojado a la calle. Incluso tuvimos que llamar al servicio de fumigadores, a cargo de la empresa, antes de que Hatcher aceptara regresar al trabajo. Pero, tras ser despedido de la empresa, Hatcher no pudo conseguir ninguna de esas medicinas que le permitían controlar relativamente sus fobias. Por supuesto, el médico no fue de ninguna ayuda, porque todos los médicos también son empleados de la Q. Org.

—¿Y qué me dice de los médicos al otro lado de la frontera? —pregunté—. ¿También trabajan para la empresa?

—No estoy seguro —dijo Ribello—. Podría ser. En cualquier caso, un día vi a Hatcher cuando me dirigía a la oficina. Le pregunté qué tal le iba, aunque resultaba obvio que estaba hecho un desastre, casi totalmente acabado. Dijo que recibía alguna clase de tratamiento para sus fobias administrado por una anciana que vivía a la afueras de la ciudad. No especificó la naturaleza de su tratamiento y, como tenía prisa por llegar a la oficina, no seguí preguntándole. Más tarde oí que la anciana, a la que se conocía por preparar brebajes con varios tipos de hierbas y plantas, estaba tratando la aracnofobia de Hatcher con una supuesta medicina que ella misma destilaba con veneno de araña.

—Un supuesto remedio homeopático —dije.

—Tal vez —respondió Ribello con un tono distante en la voz.

En ese momento, el hombre sin afeitar se acercó a la mesa y nos dijo que iba a cerrar ya. Como Ribello me había invitado a almorzar, supuse que él pagaría el café, dado que yo ni tan siquiera había probado el mío. Pero advertí que sólo dejó sobre la mesa el dinero para su café, así que me vi obligado a hacer lo mismo. Entonces, justo antes de girar para marcharnos, alargó el brazo, cogió mi taza intacta y se la bebió de un trago.

—Es una pena que se desperdicie —dijo.

De regreso a la oficina por el estrecho callejón invadido por la niebla, le pedí a Ribello que me contara cualquier otra cosa que supiera sobre el hombre al que yo había sustituido en la oficina. Sin embargo, su respuesta no fue nada aclaratoria y parecía moverse entre las habladurías y los rumores. El propio Ribello nunca volvió a ver a Hatcher después de su encuentro en la calle. De hecho, fue en esa época cuando

Hatcher desapareció del todo… la culminación, desde el punto de vista de Ribello, de la ruina del hombre. Más tarde circularon por la ciudad una serie de historias supuestamente relacionadas con el caso de Hatcher, por muy improbables que pudieran parecer. Sin duda, otras personas aparte de Ribello eran conscientes de los tratamientos que la anciana que vivía a las afueras de la ciudad había dispensado a Hatcher. Esto dio pie al parecer a las extrañas anécdotas que se difundían, la mayoría de ellas propagadas por los niños y a las que el ciudadano medio otorgaba poca credibilidad. Entre estas anécdotas prevalecían los avistamientos de una «criatura-araña» del tamaño de un gato. Esta criatura fabulosa había sido vista por un gran número de niños cuando jugaban en las calles y los callejones de la ciudad. Lo llamaban el «monstruo cabezón»; el origen de esta expresión infantil se debía a que, además del parecido de la criatura con una araña monstruosa, también mostraba una protuberancia en su cuerpo con forma de pomo redondo muy semejante a una cabeza humana. Este aspecto de la historia fue confirmado por unos cuantos ancianos cuyo testimonio siempre era menospreciado como el producto de los medicamentos que les habían prescrito, aunque prácticamente todos los habitantes de la ciudad podían ser desacreditados por la misma razón, porque todos estaban —es decir, todos *estábamos* — tomando una clase u otra de droga para seguir funcionando con normalidad. Sin embargo, llegó un momento en que los avistamientos del llamado monstruo cabezón cesaron de forma repentina, tanto entre los niños como entre las personas mayores fuertemente medicadas. Ni tampoco se volvió a ver a Hatcher por la ciudad.

—Simplemente, abandonó su apartamento y no se llevó nada con él —dijo Ribello cuando llegamos a la puerta de la oficina que daba al callejón—. Creo que vivía cerca de donde se ha instalado usted, quizás incluso en el mismo edificio. Tengo entendido que a la mujer que regenta el edificio de apartamentos no le preocupó en absoluto la desaparición de Hatcher, porque siempre andaba pidiéndole que se aviniera a sus fobias y que hiciera fumigar el edificio al menos una vez a la semana.

Sostuve la puerta abierta para Ribello, pero él no entró en el edificio.

—Oh, no —dijo—. Ya he acabado el trabajo por hoy. Me voy a casa a dormir un poco. Tenemos que descansar de vez en cuando para poder procesar todos los impresos de la empresa a un ritmo eficiente. Pero le veré pronto.

Tras unos segundos, Ribello ya había desaparecido por completo tras la niebla. Regresé al interior de la oficina con la mente centrada en una sola cosa: la comida que tenía guardada en mi maletín. Pero no había dado ni dos pasos por el interior cuando Pilsen me acorraló cerca del lavabo.

—¿Qué le ha contado Ribello? —preguntó—. Le contó el asunto de Hatcher, ¿verdad?

—Sólo salimos a tomar un café —dije, preocupado, por alguna razón, por mantener la confidencialidad de Ribello.

—Pero no se llevó el almuerzo. Lleva trabajando todo el día y no ha comido nada. Ya es casi de noche, su primer día en el trabajo. ¿Y Ribello no se asegura de que se

lleve el almuerzo?

—¿Cómo sabe que no fuimos a algún sitio a comer?

—Ribello sólo va a un sitio —dijo Pilsen—. Y allí no sirven comida.

—Bueno, lo admito. Fuimos a aquel lugar donde no sirven comida y ahora estoy muerto de hambre. Así que, si pudiera regresar a mi escritorio…

Pero Pilsen, un hombre grande con un gran bigote, me agarró por las solapas del abrigo y me empujó hacia el lavabo.

—¿Qué dijo Ribello sobre el asunto de Hatcher?

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Porque es un mentiroso compulsivo. Es una enfermedad que padece… una de las muchas. Ya ha visto cómo se viste y su aspecto. Es un lunático, aunque también es un buen trabajador. Pero sea lo que sea que le haya dicho sobre Hatcher, es todo falso.

—Algo de lo que me contó me sonó un tanto rocambolesco —dije.

Ahora me hallaba atrapado entre las confidencias de Ribello, que podría ser simplemente un mentiroso compulsivo, y Pilsen, que era un hombre grande y probablemente alguien a quien no quería ofender.

—Rocambolesco es la palabra adecuada —dijo Pilsen—. La cuestión es que Hatcher fue promocionado para trabajar en uno de los centros regionales de la compañía. Podría incluso haber llegado a las oficinas centrales. Era muy ambicioso.

—Entonces, no se hable más. Le agradezco que me haya aclarado este asunto de Hatcher. Ahora, si no le importa, me gustaría regresar a mi escritorio. Estoy realmente hambriento.

Pilsen no dijo nada más, pero me observó mientras me dirigía al escritorio. Y pude sentir que me seguía mirando desde su puesto al fondo de la oficina. Mientras comía la poca comida que había llevado, dejé patente que seguía procesando impresos al mismo tiempo y que no me retrasaba con el trabajo. Sin embargo, no estaba seguro de que esta furiosa exhibición de archivado de impresos fuera incluso necesaria, como Ribello había dejado caer, debido a la monumental cantidad de trabajo que debíamos realizar con una plantilla siempre insuficiente. Me pregunté si Pilsen no tendría razón respecto a Ribello. Concretamente, me pregunté si la afirmación de Ribello de que nuestro horario laboral era «indefinido» era cierta. Sin embargo, pasaron varias horas más y todavía nadie, excepto Ribello, se había marchado a casa desde que llegué temprano a la oficina aquella mañana. Por fin oí que una de las tres personas sentadas a mi espalda se levantaba de su escritorio. Unos segundos más tarde, Pilsen pasó a mi lado con el abrigo puesto. También llevaba un maletín grande, así que supuse que ya había acabado su jornada laboral —ya era de noche— cuando salió de la oficina por la entrada principal. Después de esperar unos breves instantes, hice lo mismo.

Tan sólo me había alejado una manzana más o menos de la oficina cuando vi a Ribello caminando hacia mí. Ahora llevaba otra combinación de ropa descoordinada.

—¿Ya se va? —me preguntó cuando paró frente a mí en la acera.

—Pensé que se iba a casa a dormir —dije.

—Ya he estado en casa y dormí un poco. Y ahora regreso al trabajo.

—Hablé con Pilsen o, más bien, él me habló a mí.

—Comprendo —dijo Ribello—. Lo comprendo perfectamente. Y supongo que le preguntó qué le conté sobre Hatcher.

—De hecho, así lo hizo —dije.

—Le ha dicho que todo lo que le dije no eran más que tonterías, que yo soy una especie de amargado oficial que se inventa historias que dejan a la compañía en mal lugar.

—Algo por el estilo —dije.

—Eso es justo lo que debía decir.

—¿Y por qué?

—Porque es un espía de la compañía. No quiere que usted se entere de cómo funcionan por aquí las cosas en su primer día de trabajo. Y, sobre todo, no quiere que oiga nada sobre Hatcher. Fue él quien delató a Hatcher y lo empezó todo. Fue él quien causó la ruina de Hatcher. Esa anciana de la que le hablé y que vive a las afueras de la ciudad trabaja para la división química de la empresa y Pilsen también la vigila. Alguien que trabaja en uno de los centros regionales me contó que la anciana había sido asignada a uno de los proyectos más importantes de la empresa: una línea de drogas destinadas a tratar trastornos muy específicos, como la aracnofobia de Hatcher. Eso habría permitido que la Q. Org fuera el doble de grande de lo que es hoy, y a ambos lados de la frontera. Pero había un problema.

—Creo que no quiero oír nada más.

—Pues debería oírlo. La anciana estuvo a punto de ser expulsada de la plantilla de la empresa porque estaba utilizando algo más que sus conocimientos esotéricos sobre hierbas y plantas. Los químicos de la central le dieron instrucciones detalladas para obtener variaciones sobre la fórmula básica. Pero ella se movía en una dirección completamente distinta siguiendo prácticas prohibidas, principalmente prácticas de naturaleza oculta.

—Usted ha dicho que *estuvo a punto* de ser expulsada de la plantilla de la empresa.

—Así es. La culparon por la desaparición de Hatcher. Hatcher era muy importante para ellos como sujeto experimental. Todo estaba pensado para convertirlo en un conejillo de indias, negándole su marca habitual de cigarrillos, arrebatándole su dieta especial y sus medicinas. Se tomaron un montón de molestias. Estaban limpiando a Hatcher y preparándolo para lo que la anciana, junto con los químicos de la empresa, tenían intención de inocularle. El veneno de araña tenía cierto sentido. Pero, como ya he dicho, la anciana además practicaba unas técnicas no permitidas por la empresa. Y necesitaban una cabeza de turco a la que culpar de la desaparición de Hatcher. Ésa es la razón de que estuvieran a punto de expulsarla de la

plantilla.

—Entonces Hatcher era un experimento —dije.

—Eso es lo que ocurre cuando uno explota de la forma en la que él lo hizo, despotricando sobre la interminable carga de trabajo que se suponía que debíamos gestionar y de que la empresa siempre nos dejara cortos de personal. Sin embargo, la pregunta sigue sin respuesta. ¿Fue el experimento de Hatcher un éxito o un fracaso?

Entonces Ribello miró su reloj de pulsera y dijo que me contaría más cosas sobre Hatcher, sobre la Quine Organization y sobre una gran cantidad de cuestiones que quería compartir conmigo.

—Me alegró tanto verle entrar en la oficina esta mañana. Tenemos tantos impresos que procesar. Así que le veré de nuevo en la oficina en… ¿Cuánto? ¿Unas pocas horas o así?

Sin esperar mi respuesta, Ribello se marchó a toda prisa por la acera hacia la oficina comercial.

Cuando llegué a la puerta de mi apartamento de una sola habitación, todo mi cuerpo clamaba por unas horas de sueño y por mi medicación. Pero me detuve cuando escuché unos pasos que se aproximaban desde el fondo del pasillo en penumbra. Era la mujer encargada del edificio de apartamentos y llevaba en los brazos lo que parecía un fardo de trapos de lino sucios.

—Telarañas —dijo, antes de que le preguntara; entonces volvió la cabeza hacia las escaleras al fondo del pasillo, la clase de escaleras desplegables que conducen a un ático—. Aquí mantenemos nuestras casas limpias, por mucho que piensen lo contrario al otro lado de la frontera. Cuesta mucho trabajo pero, al menos, algo es algo.

No pude evitar observar en silencio la increíble madeja de telarañas que la mujer llevaba en los brazos cuando comenzó a bajar las escaleras. Entonces, una vaga idea se cruzó por mi mente y llamé a la mujer.

—Si ya ha acabado, puedo subir de nuevo la escalerilla del ático.

—Es muy amable de su parte, gracias —exclamó la mujer por el hueco de la escalera—. Pronto traeré al fumigador, como me pidió. No sé exactamente lo que hay ahí arriba, pero estoy segura de que es algo demasiado grande para solucionarlo yo sola.

Entendí lo que me dijo sólo después de subir al ático y ver por mí mismo lo que ella había visto. En la parte superior de la escalerilla había una sola bombilla que apenas iluminaba aquel espacio vasto y en sombras. Lo que sí vi fueron los cuerpos muertos, o partes de cuerpos, de más de cuatro ratas. Algunas de estas criaturas parecían haber escapado de la clase de telaraña espesa y abundante que había visto llevar a la encargada del edificio de apartamentos en sus brazos. Colgaba de los cuerpos de los roedores al igual que la niebla densa y gris envolvía todo lo que contenía la ciudad. Además, todos aquellos cadáveres parecían sufrir algún proceso de deformidad… o, tal vez, de transición. Cuando los examiné de cerca pude ver que,

además de las cuatro patas con las que la naturaleza los había dotado, había también otras cuatro patas que habían comenzado a brotar de sus abdómenes. Fuera lo que fuese aquello que los había matado, también había comenzado a cambiarlos.

Pero no todos los roedores afectados habían muerto o habían sido parcialmente devorados. Ulteriores investigaciones que realicé en el ático, tras haber persuadido a la casera de que retrasara la visita de los fumigadores, revelaron ratas y otras alimañas con cambios físicos incluso más avanzados. Estos cambios explicaban los ruidos indefinibles que había estado escuchando desde que me mudé a mi apartamento de una habitación justo debajo del tejado del edificio, con el ático entre medias.

Algunas de las criaturas que vi tenían ocho patas de idéntica longitud y eran capaces de subir por las paredes del ático e incluso reptar por el techo inclinado por debajo del tejado. Otras incluso habían comenzado a fabricar sus propias telarañas. Creo que tú habrías identificado mucho de todo esto, amigo mío, como una de tus propias obsesiones horripilantes. Por fortuna, mis propios miedos no incluían la aracnofobia, como le ocurría a Hatcher (sin embargo, ingerí grandes dosis de mi medicina antes de dirigirme al ático). Cuando finalmente le localicé en el rincón más remoto del ático, vi la cabeza con forma de pomo de un ser humano que sobresalía del cuerpo pálido e hinchado de una araña gigante, o algo parecido a una araña. Estaba en el acto de inyectar su propio veneno en otra alimaña habitante del ático. En cuanto sus redondos ojos diminutos advirtieron mi presencia, soltó a la criatura, que se alejó chillando para iniciar su propia transformación.

No podía imaginarme que Hatcher deseara continuar su existencia en ese estado. Cuando me acerqué a él no hizo ningún movimiento, ni de agresión ni de huida. Y cuando saqué el cuchillo de trinchar que llevaba conmigo, pareció levantar la cabeza y ofrecerme su diminuto cuello. Había tomado una decisión, del mismo modo que yo había tomado la mía: nunca regresé a la oficina comercial para archivar impresos para la Quine Organization, que cuenta en plantilla con todos los médicos a este lado de la frontera… y, tal vez, también a vuestro lado. Ahora estoy convencido de que nuestro doctor lleva ya tiempo trabajando para esta empresa. Poniéndome en lo mejor, le culpo de mi exilio en esta remota ciudad de cuatro calles llena de niebla y pesadillas. Poniéndome en lo peor, creo que su intención era entregarme al otro lado de la frontera para convertirme en otro esclavo o sujeto experimental para la empresa a la que pertenece.

Preparé dos frascos de veneno que extraje del cuerpo de Hatcher. El primero ya lo he usado con el doctor que estuvo tratándome a este lado de la frontera, aunque el objetivo de ese tratamiento fuera estar cautivo en una oficina comercial archivando dosieres durante un número indefinido de horas el resto de mi vida. Todavía lo observo sufriendo sus dolorosas mutaciones mientras yo mismo me sirvo todo tipo de medicinas de los armarios de su consulta. Antes de que amanezca, le liberaré de su mísera existencia y sus medicinas me liberarán de la mía.

El segundo frasco te lo ofrezco a ti, amigo mío. Llevas tanto tiempo sufriendo esas horribles obsesiones que nuestro doctor no pudo, o no quiso, aliviarte. Haz con esta medicina lo que debas. Haz con ella lo que dicten tus obsesiones. Incluso podrías considerar, justo en el momento adecuado, saludar al doctor de mi parte… y recordarle que nada en este mundo es insoportable… nada.

NUESTRO SUPERVISOR PROVISIONAL

He enviado este manuscrito para su publicación al otro lado de la frontera, si es que alguna vez llega, porque creo que las cuestiones descritas en este caso personal poseen implicaciones que atañen incluso a aquellos que habitan más allá de mi Tierra Natal y más allá del área de influencia, por lo que sé, de la Quine Organization. Estas dos entidades, una de las cuales podría ser definida como entidad política y la otra como entidad puramente comercial, probablemente ya sepa desde su posición de periodista de investigación que son prácticamente sinónimas. Por lo tanto, a este lado de la frontera, uno podría perfectamente llamarse a sí mismo *ciudadano* de la Quine Organization, o un nacional de la Q. Org, aunque creo que incluso alguien como usted no es capaz de apreciar el alcance total de dicha identidad, que a lo largo de mi vida ha pasado desde un punto de identificación entre las dos entidades separadas hasta llegar a la total asimilación de la una por la otra. Tal afirmación podría parecer alarmista o injustificada a aquellos habitantes de su lado de la frontera, donde los vecinos más cercanos —y soy consciente de ello— son considerados con frecuencia como gentes retrógradas que habitan pequeñas ciudades en decadencia situadas en un paisaje de tierras bajas cubierto casi todo el año por densas nieblas grisáceas. Así es como la Quine Organization, que es como decir mi tierra natal, aparentemente se presentaba ante el mundo, y éste es precisamente el motivo de mi urgencia (por razones no siempre explícitas o meticulosamente detalladas) por relatar mi caso personal.

Para empezar, trabajo en una fábrica situada a las afueras de una de esas pequeñas y decadentes ciudades invadidas por la niebla la mayor parte del año. El edificio es una estructura anodina de una sola planta construida en su totalidad con bloques de pizarra y cemento. Dentro hay una zona de trabajo consistente en un solo espacio abierto y una pequeña oficina en un rincón separada del resto mediante paneles de vidrio esmerilado opaco. En el último confín de esa oficina hay unos cuantos archivadores y un escritorio al que el supervisor de la fábrica se sienta mientras los trabajadores de la planta permanecen de pie frente a una de las varias «estaciones de ensamblado» cuadradas. Cuatro trabajadores se posicionan en cada uno de los lados de los bloques cuadrados y su única tarea es ensamblar, a mano, las piezas de metal que nos suministran desde otra fábrica. Nadie a quien haya preguntado alguna vez tiene la más mínima idea de cuál es la enorme maquinaria, si es que de hecho es algún tipo de maquinaria, para la cual están destinadas estas piezas.

Cuando comencé a trabajar en la fábrica no tenía intención de permanecer allí mucho tiempo, porque en el pasado aspiraba a algo mejor en la vida, aunque la naturaleza exacta de esas aspiraciones siempre permaneció imprecisa en mi joven mente. El trabajo no era duro y mis compañeros eran lo bastante cordiales, pero no me imaginaba a mí mismo para siempre en la estación de ensamblado asignada,

encajando piezas de metal en otras piezas de metal, con unas cuantas pausas a lo largo del día para descansos que se suponía que nos ayudaban a refrescar nuestras mentes del tedio del trabajo, o para las comidas que alimentaban nuestros cuerpos. Por algún motivo, nunca se me ocurrió pensar que la ciudad cercana a la fábrica donde vivíamos los trabajadores, que íbamos y veníamos del trabajo por la misma carretera invadida por la niebla, no me ofrecía ninguna alternativa mejor para mí o para nadie, lo cual sin duda explica la vaguedad, la tenue insustancialidad, de mis anhelos juveniles.

Casualmente, cuando llevaba trabajando en la fábrica tan sólo unos meses, tuvo lugar el único cambio que alteró la rutina diaria de ensamblado de piezas, la única desviación de un ritual que llevaba realizándose durante no se sabe cuántos años. El significado de esta distracción en nuestras vidas laborales al principio no nos causó mucha aprensión o ansiedad, nada que precisara que ninguno de los empleados de la fábrica reconsiderara el tipo o la dosis de medicación que le estaban prescribiendo, ya que casi todos a este lado de la frontera, yo mismo incluido, tomamos alguna clase de medicamento, un hecho que tal vez se deba en parte al sistema de salud de nuestro país, en el que todos los médicos y farmacéuticos están en la plantilla de la Quine Organization, empresa que posee una gran división de productos químicos.

En cualquier caso, el cambio de la rutina al que he aludido se produjo un día cuando el supervisor de la fábrica salió de su oficina e hizo una de sus escasas apariciones en el espacio donde el resto de nosotros estábamos ubicados, apiñados alrededor de las estaciones de ensamblado que nos habían sido asignadas. Por primera vez desde que llegué a la fábrica, el trabajo se paralizó entre aquellas pausas en las que descansábamos ya fuera para refrescarnos mentalmente o para nutrir nuestros cuerpos. Nuestro supervisor, un tal señor Frowley, era un tipo enorme, aunque no amenazador, que se movía y hablaba con un aletargamiento que quizás fuera sólo consecuencia de su tamaño corporal, aunque la lentitud de sus movimientos también podría deberse a la medicación, ya fuera como efecto secundario, o posiblemente como efecto primario. El señor Frowley se abrió paso lentamente hasta la zona central de la planta de ensamblado y se dirigió a nosotros con su parsimoniosa dicción.

—Voy a tener que marcharme por negocios de la empresa —nos informó—. En mi ausencia, enviarán a un nuevo supervisor para que se ocupe de mis tareas de manera provisional. Esta situación entrará en vigor desde mañana cuando lleguen a trabajar. No puedo decirles cuánto tiempo durará.

Luego preguntó si alguno de nosotros tenía alguna pregunta en relación con lo que era una ocasión tan excepcional, pero por aquel entonces no llevaba trabajando el tiempo suficiente en la fábrica para llegar a entender la naturaleza verdaderamente anómala de la situación. Nadie tenía preguntas para el señor Frowley, o ninguna que quisiera expresar, y el supervisor de la fábrica a continuación regresó a su pequeña oficina del rincón con los paneles de vidrio esmerilado.

Inmediatamente después de que el señor Frowley nos informara de que debía marcharse por negocios de la empresa y que mientras tanto la fábrica sería dirigida por un supervisor provisional, por supuesto se escucharon unos cuantos murmullos entre mis compañeros de trabajo acerca de lo que todo aquello podría significar. Nunca había ocurrido nada igual en la fábrica, según los empleados que llevaban allí trabajando un periodo considerable de tiempo, incluyendo a los pocos que ya se acercaban a una edad en la que, supuse, podrían dejar su trabajo e iniciar una etapa de retiro bien merecido tras haber pasado su vida de adulto frente a las mismas estaciones de ensamblado encajando piezas de metal. Sin embargo, al final del día estos murmullos ya se habían acallado antes de que saliéramos en fila y partiéramos por la brumosa carretera de regreso a nuestras casas en la ciudad.

Esa noche, por ningún motivo que pudiera señalar, no fui capaz de dormirme, algo que nunca antes me había sucedido después de haber estado de pie todo el día ensamblando piezas de metal de la misma manera una hora tras otra. Esta actividad de ensamblado pesaba ahora en mi mente mientras daba vueltas en la cama, con todo el lastre de su reiteración, su eternidad y su desconexión con cualquier finalidad que pudiera imaginar. Por primera vez me pregunté cómo habían sido creadas esas piezas metálicas que ensamblábamos, y mi mente intentó inútilmente seguirlas hasta sus orígenes de basta sustancia, que aparentemente había sido extraída de la tierra y pasado por algún proceso de refinado, para luego tomar forma en alguna fábrica, o varias, antes de llegar a la fábrica en la que yo trabajaba. Con una sensación de mayor futilidad, intenté imaginarme adónde iban a parar estas piezas de metal después de haber sido encajadas tal como nos habían entrenado a hacerlo, y mi mente se aceleró en la oscuridad de mi habitación para concebir su último destino y finalidad. Hasta aquella noche nunca me habían perturbado cuestiones de esa clase. No servía de nada perder el tiempo con ese tipo de preguntas, porque siempre había aspirado a algo mejor en la vida, una vida que me esperaba tras un periodo provisional de trabajo en la fábrica para ganarme el sustento. Finalmente, me levanté de la cama y tomé una dosis extra de medicina. Esto me permitió al menos unas pocas horas de sueño antes de tener que acudir de nuevo a mi puesto de trabajo.

Cuando entrábamos a la fábrica por la mañana, el procedimiento normal era que el primer hombre que pasaba por la puerta encendiera las lámparas cónicas que colgaban del techo desde largos rieles. Había otro grupo de luces dentro de la oficina del supervisor y el señor Frowley las encendía él mismo cuando llegaba al trabajo más o menos a la misma hora que el resto. Sin embargo, esa mañana no había luces encendidas dentro de la oficina del supervisor. Como era el primer día que un nuevo supervisor debía asumir el puesto del señor Frowley, aunque sólo fuera de forma provisional, supusimos que, por algún motivo, aquella persona todavía no estaba presente en la fábrica. Pero cuando la luz del día se coló a través de la niebla que cubría las ventanas rectangulares y estrechas de la fábrica, que incluían también las ventanas de la oficina del supervisor, empezamos a sospechar que el nuevo

supervisor —es decir, nuestro supervisor provisional— había estado dentro de su oficina todo este tiempo. Uso la palabra «sospechar» porque simplemente era imposible saber con certeza —con las luces de la oficina apagadas y sólo la luz natural del día que iluminaba las ventanas a través de la niebla— si había alguien al otro lado del vidrio esmerilado de la oficina del supervisor. Si el nuevo supervisor que la Quine Organization había enviado para sustituir temporalmente al señor Frowley ya estaba instalado en la oficina situada en el rincón de la fábrica, desde luego no se movía de ninguna manera que nos permitiera distinguir su silueta entre las formas borrosas que se vislumbraban tras el vidrio esmerilado de aquella habitación.

Aunque nadie dijo nada que hiciera mención específica a la presencia o ausencia del nuevo supervisor en la fábrica, observé que casi todos los que estaban alrededor de sus estaciones de ensamblado lanzaban una mirada en un momento u otro durante las primeras horas del día en dirección a la oficina del señor Frowley. Mi estación de ensamblado estaba situada más cerca de la oficina del supervisor que otras estaciones y los trabajadores que estábamos situados allí deberíamos haber podido distinguir si realmente había alguien dentro. Pero los que estábamos alrededor de la estación a la que había sido asignado, como los otros en estaciones situadas incluso más cerca de la oficina del supervisor, sólo intercambiamos miradas furtivas entre nosotros, como si nos preguntáramos unos a otros: «¿Qué opinas?» Pero nadie podía afirmar nada con certeza, o nada que pudiéramos expresar con palabras.

No obstante, nos comportábamos como si aquella oficina del rincón estuviera efectivamente ocupada y reaccionamos como reaccionan los empleados cuando sus acciones están sometidas a un profundo escrutinio y la más atenta supervisión. A medida que fueron pasando las horas, se hizo más evidente que la oficina del supervisor estaba ocupada, aunque la naturaleza de su nuevo residente resultaba todo un interrogante. Durante el primer descanso del día, algunos intercambiamos comentarios acerca de que la figura tras el vidrio esmerilado no parecía tener una silueta definida, ni poseer una forma estable o sólida. Algunos compañeros de trabajo mencionaron que en varias ocasiones divisaron una onda oscura moviéndose detrás o dentro de la superficie irregular del vidrio esmerilado de la oficina del supervisor. Pero aseguraban que siempre que sus ojos se fijaban en ese movimiento ondulante, éste se detenía de repente o simplemente se dispersaba como un banco de niebla. Cuando paramos a comer compartimos más observaciones, muchas de las cuales coincidían en la silueta que cambiaba lentamente, una forma oscura y granulosa como un cumulonimbo bullendo en un cielo oscurecido. A algunos les parecía que no tenía mayor sustancia que una sombra, y quizás eso es todo lo que era, afirmaban, aunque debían reconocer que aquella sombra era distinta a cualquier otra sombra que hubieran visto antes, porque en ocasiones se movía como si tuviera voluntad propia, recorriendo el mismo trayecto una y otra vez tras el vidrio esmerilado, como si fuera algún tipo de criatura paseándose en una jaula. Otros juraban que podían distinguir el

contorno de un cuerpo, aunque un tanto escurridizo y aberrante. Hablaban sólo en términos de «una parte de cabeza» o «las protuberancias como brazos», aunque incluso estas descripciones más convencionales eran aceptadas con reservas tras concluir que tales componentes cuasianatómicos no eran manifestaciones en absoluto normales en el interior de la oficina. «No parece estar sentado tras el escritorio», afirmó un hombre, «más bien parece que sobresale por arriba, un tanto ladeado». Esto era algo que yo también había advertido desde mi estación de ensamblado, como también lo advirtieron los hombres que trabajaban a mi derecha y a mi izquierda. Pero el empleado que estaba situado en la estación justo enfrente de mí, cuyo nombre era Blecher y que era más joven que la mayoría de los hombres de la fábrica, y quizás tan sólo unos años mayor que yo, jamás comentó nada sobre lo que pudiera haber visto en la oficina del supervisor. Además, estuvo trabajando todo el día con los ojos fijos en las piezas de metal que encajaba, con la mirada inmóvil hacia abajo incluso cuando se apartaba de la estación de ensamblado para descansar o para ir al lavabo. Ni una sola vez lo pillé mirando hacia aquel rincón de la fábrica que el resto de nosotros, mientras las horas transcurrían monótonamente, apenas éramos capaces de dejar de mirar. Luego, ya a punto de finalizar la jornada laboral, cuando la atmósfera de la fábrica se había vuelto densa por nuestras palabras pronunciadas y nuestros pensamientos no pronunciados, cuando la sensación de un modo de supervisión desconocido se cernía ominosamente sobre nosotros, así como dentro de nosotros (con tanta fuerza que sentía como si me hubieran colocado unos grilletes internos que fijaban mi cuerpo y mi mente en la posición que ocupaba en la estación de ensamblado), Blecher por fin explotó:

—Ya está bien —dijo, como si hablara consigo mismo. Luego repitió esas palabras en voz más alta y con una vehemencia que dejaba entrever algo que había estado reprimiendo en su interior durante todo el día—. ¡Ya está bien! —gritó al tiempo que se alejaba de la estación de ensamblado y se giraba para mirar directamente hacia la puerta de la oficina del supervisor, la cual, como los paneles de la oficina, eran de vidrio esmerilado.

Blecher avanzó rápidamente hacia la puerta de la oficina. Sin detenerse ni un segundo, ni siquiera para llamar o anunciar su entrada de alguna manera, irrumpió en el interior de la habitación con forma de cubo y cerró la puerta tras de sí dando un portazo. Todos los ojos de la fábrica se hallaban ahora clavados en la oficina del rincón. A pesar de la confusión y opiniones opuestas que había provocado entre nosotros la descripción física del supervisor provisional, ahora no teníamos ningún problema en ver la silueta oscura de Blecher tras el vidrio esmerilado y sus movimientos podían seguirse sin dificultad. Después, todo sucedió muy rápido, y el resto nos quedamos petrificados, como si estuviéramos aquejados por esa clase de parálisis que a veces se experimenta en los sueños.

Al principio, Blecher permaneció rígido ante el escritorio en el interior de la oficina, pero esa postura duró sólo unos segundos. Enseguida echó a correr por la

habitación, como si huyera de algo, y vimos que chocaba contra los archivadores para caer a continuación al suelo. Cuando se puso de pie parecía estar protegiéndose de un enjambre de insectos, sacudiendo violentamente los brazos para impedir la arremetida de una masa nebulosa y cambiante que flotaba sobre él como un aura temblorosa. Luego su cuerpo se estrelló con fuerza contra el cristal esmerilado de la puerta y por un momento creí que iba a atravesarlo. Pero Blecher se puso rápidamente en pie, salió a trompicones de la oficina y se detuvo un segundo para recorrernos a todos con la mirada, que le observábamos atónitos. Había un brillo de locura e incomprensión en sus ojos y le temblaban las manos.

La puerta a espaldas de Blecher había quedado medio abierta tras su frenética salida, pero nadie intentó mirar dentro de la oficina. Él parecía incapaz de alejarse del lugar donde permanecía erguido a tan sólo unos pasos de la puerta medio abierta de la oficina. Entonces, la puerta comenzó a cerrarse lentamente, como si se moviera con voluntad propia sobre sus bisagras, sin el concurso de ninguna fuerza visible. Sonó un débil chasquido cuando la puerta se cerró del todo. Pero fue el sonido del cerrojo al cerrarse al otro lado de la puerta lo que sacó a Blecher de su estupefacción, y a continuación salió corriendo de la fábrica. Unos segundos más tarde sonó el timbre que anunciaba el fin de la jornada laboral con toda la estridencia de una alarma, a pesar de que aún no era la hora de abandonar nuestras estaciones de ensamblado.

Tras regresar a la realidad con un sobresalto, abandonamos la fábrica en un grupo compacto, avanzando con paso medido, sin hablar, hasta que dejamos atrás el edificio. En el exterior no había rastro de Blecher, aunque creo que nadie esperaba verle en realidad. En cualquier caso, la niebla grisácea era especialmente densa en la carretera que conducía a la ciudad y apenas podíamos vernos los unos a los otros mientras regresábamos a casa, sin decir ni una sola palabra sobre lo que había ocurrido, como si hubiéramos firmado un pacto de silencio. Cualquier mención al incidente de Blecher hubiera hecho imposible, o al menos eso creo, regresar a la fábrica. Y no había ningún otro lugar al que recurrir para ganarnos la vida.

Esa noche me acosté temprano, después de ingerir una buena dosis de medicina para asegurarme que caería dormido profundamente y no me pasaría las horas dándole vueltas a la cabeza, como me había ocurrido la noche anterior, pensando en los orígenes (en algún lugar de la tierra) y el posterior destino (a otra fábrica o fábricas) de las piezas de metal que ensamblábamos durante todo el día. Me desperté antes de lo habitual, pero en lugar de quedarme en la habitación, donde probablemente comenzaría a darle vueltas a los acontecimientos del día anterior, me fui a un pequeño restaurante de la ciudad donde sabía que servían desayunos a esa hora de la mañana.

Cuando entré en el restaurante vi que estaba inusualmente lleno, las mesas y los reservados y los taburetes junto a la barra estaban casi todos ocupados por mis compañeros de la fábrica. Por una vez en la vida me alegraba de ver a esos hombres a quienes antes había considerado «condenados de por vida» a un trabajo que yo no

tenía intención de seguir desempeñando durante mucho más tiempo, teniendo en cuenta que todavía albergaba grandes proyectos, aunque un tanto indeterminados, para mi futuro. Saludé a unos cuantos de los compañeros mientras me aproximaba a un taburete vacío junto a la barra, pero ninguno me devolvió el saludo con algo más que un leve movimiento de cabeza, ni tampoco parecían muy ocupados en hablar unos con otros.

Tras tomar asiento junto a la barra y pedir el desayuno, reconocí al hombre sentado a mi derecha; trabajaba junto a la estación en la que yo estaba emplazado día tras día. Estaba bastante seguro de que se llamaba Nohls, aunque no empleé su nombre y simplemente le dije «Buenos días» con un tono de voz lo más bajo posible. Durante unos segundos Nohls no respondió y continuó mirando el plato que tenía delante de él, del cual picoteaba lenta y mecánicamente pequeños trozos de comida con el tenedor y se los metía en la boca. Sin girarse para mirarme, Nohls dijo, en voz incluso más baja que la mía:

—¿Te has enterado de lo de Blecher?

—No —susurré—. ¿Qué le pasa?

—Muerto —dijo Nohls.

—¿Muerto? —respondí con una voz lo suficientemente alta para que todos en el restaurante se giraran y me miraran. Tras retomar nuestra conversación con voz muy queda, le pregunté a Nohls qué había pasado con Blecher.

—Esa pensión donde vive. La mujer que regenta el lugar dijo que había empezado a comportarse de forma extraña después de… después de regresar del trabajo ayer.

Más tarde, Nohls me contó que Blecher no apareció para la cena. La encargada de la pensión decidió comprobar cómo se encontraba Blecher, ya que no le respondió cuando llamó a su puerta. Preocupada, le pidió a uno de los inquilinos que entrara para ver qué sucedía con el señor Blecher. Le encontraron boca abajo encima de la cama, y en la mesilla había varios frascos abiertos de distintos medicamentos prescritos. No había consumido todo el contenido de esos frascos pero, aun así, había muerto de una sobredosis de fármacos. Quizás sólo pretendía olvidarse de los sucesos del día y disfrutar de un sueño reparador. Yo mismo lo había hecho, le dije a Nohls.

—Tal vez fuera eso lo que ocurrió —contestó Nohls—. Aunque creo que nunca se sabrá con total certeza.

Tras acabar el desayuno, seguí bebiendo taza tras taza de café, como vi que hacían los demás en el restaurante, incluyendo a Nohls. Todavía teníamos tiempo antes de empezar la jornada. Sin embargo, otros clientes habituales comenzaron a llegar y nos marchamos al trabajo en grupo.

Cuando llegamos a la fábrica rodeados de la oscuridad y la niebla de las horas previas al amanecer, ya había otros empleados esperando en la puerta. Ninguno de ellos parecía querer ser el primero en entrar al edificio y encender las luces. Sólo cuando el resto nos aproximamos a la fábrica, éstos comenzaron a entrar. Fue

entonces cuando descubrimos que alguien había entrado ya a trabajar esa mañana y había encendido las luces. Era una nueva cara para nosotros. Estaba de pie en el antiguo puesto de Blecher, directamente frente a mí en la misma estación de ensamblado, y ya había realizado una cantidad considerable de trabajo; sus manos se movían frenéticamente encajando aquellas pequeñas piezas metálicas.

Cuando entramos en la planta de la fábrica para colocarnos en nuestras respectivas estaciones de ensamblado, casi todos lanzaron una mirada de desconfianza al hombre nuevo que se encontraba en el puesto que antes ocupaba Blecher y que, como ya he comentado, trabajaba a un ritmo frenético. Pero, en realidad, sólo sus manos se movían de esa manera frenética, manipulando aquellas pequeñas piezas de metal como dos enormes arañas tejiendo la misma tela. Por lo demás, se le veía bastante calmado y se ajustaba bien al tipo de persona que trabajaba en la fábrica. Iba vestido con un uniforme gris oficial bastante usado, y no era ni mucho más joven ni mucho mayor que el resto de empleados. Lo único que lo distinguía era la furia que exhibía en el trabajo, al que dedicaba toda su atención. Incluso cuando la fábrica comenzó a llenarse con otros hombres ataviados con uniformes grises de trabajo, que casi en su totalidad le lanzaron una mirada desconfiada, él jamás apartó la mirada de la estación de ensamblado donde manipulaba aquellas piezas de metal con tanto ahínco y tan absorto que no advertía la presencia de nadie a su alrededor.

Si bien el hombre nuevo nos resultó una presencia inquietante al aparecer como lo hizo por la mañana después de que Blecher hubiera sufrido una sobredosis de fármacos y ocupar su puesto justo frente a mí en la misma estación de ensamblado, al menos nos sirvió para apartar nuestra mente de la oficina a oscuras ocupada por nuestro supervisor provisional. Mientras que el día anterior habíamos estado obnubilados con aquella figura supervisora, nuestra atención estaba ahora centrada en este nuevo trabajador que había aparecido entre nosotros. E incluso aunque nos provocó todo tipo de reflexiones y sospechas, el hombre nuevo contribuyó a mejorar la atmósfera de inquietantes pensamientos y percepciones que provocó que Blecher se enajenara por completo y que le llevó a actuar como lo hizo.

Por supuesto, no podíamos aguantar mucho más tiempo sin que alguien se dirigiera al hombre nuevo y le preguntara sobre su aparición en la fábrica aquel día, y al ver que mis compañeros situados a mi izquierda y a mi derecha en la estación de ensamblado intentaban por todos los medios abstraerse de la situación, sentí que la tarea de sonsacarle algunas respuestas había recaído sobre mí.

—¿De dónde eres? —pregunté al hombre frente a mí que ocupaba el puesto que solía ocupar Blecher en la estación de ensamblado.

—La compañía me ha enviado —respondió el hombre con un tono sorprendentemente cordial y relajado, aunque no apartó ni un segundo la vista de su tarea.

Luego me presenté a mí mismo y a los otros dos hombres de la estación de

ensamblado, quienes asintieron y farfullaron unos saludos al extraño. Y fue entonces cuando descubrí la escasa voluntad del hombre nuevo de abrirse a nosotros.

—No te lo tomes mal —dijo—, pero hay mucho trabajo que hacer por aquí.

Durante nuestro breve intercambio el hombre nuevo había continuado manipulando sin parar las piezas de metal. Sin embargo, aunque mantenía la cabeza inclinada hacia abajo como había hecho Blecher durante casi todo el día anterior, vi que sus ojos lanzaron una rápida mirada en dirección a la oficina del supervisor. Al verlo, dejé de acosarlo, pensando que tal vez se mostrara más hablador en el siguiente descanso. Mientras tanto, dejé que continuara trabajando a su ritmo frenético, que era mucho más acelerado que el de cualquiera de los trabajadores de la fábrica.

Pronto observé que tanto el hombre que estaba a mi izquierda como el de mi derecha en la estación de ensamblado intentaban emular al hombre nuevo en su estilo de encajar tan diestramente aquellas pequeñas piezas metálicas, e incluso trataban de competir con el increíble ritmo productivo al que trabajaba éste. Yo mismo hice lo propio. Al principio, nuestros intentos fueron muy torpes; nuestras manos intentaban imitar los movimientos de las suyas, que eran tan rápidas que nuestros ojos no podían seguirlas, ni nuestras mentes lograban desentrañar una técnica de trabajo tan distinta de la que siempre habíamos empleado. Sin embargo, sin saber muy bien por qué, comenzamos a aproximarnos, aunque remotamente, a la velocidad y al estilo de encajar las piezas de metal del hombre nuevo. Nuestros esfuerzos y variaciones de la manera habitual de trabajar no pasaron desapercibidos a los operarios situados a nuestro alrededor. La nueva técnica fue poco a poco adoptada e imitada por todos los de la planta. Para cuando paramos a tomarnos el primer descanso del día, todos ya empleaban el método del nuevo trabajador.

Pero el parón no duró mucho. Cuando advertimos que el trabajador nuevo no iba a tomarse ni un segundo de descanso para unirse a nosotros en nuestra pausa programada, regresamos a las estaciones de ensamblado y continuamos trabajando tan frenéticamente como pudimos. Nos sorprendimos intentando superarnos en lo que en otro tiempo nos había parecido una tarea simple y monótona, y poco a poco fuimos aproximándonos hasta el nivel de virtuosismo exhibido por un hombre del que ni tan siquiera sabíamos el nombre. Ahora tenía aún más ganas de hablar con él acerca del cambio que había introducido en la fábrica y esperaba poder hacerlo durante la pausa de la comida. Sin embargo, nadie en la fábrica se hubiera imaginado el espectáculo que nos esperaba cuando por fin llegó el momento.

Y es que, en lugar de abandonar su puesto en la estación de ensamblado durante la pausa de la comida permitida por la empresa, el hombre nuevo continuó trabajando y consumió su comida con una mano mientras con la otra seguía ensamblando piezas metálicas, aunque a un ritmo un poco más lento. Esta actuación nos permitió al resto de los trabajadores de la fábrica ser testigos de un nivel de virtuosismo en productividad desconocido hasta el momento. Al principio hubo cierta oposición a un nivel de dedicación laboral tan elevado como al que el hombre nuevo, sin ningún tipo

de alarde, nos conducía. Pero pronto se hizo evidente. Y resultó bastante simple: aquellos empleados que dejaban de trabajar durante las pausas de la comida se alteraban, e incluso se atormentaban, por la inquietante atmósfera que invadía la fábrica, cuyo origen era atribuido al supervisor provisional que ocupaba la oficina de vidrios esmerilados. Por otro lado, aquellos empleados que continuaban trabajando frente a sus estaciones de ensamblado parecían relativamente despreocupados por las imágenes e inquietudes que, aunque no existía un consenso en cuanto a su naturaleza exacta, les habían acosado el día anterior. Así pues, en poco tiempo todos aprendimos a consumir nuestra comida con una mano mientras continuábamos trabajando con la otra. No hace falta decir que cuando llegó la última pausa del día, nadie se movió ni un milímetro de su estación de ensamblado.

Tan sólo cuando sonó el timbre que anunciaba el fin de la jornada varias horas más tarde de lo habitual, tuve la oportunidad de hablar con el nuevo empleado. En cuanto estuvimos fuera de la fábrica y todos partimos en un estado de silencioso agotamiento de regreso a la ciudad, me las apañé para ponerme a su lado mientras avanzaba a paso rápido a través de la niebla densa y grisácea. No me anduve por las ramas.

—¿Qué está ocurriendo? —le exigí saber.

Inesperadamente, paró en seco y me miró, aunque apenas podíamos vernos a través de la niebla. Entonces vi que giraba ligeramente la cabeza hacia la fábrica, que ya estaba a cierta distancia a nuestras espaldas.

—Escucha, amigo —dijo; su voz sonó cargada de una grave sinceridad—. No busco problemas. Y espero que tú tampoco.

—¿Es que no he estado trabajando a tu ritmo? —dije—. ¿Es que no lo hemos hecho todos?

—Sí. Todos habéis tenido un buen comienzo.

—Así que supongo que estás trabajando con el nuevo supervisor.

—No —dijo con énfasis—. No sé nada sobre eso. No sabría decirte nada sobre eso.

—Pero tú has trabajado en condiciones similares antes, ¿no es cierto?

—Trabajo para la empresa, al igual que tú. La empresa me envió aquí.

—Pero algo debe de haber cambiado en la empresa —dije—. Algo nuevo está sucediendo.

—En realidad, no —contestó—. La Quine Organization siempre hace reajustes y mejoras en sus protocolos. Simplemente, les llevó mucho tiempo llegar hasta aquí. Os encontráis a mucha distancia de la central de la compañía, o incluso del centro regional más cercano.

—Van a suceder más cosas de éstas, ¿verdad?

—Posiblemente. Pero en realidad no sirve de nada discutir sobre tales asuntos. No, si quieres seguir trabajando para la empresa. No, si quieres evitar meterte en problemas.

—¿Qué problemas?

—Tengo que irme. Por favor, no vuelvas a tratar este asunto conmigo.

—¿Me estás diciendo que vas a denunciarme?

—No —dijo, y su mirada volvió a dirigirse a la fábrica—. Eso ya no es necesario en los tiempos que corren.

Luego se dio la vuelta y se alejó a paso rápido entre la niebla.

A la mañana siguiente regresé a la fábrica con todos los demás. Trabajamos a un ritmo incluso más rápido y fuimos incluso más productivos. En parte se debió al hecho de que el timbre señaló el final de la jornada más tarde que el día anterior. Este aumento del tiempo que pasábamos en la fábrica, junto con el ritmo cada vez más acelerado de trabajo, se convirtió en la norma. En breve tan sólo nos permitieron pasar unas pocas horas fuera de la fábrica, sólo unas pocas horas nos pertenecían realmente, aunque la única manera posible de emplear ese tiempo era descansar lo necesario para regresar a las agotadoras labores que la compañía ahora demandaba de nosotros.

Pero yo siempre había aspirado a algo más en la vida, tenía unas aspiraciones que se iban haciendo más vagas a medida que transcurrían los días. *Debo dejar el trabajo en la fábrica*. Éstas eran las palabras que invadían mi mente mientras intentaba descansar las pocas horas que tenía antes de regresar a mi puesto de trabajo. No tenía ni idea de qué podría implicar dicha decisión, ya que no había ninguna otra alternativa para ganarme la vida, y no tenía suficiente dinero ahorrado para permitirme la habitación del edificio de apartamentos donde vivía. Además, las medicinas que necesitaba, que casi todo el mundo a este lado de la frontera tomaba para hacer tolerable su existencia, eran prescritas por médicos empleados por la Quine Organization y dispensadas por farmacéuticos que también operaban sólo bajo las órdenes de esta empresa. Sin embargo, a pesar de todo esto, seguía sintiendo que la única elección que tenía era dejar mi puesto de trabajo en la fábrica.

Al final del pasillo que conducía a mi apartamento había un pequeño hueco en el que habían instalado un teléfono público para el uso de los inquilinos del edificio. Tendría que informar de mi renuncia usando ese teléfono, porque no me imaginaba haciéndolo en persona. No me veía capaz de entrar en la oficina del supervisor provisional, como había hecho Blecher. No podía entrar en ese cuarto rodeado de vidrio esmerilado tras el cual mis compañeros de trabajo y yo habíamos observado que algo aparecía en distintas formas y manifestaciones, desde una silueta poco definida que parecía cambiar y hervir como una nube oscura, hasta algo más definido que parecía tener una «parte de cabeza» y «protuberancias como brazos». Dada la situación, usaría el teléfono para llamar al centro regional más cercano y presentar mi renuncia a la persona apropiada a cargo de tales asuntos.

El hueco del teléfono situado al final del pasillo que conducía hasta mi apartamento era tan estrecho que tuve que introducirme de lado. Al fondo de ese hueco había apenas espacio para hacer los movimientos necesarios e introducir

monedas en el teléfono que colgaba de la pared, y también escaseaba la luz para ver los números que marcaba. Recuerdo lo mucho que me preocupaba marcar un número incorrecto y perder una parte del poco dinero del que disponía. Después de tomar todas las precauciones posibles para asegurarme de realizar con éxito la llamada, un proceso que pareció llevarme horas, contacté con alguien del centro regional más cercano gestionado por la compañía.

El teléfono sonó tantas veces que temí que nadie contestara. Finalmente los tonos cesaron y tras una pausa escuché una voz apenas audible. Sonaba débil y distante.

—Quine Organization, Centro Regional del Noroeste.

—Sí —comencé—. Me gustaría renunciar a mi puesto de trabajo en la empresa —dije.

—Lo siento, ¿ha dicho que quiere renunciar a su trabajo en la empresa? Su voz suena tan lejana… —dijo la voz.

—Sí, quiero renunciar —grité al auricular del teléfono—. Quiero renunciar. ¿Puede oírme?

—Sí, puedo oírle. Pero la empresa no acepta renuncias en estos momentos. Voy a transferirle a nuestro supervisor provisional.

—Espere —dije, pero la llamada ya había sido transferida y una vez más se escucharon los tonos tantas veces que temí que nadie fuera a responder.

Entonces, los tonos cesaron, aunque no se escuchó ninguna voz en la línea.

—Hola —dije, pero lo único que escuché fue un ruido no identificable pero muy reverberante… un rugido grave que disminuía y aumentaba de volumen como si resonara a través de vastos espacios en las profundidades cavernosas de la tierra o desde los confines de un cielo nublado. Ese ruido, ese rugido grave y bestial, me sumió en un terror que era incapaz de identificar. Aparté el receptor del teléfono de mi oído, pero el rugido continuaba sonando dentro de mi cabeza. Luego sentí que el teléfono temblaba en mi mano, latiendo como algo vivo. Y cuando colgué violentamente el teléfono, ese temblor vibrante continuó ascendiendo por mi brazo, atravesó mi cuerpo y finalmente llegó a mi cerebro, donde se sincronizó con el rugido grave que ahora crecía más y más, confundiendo mis pensamientos en una resonante demencia y paralizando mis movimientos hasta el punto de que ni tan siquiera era capaz de gritar para pedir ayuda.

Nunca estuve seguro de que realmente hiciera esa llamada para renunciar a mi puesto de trabajo en la empresa. Y si hice esa llamada, nunca pude confirmar que lo que experimenté —lo que escuché y sentí en ese hueco del teléfono al final del pasillo que conduce a mi apartamento— se asemejara de alguna manera a los sueños que experimentaba de forma recurrente todas las noches tras dejar de ir a trabajar a la fábrica. Ninguna cantidad de medicación que tomara lograba evitar la aparición nocturna de estos sueños, y ninguna cantidad de medicación lograba borrar su recuerdo de mi mente. Al poco tiempo, había ingerido tantos fármacos que ya no me quedaban suficientes para provocarme una sobredosis, como hizo Blecher. Y como ya

no estaba empleado, no podía permitirme una nueva receta para adquirir los medicamentos que necesitaba para tolerar mi existencia. Por supuesto, podría haberme quitado de en medio de alguna otra forma, si hubiera estado más inclinado a hacerlo. Pero, de alguna manera, todavía aspiraba a algo mejor en la vida. Por ello, regresé a la fábrica para ver si podía recobrar mi puesto de trabajo. Después de todo, ¿no me había dicho la persona con la que hablé del centro regional que la Quine Organization no aceptaba renuncias en estos momentos?

Por supuesto, no estaba seguro de lo que me habían dicho por el teléfono, ni tan siquiera de si había realizado aquella llamada para renunciar a mi puesto en la empresa. No fue hasta que entré en la planta de la fábrica cuando fui consciente de que todavía tenía el puesto de trabajo allí si lo quería, porque el lugar donde había pasado tantas horas en mi estación de ensamblado aún estaba vacío. Ya vestido con el uniforme gris, me acerqué a mi estación de ensamblado y me puse a encajar aquellas pequeñas piezas metálicas a un ritmo frenético. Sin hacer una sola pausa en mi trabajo, miré al otro lado de la estación de ensamblado, a la persona que en otro tiempo consideré el «hombre nuevo».

—Bienvenido —dijo con un tono despreocupado.

—Gracias —respondí.

—Le dije al señor Frowley que regresarías pronto.

Durante unos segundos sentí una profunda alegría al deducir que el supervisor provisional ya se había ido y que el señor Frowley volvía a dirigir la fábrica. Pero cuando eché una mirada hacia su oficina en el rincón advertí que detrás del vidrio esmerilado no había encendida ninguna luz, aunque se podía distinguir la silueta de la gran mole del señor Frowley sentado al escritorio. Sin embargo, era un hombre cambiado, como descubrí poco después de volver al trabajo. Nadie ni nada en la fábrica volvería a ser como era. Ahora trabajábamos prácticamente las veinticuatro horas del día. Algunos de nosotros comenzamos a quedarnos por la noche en la fábrica, dormíamos una o dos horas en un rincón antes de regresar al trabajo en nuestras estaciones de ensamblado.

Una vez recuperado mi puesto de trabajo, dejé de sufrir las pesadillas que en un primer momento me hicieron regresar corriendo a la fábrica. Y, sin embargo, continuaba sintiendo, aunque muy ligeramente, la atmósfera de aquellas pesadillas, que era tan parecida a la atmósfera que el supervisor provisional trajo consigo a la fábrica. Creo que esta sensación de la presencia vigilante del supervisor provisional fue una medida calculada por parte de la Quine Organization, que siempre anda haciendo reajustes y mejoras en sus protocolos.

La empresa continuó con su política de no aceptar renuncias. Incluso, en un momento dado, llegó a ampliar esta restricción y tampoco permitió retiros. Se nos prescribieron nuevos medicamentos, aunque no puedo decir exactamente cuántos años hace de esto. Nadie recuerda cuánto tiempo llevamos trabajando aquí, o qué edades tenemos y, sin embargo, nuestro ritmo de productividad continúa aumentando.

Todo indica que ni la empresa ni nuestro supervisor provisional van a dejarnos escapar de aquí jamás. Sin embargo, sólo somos seres humanos o, al menos, seres físicos, y algún día tendremos que morir. Ése es el único retiro al que podemos aspirar, aunque ninguno de nosotros desea que llegue ese día. Porque no podemos evitar preguntarnos qué habrá después… qué habrá planeado la empresa para nosotros y qué papel puede jugar nuestro supervisor provisional en ese plan. Trabajar a un ritmo frenético, encajar esas pequeñas piezas de metal, nos ayuda a mantener nuestras mentes apartadas de tales asuntos.

EN UNA CIUDAD EXTRANJERA, EN UNA TIERRA EXTRANJERA

SU SOMBRA SE ALZARÁ A UNA CASA MÁS ALTA

Yacía despierto en la cama, en medio de la noche, escuchando el monótono y oscuro zumbido del viento al otro lado de la ventana y el sonido de las ramas desnudas barriendo las tejas sobre mi cabeza. Pronto mis pensamientos se centraron en una ciudad, me imaginaba sus distintos ángulos y aspectos, una ciudad remota cerca de la frontera norte. Entonces recordé que había un cementerio en la cima de una colina que se alzaba no muy lejos de los límites de la ciudad. Nunca he hablado con nadie sobre este cementerio, que durante un tiempo fue motivo de gran inquietud entre aquellos que se habían retirado a los parajes desolados de la frontera norte.

Era en ese cementerio de la colina, un lugar bastante más poblado que la ciudad sobre la que se cernía, donde fue enterrado el cuerpo de Ascrobius. Conocido en la ciudad por ser un ermitaño que poseía un carácter profundamente contemplativo, Ascrobius había padecido una enfermedad que dejó la mayor parte de su cuerpo con una deformidad terrible. Sin embargo, a pesar de lo llamativo de su severa deformidad y su carácter profundamente contemplativo, la muerte de Ascrobius fue un acontecimiento que pasó casi desapercibido. Toda la notoriedad que ganó el ermitaño, todos los rumores relacionados con su nombre, tuvieron lugar un tiempo después de que su cuerpo derrotado por la enfermedad fuera enterrado entre los otros cuerpos del cementerio de la colina.

Al principio no se hizo ninguna mención directa a Ascrobius, tan sólo unos cuantos comentarios ambiguos… débiles y penetrantes murmullos que revoloteaban insistentemente por el cementerio a las afueras de la ciudad y que solían hacer referencia a temas más generales de carácter morboso, incluyendo algún discurso abstracto, según lo interpreté yo, sobre el sorprendente fenómeno de la tumba. Cada vez más, ya se moviera uno por la ciudad o permaneciera en algún barrio apartado, estos comentarios ambiguos se fueron haciendo habituales e incluso invasivos. Emergían de portales en sombra junto a calles estrechas, de ventanas entreabiertas en las habitaciones más altas de las viejas casas de la ciudad y desde los rincones distantes de pasadizos laberínticos y resonantes. Parecía que por todos lados había voces obsesionadas hasta el histerismo con un solo tema: la «tumba perdida». Nadie se confundía pensando que estas palabras significaban que una tumba hubiera sido profanada de alguna forma, que la tierra hubiera sido retirada y el contenido sacado de allí, ni que una lápida hubiera desaparecido dejando al morador de alguna tumba en particular en un estado de anonimato. Incluso yo, que tenía menos relación que muchos otros con los matices peculiares de la ciudad situada junto a la frontera norteña, entendía lo que significaban las palabras «una tumba desaparecida» o «una

tumba ausente». El cementerio de la colina estaba tan abarrotado de lápidas y su terreno tan repleto de tumbas que un hecho tal debería ser sorprendentemente llamativo: donde antes había una tumba como cualquier otra, ahora, en ese mismo valioso espacio, tan sólo había un trozo de tierra virgen.

Durante cierto periodo de tiempo se exacerbó la especulación sobre la identidad del ocupante de la tumba desaparecida. Debido a que no existía un registro constante de ninguno de los funerales en el cementerio de la colina —cuándo o dónde o para quién se celebraba el sepelio—, las discusiones sobre el ocupante de la tumba perdida, o su *anterior* ocupante, siempre degeneraban en explosiones de violento sinsentido o simplemente se apagaban en una confusión etérea y hosca. Una escena similar estaba desarrollándose en el sótano de un edificio abandonado donde varios de nosotros nos habíamos reunido una noche. Fue en esa ocasión cuando un caballero que se presentó como doctor Klatt sugirió por primera vez «Ascrobius» como el nombre de la lápida de la tumba desaparecida. Estaba casi insultantemente convencido de esta afirmación, como si no hubiera una multitud de lápidas en el cementerio de la colina con nombres erróneos o ilegibles, o ninguno en absoluto.

Durante un tiempo Klatt se había presentado en la ciudad como un individuo con un pasado prestigioso en alguna disciplina de una naturaleza vagamente científica. Este personaje o impostor, si es que lo era, no habría sido el único en la historia de esta ciudad de la frontera norte. Sin embargo, cuando Klatt empezó a hablar de la reciente anomalía no como una tumba *desaparecida*, ni tan siquiera como una tumba ausente, sino como una tumba *deshecha*, el resto estuvimos más dispuestos a prestarle atención. En breve, fue el nombre de Ascrobius el que se mencionaba con más frecuencia como el ocupante de la tumba desaparecida… ahora *deshecha*. Al mismo tiempo, la reputación del doctor Klatt quedó íntimamente relacionada con la del difunto que era conocido tanto por su cuerpo burdamente deforme como por su carácter profundamente contemplativo.

Durante este periodo parecía que en cualquier lugar de la ciudad en el que uno se encontrara, allí estaba Klatt abundando sobre su relación con Ascrobius, a quien ahora llamaba su «paciente». En las abarrotadas trastiendas de comercios que hace tiempo dejaron de tener clientes u otros locales igualmente apartados —la esquina de una calle escondida, por ejemplo—. Klatt hablaba de las visitas que había hecho a la casa de Ascrobius en los barrios pobres y de sus intentos de tratar la enfermedad que el ermitaño padecía desde hacía mucho tiempo. Además, Klatt se vanagloriaba de haber penetrado en la profunda personalidad contemplativa de alguien a quien la mayoría de nosotros jamás habíamos conocido, no digamos ya conversado con él en profundidad. Mientras que Klatt parecía disfrutar de la atención que recibía por parte de aquellos que previamente lo habían considerado sólo cómo otro impostor en la ciudad de la frontera norte, y tal vez todavía lo consideraban así, creo que no era consciente de la creciente sospecha, e incluso temor, que inspiraba debido a lo que ciertas personas llamaban sus «intromisiones» en los asuntos de Ascrobius. «No te

entrometerás» era un mandamiento tácito de la ciudad, aunque raras veces honrado, o eso me parecía. Y el contacto de Klatt con la oscura existencia anterior de Ascrobius, aunque las anécdotas del doctor resultaran ser equívocas o inventadas, era considerado por muchos antiguos residentes de la ciudad como una forma muy peligrosa de intromisión.

Sin embargo, nadie se marchaba cuando Klatt comenzaba a hablar sobre el ermitaño contemplativo y enfermo: nadie intentaba callarle o siquiera cuestionar las afirmaciones que realizaba con relación a Ascrobius. «Era un monstruo», dijo el doctor a algunos de los que estábamos reunidos cierta noche en una fábrica abandonada a las afueras de la ciudad. Klatt estigmatizaba con frecuencia a Ascrobius como un «monstruo» o como un «esperpento», aunque tales epítetos no eran producto de la grotesca apariencia física del famoso ermitaño. Según Klatt, Ascrobius era en extremo monstruoso o esperpéntico en un sentido estrictamente metafísico, eran cualidades que emergían como consecuencia de su carácter profundamente contemplativo. «Poseía poderes increíbles», decía el doctor. «Podría incluso haberse curado a sí mismo de su enfermizo estado físico, ¿quién sabe?» Pero toda su capacidad de contemplación, todas aquellas *meditaciones* incesantes que tenían lugar en su casa de barrio pobre, iban dirigidas hacia otro objetivo.

Tras decir esto, el doctor Klatt se quedó callado bajo la parpadeante iluminación improvisada de la fábrica abandonada. Era casi como si estuviera esperando que alguno de nosotros le sonsacáramos las siguientes palabras, para así hacernos cómplices de esta extraordinaria confidencia sobre su paciente difunto, Ascrobius.

Al fin, alguien preguntó sobre la capacidad contemplativa y las meditaciones del ermitaño, y hacia qué objetivo podrían estar dirigidas. «Lo que perseguía Ascrobius», explicó entonces el doctor, «no era un remedio para curar su enfermedad física, no era una cura en el sentido convencional de la palabra. Lo que buscaba era una *anulación* absoluta, no sólo de su enfermedad, sino de toda su existencia. En algunas pocas ocasiones, incluso me habló —continuó el doctor— sobre *deshacer* toda su vida». Después de que el doctor Klatt pronunciara estas palabras, pareció envolvernos la más profunda quietud en la fábrica abandonada en la que estábamos reunidos. Sin duda, todos se habían sentido poseídos de repente, al igual que yo, por un único objeto de contemplación: la tumba ausente, que el doctor Klatt describía como una tumba deshecha, dentro del cementerio de la colina a las afueras de la ciudad. «Así que ya ven lo que ha sucedido —nos dijo el doctor Klatt—. Ha anulado su existencia enfermiza y terrible, dejándonos con una tumba deshecha en nuestras manos». Ninguno de los presentes aquella noche en la fábrica abandonada, ni nadie más de la ciudad en la frontera del norte, creyó que no habría que pagar un precio por lo que nos reveló el doctor Klatt aquella noche. Ahora todos nos habíamos convertido en cómplices de la intromisión en aquellos sucesos que terminaron siendo descritos de manera eufemística como la «escapada de Ascrobius».

Hay que reconocer que la ciudad siempre había estado habitada por histéricos de

uno u otro tipo. Sin embargo, tras la escapada de Ascrobius se produjo una sorprendente plaga de comentarios ambiguos sobre las «repercusiones antinaturales» que estaban forjándose o que ya estaban teniendo lugar por toda la ciudad. *Alguien tendría que reparar aquella existencia deshecha*, tal era el sentimiento general que se expresaba en diversas situaciones y escenarios oscuros. A altas horas de la noche pudieron escucharse a intervalos regulares gritos intensamente reverberantes procedentes de todas partes de la ciudad, particularmente de las zonas apartadas, y eran mucho más frecuentes que los que se producían durante los habituales altercados nocturnos. Y en el transcurso de los nublados días siguientes las calles permanecieron casi desiertas. Las conversaciones que abordaban los detalles de los terrores nocturnos de la ciudad no abundaban, o, simplemente, no se producían: quizás, me atrevería a decir, se deshicieron como el propio Ascrobius, al menos durante un tiempo.

Fue, cómo no, la Figura del doctor Klatt quien, a última hora de la tarde, salió de entre las sombras de un viejo almacén para dirigirse a un pequeño grupo de personas allí reunidas. La silueta de Klatt apenas era visible bajo la luz difuminada que se colaba por las ventanas polvorientas, cuando anunció que tal vez poseía la fórmula para resolver los nuevos problemas que acuciaban a la ciudad situada en la frontera norte. Aunque la concurrencia del almacén se mostró igual de recelosa que nosotros por entrometerse en el asunto de Ascrobius, escucharon a Klatt a pesar de sus reservas. Entre aquel grupo se encontraba una mujer, la señora Glimm, que regentaba una pensión —de hecho, una especie de burdel— frecuentada en su mayor parte por forasteros, especialmente hombres de negocios de viaje a algún destino al otro lado de la frontera. Aunque Klatt no se dirigió directamente a la señora Glimm, dejó bien claro que iba a necesitar a un ayudante, de una clase en particular, con el fin de llevar a cabo las medidas que tenía en mente para librarnos de esos traumas intangibles que últimamente afligían a todo el mundo. «Dicho ayudante —subrayó el doctor— debería ser alguien no especialmente sensible o inteligente. Al mismo tiempo —continuó—, esta persona debe poseer una apariencia incuestionablemente hermosa, incluso una belleza frágil». Las posteriores instrucciones del doctor Klatt remarcaban que el asistente requerido fuera enviado al cementerio de la colina esa misma noche, porque el doctor tenía la certeza de que las nubes que habían cubierto el cielo durante todo el día persistirían hasta bien entrada la noche, ocultando así la luz de la luna que solía brillar crudamente sobre las tumbas apiñadas. Este deseo de máxima oscuridad parecía delatar claramente al doctor. Por supuesto, todos los presentes en el viejo almacén eran conscientes de que las «medidas» propuestas por Klatt eran sólo un ejemplo más de intromisión por parte de alguien que casi con toda certeza era un impostor de la peor calaña. Pero estábamos tan implicados en la escapada de Ascrobius y tan necesitados de cualquier solución que nadie intentó persuadir a la señora Glimm de que no colaborara con el doctor en el plan propuesto.

Así que la noche sin luna llegó y se marchó, y el asistente enviado por la señora

Glimm jamás regresó del cementerio de la colina. Sin embargo, nada en la ciudad próxima a la frontera norte parecía haber cambiado. El coro de protestas de medianoche continuó y los comentarios ambiguos ahora se centraban tanto en los «terrores de Ascrobius» como en el «charlatán del doctor Klatt», al cual no se le pudo localizar por ninguna parte cuando se realizó una búsqueda por las calles y edificios de la ciudad, a excepción, por supuesto, de la casa del terrible ermitaño en los barrios pobres. Finalmente, un pequeño grupo de las personas menos histéricas de la ciudad escaló la colina que conducía al cementerio. Cuando llegaron a la zona de la tumba ausente, descubrieron inmediatamente qué «medidas» había empleado Klatt y de qué forma el asistente enviado por la señora Glimm había servido para acabar con la escapada de Ascrobius.

El mensaje que llevaron a la ciudad aquellos que subieron al cementerio venía a decir que Klatt no era más que un vulgar carnicero. «Bueno, quizás no un *vulgar* carnicero», apostilló la señora Glimm, la cual había formado parte del pequeño grupo del cementerio. Luego explicó con todo detalle cómo encontraron el cuerpo del asistente del doctor; su piel, hecha trizas con infinidad de incisiones, y su cuerpo, desmembrado por varias partes, habían sido dispuestos obedeciendo ciertos cálculos sobre la tumba ausente: la cabeza y el torso en carne viva estaban apoyados en el suelo a modo de lápida, mientras que los brazos y las piernas estaban colocados de manera que podría parecer que demarcaban el espacio rectangular de una tumba. Alguien sugirió que se le diera al cuerpo profanado debida sepultura en su propio cementerio, pero la señora Glimm, por motivos desconocidos incluso para ella misma, o eso dijo, convenció a los demás para que dejaran las cosas tal como estaban. Y, quizás, su intuición en este asunto fue providencial, porque pocos días después cesaron por completo los terrores asociados con la escapada de Ascrobius, por muy indefinidos o posiblemente inexistentes que pudieran haber sido desde un principio. Sólo más tarde, gracias a los interminables murmullos de comentarios ambiguos, resultó evidente por qué el doctor Klatt había abandonado la ciudad, a pesar de que sus severas medidas parecían haber traído la cura que había prometido.

Aunque no puedo decir que fuera testigo de nada, otros informaron de que había indicios de un «nuevo ocupante», no en el lugar de la tumba de Ascrobius, sino en la casa de la barriada pobre en la que en otro tiempo el ermitaño pasó sus profundamente contemplativos días y noches. En ocasiones se veían luces tras las cortinas de las ventanas, afirmaban estos testigos, y la figura pasajera que se recortaba sobre aquellas cortinas era más descabelladamente grotesca que cualquier cosa que se hubiera visto allí dentro en vida del residente de aquella casa. Pero nadie jamás se acercó a la casa. Tras innumerables especulaciones acerca de lo que llegó a conocerse como la «resurrección de lo deshecho», ésta quedó reservada al ámbito de los comentarios ambiguos. Sin embargo, aquí tumbado en la cama, escuchando el viento y el rasgueo de las ramas desnudas sobre el tejado justo encima de mí, no puedo evitar seguir despierto imaginando aquel espectro deforme de Ascrobius y

reflexionando en qué planos inimaginables de contemplación este espectro sueña con otro acto de descreación, un nuevo y trascendental esfuerzo de gran poder y mayor certeza de permanencia. Y no es que me guste la idea de que un día alguien advierta que una casa en particular puede haberse esfumado, o ausentado, del lugar que antes ocupaba en los barrios pobres de una ciudad cercana a la frontera norte.

LOS CASCABELES SONARÁN SIEMPRE

Una mañana gris, a principios de primavera, estaba sentado en un pequeño parque cuando un caballero con pinta de necesitar cuidados hospitalarios se sentó a mi lado en el banco. Durante un rato permanecimos en silencio observando la tierra gris y empapada del parque, donde todo estaba aún en proceso de deshielo, cualquier signo de renacimiento en la naturaleza era tan sólo provisional y las ramas desnudas de los árboles se recortaban contra un cielo gris. Había visto al otro hombre en visitas previas al parque y, cuando se presentó, me pareció recordar que se dedicaba a algún tipo de negocios. Las palabras «agente comercial» me vinieron a la mente mientras estaba sentado contemplando las finas y oscuras ramas y, más allá, el cielo gris. Por algún motivo, durante nuestra conversación parca y un tanto vacilante surgió el tema de una ciudad en concreto cerca de la frontera del norte, un lugar donde viví en otro tiempo. «Han pasado muchos años —dijo el hombre— desde la última vez que estuve en esa ciudad». Luego se dispuso a contarme una experiencia que tuvo allí en los tiempos en que viajaba con regularidad a lugares remotos para la empresa que representaba y a la que, hasta ese momento, había servido desde hacía mucho tiempo con gran entrega y dedicación por su parte.

Era ya noche avanzada, me dijo, y necesitaba un lugar donde quedarse antes de llegar a su destino final al otro lado de la frontera norte. Como residente en otro tiempo de aquella ciudad, yo sabía que había dos locales principales donde podría haber pasado la noche. Uno de ellos era una pensión en la parte oeste de la ciudad que, de hecho, funcionaba principalmente como burdel frecuentado por agentes comerciales viajantes. El otro estaba situado en la parte este de la ciudad, en un distrito que en otro tiempo fue opulento, pero que ahora consistía en su mayor parte en casas vacías, una de las cuales, según se rumoreaba, había sido convertida en una especie de hostal por una anciana llamada señora Pyk, que era famosa por haber trabajado en varios espectáculos de feria —primero como bailarina exótica y luego como pitonisa— antes de instalarse en la ciudad cercana a la frontera norte. El agente comercial me dijo que no estaba seguro de si fue un error o una jugarreta deliberada lo de enviarle a la parte este de la ciudad, donde tan sólo había unas pocas ventanas encendidas aquí y allá. Así pues, encontró sin dificultad el cartel de HABITACIONES que había junto a los escalones que conducían a un caserón enorme con unas pequeñas torretas que parecían sobresalir como un manojo de

verrugas de la fachada e incluso del alto tejado en punta que coronaba la estructura. A pesar de la lúgubre apariencia de la casa (un «castillo abandonado en ruinas», como lo expresó mi compañero del parque), por no mencionar el estado de desolación generalizada del vecindario que la rodeaba, el agente comercial dijo que no dudó ni un segundo en subir los escalones del porche. Presionó el timbre de la puerta, del cual dijo que era un «timbre tipo zumbador», a diferencia del otro tipo que repica o tañe al ser pulsado. Sin embargo, además del zumbido que se escuchó cuando presionó el timbre de la puerta, afirmó que también se escuchó un tintineo similar al de unos cascabeles de trineo. Cuando por fin la puerta se abrió y el agente comercial se enfrentó al rostro embadurnado de maquillaje de la señora Pyk, simplemente preguntó: «¿Tienen una habitación?»

Tras entrar en el vestíbulo de la casa, la señora Pyk le detuvo y le hizo un gesto con una mano delgada y artrítica hacia un libro de registros abierto sobre un atril en el rincón. No había ningún otro huésped registrado en las páginas antes que él y, sin embargo, el agente comercial no vaciló al coger la pluma que había en el centro del libro y firmar con su nombre: Q. H. Crumm. A continuación, se giró de nuevo hacia la señora Pyk y se agachó para coger la maleta pequeña que había traído. En ese momento vio por primera vez la mano izquierda de la señora Pyk, la mano no artrítica, que era igual de delgada que la otra pero que parecía ser una prótesis que imitaba la pálida mano de un viejo maniquí, y su epidermis barnizada se había pelado por algunas partes. En ese momento el señor Crumm fue consciente, según sus propias palabras, de la posición «delirantemente absurda» en la que él mismo se había colocado. Sin embargo, dijo que también sentía una gran excitación en relación a las cosas que no podía identificar con exactitud, cosas que nunca antes se había imaginado y que parecía que no podía imaginar con una mínima claridad por aquel entonces.

La anciana se percató de que Crumm había advertido su mano artificial. «Como puede ver», dijo con una voz lenta y ronca, «soy perfectamente capaz de cuidarme sola, sea lo que sea que pretenda hacerme cualquier idiota. Pero ya no recibo a tantos caballeros viajeros como antes. Y estoy segura de que no tendría ninguno en absoluto si dependiera de ciertas personas», acabó. *Delirantemente absurda*, pensó el señor Crumm. Sin embargo, siguió a la señora Pyk como un perrillo cuando le guió por una casa tan mal iluminada que era imposible distinguir cualquier detalle de la decoración, dejando a Crumm con la mareante sensación de estar envuelto por unos suntuosos alrededores de sombras. Esta sensación se intensificó cuando la anciana alargó el brazo hacia un pequeño quinqué que apenas desprendía un tenue resplandor en la oscuridad y, con un dedo de su mano real, subió la llama y la luz hizo retroceder ligeramente las sombras mientras que incrementaba grotescamente muchas otras. Entonces comenzó a guiar a Crumm por las escaleras hacia su habitación, sujetando el quinqué en su mano real mientras dejaba que su mano artificial colgara a un lado. Y con cada paso que daba la señora Pyk ascendiendo las escaleras, el agente

comercial creyó detectar el mismo tintineo de cascabeles que había oído por primera vez cuando estaba fuera de la casa esperando a que alguien abriera la puerta. Pero el sonido era tan débil, tan amortiguado, que el señor Crumm se imaginó aliviado que sólo era el eco de un recuerdo o su imaginación desbocada.

La habitación en la que la señora Pyk alojó a su huésped se encontraba en la planta más alta de la casa, justo al otro extremo de un pasillo corto y estrecho que daba a la trampilla que conducía al ático. «En ese momento no me pareció que hubiera nada extraño en ese alojamiento», me dijo el señor Crumm mientras estábamos sentados en el banco del parque contemplando aquella mañana gris de principios de primavera. Le respondí que tales juicios erróneos eran bastante comunes en lo concerniente a la pensión de la señora Pyk; al menos, ésos eran los rumores que corrían durante el periodo en el que viví en la ciudad cercana a la frontera norte.

Cuando llegaron al pasillo de la planta más alta, me informó Crumm, la señora Pyk dejó apoyado el quinqué sobre una mesa colocada cerca del escalón más alto. Luego alargó la mano y apretó un pequeño botón que sobresalía de una de las paredes, mediante el cual encendió algunos de los apliques luminosos colgados en ambas paredes. La iluminación siguió siendo lúgubre —activamente lúgubre, según la describió Crumm—, pero fue suficiente para revelar el intricado diseño del empapelado de las paredes, y las alfombras de un diseño incluso más intricado en el pasillo que conducía en una dirección a la abertura hacia el ático y en la otra a la habitación en la que el agente comercial se suponía que iba a dormir aquella noche. Después de que la señora Pyk abriera con llave la puerta de la habitación y apretara otro pequeño botón en la pared interior, Crumm observó lo pequeña y austera que era la habitación en la que iba a alojarse, lo cual le pareció del todo innecesario teniendo en cuenta la gran cantidad de espacio, o la «oscura suntuosidad», como él lo llamaba, del resto de la casa. Sin embargo, Crumm no expresó ninguna objeción (ni tampoco sintió la necesidad de ello, insistió) y con muda obediencia colocó su maleta junto a una pequeña cama que ni tan siquiera estaba equipada con un cabecero. «Hay un baño a unas cuantas puertas por el pasillo», le informó la señora Pyk antes de abandonar la estancia y cerrar la puerta. Y en el silencio de aquella pequeña habitación, Crumm pensó que le había parecido oír de nuevo el tintineo de cascabeles desvaneciéndose en la distancia y la oscuridad de aquella enorme casa.

Aunque el día se le había hecho bastante largo, el agente comercial no se sentía en absoluto cansado, o posiblemente había entrado en un estado mental que estaba más allá de los límites de la fatiga absoluta, como él mismo reflexionó cuando estábamos sentados en aquel banco del parque. Durante un rato permaneció echado sobre la diminuta cama, todavía vestido, y fijó la mirada en un techo que exhibía varias manchas grandes. Después de todo, pensó, estaba alojado en una habitación situada justo debajo del tejado de la casa y todo parecía indicar que el tejado estaba dañado, de manera que la lluvia entraba libremente por el ático los días y las noches

de tormenta. De repente, por alguna extraña razón, no pudo apartar la mente del ático, de la puerta que estaba al otro lado del pasillo. *El misterio de un viejo ático*, susurró Crumm para sí mientras estaba echado en aquella cama diminuta en una habitación en lo alto de un caserón de sombras envolventes. Sensaciones e impulsos que nunca antes había experimentado brotaron en él a medida que su excitación por el ático y sus misterios iba en aumento. Era un agente comercial de viaje y necesitaba descansar y estar preparado para el día siguiente y, sin embargo, en lo único que pensaba era en levantarse de la cama y recorrer la distancia del pasillo tenuemente iluminado hacia la puerta que conducía al ático de la sombría casa de la señora Pyk. Si se cruzaba con alguien, podía decir que iba por el pasillo para usar el baño, pensó. Pero Crumm pasó de largo la puerta del baño y pronto se encontró arrastrándose irremediablemente hacia el ático, cuya puerta no estaba cerrada con llave.

El aire en el interior olía dulce y estancado. La luz de la luna penetraba a través de una pequeña ventana octogonal y guió al agente comercial entre los bultos negros hacia una bombilla que colgaba de un grueso cable negro. Alargó el brazo y giró un pequeño disco que sobresalía de un lateral del aplique de la bombilla. Ahora pudo ver los tesoros que le rodeaban y comenzó a temblar de excitación ante el descubrimiento. Crumm me dijo que el viejo ático de la señora Pyk era como una tienda de ropa o el guardarropa de un teatro. A su alrededor había un mundo de extraños disfraces que se derramaban de las profundidades de unos enormes baúles o que colgaban entre las sombras de altos armarios abiertos. Después cayó en la cuenta de que aquellas ropas curiosas eran, en su mayor parte, los restos de los tiempos de bailarina exótica, y más tarde pitonisa, de la señora Pyk para distintos espectáculos de feria. El propio Crumm recordaba haber observado que en las paredes del ático había varios carteles anunciando las dos etapas de la antigua vida de la anciana. Uno de esos carteles mostraba a una bailarina medio girada entre un torbellino de sedas, con el rostro apartado de los contornos de cabezas que representaban a la audiencia en la parte inferior del cartel, una muchedumbre de calvas y bombines arracimados. Otro póster mostraba un par de ojos negros penetrantes con largas y finas pestañas. Encima de los ojos, impresas en un tipo de letra serpenteante, se leían las palabras: Dama de la Fortuna. Debajo de los ojos, y con el mismo tipo de letra, se leía una simple pregunta: ¿CUÁL ES TU DESEO?

Aparte de los atuendos de bailarina exótica o de pitonisa misteriosa, también había otras ropas, otros trajes. Estaban esparcidos por todo el ático… ese «paraíso del pasado», como Crumm lo denominó. Sus manos temblaban mientras encontraba todo tipo de extraños disfraces tirados por el suelo o colgados sobre un espejo de armario, atuendos elaborados y cómicos hechos de ricos terciopelos y brillantes rasos de colores. Tras hurgar en ese delirante mundo del ático, Crumm finalmente encontró lo que apenas era consciente que andaba buscando. Allí estaba, enterrado en el fondo de uno de los baúles más grandes: un traje de bufón completo con unas suaves zapatillas con las puntas hacia arriba y un gorro acabado en dos puntas en el que repiquetearon

cascabeles cuando se lo puso en la cabeza. Todo el traje era un delirante conjunto de cuadrados de telas de colores y le quedaba perfectamente en cuanto se quitó la ropa de agente comercial que llevaba puesta. Cuando se miró en el espejo, Crumm advirtió que las dos puntas del sombrero de bufón parecían dos cuernecillos de caracol, pero éstos caían a un lado y a otro cuando sacudía la cabeza para hacer sonar los cascabeles. También había cascabeles cosidos en las puntas respingonas de las zapatillas y colgando en uno u otro lugar por todo el traje de bufón. Crumm los agitó para que sonaran todos, me explicó, haciendo cabriolas delante del espejo del armario mientras contemplaba una figura que no reconocía como la suya propia; estaba totalmente perdido en un mundo de sensaciones e instintos que nunca antes había imaginado. Afirmó que dejó de tener ni la más mínima noción de su existencia como agente comercial. Para él sólo existía el traje de bufón que envolvía su cuerpo, el tintineo de los cascabeles y la fofa cara de un bufón en el espejo.

Un rato después se tumbó boca abajo sobre el frío suelo de madera del ático, me informó Crumm, y se quedó allí tirado absolutamente inmóvil, exhausto por la satisfacción que había hallado en aquel mohoso paraíso. Entonces volvió a escuchar el sonido de los cascabeles, aunque Crumm no sabía de dónde provenía. Su cuerpo permaneció inmóvil sobre el suelo en un estado de somnolienta parálisis y, sin embargo, escuchó el sonido de los cascabeles. Pensó que si pudiera al menos abrir los ojos y rodar por el suelo vería lo que producía el sonido de los cascabeles. Pero pronto perdió toda esperanza en ese plan de acción, porque ni tan siquiera podía sentir su propio cuerpo. El sonido de los cascabeles se hizo incluso más fuerte, tintineando junto a sus oídos, aunque era incapaz de mover la cabeza de ninguna manera y sacudir los cascabeles de su sombrero de dos puntas. Luego escuchó una voz que le decía: «Abre los ojos… y mira tu sorpresa». Y cuando abrió los ojos por fin vio su rostro en el espejo del armario: era un rostro diminuto en una cabeza de bufón diminuta… y la cabeza estaba en el extremo de un palo, una especie de batuta con rayas como las de un bastón de caramelo, sujetada por la mano de madera de la señora Pyk. La anciana agitaba el palo a rayas como si fuera un sonajero, haciendo que los cascabeles en la diminuta cabeza de Crumm tintinearan furiosamente. Allí en el espejo también podía ver su cuerpo todavía tendido indefenso e inmóvil sobre el suelo del ático. Y en su mente sólo había un pensamiento arrollador: *ser la cabeza de un palo sujetado por la mano de madera de la señora Pyk. Para siempre… para siempre*.

Cuando Crumm se despertó a la mañana siguiente, escuchó el sonido de la lluvia sobre el tejado bajo el que yacía vestido sobre la cama. La señora Pyk lo estaba sacudiendo suavemente con su mano real, mientras decía: «Despierte, señor Crumm. Es tarde y debe proseguir su viaje. Tiene un negocio que atender al otro lado de la frontera». Crumm quiso decir algo a la anciana allí mismo, enfrentarse a ella contándole lo que me describió como «su aventura en el ático». Pero las bruscas y ásperas maneras de la señora Pyk y su tono de voz tan ordinario le llevaron a pensar

que no serviría de nada preguntarle. En cualquier caso, sospechaba que tratar de manera abierta el tema con la señora Pyk no era algo que debiera hacer si deseaba quedar a buenas con ella. Poco después se encontraba de pie con la maleta en la mano frente a la puerta de la enorme casa y se entretuvo un momento para contemplar el rostro embadurnado de maquillaje de la señora Pyk y asegurarse otra fugaz mirada a la mano artificial que colgaba a un costado.

—¿Podría volver a alojarme aquí? —preguntó Crumm.

—Si lo desea —respondió la señora Pyk mientras sostenía la puerta abierta al huésped que ya se marchaba.

Cuando estuvo fuera en el porche, Crumm se giró rápidamente dando media vuelta y exclamó:

—¿Podría alojarme en la misma habitación?

Pero la señora Pyk ya había cerrado la puerta y su respuesta a esta pregunta, si es que realmente hubo alguna, fue un tenue tintineo de diminutos cascabeles.

Después de atender sus negocios al otro lado de la frontera norte, el señor Crumm regresó a la pensión de la señora Pyk, pero descubrió que el lugar había sido consumido por las llamas durante el breve intervalo de tiempo en el que se había ausentado. Le dije, allí sentados en aquel banco del parque contemplando la mañana gris a principios de primavera, que siempre habían corrido rumores, una serie de comentarios ambiguos irresponsables, sobre la señora Pyk y su vieja casa. Algunas personas, residentes histéricos de uno u otro tipo, sugerían que la señora Glimm, que regentaba la pensión en la parte oeste de la ciudad, estaba detrás del incendio que acabó con la actividad comercial de la señora Pyk en la parte este. Al parecer, las dos habían sido socias en el pasado, es decir, habían colaborado en los negocios; y las pensiones en el oeste y el este de la ciudad en la frontera norte eran regentadas para provecho mutuo de ambas mujeres. Pero una ruptura de algún tipo las convirtió al parecer en furibundas enemigas. La señora Glimm, que en ocasiones se la caracterizaba como «una persona de pasmosa avaricia», adoptó una postura intolerante ante la competencia que le planteaba su anterior aliada en los negocios. Se llegó a la conclusión en la ciudad cercana a la frontera norte de que la señora Glimm había ordenado a alguien que atacara a la señora Pyk en su propia casa, un ataque que culminó con la amputación de la mano izquierda de la señora Pyk. Sin embargo, el plan de la señora Glimm de echar por tierra las ambiciones de su competidora finalmente pareció ponérsele en su contra, porque tras el ataque la señora Pyk sufrió un cambio dramático, también en su modo de llevar los asuntos en su pensión de la zona este. Siempre se le había tenido por una mujer de excepcional fuerza de voluntad y extraordinarios dones, en otro tiempo bailarina exótica y más tarde Dama de la Fortuna, pero tras la amputación de su mano izquierda y su sustitución por una mano artificial de madera, parecía haber adquirido poderes nunca vistos, y todos ellos dirigidos hacia un solo fin: expulsar a su ex socia, la señora Glimm, del negocio. Fue entonces cuando comenzó a llevar su pensión de una manera diferente y siguiendo

unos métodos únicos, de manera que siempre que los agentes comerciales de paso que frecuentaban la pensión de la señora Glimm en la parte oeste se alojaban en la pensión de la señora Pyk en la parte este, no volvían jamás a la pensión de la señora Glimm.

Mencioné al señor Crumm que había vivido en aquella ciudad de la frontera norte el suficiente tiempo para haber oído en varias ocasiones que un huésped podía visitar la pensión de la señora Pyk un número determinado de veces antes de descubrir que ya nunca podría abandonarla. Tales comentarios, continué, estaban hasta cierto punto basados en lo que se encontró en las ruinas de la casa de la señora Pyk tras el incendio. Parecía que había habitaciones por toda la casa, incluso en los rincones más recónditos de su vasto espacio del sótano, donde se encontraron restos carbonizados de cuerpos humanos. Por lo que se adivinaba, dado el carácter intensamente destructivo de aquel incendio, todos los cuerpos iban ataviados de manera estrafalaria, como si el edificio en su conjunto hubiera estado habitado por un hormiguero de gente disfrazada. A la luz de todas las historias que habíamos oído en la ciudad, nadie se molestó en comentar lo extraño que resultaba, absurdo incluso, que ninguno de los huéspedes de la pensión de la señora Pyk hubiera logrado escapar. Sin embargo, como revelé a Crumm, el cuerpo de la propia señora Pyk nunca fue encontrado, a pesar de la búsqueda exhaustiva que ordenó la señora Glimm.

Entonces, mientras yo le presentaba todos estos hechos allí sentados en el banco del parque, observé que la mente de Crumm parecía haberse perdido en otras esferas y parecía necesitar con urgencia su ingreso en un hospital. Finalmente, habló y me pidió que le confirmara lo que había dicho acerca de la ausencia del cuerpo de la señora Pyk entre aquellos encontrados entre las cenizas una vez apagado el incendio. Confirmé la afirmación que había hecho y le supliqué que considerara el lugar y las circunstancias en las que se expresaron tanto ésta como todas las demás afirmaciones, así como las suyas propias, aquella mañana a principios de primavera.

—Recuerda tus propias palabras —le dije a Crumm.

—¿Qué palabras fueron ésas? —preguntó.

—Delirantemente absurda —contesté, intentando alargar el sonido de cada sílaba, como si quisiera dotarlas de algún sentido real o, al menos, una fuerza dramática de algún tipo—. Tú no fuiste más que un peón. Tú y todos aquellos otros no erais más que peones en una lucha entre fuerzas que no podíais ni imaginar. Los instintos que os movían no eran vuestros. Eran tan postizos como la mano de madera de la señora Pyk.

Durante unos segundos Crumm pareció recobrar sus sentidos. Luego dijo, como para sí mismo:

—Nunca encontraron su cuerpo.

—No, no lo encontraron —respondí.

—Ni siquiera la mano —dijo con un tono estrictamente retórico. Y de nuevo confirmé su afirmación.

Crumm se quedó en silencio en ese punto de nuestra conversación, y cuando lo dejé esa mañana se quedó contemplando la tierra gris y húmeda de aquel parque con la mirada de alguien en un trance de histeria, silenciosamente atento a cualquier sonido o señal que llegara a su consciencia. Ésa fue la última vez que lo vi.

Ocasionalmente, las noches que me resulta difícil dormir, pienso en el agente comercial Crumm y la conversación que tuvimos aquel día en el parque. También pienso en la señora Pyk y su casa en la parte este de una ciudad de la frontera norte, donde viví en una ocasión. En estos momentos es casi como si yo mismo pudiera oír el débil tintineo de cascabeles en la oscuridad y mi mente comienza a vagar en busca de un sueño desesperado que no es el mío propio. Tal vez este sueño realmente no pertenezca a nadie, por muchas personas, incluyendo agentes comerciales, que hayan pertenecido a él.

UNA VOZ SUAVE NO SUSURRA NADA

Mucho antes de que sospechara de la existencia de la ciudad junto a la frontera norte, creo que de alguna manera ya era un habitante de aquel lugar remoto y desolado. Podría ofrecerles multitud de indicios que apoyarían dicha afirmación, aunque algunos de ellos pudieran parecer de alguna manera ajenos a la cuestión. Entre los más importantes se encuentran los que aparecieron durante mi niñez, aquellos difusos y grises años en los que yo padecía una clase u otra de enfermedad que consumía mi vida. Fue en esa temprana etapa de desarrollo cuando sellé mi profunda afinidad con la estación invernal en todas sus fases y manifestaciones. Nada me parecía más natural que mi instinto de seguir la senda del tejado cubierto de nieve y el poste coronado de hielo, considerando que yo, también, por mi enfermedad, exhibía las marcas de un estado de existencia esencialmente hibernal. Bajo las mullidas mantas de mi cama yacía pálido y aterido de frío, mientras corría el sudor por mis sienes brillantes por la fiebre. A través de los cristales helados de la ventana de mi dormitorio contemplaba con una devoción atroz cómo a los grises días de invierno les seguían las cegadoras noches de invierno. Permanecí siempre atento ante la posibilidad, tal como lo concebía mi joven mente, de una «trascendencia gélida». Por lo tanto, siempre tenía la precaución, incluso sufriendo frecuentes estados de delirio, de jamás permitirme caer en un sueño común, excepto tal vez para soñar que me adentraba más profundamente en ese paisaje donde vientos pasajeros me arrastraban hasta el vacío de una hibernación definitiva.

Nadie esperaba que yo viviera mucho tiempo, ni siquiera mi médico de cabecera, el doctor Zirk. Viudo ya entrado en años, el doctor parecía estar completamente entregado al bienestar de las anatomías vivas que estaban bajo su cuidado. Sin embargo, desde nuestros primeros encuentros sentía que también él poseía una afinidad secreta con el locus más remoto y desolado del espíritu del invierno y, por lo

tanto, que también era un aliado de la ciudad cercana a la frontera norte. Cada vez que me examinaba en mi lecho se delataba como un compañero fanático de un credo desconsolado, revelando muchos de sus estigmas y gestos. Su cabello hirsuto con mechones blancos y su barba eran ralos y escasos restos de una anterior frondosidad, muy similares a las ramas desnudas y recubiertas de escarcha de los árboles al otro lado de mi ventana. Su rostro tenía la piel curtida y llena de surcos como la tierra congelada, mientras que sus ojos estaban nublados por el turbio éter de una tarde de diciembre. Y notaba sus dedos tan gélidos cuando me palpaban el cuello o tiraban suavemente de los párpados inferiores.

Un día, cuando pensaba que yo estaba dormido, o eso creo, el doctor Zirk reveló el alcance de su iniciación en los yermos misterios del mundo del invierno, aunque sólo habló con los fragmentos crípticos de un alma exhausta in extremis. Con una voz pura y gélida como un viento del ártico, el doctor hizo referencia a «sufrir ciertas duras pruebas», y también habló de lo que llamaba «grotescas discontinuidades en el orden de las cosas». Sus palabras temblorosas también invocaban una epistemología de «esperanza y horror», de exponer de una vez por todas la verdadera naturaleza de ese «gran ritual gris de la existencia» y lanzarse de cabeza hacia una «iluminación de la ignorancia». Parecía que se dirigía a mí directamente cuando con un suave gemido de desesperación dijo: «Para acabar con todo ello, pequeño muñeco, a tu manera. Para cerrar la puerta con un movimiento rápido y no a lentos y temerosos pasos. Si al menos este doctor pudiera mostrarte la manera de tal gélida liberación». Sentí que mis pestañas temblaban ante el tono y la trascendencia de aquellas palabras y el doctor Zirk inmediatamente se quedó callado. Justo en ese momento mi madre entró en la habitación, lo que me sirvió de pretexto para fingir que recobraba entonces el conocimiento. Pero nunca revelé la confidencia o indiscreción que el doctor me confió ese día.

En cualquier caso, fue muchos años más tarde cuando descubrí la existencia de la ciudad cercana a la frontera norte y allí llegué a entender el origen y el significado de los murmullos del doctor Zirk aquel día de invierno casi totalmente silencioso. Cuando llegué a la ciudad, advertí lo mucho que se parecía a la tierra de invierno de mi niñez, aunque cuando llegué aún faltaba algo para la temporada invernal. Ese día, todo —las calles de la ciudad y las pocas personas que deambulaban por ellas, los escaparates de las tiendas y la escasa mercancía que exhibían, los leves rastrojos apenas animados por un viento medio muerto—, todo parecía descolorido, como si un enorme flash fotográfico acabara de iluminar la asustada cara de la ciudad. Y de alguna manera bajo esa pálida fachada intuí lo que me imaginé como el «aura omnipresente de un lugar que se ha ofrecido como un escenario para una serie interminable de sucesos delirantes».

Era sin duda una atmósfera delirante lo que aparentemente reinaba en la escena, haciendo que todo lo que veía temblara vagamente ante mis ojos, como si lo contemplara a través del resplandor translúcido de la iluminación de una enfermería:

una nebulosa que no tenía una densidad precisa, que se distorsionaba sin ocultar en absoluto los objetos que había tras ella o dentro de ella. Había una atmósfera de desorden y conmoción que sentí en las calles de la ciudad, como si el ambiente delirante sólo fuera el leve preludio de un enorme caos. Escuché el sonido de algo que no pude identificar, un barullo que se aproximaba y que me llevó a refugiarme en un estrecho pasadizo entre un par de edificios altos. Acurrucado en aquel oscuro escondite observé la calle y agucé el oído a medida que el indefinido sonido traqueteante aumentaba. Era una mezcla de repiqueteo y crujido, de gruñido y graznido, un tintineo amortiguado de algo desconocido que se arrastraba por la ciudad, un desfile caótico en conmemoración de algún evento delirante especial.

La calle que vi más allá de la abertura estrecha entre los dos edificios ahora estaba completamente vacía. La única cosa que podía divisar era un borrón de edificios altos y bajos que parecían temblar ligeramente a medida que el sonido se hacía más fuerte, y el desfile se aproximaba, aunque no distinguía en qué dirección. El clamor difuso parecía envolver todo lo que me rodeaba, y en ese momento pude ver una figura que pasaba por la calle. Vestida con atuendo blanco, su cabeza tenía forma de huevo sin un solo cabello y tan blanca como el engrudo, un bufón que se movía de una forma que era a un tiempo despreocupada y elaborada, como si avanzara bajo el agua o con un viento fuerte en contra, realizando extraños dibujos en el aire con brazos nebulosos y manos pálidas. Me dio la impresión de que aquella figura tardaba una eternidad en pasar por delante de mi rango de visión, pero justo antes de pasar del todo se giró para mirar hacia el pasaje estrecho donde yo me había escondido, y su rostro blanco y grasiento tenía dibujada una expresión de desabrida maldad.

Otros siguieron a la figura que lideraba, incluyendo un grupo de hombres harapientos que estaban atados con arneses como bestias y tiraban de unas largas sogas. Éstos también desaparecieron de mi campo de visión, dejando que las sogas ondearan lacias tras ellos. El vehículo al que estaban sujetas estas sogas —por medio de unos enormes ganchos— rodó en escena; sus enormes ruedas de madera machacaban el pavimento de la calle bajo su peso. Era una especie de plataforma con unos enormes postes de madera que se alzaban por todo su perímetro formando los barrotes de una jaula. No había nada que uniera los postes de madera, así que se agitaban con el movimiento del desfile.

Colgando de los postes y repiqueteando contra éstos, había una variedad de objetos colgados caprichosamente con cuerdas y cables y correas de distintos tipos. Vi máscaras y zapatos, utensilios caseros y muñecas desnudas, huesos grandes blanqueados y los esqueletos de animales pequeños, botellas de cristales de colores, la cabeza de un perro con una cadena oxidada enrollada varias vueltas alrededor de su cuello, y diversos pedazos de desechos y otras cosas que no pude identificar, todas golpeteaban al unísono como una percusión salvaje. Observé y escuché el paso de aquel estrambótico vehículo por la calle. Nada lo seguía, el enigmático desfile pareció acabar y ahora ya sólo era un ruido delirante que se desvanecía en la

distancia. Entonces una voz me habló a mis espaldas.

—¿Qué haces otra vez aquí?

Me giré y vi a una anciana gorda que se acercaba a mí desde las sombras de aquel pasaje estrecho entre los dos edificios altos. Llevaba un sombrero muy recargado que era casi tan amplio como ella, y su ya generosa figura se veía aumentada por numerosas capas de pañuelos y mantones de colores. Su cuerpo además portaba varios collares que colgaban como el lazo de una soga alrededor de su cuello y muchos brazaletes alrededor de sus dos muñecas regordetas. Los gruesos dedos de ambas manos exhibían una variedad de anillos grandes de bisutería.

—Estaba viendo el desfile —le dije—. Pero no pude ver lo que había dentro de la jaula, o lo que fuera. Parecía estar vacía.

La mujer se limitó a mirarme durante un tiempo, como si contemplara mi rostro y tal vez dedujera que acababa de llegar a la ciudad de la frontera norte. Luego se presentó como la señora Glimm y dijo que era dueña de una pensión.

—¿Tiene donde pasar la noche? —preguntó con un tono agresivamente inquisitivo—. Pronto se hará de noche —dijo, echando la mirada hacia arriba—. Los días son cada vez más cortos.

Accedí a seguirla hasta su pensión. De camino le pregunté sobre el desfile.

—Es sólo una tontería —dijo mientras atravesábamos las calles cada vez más en penumbra de la ciudad—. ¿Ha visto ya esto? —me preguntó al tiempo que me entregaba un papel arrugado que llevaba guardado entre los pañuelos y los mantones.

Estiré la hoja que la señora Glimm me había puesto en las manos e intenté leer a la débil luz del crepúsculo lo que había impreso.

En la parte superior de la hoja, en mayúsculas, se leía un título: CLASE DE METAFÍSICA I. Bajo estas palabras había un texto breve que leí para mí mismo mientras caminaba junto a la señora Glimm. «Se ha afirmado —comenzaba el texto— que tras sufrir ciertos trastornos, ya sean extáticos o abismales, deberíamos ser obligados a cambiar nuestros nombres, ya que hemos dejado de ser los que fuimos. Sin embargo, se aplica la regla contraria: nuestros nombres permanecen mucho tiempo después de que algo parecido a lo que fuimos, o pensamos que fuimos, desaparezca por completo. Y no es que haya mucho para empezar… sólo unos cuantos recuerdos e instintos discutibles que revolotean como copos de nieve durante un gris e interminable invierno. Pero todos ellos pronto caen y se posan en un frío e indefinible vacío».

Tras leer esta breve «clase de metafísica», le pregunté a la señora Glimm de dónde lo había sacado.

—Están por toda la ciudad —contestó—. Son sólo tonterías, como todo lo demás. Personalmente creo que esta clase de cosas no son buenas para los negocios. ¿Por qué si no iba a tener que ir por ahí recogiendo clientes por las calles? Pero siempre que alguien pague mi precio, le daré el alojamiento del estilo que desee. Además de regentar una o dos pensiones, también poseo licencia para actuar como ayudante de

funeraria y como directora de escena de cabaret. Bueno, ya hemos llegado. Puede entrar… habrá alguien dentro que se ocupará de usted. En estos momentos tengo una cita en otro sitio.

Y tras estas palabras finales, la señora Glimm se alejó al tiempo que toda su bisutería repiqueteaba a cada paso que daba.

La pensión de la señora Glimm era uno de los edificios grandes de esa calle, y todos ellos compartían características y, como supe más tarde, todos ellos eran de la propiedad o estaban bajo la autoridad de la misma persona… es decir, la señora Glimm. Casi al borde de la calle se alzaba una hilera de casas altas y casi despojadas de estilo, con fachadas institucionales de argamasa gris claro y enormes tejados oscuros. Aunque la calle era bastante ancha, las aceras delante de las casas eran tan estrechas que los tejados de estos edificios sobresalían por encima del pavimento, creando la sensación de pasar por un túnel. Todas aquellas casas podrían haber sido primas hermanas de la residencia de mi niñez, que en una ocasión escuché que alguien describía como un «gemido arquitectónico». Me acordé de esa frase cuando cumplí los trámites de alquilar una habitación en la pensión de la señora Glimm, insistiendo que me alojaran en una con vistas a la calle. En cuanto estuve instalado en mi apartamento, que de hecho consistía en un solo dormitorio bastante amplio, me asomé a la ventana y miré hacia un lado y otro de la calle de casas grises, que juntas parecían formar una procesión de algún tipo, un desfile funeral congelado. Repetí las palabras «gemido arquitectónico» una y otra vez para mis adentros hasta que el cansancio me obligó a alejarme de la ventana y meterme bajo las mantas mohosas de la cama. Antes de dormirme recordé que fue el doctor Zirk quien usó esa frase para describir la casa de mi niñez, un lugar que él visitó con frecuencia.

Así que era en el doctor Zirk en quien pensaba cuando me dormí en aquel amplio dormitorio de la pensión de la señora Glimm. Y pensaba en él no sólo porque hubiera usado la frase «gemido arquitectónico» para describir la apariencia de la casa de mi niñez, que tanto se parecía a aquellos edificios de altos tejados en aquella calle de casas grises en la ciudad de la frontera norte, sino también e incluso principalmente, porque las palabras de la breve clase de metafísica que había leído unas horas antes me recordaban tanto a las palabras, a aquellos fragmentos susurrados que el doctor pronunció sentado en mi cama mientras atendía las enfermedades que me consumían y por las cuales todo el mundo pensaba que moriría a tan corta edad. Tumbado bajo las mantas mohosas de la cama en aquella extraña pensión, con un diminuto rayo de luna brillando por la ventana e iluminando la amplitud irreal de la habitación que me rodeaba, sentí una vez más el peso de alguien sentado en mi cama e inclinado sobre mi cuerpo aparentemente dormido, ocupándose de mí con discretos gestos y una voz suave. Fue entonces, mientras fingía estar dormido como solía hacer en mi niñez, cuando escuché las palabras de una segunda «clase de metafísica». Fueron susurradas con un tono monocorde lento y resonante.

«Deberíamos estar agradecidos —me dijo la voz— de que una pobreza de

conocimientos haya estrechado tanto nuestra visión de las cosas para que podamos sentir algo por ellas. ¿Cómo podríamos encontrar un pretexto para reaccionar ante nada si comprendiéramos… todo? Sólo una mente ausente ha podido alguna vez ser víctima de la aventura de una intensa sensación emocional. Y sin el suspense generado por nuestro estado de ignorancia —nuestro estado como seres poseídos por nuestros propios cuerpos y la locura que acarrea—, ¿quién podría tomarse el suficiente interés por el espectáculo universal para que le causara siquiera el más débil de los bostezos, no digamos ya para que le mostrara las manifestaciones más dramáticas que tintan de un color tan insólito un mundo esencialmente compuesto de tonos grises sobre un fondo de negrura? La esperanza y el horror, por mencionar tan sólo dos de los innumerables estados que dependen de un conocimiento defectuoso, serían mucho peores para una última revelación que dejara al descubierto su falta de necesidad. En el extremo opuesto, tanto nuestras emociones más funestas como las más exaltadas se benefician cada vez que absorbemos algún rayo de conocimiento, lo aislamos del espectro de luz y después lo olvidamos por completo. Todos nuestros éxtasis, ya sean sagrados o procedentes del cieno, dependen de nuestro rechazo a ser instruidos incluso en las verdades más superficiales y de nuestra voluntad enloquecida a seguir la senda del olvido. La amnesia podría ser perfectamente considerada el más importante de los sacramentos en el gran ritual gris de la existencia. Conocer, entender en el sentido más amplio, es lanzarse a una iluminación de la estupidez, un paisaje invernal de recuerdos cuya sustancia está compuesta totalmente de sombras y una profunda consciencia de los espacios infinitos que nos rodean por todas partes. Dentro de este espacio, permanecemos suspendidos sólo con la ayuda de hilos que tiemblan con nuestras esperanzas y nuestros horrores, y que nos mantienen oscilando sobre el vacío gris. ¿Cómo es posible que podamos defender tal estado guiñolesco y condenemos cualquier intento de arrancarnos esos hilos? Sólo cabe suponer que se debe a que nada resulta más atrayente, más vitalmente idiota, que nuestro deseo de poseer un nombre —aunque sólo sea el nombre de una pequeña marioneta estúpida— y de aferrarnos a él a través de las largas y duras pruebas de nuestras vidas como si pudiéramos conservarlo para siempre. Si al menos pudiéramos lograr que esos valiosos hilos no se deshilacharan y se enredaran, si al menos pudiéramos evitar caer en un cielo vacío, podríamos entonces seguir haciéndonos pasar por nuestros nombres y perpetuar así la danza de nuestra marioneta por toda la eternidad…»

La voz susurró más palabras, más de las que soy capaz de recordar, como si fuera a continuar con su lección para siempre. Pero en un momento dado me dormí como nunca antes había dormido; calmado, gris y sin pesadillas.

A la mañana siguiente me despertó un ruido procedente de la calle al otro lado de mi ventana. Era la misma cacofonía delirante que escuché el día anterior cuando llegué a la ciudad de la frontera norte y contemplé el paso de aquel desfile singular. Pero cuando me levanté de la cama y me asomé a la ventana, no vi ningún rastro de la

escandalosa procesión. Entonces advertí la casa situada justo enfrente del apartamento en el que había pasado la noche. Una de las ventanas más altas de aquella casa al otro lado de la calle estaba abierta y un poco más abajo de la repisa de la ventana, pegado a la fachada gris del edificio, colgaba el cuerpo de un hombre ahorcado de una gruesa soga blanca. La soga estaba tensa y se introducía por la ventana hacia el interior de la casa. Por alguna razón, esta visión no me pareció de ninguna manera sorprendente o fuera de lugar, incluso cuando el ruidoso traqueteo del desfile oculto se hacía cada vez más fuerte, e incluso cuando reconocí la figura del ahorcado, de constitución extremadamente delgada y de una altura casi de niño. Aunque muchos años mayor que la última vez que lo vi y con el pelo y la barba ahora de un blanco radiante, era sin duda el cuerpo de mi viejo médico, el doctor Zirk.

Ahora podía ver el desfile acercándose. Desde la parte más alejada de la calle gris abovedada, la criatura bufonesca avanzaba a grandes zancadas con su holgada ropa blanca mientras con su cabeza con forma de huevo examinaba las casas altas a ambos lados. Cuando la criatura pasó por debajo de mi ventana, levantó la mirada hacia mí durante unos segundos con esa misma expresión de anodina maldad, y luego siguió su camino. Tras esta figura avanzaba la formación de hombres harapientos atados con arneses y unas sogas a un vehículo que se asemejaba a una jaula sobre ruedas de madera. Innumerables objetos, muchos más de los que vi el día anterior, repiqueteaban contra los postes de la jaula. El grotesco inventario ahora incluía botes de pastillas que tintineaban con el contenido, brillantes escalpelos e instrumentos para cortar huesos, agujas y jeringuillas atadas juntas y colgadas como ornamentos en un árbol de navidad, y un estetoscopio enrollado alrededor de la cabeza decapitada del perro. Los postes de madera de la plataforma cerrada se sacudían a punto de romperse con el peso adicional de todo aquel revoltijo de desechos. Gracias a que no había techo que cubriera la jaula, pude ver el fondo de la misma desde mi ventana. Pero no había nada dentro, al menos de momento. Cuando el vehículo pasó justo por debajo, miré al otro lado de la calle hacia el hombre ahorcado y la gruesa soga de la que colgaba como una marioneta. Desde las sombras más allá de la ventana abierta de la casa apareció una mano que sujetaba una navaja de afeitar de acero pulido. Los dedos de esa mano eran gruesos y llevaban muchos anillos de bisutería. Después de que la navaja rasgara la soga durante unos segundos, el cuerpo del doctor Zirk cayó de las alturas de la casa gris y aterrizó en el vehículo abierto que acababa de pasar. La procesión tan aletargada en todos sus movimientos ahora desapareció de la vista rápidamente y su sordo tumulto se desvaneció en la distancia.

Acabar con esto, pensé… acabar con esto de la forma que desees.

Miré la casa al otro lado de la calle. La ventana que había estado antes abierta ahora estaba cerrada y las cortinas echadas. La calle semejante a un túnel de casas grises se encontraba en absoluta calma y en absoluto silencio. Entonces, como en respuesta a mis propios deseos más íntimos, una débil nevada comenzó a descender del cielo gris de la mañana, y cada copo era una suave voz susurrante. Durante un

buen rato continué asomado a la ventana, contemplando la calle y la ciudad que sabía que era mi hogar.

CUANDO OIGAS EL CANTO,
SABRÁS QUE HA LLEGADO EL MOMENTO

Había vivido en la ciudad cercana a la frontera norte el suficiente tiempo para haber comenzado a aceptar con el silencioso paso del tiempo que nunca abandonaría aquel lugar, al menos no mientras viviera.

Moriría por mi propia mano, o eso me hubiera gustado creer, o posiblemente por medios más habituales como un accidente violento o alguna enfermedad terminal. Pero, sin duda, había comenzado a aceptar que el final de mi vida, como por derecho propio, tendría lugar dentro de la ciudad o en cercana proximidad a las afueras, donde las densas calles y edificios comenzaban a clarear y finalmente se disolvían en un campo desolado y en apariencia interminable. Pensé, o había empezado a aceptar inconscientemente, que tras mi muerte sería enterrado en el cementerio de la colina a las afueras de la ciudad. Ignoraba por entonces que hubiera otros que podrían haberme dicho que era igual de probable que no muriese en la ciudad y por lo tanto no fuera enterrado, o sepultado de cualquier otra manera, dentro del cementerio de la colina. Tales personas habrían sido consideradas histéricas de algún tipo, o posiblemente alguna clase de impostores, ya que todo aquel que residía permanentemente en la ciudad de la frontera norte parecía ser una u otra cosa y con frecuencia ambas cosas a la vez. Estos individuos tal vez me habrían sugerido que también era posible que no muriera en la ciudad, pero que tampoco la abandonara. Me propuse averiguar cómo era posible que algo así ocurriera durante el tiempo que estuve viviendo en un pequeño apartamento para la servidumbre en la planta baja de una gran pensión situada en una de las partes más antiguas de la ciudad.

Me desperté en la cama en mitad de la noche. Más exactamente, me *desperté de un sobresalto,* como siempre había hecho a lo largo de toda mi vida. Este hábito de despertarme de un sobresalto en mitad de la noche me permitió oír un suave zumbido que invadía mi pequeño apartamento de una sola habitación y que no hubiera oído si fuera de la clase de personas que duermen toda la noche. El sonido brotaba de debajo de las tablas del suelo y se elevaba hasta reverberar en la oscuridad iluminada por la luna que invadía la habitación. Tras permanecer unos segundos sentado en la cama y luego levantarme y recorrer sigilosamente mi pequeño apartamento, me pareció que el suave zumbido que escuchaba era producido por una voz que hablaba como si estuviera impartiendo una conferencia de algún tipo o dirigiéndose a una audiencia con firmes inflexiones de autoridad. Sin embargo, no era capaz de comprender ni una sola palabra de lo que la voz decía, sólo las entonaciones de sus zumbidos y su cualidad profundamente reverberante al elevarse desde las tablas del suelo de mi

pequeño apartamento.

Hasta aquella noche no había sospechado que hubiera un sótano debajo de la pensión en la que vivía. Y todavía me sorprendió más descubrir, como al final ocurrió, que escondida bajo una pequeña y desgastada alfombra, la única que cubría el suelo de mi habitación, había una trampilla… un acceso que aparentemente conducía a una bodega o un sótano que tal vez existía (y que yo desconocía) bajo el edificio. Pero había algo más inusual en aquella trampilla, aparte de su presencia en la habitación de mi pequeño apartamento y el hecho de que implicaba la existencia de alguna clase de sótano en la pensión. Aunque la trampilla se abría en las tablas del suelo de mi habitación, no parecía en absoluto formar *parte* de éstas. La puerta de la trampilla no parecía estar hecha de madera, sino de otro material con una consistencia más correosa, arrugado, combado y agrietado por algunas partes, como si no encajara en las líneas paralelas de las tablas del suelo y se diferenciara tanto en la forma como en sus ángulos, totalmente anómalos en relación a cualquier noción de una puerta de trampilla de una pensión. Ni siquiera sabría decir si aquella trampilla correosa tenía cuatro lados o posiblemente cinco o más, así de esquivo y deforme era su tosco y arrugado contorno, al menos así lo vi a la luz de la luna tras despertarme de un sobresalto en mi pequeño apartamento. Sin embargo, estaba seguro de que la voz profundamente reverberante que continuaba zumbando sin cesar mientras examinaba la trampilla en realidad brotaba de un lugar, un sótano o bodega de algún tipo, situado directamente debajo de mi habitación. Sabía que esto era cierto porque coloqué la mano, muy brevemente, en la superficie irregular y correosa de la trampilla y en ese momento pude sentir que *latía* al unísono con la fuerza y los ritmos de la voz que hizo resonar esas palabras indescifrables durante toda aquella noche, y que sólo se apagó un poco antes del amanecer.

Tras haber permanecido despierto la mayor parte de la noche, salí del apartamento y comencé a deambular por las calles de la ciudad de la frontera norte una fría y nublada mañana de finales de otoño. Durante todo ese día contemplé la ciudad donde ya llevaba viviendo un tiempo bajo un aspecto que no había percibido antes. Ya he afirmado que esta ciudad cercana a la frontera norte era el lugar donde había aceptado morir, e incluso diría que era el lugar donde deseaba acabar con mi vida, o ésa era la intención o deseo que *albergaba* en ciertos momentos y en ciertos lugares, incluyendo mi residencia en uno de los barrios más antiguos de la ciudad. Pero a medida que deambulaba por las calles aquella mañana nublada a finales de otoño y a lo largo de todo el día, mis percepciones de lo que me rodeaba, así como la intuición de que mi existencia terminaría en aquel entorno, fueron alterándose de una forma inesperada. Por supuesto, la ciudad siempre había mostrado ciertas cualidades y rasaos peculiares y con frecuencia sorprendentes. Más pronto o más larde todo aquel que residía de forma permanente allí se enfrentaba a algo de una extrañeza o corrupción casi insoportable.

Mientras deambulaba de un callejón a otro aquella mañana y hasta bien entrada la

tarde, recordé una calle concreta cercana a los límites de la ciudad, un callejón sin salida en el que todas las casas y otros edificios parecían haber crecido unos dentro de otros, fusionando sus distintos materiales y formando un extraño y picudo conglomerado arquitectónico de proporciones gigantescas, con tejados en punta y elevadas chimeneas y torres que oscilaban visiblemente y gemían incluso en el aire calmado de un amanecer de verano. Pensé entonces que aquel era el límite de la ciudad, pero en ese mismo instante descubrí que había algo más en aquella calle, algo que hacía que las personas que vivían en la zona repitieran un lema o conjuro especial a quien quisiera escucharles. *Cuando oigas el canto*, decían, *sabrás que ha llegado el momento*. Estas palabras fueron pronunciadas, y así las escuché, como si con ellas las personas que las pronunciaban intentaran absolverse o protegerse de alguna manera, más allá de cualquier explicación. Y si uno oía o había oído lo que denominaban el *canto*, y si alguna vez llegaba aquel *momento* oscuro e inefable, o si les llegaba a aquellos que visitaban esa calle con casas y edificios que se entremezclaran y escalaban desordenadamente hacia el cielo, siempre tenía la sensación de seguir en el mismo lugar —la ciudad cercana a la frontera norte— al que llegó para vivir y que pronto consideraría su residencia permanente hasta que, o bien decidiera marcharse, o hasta que muriera, posiblemente por algún accidente violento o alguna enfermedad terminal, si no antes por su propia mano. Sin embargo, aquella mañana nublada a finales de otoño era incapaz de conservar esa sensación, no después de haberme despertado de un sobresalto la noche anterior, no después de haber oído esa voz vibrante que recitaba un sermón incomprensible durante horas y horas, y no después de haber visto aquella trampilla correosa sobre la que había apoyado la mano durante tan sólo un breve instante para después retirarme al rincón más apartado de mi pequeño apartamento hasta que amaneció.

Y yo no era el único que advirtió el cambio dentro de la ciudad, como descubrí a la caída del crepúsculo y algunas personas comenzamos a congregarnos en las esquinas de las calles o en callejones traseros, así como en tiendas abandonadas o viejos edificios de oficinas donde la mayor parte del mobiliario estaba bastante deteriorado y había calendarios antiguos torcidos sobre las paredes. Era difícil para algunos ignorar que parecía haber menos de nosotros a medida que las sombras del crepúsculo cubrían aquel día. Incluso la señora Glimm, cuya pensión-burdel era más frecuentada que nunca por su clientela de fuera de la ciudad, comentó que la población «había disminuido notablemente» entre aquellos que residían permanentemente en la ciudad de la frontera norte.

Un hombre conocido como señor Pell (en ocasiones, doctor Pell) fue, por lo que sé, el primero en usar la palabra «desapariciones» con el fin de esclarecer, en el transcurso de una de nuestras reuniones durante el crepúsculo, la causa de la ligera merma en la población de la ciudad. Estaba sentado entre las sombras al otro lado de un escritorio o librería volcada, de manera que sus palabras no fueron totalmente audibles cuando las susurró en dirección a un portal oscuro, quizás dirigiéndose a

alguien que estaba de pie, o posiblemente tumbado, en la oscuridad al otro lado del portal. Pero una vez introducido este concepto —es decir, el de «desapariciones»—, un buen número de personas tuvieron algo que decir sobre el tema, especialmente aquellos que habían vivido en la ciudad más tiempo que la mayoría de nosotros, o quienes habían vivido en las partes más antiguas de la ciudad durante más años que yo. Fue uno de estos últimos, un veterano de toda clase de histerias, quien me reveló la existencia del predicador demoniaco, un tal reverendo Cork, cuyos sermones al parecer yo mismo había escuchado la noche anterior cuando reverberaban a través de la trampilla correosa de mi habitación.

—No habrá abierto la puerta de esa trampilla, ¿verdad? —me preguntó el viejo histérico con un tono de voz un tanto evasivo. Estábamos sentados, sólo nosotros dos, sobre algunas cajas de madera que habíamos encontrado en la entrada al estrecho callejón—. Dígame —inquirió mientras la luz de la farola brillaba sobre su delgado rostro en el oscuro crepúsculo—, dígame que no echó ni un solo vistazo al interior de aquella trampilla.

Entonces le dije que, por supuesto, no lo había hecho. De repente, comenzó a reírse histriónicamente con una voz que sonaba a un mismo tiempo aguda y extremadamente ronca.

—Por supuesto, no echó ni siquiera un vistazo a la trampilla —dijo, cuando por fin se calmó—. Si lo hubiera hecho, entonces usted no estaría *aquí conmigo*, estaría *allí* con *él*.

A pesar de las bromas y el tono evasivo del viejo histérico, sus palabras poseían un significado que remitía a mi experiencia en el apartamento y también a mi percepción ese día de un cambio profundo en la ciudad de la frontera norte. Al principio tendía a concebir la figura del Reverendo Cork como un espíritu entre los muertos, alguien que había «desaparecido» por medios totalmente naturales. En estos términos podía verme a mí mismo como la víctima de un encantamiento en la enorme pensión donde, sin duda, muchas personas acabaron con sus vidas de una u otra manera. Este marco metafísico parecía amoldarse a la perfección a mis experiencias recientes y no contradecía lo que me habían contado en aquel estrecho callejón mientras el crepúsculo se tornaba en noche. Efectivamente, yo estaba *aquí*, en la ciudad junto a la frontera norte con el viejo histérico, y no *allí*, en la tierra de los muertos con el reverendo Cork, el predicador demoniaco.

Pero a medida que transcurría la noche y me relacionaba con otros residentes de la ciudad que habían vivido allí mucho más tiempo que yo, se hizo evidente que el reverendo Cork, cuya voz había escuchado «predicando» la noche anterior, no estaba ni muerto, en el sentido habitual de la palabra, ni entre aquellos que habían «desaparecido», muchos de los cuales, según supe más tarde, no habían desaparecido en absoluto de una manera misteriosa, sino que simplemente abandonaron la ciudad de la frontera norte sin notificarlo a nadie. Se lanzaron a un apresurado éxodo, según varios histéricos o impostores con los que hablé esa noche, porque habían «visto las

señales», al igual que yo había visto aquella correosa trampilla de mi apartamento, cuya existencia hasta el momento había pasado completamente inadvertida.

Aunque no la identifiqué como tal, aquella trampilla que parecía conducir a un sótano bajo la pensión en la que vivía era una de las más típicas de las llamadas «señales». Todas estas señales, como confesaban histéricamente numerosas personas, eran indicaciones de algún tipo de *umbral* —portales o pasadizos que uno debía tener la precaución de no cruzar, y ni tan siquiera acercarse. La mayoría de estas señales, de hecho, adoptaban la forma de puertas de varios tipos, particularmente aquellas que podrían encontrarse en lugares extraños y apartados, tales como una puerta diminuta al fondo de un armario trastero o una puerta que aparecía en la pared interna de una chimenea, e incluso puertas que no parecían llevar a ningún lugar físico, como sería el caso de una puerta de trampilla en un apartamento en la planta baja de una pensión que no tenía sótano, ni jamás había tenido uno al que pudiera accederse de tal manera. Escuché cosas sobre otras «señales-umbrales» semejantes, incluyendo ventanas en los lugares más inusitados, escaleras que bajaban a las profundidades en espiral bajo un sótano común o que conducían a niveles subterráneos por solitarias aceras, e incluso portales que daban a calles cuya existencia había sido desconocida hasta el momento, y tal vez alguna verja estrecha que oscilaba abierta tentadoramente.

Sin embargo, todas estas señales o umbrales se delataban a sí mismos por su aspecto inconfundible, el cual, según muchos de los más entendidos en tales cosas, era muy parecido al aspecto arrugado y correoso de la trampilla de mi habitación, por no mencionar la semejanza en cuanto a las formas y ángulos sorprendentemente dispares a todo lo que les rodeaba.

Sin embargo, todavía había algunos que, por una razón u otra, preferían ignorar las señales o eran incapaces de resistirse a la tentación de los umbrales que brotaban de un día para otro en los lugares más insospechados por toda la ciudad de la frontera norte. Todo apuntaba en ese momento a que el predicador demoniaco, el reverendo Cork, había sido una de las personas que había «desaparecido» de esa manera. Ahora fui consciente, a medida que la tarde progresaba hacia una noche preñada de estrellas, de que yo no había sido la víctima de un *encantamiento*, como había pensado antes, sino que había sido testigo de un fenómeno bastante distinto.

«Al reverendo no se le ha visto desde las últimas desapariciones», afirmó una anciana cuyo rostro apenas podía distinguir a la tenue luz de la vela que iluminaba el enorme y resonante vestíbulo de un hotel clausurado donde algunos de nosotros nos habíamos reunido después de la medianoche. Pero alguien discrepó de la anciana, o «arpía estúpida», como la llamó esta persona. El predicador, y cito las palabras exactas de esta otra persona, era de la *ciudad antigua*. Éste fue mi primer contacto con la expresión «ciudad antigua», pero antes de que pudiera entender su significado o sus implicaciones, la palabra comenzó a sufrir una metamorfosis en los labios de aquellos reunidos después de medianoche en el vestíbulo de aquel hotel clausurado.

Mientras la persona que llamó arpía estúpida a la anciana continuó hablando de la «ciudad antigua», donde decía que el reverendo Cork residía o de donde era originario, la anciana y unos cuantos de aquellos que se pusieron de su lado sólo hablaban de la *otra* ciudad.

—Nadie es *de* la otra ciudad —respondió la anciana a la persona que la llamó arpía estúpida—. Sólo están los que desaparecen *dentro* de la otra ciudad, entre ellos el demoniaco reverendo Cork, que tal vez fuera un ridículo impostor, pero nunca fue lo que cualquiera entendería por *demoniaco* hasta que desapareció por aquella trampilla donde este caballero —dijo, refiriéndose a mí— lo escuchó predicando ayer noche.

—Arpía estúpida —replicó la otra persona—, la ciudad antigua existió en el mismo lugar donde esta ciudad de la frontera norte está ahora situada… hasta el día que desapareció, junto con todo el mundo que vivía en ella, incluyendo al demoniaco predicador reverendo Cork.

Entonces, otro individuo tumbado en las profundidades de unos mullidos cojines sobre un viejo diván en el vestíbulo, añadió las siguientes palabras:

—Era una *ciudad de demonios* y estaba habitada por entidades demoniacas de todo tipo que la hacían invisible. Ahora lanzan estos *umbrales* para atraer a otro grupo de los que sólo queremos vivir en esta ciudad cerca de la frontera norte y no en una ciudad intolerable llena de demonios.

Sin embargo, la anciana y los pocos que estaban de su parte insistían en hablar no de una *ciudad antigua* o una *ciudad de demonios* invisible, sino de la *otra* ciudad, la cual afirmaban que jamás tuvo una existencia concreta de la que se pudiera hablar, sino que simplemente era un telón de fondo metafísico para la ciudad de la frontera norte que todos conocíamos y que era donde muchos de nosotros deseábamos fervientemente acabar nuestras vidas. Cualesquiera que fueran los hechos sobre este asunto, algo en concreto me golpeaba el cerebro una y otra vez: simplemente no había paz posible por mucho que uno se escondiera. Incluso en una ciudad de la frontera norte de una extrañeza y corrupción tan intensamente caóticas todavía había espacio para un caos mayor, una demencia más profunda, que la que uno pensaba o podía imaginar… allí donde había algo, habría caos y demencia a niveles que uno jamás podría aceptar, y sólo era cuestión de tiempo que el mundo, o lo que sea que uno pensaba que era su mundo, fuera socavado, si no totalmente invadido por otro mundo.

Hasta altas horas de aquella noche continuaron los debates y teorías y sutiles matizaciones en relación a las ciudades espectrales y los umbrales tangibles que servían para reducir el número de aquellos que residían permanentemente en la ciudad de la frontera norte, ya fuera haciéndolos desaparecer a través de alguna puerta o ventana apartada o por una escalera en espiral o una calle fantasma, o forzándolos a abandonar la ciudad porque, por alguna razón, se había convertido, o parecía haberse convertido, en un lugar bastante diferente al que habían conocido, o

creían haber conocido, durante tanto tiempo. Jamás sabré si llegaron o no a alguna reconciliación de sus opiniones contrapuestas, porque abandoné el hotel clausurado mientras la discusión seguía en pleno apogeo. Pero no regresé a mi pequeño apartamento en una de las partes más viejas de la ciudad. En lugar de eso, caminé hasta el cementerio de la colina a las afueras de la ciudad y me quedé entre las tumbas hasta la mañana siguiente, que amaneció fría y nublada como la mañana previa. Y entonces supe que no moriría en la ciudad de la frontera norte, ni por un accidente violento, ni por una enfermedad terminal, ni tan siquiera por mi propia mano y, por lo tanto, no sería enterrado en el cementerio de la colina donde me encontraba aquella mañana contemplando el lugar donde había vivido durante tanto tiempo. Ya había deambulado por las calles de la ciudad de la frontera norte por última vez y descubrí que, por alguna razón, ya no eran como antes, o como aparentaban ser antes. Ésta era la única cosa de la que estaba seguro ahora. Durante unos segundos consideré la posibilidad de regresar a la ciudad y buscar uno de los umbrales recientemente aparecidos para atravesarlo antes de que todos desaparecieran misteriosamente otra vez, y así poder desaparecer junto a ellos en la otra ciudad, o la ciudad antigua, donde tal vez pudiera encontrar una vez más lo que aparentemente había perdido en la ciudad de la frontera norte. Posiblemente podría haber existido algún lugar allí —en la otra parte de la ciudad— que fuera como el callejón sin salida donde se decía: «Cuando oigas el canto, sabrás que ha llegado el momento». Y aunque tal vez no fuera a morir en la ciudad cercana a la frontera norte, tampoco tendría que abandonarla jamás. Entregarse a estos pensamientos tan sólo producía, por supuesto, más caos y demencia. Pero llevaba dos noches sin dormir. Estaba cansado y sentía el dolor de cada sueño interrumpido que siempre arrastraba conmigo. Quizás un día buscaría otra ciudad en otra tierra donde pudiera acabar con mi vida o, al menos, donde pudiera esperar en un delirio fatalista a que llegara el fin. Ya había llegado la hora de marcharse en silencio.

Años más tarde descubrí que la gente se movilizó para «limpiar» la ciudad de la frontera norte de lo que en cualquier otro sitio eran percibidos como sus elementos «contaminados». Sin embargo, al llegar a la ciudad los investigadores asignados a dicha tarea descubrieron un lugar desierto; los únicos residentes que quedaban eran unos cuantos histéricos o impostores que farfullaban incesantemente cosas sobre «otras ciudades» o «ciudades de demonios», e incluso una «ciudad antigua». Entre estos individuos se encontraba una anciana corpulenta ataviada con ropas de colores chillones que se presentaba como la propietaria de una pensión y otras propiedades. Esos locales, decía la mujer, junto con muchos otros edificios de la ciudad, ya no eran habitables y habían quedado inservibles para cualquier uso. Esta afirmación parecía resumir en pocas palabras lo que más tarde descubrieron los investigadores, quienes finalmente redactaron un informe en el que se negaba cualquier amenaza presente en la ciudad de la frontera norte, la cual, fuera lo que fuese o fingiera ser en otro tiempo, siempre fue una maestra consumada en realizar los más insidiosos espejismos.

LOS DAÑADOS Y LOS ENFERMOS

[The Damaged and the Diseased]

Teatro Grottesco
Gas Station Carnivals
The Bungalow House
Severini
The Shadow, the Darkness

TEATRO GROTTESCO

Lo primero que aprendí es que nadie puede *prever* la llegada del Teatro. Nadie diría, ni siquiera pensaría: «El Teatro nunca ha estado en esta ciudad… parece que pronto estarán de visita», ni, tal vez: «No te sorprendas cuando aparezca ya-sabes-qué. Ya han pasado años desde la última vez». Aunque la ciudad en la que uno viva sea exactamente el tipo de lugar favorecido por el Teatro, es imposible que exista ni el más mínimo indicio que ayude a predecir su aparición. No hay avisos previos, ni fanfarrias anunciando que está a punto de comenzar una temporada del Teatro, o que *otra* temporada de ese tipo pronto se nos echará encima. Pero si una ciudad concreta posee lo que en ocasiones se llama «un submundo artístico», y si uno mantiene una estrecha relación con esta sociedad de artistas, las condiciones son óptimas para estar entre aquellos que descubren que las cosas ya se han puesto en marcha. Esto es lo máximo a lo que se puede aspirar.

Durante un tiempo eran sólo rumores y cuentos, habladurías y sueños. Cualquiera que no acudía durante unos pocos días a su club o librería habitual, o a un evento artístico especial, se convertía en el sujeto de la especulación. Pero la mayoría de la gente a la que me estoy refiriendo llevaba una vida muy inestable, e incluso precaria. Cualquiera de ellos podría haber hecho las maletas y desaparecido sin notificárselo a nadie. Y casi todos estos supuestos «desaparecidos» eran, en algún momento, vistos de nuevo. Una de esas personas era un director de cine cuyo corto, *Infierno Privado*, fue proyectado en un festival local de una sola noche. Pero no se le vio ni durante la proyección ni en la fiesta posterior. «Se ha ido con el Teatro», dijo alguien con una suficiencia displicente, mientras otros sonreían y entrechocaban las copas con un burlón brindis de despedida.

Sin embargo, tan sólo una semana más tarde el director fue visto en una de las últimas filas de una sala de cine porno. Más tarde explicó su ausencia insistiendo que había estado en el hospital después de haber sido profusamente golpeado por ciertas personas a las que había estado filmando y que no consintieron ni deseaban ser grabadas. Esto sonaba bastante plausible, dada la naturaleza de la profesión del hombre. Pero, por algún motivo, nadie creyó la historia del hospital, a pesar de las vendas que todavía se veía obligado a llevar. «Debe ser el Teatro», razonó una mujer que siempre se vestía en tonos morados y que era muy buena amiga del director. «*Sus* asuntos y los asuntos del *Teatro*», dijo, sosteniendo al mismo tiempo dos dedos cruzados ante la vista de todos.

Pero ¿a qué se refería con lo de «los asuntos del Teatro»? Era una expresión que escuché de labios de diferentes personas, y no todas ellas eran artistas pretenciosos o gente propensa a dramatizar. Sin duda, no faltaron anécdotas que se propagaban y pretendían esclarecer la naturaleza y la obra de esta «troupe cruel», un epíteto usado por aquellos demasiado supersticiosos para referirse al Teatro Grottesco por su

nombre. Pero encajar estos testimonios en un *relato* coherente, dejando a un lado su grado de realidad, es algo muy distinto.

Por ejemplo, la mujer de morado que mencioné antes nos mantuvo a todos hechizados una velada con una historia sobre el compañero de cuarto de su prima, un individuo que se autodenominaba «artista visceral» y que trabajaba en el turno de noche como reponedor para una cadena de supermercados en los suburbios. Una mañana de diciembre, alrededor de una hora antes de la salida del sol, el artista acabó su jornada de trabajo y emprendió el camino de vuelta a casa atravesando un callejón angosto que daba durante varias manzanas a la parte trasera de distintas tiendas y negocios de la avenida principal de aquel barrio residencial. Había caído una ligera nevada durante la noche, la nieve se había posado uniformemente sobre el pavimento del callejón y relucía a la luz de la luna llena que parecía colgar justo al final del callejón. El artista vio una figura en la distancia y, algo en ella, en aquella visión de un amanecer de invierno, le hizo parar durante un instante y mirar. Aunque tenía buen ojo para las dimensiones y la perspectiva, el artista encontraba intensamente problemática aquella silueta humana que se recortaba en la distancia del callejón. No sabía si era baja o alta, ni tan siquiera si se movía —hacia él o alejándose de él—, o si estaba de pie inmóvil. Entonces, en un instante de alucinado asombro, la figura se colocó ante él en medio del callejón.

La luz de la luna iluminaba a un hombrecillo totalmente desnudo con ambas manos extendidas hacia delante, como si intentara alcanzar un objeto deseado que quedaba justo fuera de su alcance. Pero el artista percibió que había algún problema con esas manos. Aunque el cuerpo del hombrecillo era blanco, sus manos eran oscuras y demasiado grandes para los diminutos brazos de los que sobresalían. Al principio, el artista creyó que el hombrecillo llevaba unos guantes demasiado grandes. Parecía llevar las manos cubiertas con algún tipo de pelusa mullida, tan mullida como la nieve que había caído durante la noche en el callejón en el que se erguía la figura. Sus manos parecían suaves y mullidas como la nieve, aunque la nieve era blanca y sus manos negras.

A la luz de la luna el artista distinguió que los guantes que llevaba aquel hombrecillo eran más similares a las zarpas de un animal. Casi tenía sentido para el artista pensar que las manos del hombrecillo eran realmente zarpas que aparentaban ser un par de guantes negros. Entonces, cada una de las zarpas comenzó a separarse en largos y delgados dedos que se retorcían salvajemente a la luz de la luna. Pero era imposible que fueran los dedos de una mano, porque había demasiados. Así que lo que parecían ser dedos no podían ser dedos, al igual que las manos en realidad no eran manos ni las zarpas eran realmente zarpas… ni tampoco guantes. Y durante todo este tiempo el hombrecillo se iba haciendo cada vez más pequeño a la luz de la luna que brillaba en aquel callejón, como si se alejara a gran distancia del artista hipnotizado por tal visión. Al final, se escuchó una débil voz que el artista apenas pudo oír, y que dijo: «Ya no puedo mantenerlos apartados de mí por más tiempo, me

estoy haciendo tan pequeño y tan débil». Estas palabras de repente transformaron todo aquel escenario de mañana invernal en algo que incluso desbordaba al que se autodenominaba «artista visceral».

En el bolsillo de su abrigo el artista llevaba una herramienta que usaba para abrir cajas en el supermercado. Ya había cortado carne humana en el pasado y, mientras la luz de la luna brillaba sobre la nieve de aquel callejón, el artista realizó con el brazo unas cuantas fintas que convirtieron aquel mundo blanco en un mundo rojo. En aquellas circunstancias, lo que había hecho parecía estar perfectamente justificado a los ojos del artista, incluso lo consideraba como un acto de misericordia. El hombre menguaba tan rápido…

Después el artista corrió por el callejón sin detenerse un instante hasta que llegó a la casa alquilada que compartía con su compañera de piso. Fue ella quien telefoneó a la policía, y quien informó que había un cuerpo tendido en el suelo en tal lugar y luego colgó sin dar su nombre. Durante días, semanas, el artista y su compañera de piso buscaron en los periódicos locales alguna noticia sobre la extraordinaria escena que la policía debió haber encontrado en aquel callejón. Pero nunca apareció nada al respecto.

—Ya ven cómo silencian estos sucesos —nos susurró la mujer de morado—. La policía sabe qué ocurre. Incluso hay *policía especial* encargada de este tipo de asuntos. Pero nada se hace público, nadie es interrogado. Y, sin embargo, después de aquella mañana en el callejón, mi prima y su compañero de piso comenzaron a ser vigilados y seguidos a todas partes por coches privados. Porque estos policías especiales saben que son los artistas, o las personas extremadamente artísticas, los que son *contactados* por el Teatro. Y saben a quién vigilar después de algún incidente. Se rumoreaba que esta policía podría formar parte de esa «compañía de pesadilla».

Pero ninguno creímos ni una sola palabra sobre esta anécdota del Teatro que nos contó la señora de morado, como tampoco creímos al amigo de la mujer de morado, el director de cine, cuando negó todas las insinuaciones que lo relacionaban con el Teatro. Por una parte, nuestra imaginación se había puesto del lado de esta mujer cuando afirmó que su amigo, el creador del corto *Infierno Privado*, jugaba de alguna manera en el mismo bando que el Teatro; por otra, nos mofábamos dudando de la historia sobre el compañero de su prima, el autodenominado artista visceral, y su encuentro en el callejón cubierto de nieve.

Esta reacción dividida no era tan natural como pudiera parecer. Daba igual que el caso del director de cine fuera más creíble que el del artista visceral, aunque sólo fuera porque la primera historia carecía de los detalles extravagantes que sobrecargaban la segunda. Hasta entonces habíamos aceptado sin cuestionar todo lo que escuchábamos sobre el Teatro, por muy extraños que resultaran estos relatos y por mucho que se opusieran a una verdad verificable o, siquiera, a una descripción coherente de este fenómeno. Como artistas, sospechábamos que nos convenía llenar

nuestras cabezas con todo tipo de locuras sobre el Teatro. Incluso yo, escritor de obras nihilistas en prosa, saboreaba la incoherencia y el extravagante absurdo de lo que me contaban, ya fuera sentado a una mesa en una silenciosa librería o en una ruidosa discoteca. En una palabra, me deleitaba con el carácter *onírico* de las historias sobre el Teatro. La verdad que transmitían, si es que había alguna, era inmaterial. Y nunca cuestionamos ninguna de ellas hasta que la mujer de morado relató el episodio del artista visceral y el hombrecillo en el callejón.

Sin embargo, esta nueva incredulidad no estaba en absoluto provocada por nuestro sentido de la razón o de la realidad. De hecho, su única base radicaba en el miedo; la propiciaba la voluntad de negar lo que uno teme. Nadie renuncia a algo hasta que se vuelve contra él, ya sea esa cosa real o irreal. De alguna manera, todo este asunto del Teatro nos había sacado de nuestras casillas; la balanza que mantenía el equilibrio entre una locura que nos emborrachaba y una locura que amenazaba nuestras mentes se inclinó hacia un lado. En cuanto a la mujer que siempre se vestía en tonos morados… la evitábamos. Alguien sugirió que era típico del Teatro usar a una persona así para llevar a cabo sus propósitos.

Quizás nuestro juicio sobre la mujer de morado fue injusto. Sin duda, sus teorías sobre la «llegada del Teatro» nos inquietaban a todos. Pero ¿era éste motivo suficiente para expulsarla de ese submundo artístico que constituía la única sociedad que tenía a su alcance? Como muchas sociedades, por supuesto, la nuestra estaba fundada en una superstición aterradora, y ésta es siempre suficiente razón para toda clase de comportamientos. Ella se había visto permanentemente estigmatizada por estar demasiado íntimamente asociada con algo en esencia impuro. Porque incluso después de que sus teorías quedaran desacreditadas por otro rumor acerca del Teatro que circulaba últimamente, su situación no mejoró.

Y ahora me estoy refiriendo a una historia en la que se afirmaba que el artista no fue *contactado* por el Teatro, sino que más bien él mismo dio el primer paso *hacia* el Teatro, como si actuara bajo el impulso de un deseo soberano.

El artista en este caso era un fotógrafo del tipo Soy-una-cámara. Era un espécimen afectadamente mortecino que a menudo, y sin razón aparente, comenzaba a mirar a alguien y continuaba mirando hasta que esa persona reaccionaba de alguna manera, normalmente huyendo de la escena, pero en ocasiones atacando al fotógrafo, que invariablemente la denunciaba. Por lo tanto, no resultó del todo sorprendente descubrir que intentara ponerse a disposición del Teatro de la forma en la que lo hizo, porque creía que esa troupe cruel podía ser contratada para, citando las palabras del propio fotógrafo, «destruir completamente a alguien». Y la persona a quien deseaba destruir era su casero, un hombrecillo calvo con bigote que, después de que el fotógrafo se marchara de su apartamento, se negó a devolverle el mes en depósito, quizás con motivo, o sin él.

En cualquier caso, el fotógrafo, cuyo nombre por cierto era Spence, estuvo haciendo indagaciones sobre el Teatro durante un periodo de unos cuantos meses.

Siguiendo la pista a cada información, por muy oscura o sospechosa que fuera, el tenaz Spence llegó finalmente a la zona comercial de un barrio de los suburbios donde había un edificio de dos plantas que alquilaba espacio a varias personas y negocios, incluyendo un pequeño videoclub, un dentista y, según se leía en el directorio del edificio, el Teatro Grottesco. En la parte trasera de la primera planta, justo debajo de un estudio de baile, había un pequeño despacho en cuya puerta de cristal se leía en letra troquelada: TG VENTURES. Sentada a un escritorio en la zona de la recepción tras la puerta de cristal había una joven de largo cabello negro y gafas de montura negra. Estaba profundamente absorta escribiendo algo en una pequeña tarjeta en blanco, y había algunas tarjetas más esparcidas por el escritorio. Tal como lo contó, Spence no pareció inmutarse por los indicios que sugerían que aquel Teatro no era lo que él creía. Entró en la zona de recepción de la oficina, permaneció delante del escritorio de la joven y se presentó informando de su nombre y profesión, con la convicción de que era importante comunicar cuanto antes su estatus de artista, o, al menos, dejar lo suficientemente claro que era un fotógrafo extremadamente artístico, lo cual sin duda era cierto. Cuando la joven se ajustó las gafas y le preguntó: «¿En qué puedo ayudarle?», el fotógrafo Spence se inclinó hacia ella y susurró: «Me gustaría ofrecer mis servicios al Teatro». Cuando la recepcionista le preguntó qué tenía en mente, el fotógrafo respondió: «Destruir por completo a alguien». La joven se mostró relajada, según Spence, ante esta declaración. Comenzó a recoger con calma las pequeñas tarjetas en blanco esparcidas por su escritorio y, mientras lo hacía, explicó que TG Ventures era, en sus palabras, un «servicio de entretenimiento». Después de colocar las pequeñas tarjetas en blanco a un lado, sacó del escritorio un folleto plegado en el que se describía la naturaleza del negocio, el cual suministraba payasos, magos y actuaciones novedosas para diversos eventos, siendo su especialidad las fiestas infantiles.

Mientras Spence examinaba el folleto, la recepcionista permaneció sentada plácidamente con las manos cruzadas y mirándole desde detrás de la montura negra de sus gafas. La luz en aquel despacho suburbano era brillante, pero no resultaba estridente; las paredes blancas estaban increíblemente limpias y la moqueta, según la descripción de Spence, era sospechosamente nueva y del tono morado exacto de un rábano. El fotógrafo dijo que se sintió como si estuviera en un espejismo. «Esto es todo una fachada», dijo al fin Spence tirando el folleto al escritorio de la recepcionista. Pero la joven se limitó a recoger el folleto y colocarlo de nuevo en el mismo cajón del que procedía. «¿Qué hay detrás de esa puerta?», inquirió Spence al tiempo que señalaba al otro extremo de la habitación. Y justo cuando estaba señalando aquella puerta, se escuchó un sonido al otro lado, un breve estruendo, como si algo pesado hubiera caído al suelo. «Las clases de baile», explicó la recepcionista mientras señalaba al piso superior con el dedo índice. «Quizás», convino Spence, pero aseguró que el sonido que oyó, del cual dijo que poseía una «resonancia abismal», hizo que aumentara el pánico que le atenazaba. Intentó no

moverse de donde estaba situado, pero su cuerpo se vio desbordado por el impulso de abandonar aquellas oficinas. El fotógrafo dio la espalda a la recepcionista y vio el reflejo de ésta en la puerta de cristal. Le miraba desde detrás de aquellas gafas con montura negra, y las letras troqueladas sobre la puerta de cristal se leían del revés, como en un espejo. Unos segundos más tarde, Spence estaba fuera del edificio del viejo barrio. Durante todo el trayecto a su casa, afirmó, su corazón latía con fuerza.

Al día siguiente Spence visitó el negocio de su casero, que era una diminuta oficina en un sórdido edificio en el centro de la ciudad. Tras renunciar a sus planes con el Teatro, tendría que apañárselas a su manera con aquel hombre que no le devolvía el mes de fianza. La estrategia de Spence era plantarse en la oficina de su casero y observarle hasta someterlo con su mirada desconcertante de fotógrafo. Tras llegar a las oficinas alquiladas de su casero en la sexta planta de lo que era un edificio sumamente deprimente del centro, Spence se acomodó en una silla orientada hacia un escritorio sucio, mirando a un hombre calvo y con bigote. Pero el hombre simplemente le devolvió la mirada. Para empeorar aún más las cosas, el casero (cuyo nombre era Herman Zick) se inclinaba hacia Spence intermitentemente y decía en voz baja: «Todo es perfectamente legal, ya sabe». Entonces Spence continuó mirándole fijamente, pero descubrió con frustración que resultaba inútil con el tal Zick, que por supuesto no era un artista, ni tan siquiera una persona con inquietudes artísticas, como sí lo eran las víctimas habituales del fotógrafo. Así pues, la batalla continuó durante casi una hora, y el casero repetía: «Es todo perfectamente legal», y Spence intentaba mantener su mirada fija en el hombre a quien quería destruir por completo.

Fue Spence el primero en perder el control. Saltó de la silla en la que estaba sentado y comenzó a gritar incoherencias al casero. En cuanto Spence se puso de pie, Zick maniobró rápidamente al otro lado del escritorio y expulsó por la fuerza al fotógrafo de la pequeña oficina, dejándolo plantado en el pasillo. Spence afirmó que tan sólo estuvo en el pasillo un segundo o dos cuando las puertas del ascensor situado justo enfrente de la oficina de Zick en la sexta planta se abrieron. De la cabina del ascensor salió un hombre de mediana edad con traje oscuro y gafas con montura negra. Llevaba una barba larga y bien cuidada que, observó Spence, se veía salpicada por algunas canas. En la mano izquierda el caballero sujetaba con fuerza una bolsa marrón arrugada, que mantenía a unos cuantos centímetros frente a él. Se acercó a la puerta de la oficina del casero y con la mano derecha cogió el pomo negro y redondo y lo sacudió hacia delante y hacia atrás varias veces. Se escuchó un fuerte chasquido que resonó por el pasillo de aquel viejo edificio del centro. El caballero volvió la cabeza, miró a Spence por primera vez y sonrió brevemente antes de entrar en la oficina de Herman Zick.

De nuevo, el fotógrafo experimentó esa explosión de pánico que había sentido el día anterior cuando visitó las oficinas suburbanas de TG Ventures. Presionó el botón de bajada del ascensor y mientras esperaba escuchó en la puerta de la oficina del

casero. Lo que escuchó, aseguró Spence, fue aquel terrible sonido que le había hecho huir de TG Ventures y salir corriendo a la calle, esa «resonancia abismal», como él la definía. De repente, el caballero de cuidada barba y gafas de montura negra salió de la pequeña oficina. La puerta del ascensor se acababa de abrir y el hombre pasó al lado de Spence para meterse en la cabina vacía. El propio Spence no se metió en el ascensor, sino que se quedó fuera, observando en vano al caballero de la barba, que seguía sujetando aquella pequeña bolsa arrugada. Una fracción de segundo antes de que las puertas del ascensor se cerraran, el caballero miró a Spence a los ojos y le lanzó un guiño. El fotógrafo aseguraba que aquel guiño, ejecutado tras un par de gafas con montura negra, produjo un chasquido que resonó por el pasillo en penumbra. Antes de salir del viejo edificio del centro, que abandonó por las escaleras en lugar del ascensor, Spence probó la puerta de la oficina de su casero. La encontró abierta y entró sigilosamente. Pero no había nadie al otro lado de la puerta.

La conclusión de la aventura del fotógrafo no tuvo lugar hasta una semana más tarde. Mezclado con el correo regular que recibía en su buzón había un pequeño sobre cuadrado sin remitente. Dentro había una fotografía. Llevó aquel objeto a la Biblioteca Des Esseintes, una librería donde varios de nosotros estábamos realizando una lectura nocturna de nuestros últimos devaneos literarios. Un número de personas pertenecientes al submundo artístico local, incluyéndome a mí mismo, vio la fotografía y escuchó por boca de Spence el frenético relato de las circunstancias que la rodeaban. La foto era del propio Spence mirando con ojos desorbitados a la cámara, que aparentemente había tomado la instantánea desde dentro de un ascensor, ya que se veía parcialmente un panel de pulsadores numerados en la parte derecha de la fotografía. «No pude ver ninguna cámara», no paraba de decir Spence. «Pero ese guiño que me lanzó… y lo que hay escrito en el dorso de esa cosa…» Al girar la foto, Spence leyó en voz alta la siguiente inscripción manuscrita: «El hombrecillo es mucho más pequeño últimamente. Pronto conocerá las blandas estrellas negras. Y tu pago ya ha vencido». Alguien entonces le preguntó a Spence qué tenían que decir sobre todo esto en las oficinas de TG Ventures. La cabeza del fotógrafo oscilaba lentamente en exasperada negativa. «Ya no están allí», dijo una y otra vez. Con la única excepción de mí mismo, esa noche en la Biblioteca Des Esseintes fue la última vez que se vio a Spence.

Cuando el fotógrafo dejó de aparecer en los lugares habituales de reunión y en eventos artísticos especiales, no se escucharon ingeniosos comentarios acerca de que se «hubiera ido con el Teatro». Todos estábamos más allá de ese estadio. Yo estaba perversamente orgulloso de advertir que aquellos que formaban parte del submundo artístico del que yo participaba, habían adoptado ahora un cierto grado de madurez filosófica. No hay nada como el miedo para complicar la consciencia de uno mismo, induciéndola a niveles de reflexión previamente desconocidos. Bajo tales presiones mentales comencé a organizar mis propios pensamientos y observaciones sobre el Teatro, específicamente cómo este fenómeno se relacionaba con los artistas, quienes

parecían ser sus únicos objetos de atención.

Tanto si el artista era contactado por el Teatro como si aquel tomaba la iniciativa de contactar con el Teatro, el efecto parecía ser el mismo: el final de la obra del artista. Yo mismo verifiqué este hecho tan exhaustivamente como pude. El director de cine cuyo corto *Infierno Privado* tanto habíamos admirado, según contaban todos, se había convertido en un vendedor a tiempo completo de vídeos pornográficos, ninguno de ellos de producción propia. El autodenominado artista visceral anunció públicamente el final de los espectáculos que le habían reportado una modesta reputación underground. Según su compañera de piso, la prima de la mujer de morado, ahora era director del supermercado en el que comenzó trabajando de reponedor. En cuanto a la propia mujer de morado, la cual nunca alcanzó gran reconocimiento como artista y cuyo renombre efectivamente comenzó y acabó en las primeras fases de su carrera, se dedicó a la venta de casas, una ocupación que desarrolló con bastante éxito. Podría alargar considerablemente este listado de ex artistas, no me cabe ninguna duda. Pero para los propósitos del presente informe o confesión (o como quieran llamarlo), debo rematar mi lista de personas que ya no son artísticas con mi propio nombre, al tiempo que intento ofrecer alguna visión de la manera en la que el Teatro Grottesco podía transformar a un escritor de prosa nihilista en un ser no artístico, más específicamente, un ser *postartístico*.

Fue después de la desaparición del fotógrafo Spence cuando mis intuiciones en relación al Teatro comenzaron a cristalizar y a convertirse en pensamientos explícitos, un proceso turbio pero al que me veo ineludiblemente sujeto como escritor de prosa. Hasta ese momento, todos habían aceptado tácitamente que había alguna estrecha *afinidad* entre el Teatro y los artistas, que eran o bien contactados por el Teatro o que contactaban ellos mismos con esa troupe cruel por medio de algún intento de acercamiento, como en el caso de Spence, o quizás por medio de gestos más sutiles, incluso puramente noéticos (me resisto a escribir *inconscientes*, aunque otros quizás pongan objeciones a mis reservas intelectuales). Muchos de nosotros incluso hablábamos del Teatro como una manifestación de super-arte, un término que siempre mantuvimos convenientemente en la nebulosa. Sin embargo, tras la desaparición del fotógrafo, todo el conocimiento que había adquirido sobre el Teatro, por muy fragmentario que fuera, se reconfiguró en un patrón completamente nuevo. Me refiero a que ya no pensaba que fuera posible que el Teatro estuviera de ninguna forma relacionado con un super-arte, o con cualquier tipo de arte… sino, de hecho, todo lo contrario. Desde mi punto de vista, el Teatro era, y es, un fenómeno intensamente destructivo de todo lo que yo concibo como arte. Por lo tanto, el Teatro era, y es, intensamente destructivo para todos los artistas e incluso para todas las personas con inquietudes artísticas. No tengo ni idea (al menos ninguna que pueda elaborar en términos entendibles) de si esta fuerza destructiva es intencionada o si es un epifenómeno de algún plan mayor y no relacionado, o incluso si existe algo como una intención o proyecto por parte del Teatro. Sin embargo, estoy seguro de que si un

artista se encuentra con el Teatro sólo puede haber una consecuencia: el fin de la carrera de ese artista. Resulta extraño, entonces, que conociendo este hecho actuara como lo hice.

No sabría decir si fui yo quien se aproximó al Teatro o viceversa, como si este detalle fuera a marcar alguna diferencia. Lo importante es que desde el momento en el que percibí que el Teatro era un fenómeno profundamente antiartístico, concebí la ambición de transformar mi forma de arte, es decir, mis escritos nihilistas en prosa, en un fenómeno *antiTeatro*. Para poder hacer esto, por supuesto, precisaba de un penetrante conocimiento del Teatro Grottesco, o de algún aspecto significativo de esa troupe cruel, un conocimiento de una variedad profundamente sutil, e incluso irreal, de su naturaleza y sus obras.

El fotógrafo Spence había realizado un enorme avance visionario cuando intuyó que en la naturaleza del Teatro estaba el actuar ante su petición de destruir completamente a alguien (aunque el significado exacto de la afirmación «pronto conocerá las blandas estrellas negras», en referencia al casero de Spence, no fueron conocidas por nosotros dos hasta un tiempo después). Me di cuenta de que mi propia mente necesitaría realizar un salto de conocimientos similar. Aunque ya había percibido al Teatro como un fenómeno profundamente antiartístico, todavía no estaba seguro de qué podría existir en el mundo que constituyera un fenómeno antiTeatro, ni cómo diantres podría poner mis propios escritos al servicio de tal propósito.

Así pues, durante varios días medité sobre estas cuestiones. Como es habitual, las exigencias físicas de esta meditación afectaban gravemente mis procesos fisiológicos, y en ese estado de debilidad contraje un virus, en concreto un *virus intestinal*, que me dejó postrado en mi pequeño apartamento durante una semana. Sin embargo, fue durante ese tiempo cuando las cosas comenzaron a encajar en relación al Teatro y los conocimientos que requería para enfrentarme a esa compañía de pesadilla de una manera más o menos efectiva.

Al sufrir durante días y noches una enfermedad, en concreto un virus intestinal, uno se vuelve muy consciente de ciertas realidades, así como extremadamente sensible a las *manifestaciones* de esas realidades que, por otro lado, no se hallan habitualmente sujetas a un escrutinio o reflexión prolongada. Tras recuperarse de ese virus, la consciencia de estas realidades y de sus manifestaciones necesariamente se desvanece para que la persona enferma pueda retomar las actividades de su vida y no pierda el juicio o se suicide por una aguda consciencia de aquellos hechos más desagradables de la existencia. Gracias a la claridad de la analogía, llegué a entender que el Teatro operaba de una forma muy similar a la de la enfermedad que acababa de sufrir, con la consecuencia de que la persona expuesta a la enfermedad del Teatro se vuelve extremadamente consciente de ciertas realidades y sus manifestaciones, bastante diferentes por supuesto de las realidades y manifestaciones de un virus intestinal. Sin embargo, en un individuo razonablemente sano, un virus intestinal al final sucumbe ante la formación de anticuerpos (o algo de ese tipo). Pero la

enfermedad del Teatro, ahora lo entiendo, es una enfermedad contra la que los sistemas de los individuos atacados —es decir, los artistas— no han creado nunca agente o anticuerpo alguno que la pueda contrarrestar. Un contacto con cualquier enfermedad, incluyendo un virus intestinal, sirve para alterar la mente de una persona, haciéndola intensamente consciente de ciertas realidades, pero esta mente no puede permanecer alterada cuando el encuentro ha finalizado, o por el contrario esa persona jamás podrá seguir viviendo como antes. Sin embargo, un encuentro con el Teatro parece anidar dentro del sistema de la persona y alterar su mente de forma permanente. Para el artista, el resultado no es la locura o el suicidio (como podría ser el caso si uno asumiera una consciencia permanente de un virus intestinal), sino la finalización absoluta de su carrera artística. La sencilla razón de este efecto es que no existen anticuerpos para la enfermedad del Teatro y, por lo tanto, tampoco un alivio de la consciencia de las realidades a las que el Teatro ha sometido a un artista.

Tras haber avanzado hasta este punto en mi conocimiento del Teatro (para poder descubrir así su naturaleza o esencia, y por lo tanto lograr transformar mis escritos en prosa en un fenómeno anti-Teatro), descubrí que ya no podía avanzar más. Daba igual la cantidad de reflexión y meditación que dedicara al tema, no alcanzaba una sensación definitiva de haber descubierto las verdaderas realidades y funciones que el Teatro comunicaba a un artista y cómo esta comunicación interrumpía la obra de ese artista. Por supuesto, podía imaginar vagamente la especie de consciencia capaz de incapacitar a un artista para producir cualquier tipo de manifestación artística. En definitiva, llegué a hacerme una idea bastante detallada e inquietante de tal consciencia… una *consciencia del mundo*, según la concebía. Y, sin embargo, no tenía la sensación de haber penetrado en el misterio de los «Asuntos-del-Teatro». Y la única manera de saber cosas sobre el Teatro, o eso parecía, era tener un encuentro con él. Tal encuentro entre mí mismo y el Teatro hubiera tenido lugar en cualquier caso al descubrirse que mis escritos en prosa se habían transformado en un fenómeno antiTeatro; esto podría ser considerado un *acercamiento* de lo más extraño a esa compañía de pesadilla: forzar un encuentro con todas sus realidades y manifestaciones. Así pues, no necesitaba en este punto de mi plan haber logrado transformar mis escritos en prosa en un fenómeno antiTeatro. Simplemente debía hacer creer, falsamente, que lo había hecho.

En cuanto me recuperé lo suficiente de mi virus intestinal, comencé a correr la voz. Siempre que me encontraba en compañía de otros miembros del llamado submundo artístico de esta ciudad, me ufanaba de haber alcanzado la consciencia más intensa de las realidades y manifestaciones del Teatro, y que, en lugar de acabar con mi carrera de artista, había logrado usar esta consciencia como inspiración para una colección de relatos cortos. Expliqué a mis colegas que simplemente para existir —no digamos ya para crear obras artísticas— debíamos evitar que ciertas cosas abrumaran nuestras mentes. Sin embargo, continué, para evitar que estas cosas, como las realidades de un virus intestinal, abrumaran nuestras mentes, intentábamos negarles

cualquier voz; ni una voz en nuestras mentes ni, por supuesto, una voz precisa y clara en las obras de arte. La voz de la locura, por ejemplo, era apenas un susurro en la balbuceante historia del arte porque sus realidades eran por sí mismas demasiado dementes para hablar de ellas durante mucho tiempo… y aquellas realidades del Teatro no tenían ninguna voz, dada su naturaleza imponderablemente grotesca. Además, dije, el Teatro no sólo inoculaba una consciencia intensa de estas cosas, estas realidades y sus manifestaciones… sino que era *idéntico* a ellas. Y yo, alardeé, había permitido que mi mente quedara abrumada por todo tipo de asuntos referentes al Teatro, y aun así había logrado utilizar esta experiencia como material para mis escritos en prosa. «Esto —casi grité un día en la Biblioteca Des Esseintes— es el super-arte». Entonces afirmé que en dos días ofrecería una lectura de mi colección de relatos cortos.

Sin embargo, mientras estábamos sentados alrededor de un viejo mueble en una esquina de la Biblioteca Des Esseintes, algunos cuestionaron mis afirmaciones y aseveraciones sobre el Teatro. Un amigo escritor, poeta, habló con voz ronca a través de una nube de humo de cigarrillo, y dijo: «Nadie sabe de qué va todo este asunto del Teatro. Y ni siquiera estoy seguro de creérmelo». Pero respondí que Spence sabía de qué iba todo, pensando que yo también muy pronto sabría lo que él sabía. «*¡Spence!*», dijo una mujer con un tono de exagerado disgusto (vivió en una ocasión con el fotógrafo y ella misma era fotógrafa). «No nos habla de nada últimamente, y mucho menos del Teatro». Pero respondí que, como la mujer de morado y los otros, Spence se había visto abrumado por su encuentro con el Teatro, y su impulso artístico había quedado destruido. «Pero *tu* impulso artístico sigue intacto», dijo ella, insidiosamente. Le respondí que sí, que lo estaba, y que en dos días lo probaría con la lectura de una serie de obras en prosa que exhibían una íntima relación con las experiencias más abrumadoramente grotescas, a las que daba voz. «Eso es porque no tienes ni idea de lo que estás hablando», dijo otro, y casi todos apoyaron este comentario. Les dije que tuvieran paciencia, que esperaran y vieran lo que mis escritos en prosa les revelarían. «¿Revelar?», preguntó el poeta. «Demonios, nadie sabe siquiera por qué se llama Teatro Grottesco». No tenía una respuesta a eso, pero repetí que entenderían mucho más sobre el Teatro en unos cuantos días, rumiando para mis adentros que en ese tiempo ya habría tenido éxito o habría fracasado en mi intento de provocar un encuentro con el Teatro, y para entonces la cuestión de mi inexistente prosa antiTeatro sería del todo irrelevante.

Sin embargo, sólo un día más tarde, sufrí un colapso en la Biblioteca Des Esseintes durante una conversación con un grupo distinto de artistas y personas con grandes inclinaciones artísticas. Aunque los síntomas de mi virus intestinal nunca desaparecieron del todo, no esperaba sufrir un colapso, como así ocurrió, ni tampoco descubrir que lo que pensé que era un virus intestinal en realidad fuera algo más grave. Como consecuencia del colapso, mi cuerpo inconsciente acabó en la sala de urgencias de un hospital de los suburbios, la clase de lugar donde siempre acababan

indigentes al límite como yo… un hospital apartado con apliques anticuados y una plantilla de sonámbulos.

Cuando abrí los ojos era de noche. La cama en la que habían depositado mi cuerpo estaba junto a un ventanal alto que reflejaba la tenue luz fluorescente fija a la pared sobre mi cama, creando un reflejo oscuro en los cristales que no me permitía ver lo que había fuera, tan sólo una imagen fracturada de mí mismo y la habitación que me habían asignado para el tratamiento. Había una larga hilera de estas ventanas altas y varias camas en la sala, y todas ellas contenían un cuerpo dormido que, como el mío, se encontraba dañado de alguna manera, y por ello había sido enviado a un hospital de los suburbios.

No sentía nada del apabullante dolor que me había provocado el colapso en la Biblioteca Des Esseintes. De hecho, en ese momento no podía sentir ninguna de las experiencias de mi vida pasada: era como si siempre hubiera sido un ocupante de aquellas oscuras salas de hospital y siempre fuera a serlo. Esta sensación de distanciamiento de mí mismo y de todo lo demás hacía que me resultara terriblemente difícil permanecer en la cama de hospital donde me habían acostado. Al mismo tiempo, me inquietaba la idea de realizar algún movimiento que me alejara de esa cama, especialmente cualquier movimiento que me acercara a la entrada abierta que conducía al pasillo mal iluminado de un hospital de los suburbios. Debatiéndome entre el impulso de salir de la cama y el temor de alejarme de ella y acercarme al pasillo, me coloqué de manera que quedé sentado sobre el borde del colchón con los pies descalzos rozando el frío suelo de linóleo. Y ya llevaba sentado sobre el borde del colchón un largo rato cuando escuché la voz allá fuera, en el pasillo.

La voz llegaba por el sistema de megafonía, pero no era una voz particularmente alta. De hecho, tuve que aguzar el oído durante varios minutos sólo para discernir las singulares cualidades de la voz y descifrar lo que decía. Sonaba como la voz de un niño, una voz cantarina llena de provocación y travesura. Una y otra vez repetía la misma frase: *Aviso para el doctor Groddeck, aviso para el doctor Groddeck*. La voz sonaba increíblemente apagada, distante y emborronada por toda clase de interferencias. *Aviso para el doctor Groddeck,* se reía desde el otro lado del mundo.

Me levanté y me acerqué lentamente a la puerta del pasillo. Pero incluso después de cruzar la habitación con los pies descalzos y apostarme en la puerta abierta, aquella voz de niño no sonó más fuerte ni más clara. Incluso cuando salí al largo y sombrío pasillo con sus apliques de luz anticuados, la voz que llamaba al doctor Groddeck sonaba igual de apagada y distante. Y ahora era como si me encontrara en un sueño en el que andaba descalzo por el pasillo de un hospital de los suburbios, escuchando una voz demente que parecía esquivarme a medida que atravesaba innumerables salas llenas de cuerpos dañados. Pero entonces la voz se apagó; tras llamar al doctor Groddeck una última vez, se desvaneció como el eco final en un pozo profundo. En el mismo instante en el que la voz cesó su mortecino aviso, me detuve en algún lugar hacia el final de aquel oscuro pasillo. Al callarse la voz traviesa

pude oír otra cosa, el sonido de una risa queda y sibilante. Procedía de la habitación que había justo frente a mí en la parte derecha del pasillo. Cuando me aproximé a aquella habitación advertí una placa de metal colocada en la pared a la altura de los ojos, y las palabras que se mostraban en esta placa eran éstas: Dr. T. Groddeck.

Un extraño fulgor brotaba de la habitación donde escuchaba aquella risa sibilante y continua. Eché un vistazo por el marco de la puerta y vi que el origen de la risa era un caballero anciano sentado frente a un escritorio, mientras el extraño fulgor procedía de un objeto esférico colocado sobre el escritorio, directamente frente a él. La luz que manaba de este objeto —similar a una esfera de cristal macizo— brillaba sobre el rostro del viejo caballero, que mostraba una expresión demente, una barba perfectamente recortada de un color blanco puro y un par de gafas con finas lentes rectangulares apoyadas sobre una nariz delgada. Cuando avancé para colocarme en la entrada de la oficina, los ojos del doctor Groddeck no se alzaron para mirarme, sino que continuaron observando aquella extraña esfera resplandeciente y las cosas que había dentro de ésta.

¿Qué eran esas cosas que había dentro de la esfera que observaba el doctor Groddeck? Me parecieron diminutas flores con forma de estrellas esparcidas uniformemente por todo el cristal, justo los toques que aportarían una apariencia artística a un pisapapeles común. Pero estas flores, estos crisantemos alargados, eran de un color negro profundo. Y no parecían estar firmemente fijos dentro de la esfera resplandeciente, como uno hubiera esperado, sino que parecían estar flotando en posición vertical mientras los pétalos en forma de estrella ondeaban como tentáculos. El doctor Groddeck parecía regocijarse con los movimientos sutiles de aquellos apéndices negros. Tras las gafas rectangulares sus ojos rodaban de un lado a otro intentando absorber todas las formas que flotaban en el interior de la esfera luminosa frente a la que se hallaba.

Entonces el doctor metió lentamente la mano en uno de los profundos bolsillos de la bata de laboratorio que llevaba puesta y su risa sibilante se hizo más intensa. Desde el vano de la puerta le observé mientras sacaba con sumo cuidado una pequeña bolsa de papel del bolsillo, pero jamás me dirigió una mirada. Ahora sujetaba la bolsa arrugada con una mano justo por encima de la esfera. Cuando sacudió ligeramente la bolsa, las criaturas que había dentro de la esfera respondieron aumentando la agitación de sus delgados y negros brazos. Utilizó ambas manos para abrir la bolsa y la giró boca abajo rápidamente.

De la bolsa cayó algo dando vueltas sobre la esfera, en cuya superficie pareció quedarse pegado. En realidad, no se estaba adhiriendo a la superficie de la esfera, sino hundiéndose en el interior del cristal. El objeto se agitó al tiempo que aquellas blandas estrellas negras del interior de la esfera se apiñaban para tirar del intruso hacia ellas. Antes de poder ver qué era lo que habían capturado, el espectáculo acabó. Las estrellas volvieron a sus lugares, flotando levemente una vez más dentro de la esfera resplandeciente.

Miré al doctor Groddeck y advertí que por fin me miraba directamente. Su risa asmática había cesado y sus ojos se clavaban gélidos en los míos, totalmente carentes de cualquier significado interpretable. Sin embargo, de alguna manera aquellos ojos me provocaron. Cuando aún estaba en el vano de la puerta de aquella horrible oficina en un hospital de los suburbios, los ojos del doctor Groddeck provocaron en mí una intensa indignación, un resentimiento gigantesco por la posición en la que había sido colocado. Aunque había consumado mi plan de encontrarme con el Teatro y experimentar sus realidades y manifestaciones más devastadoras (con el fin de transformar mi obra en prosa en un fenómeno antiTeatro), estaba indignado por estar allí de pie donde me encontraba, y me enfurecían los ojos del doctor Groddeck clavados en mí. Ya no importaba si yo había contactado con el Teatro o si el Teatro había contactado conmigo, o si ambos nos habíamos contactado mutuamente. Me di cuenta de que existía la posibilidad de ser contactado para forzarle a uno mismo a realizar lo que sólo en apariencia era un intento de contacto, el cual en realidad era un no-contacto que negaba el concepto global de entrar en contacto. Todo había sido planeado de antemano, porque yo pertenecía al submundo artístico, porque era un artista cuya obra finalizaría tras un encuentro con el Teatro Grottesco. Y por todo ello estaba indignado con los ojos del doctor Groddeck, que eran los ojos del Teatro, y estaba resentido por todas las dementes realidades y las manifestaciones atroces del Teatro. Aunque sabía que las persecuciones del Teatro no estaban exclusivamente centradas en los artistas y las personas con inclinaciones artísticas del mundo, sin embargo estaba indignado y resentido por haber sido señalado para un *tratamiento especial*. Quería castigar a aquellas personas del mundo que no son objeto de este tratamiento especial. Así pues, con toda la potencia de mi voz, grité en el oscuro pasillo… grité congregando a otros para que se unieran a mí ante el escenario del Teatro. Resulta extraño que sintiera la necesidad de añadir a la pesadilla todos aquellos cuerpos dañados de aquel hospital de los suburbios, así como su plantilla de sonámbulos que se movían en un mundo de apliques de luz anticuados. Pero para cuando algunos de ellos llegaron, el doctor Groddeck ya había desaparecido y su oficina se había transformado en una habitación llena de sábanas sucias.

A pesar de mi escapada de esa noche, pronto me dieron de alta en el hospital, aunque todavía quedaban pendientes los resultados de varias pruebas a las que me habían sometido. Yo me sentía mejor que nunca y el hospital, como cualquier hospital, siempre precisaba camas para cobijar más cuerpos dañados. Dijeron que me contactarían en los próximos días.

De hecho, al día siguiente me llegaron noticias de los resultados de mi estancia en el hospital. «Hola de nuevo», comenzaba la carta, que estaba mecanografiada en un papel liso pero con manchones de humedad. «Me encantó conocerlo por fin en persona. Creo que su interpretación durante nuestra entrevista en el hospital fue realmente de primera y he sido autorizado para ofrecerle un puesto entre nosotros. Hay un hueco en nuestra organización para alguien con sus recursos e imaginación.

Me temo que las cosas no salieron bien con el señor Spence. Pero él en efecto tenía un ojo de cámara y hemos obtenido algunas maravillosas imágenes gracias a él. En especial, me gustaría compartir con usted sus últimas fotografías de las blandas estrellas negras, o B.E.N., como en ocasiones nos referimos a ellas. ¡Auténtico super-arte, si es que alguna vez existió algo así!»

»Por cierto, los resultados de sus pruebas médicas, algunas de las cuales todavía no le han sido practicadas, darán positivo. Si cree que un virus intestinal es una desgracia, espere tan sólo unos cuantos meses más. Así que, piense rápido, señor. En cualquier caso, organizaremos otra reunión con usted. Y recuerde: *usted* contactó con *nosotros*. ¿O fue al revés?

»Como ya habrá advertido a estas alturas, todo este asunto artístico tan sólo le ayudará a seguir hasta quedarse mudo y con la boca abierta observando las realidades y manifestaciones de… bueno, creo que ya sabe lo que intento decir. Yo mismo fui forzado a esta consciencia y me hago cargo del impacto que puede suponer algo así. En efecto, fui yo quien inventó el apelativo de nuestra organización tal como se conoce hoy en día. Y no es que yo dé mucha importancia a los nombres, y tampoco usted debería hacerlo. Nuestra empresa es mucho más antigua que su nombre, o que cualquier otro nombre (y cuántos más ha tenido a lo largo de los años: Las Diez Mil Cosas, Anima Mundi, Nethescurial). Debería sentirse orgulloso de que le hayamos asignado un papel especial a un artista de tanto talento como usted. Con el paso del tiempo se olvidará de su propia obra, como nos pasa a todos al final. Yo mismo voy por ahí con una carretilla llena de alias, pero ¿cree que soy capaz de decir quién fui *realmente en* el pasado? Un hombre de teatro, eso parece convincente. Posiblemente, fuera el padre de Fausto o de Hamlet… o simplemente Peter Pan.

»Para acabar, espero que considere seriamente nuestra oferta de unirse a nosotros. Podemos ocuparnos de sus problemas médicos. Podemos hacer casi cualquier cosa. De lo contrario, me temo que lo único que puedo hacer es darle la bienvenida a su propio infierno particular, que será tan atroz como cualquier otro en la tierra».

La carta estaba firmada por el doctor Theodore Groddeck y su pronóstico sobre mi salud física fue acertado: me han realizado más análisis en el hospital de los suburbios y los resultados son poco halagüeños. Durante varios días y noches en vela he estado considerando las alternativas que el doctor me propuso, así como otras alternativas de mi propia cosecha, y todavía tengo que tomar una decisión sobre qué curso seguir. La única conclusión que no cesa de abrumarme es que da igual qué elección tome o no tome. Uno nunca puede prever la llegada del Teatro… o de nada. Uno nunca puede saber a qué se acerca o qué se acerca a uno. Pronto mis pensamientos perderán su claridad y ya no seré consciente de que debía tomar una decisión. Las blandas estrellas negras ya han comenzado a poblar el cielo.

LAS FERIAS DE GASOLINERA

Fuera de los muros del Cabaret Carmesí había un mundo de lluvia y oscuridad. A intervalos, siempre que alguien entraba o salía por la puerta principal del club, se podía ver la lluvia constante y se alcanzaba a atisbar fugazmente la oscuridad. El interior estaba inundado de luz ámbar, humo de tabaco y el sonido de las gotas de lluvia que golpeaban las ventanas, todas pintadas de negro. En noches como ésta, mientras estaba sentado frente a una de las mesas de aquel local pequeño y gris, siempre me embargaba un júbilo infernal, como si esperase el apocalipsis y no me importase lo más mínimo. También me gustaba imaginar que estaba en el camarote de un viejo barco durante una tormenta violenta en alta mar, o en el vagón restaurante de un tren de pasajeros de lujo que los vientos feroces mecían sobre los raíles mientras era martilleado por una lluvia endiablada. A veces, cuando me sentaba en el Cabaret Carmesí en esas noches lluviosas, me imaginaba a mí mismo sentado en la sala de espera del abismo (lo cual, por supuesto, era exactamente lo que estaba haciendo), y entre sorbo y sorbo de mi copa de vino o taza de café, sonreía tristemente y tocaba el bolsillo delantero de mi abrigo, donde guardaba un billete imaginario hacia el olvido.

Sin embargo, aquella noche lluviosa del mes de noviembre no me sentía muy bien. Tenía el estómago un tanto revuelto, como el preámbulo de un virus o incluso una intoxicación alimentaria. Otro foco de mi malestar, reflexionaba, podría deberse a mi viejo trastorno nervioso, el cual fluctuaba de un día para otro, pero siempre me acompañaba de una forma u otra y se manifestaba en una variedad de síntomas tanto físicos como psíquicos. De hecho, estaba experimentando una ligera sensación de pánico, aunque esto de ninguna manera descartaba la posibilidad de que el malestar de mi estómago se debiera estrictamente a causas físicas, ya fueran virales o tóxicas. Tampoco descarté una tercera posibilidad que intentaba ignorar a esas alturas de la noche. Fuera cual fuese la etiología de mi trastorno estomacal, sentí la necesidad de pasar esa noche en un lugar público, de manera que si colapsaba —una situación que con frecuencia temía— habría gente a mi alrededor para ayudarme o, al menos, para enviarme al hospital. Al mismo tiempo, no buscaba entablar relación con ninguna de esas personas y, de todas formas, no habría sido muy buena compañía, allí sentado en el rincón del club, bebiendo poleo y fumando cigarrillos light en consideración a mi estómago enfermo. Por todas estas razones, esa noche me había llevado una libreta y la tenía abierta sobre la mesa, a modo de advertencia para que me dejaran meditar tranquilo sobre algunas cuestiones literarias. Pero cuando Stuart Quisser entró en el club alrededor de las diez en punto, la visión de mi persona sentada a una mesa del rincón con la libreta abierta, bebiendo poleo y fumando cigarrillos light para controlar la situación de mi estómago revuelto, no le disuadió en absoluto de acercarse directamente a la mesa y sentarse frente a mí. Una camarera se acercó. Quisser pidió

una copa de vino blanco y yo le pedí otra taza de poleo.

—Así que ahora bebes poleo —dijo Quisser cuando la chica se hubo marchado.

—Me sorprende que te atrevas a asomar el careto por aquí —le dije por toda respuesta.

—Pensaba intentar hacer las paces con la vieja carmesí.

—¿Hacer las paces? No parece muy propio de ti.

—Aun así, ¿la has visto esta noche?

—No, no la he visto. La humillaste en esa fiesta. No la he visto desde entonces, ni siquiera aquí en su propio club. No sé si eres consciente de esto, pero no es una persona que convenga tener como enemiga.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Quiero decir que tiene conexiones que no puedes ni imaginar.

—Y, por supuesto, *tú* lo sabes todo. He leído tus relatos. Eres un paranoico reconocido, así que ¿adónde quieres llegar?

—Quiero llegar —dije— a que si un infierno nos aguarda tras cada apretón de manos, no digamos ya tras un insulto directo y humillante.

—Había bebido demasiado, nada más.

—La llamaste *mujer delirante sin talento*.

Quisser alzó la mirada hacia la camarera cuando se acercó con nuestras bebidas y me hizo una rápida señal con la mano para que me mantuviera en silencio. Cuando la chica se marchó, dijo:

—Resulta que sé que nuestra camarera es muy leal a la dueña del Carmesí. Probablemente le informará de mi visita al club esta noche. Me pregunto si accedería a actuar de intermediaria entre su jefa y yo y le haría llegar mis disculpas.

—Mira las paredes a tu alrededor —dije.

Quisser dejó su copa de vino y examinó la habitación.

—Hum —dijo cuando terminó de mirar—. Es más grave de lo que pensé. Ha quitado todos sus viejos cuadros. Y los nuevos no parecen ser suyos en absoluto.

—No lo son. Tú la *humillaste*.

—Y, sin embargo, parece que haya redecorado el escenario desde la última vez que lo vi. Le ha dado una nueva pintura o algo.

El supuesto escenario al que Quisser se refería era una pequeña plataforma situada en el rincón opuesto del club. Esa zona estaba enmarcada por cuatro paneles, cada uno de ellos decorado con sigilos negros y dorados pintados sobre un fondo rojo brillante. Varios eventos tenían lugar sobre ese escenario: lecturas de poemas, *tableaux vivants*, obras breves de diverso tipo, espectáculos de marionetas, actuaciones artísticas o musicales, etcétera. Esa noche, que era un martes, el escenario se encontraba a oscuras. No observé nada diferente en el escenario y le pregunté a Quisser qué suponía que era nuevo.

—No podría decirlo exactamente, pero parece que le hayan hecho algo. Pal vez sean esos ideogramas negros y dorados, o lo que se suponga que son. El conjunto

parece la portada de un menú de restaurante chino.

—Te estás citando a ti mismo —dije.

—¿A qué te refieres?

—El comentario sobre el menú chino. Lo usaste en tu crítica de la exposición de Marsha Corker el mes pasado.

—¿Eso hice? No lo recuerdo.

—¿Estás simplemente diciendo que no lo recuerdas, o realmente no lo recuerdas? —formulé esta pregunta por mera curiosidad trivial; mi estómago revuelto desalentaba cualquier esfuerzo de mostrar un antagonismo real por mi parte.

—Lo *recuerdo*, ¿vale? Lo cual me recuerda que hay algo que quería comentarte. Se me ocurrió el otro día y pensé inmediatamente en ti y en tus… cosas —dijo, señalando mi libreta de apuntes abierta sobre la mesa entre nosotros—. No puedo creer que nunca haya surgido este tema antes. Tú más que nadie deberías conocerlas. Nadie más parece haberlas visto. Ya hace muchos años, pero tú eres lo bastante mayor para recordarlo. Tú tienes que recordarlo.

—¿Recordar el qué? —pregunté, y después de una breve pausa contestó.

—Las ferias de gasolinera.

Y pronunció esas palabras como si estuviera rematando un chiste, como el orgulloso portador de una sorprendente y profunda hilaridad. Se suponía que yo debía manifestar un reconocimiento atónito, hasta ahí llegaba. No era un fenómeno del que fuera *del todo ignorante*, y la memoria a veces es engañosa. O, al menos, eso es lo que le dije a Quisser. Pero, mientras Quisser me contaba *sus* recuerdos con intención de despertar los míos, poco a poco me fui dando cuenta de la verdadera naturaleza y propósito de las llamadas ferias de gasolinera. En ese momento era todo lo que podía hacer para disimular lo mal que me lo estaba haciendo pasar mi estómago, revuelto y ardiente. No paraba de decirme para mis adentros, mientras Quisser hablaba sobre sus recuerdos de las ferias de gasolinera, que sin duda estaba experimentando los primeros síntomas de algún virus, si es que no había sido víctima de una intoxicación alimentaria. Sin embargo, Quisser estaba tan absorto en su historia que no parecía advertir mi agonía.

Me dijo que sus recuerdos de las ferias de gasolinera se remontaban hasta su temprana infancia. Su familia, es decir, sus padres y él mismo, salían de vacaciones en coche y a menudo recorrían grandes distancias, a diferentes destinos. Como es natural, por el camino debían parar en un buen número de gasolineras situadas en pueblos y ciudades, y también en otras que se encontraban en poblaciones más aisladas y rurales. Éstos eran los lugares, afirmó Quisser, donde era más probable descubrir esos negocios híbridos que él llamaba ferias de gasolinera.

Quisser no afirmaba saber cuándo o cómo aparecieron estas *ferias* especializadas, o tal vez *gasolineras* especializadas, ni cuán extendido estaba este tipo de negocios. Su padre, a quien Quisser suponía capaz de responder a tales preguntas, había muerto hacía ya unos años, y su madre ya no estaba mentalmente capacitada tras haber

sufrido una serie de catástrofes psíquicas poco después de la muerte del padre de Quisser. De modo que lo único que le quedaba a Quisser era el recuerdo de estas excursiones de su niñez con sus padres, durante las cuales llegaban a alguna zona rural, quizás en el cruce de dos autovías (y, con frecuencia, creía recordar, durante la puesta de sol), y descubrían en ese lugar aislado una de aquellas curiosidades que me describió como ferias de gasolinera.

Siempre eran *estaciones de repostaje*, subrayó Quisser, y no *estaciones de servicios*, que ofrecen servicios de reparaciones de coches y de otros vehículos. En aquellos tiempos había como máximo cuatro surtidores, generalmente sólo dos, y algún edificio modesto que solía tener tantos carteles y anuncios en su exterior que era imposible saber si había algo detrás de toda aquella publicidad. Quisser mencionó que de niño siempre se quedaba mirando los carteles que anunciaban el tabaco de mascar, y que de adulto, como crítico de arte, seguía encontrando muy atrayente el diseño de los paquetes de tabaco de mascar, y no podía entender por qué ningún artista había explotado con éxito sus cualidades visuales e imaginativas. Tenía la impresión, mientras estábamos sentados aquella noche en el Cabaret Carmesí, que todo ese asunto del tabaco de mascar tan sólo pretendía aportar una mayor credibilidad a la historia de Quisser, Ese detalle le resultaba muy vívido. Pero cuando le pregunté a Quisser si recordaba alguna marca en concreto del tabaco de mascar que se anunciaba en esas estaciones de repostaje con atracciones anexas, se puso ligeramente a la defensiva, como si con mi pregunta tuviera la intención de cuestionar la exactitud de sus recuerdos de infancia. Entonces cambió el enfoque del tema que yo había planteado afirmando que la zona de las atracciones no era exactamente anexa a la de la gasolinera, pero nunca estaban muy separadas y, sin duda, existía algún acuerdo de colaboración comercial entre ambos negocios. Su impresión, que le había sido inculcada como un principio básico de un sueño, era que una compra sustancial de gasolina permitía al conductor y los pasajeros de un vehículo acceso libre a la feria cercana.

En este punto de su historia, Quisser se apresuró a explicar con cierto nerviosismo que esas ferias de gasolinera no eran en absoluto lugares sofisticados… de hecho, eran todo lo contrario. Situadas en terrenos cercanos, o en ocasiones en la parte trasera de una estación de repostaje rural, consistían en meros restos de atracciones de feria de verdad, los *huesos desnudos* de atracciones mucho más grandes y más impresionantes. Normalmente, había un arco de entrada alto con bombillas de colores que proporcionaba un fantasmagórico contraste con el vasto y yermo paisaje que lo rodeaba. En especial alrededor del ocaso, cuando por lo general, o tal vez siempre, Quisser y sus padres se encontraban en alguno de esos lugares remotos, la colorida iluminación de la entrada a la feria creaba un efecto que resultaba a un mismo tiempo festivo y siniestro. Pero en cuanto un visitante entraba en el terreno de la feria, llegaba siempre la correspondiente decepción debida a la propia instalación… aquel escaso ensamblaje que parecía haber sido abandonado por un parque de atracciones

ambulante en un pasado lejano.

Siempre había sólo unas pocas atracciones de feria, afirmaba Quisser, y raras veces estaban en funcionamiento. Suponía que en algún momento estuvieron en perfecto estado, probablemente cuando las instalaron como un anexo a las gasolineras. Pero ese periodo, especulaba, no debió de durar mucho tiempo. Sin duda, ante los primeros indicios de avería, cada una de las atracciones había sido clausurada. Quisser dijo que él mismo jamás había montado en ninguna atracción de gasolinera, aunque insistía en que su padre en una ocasión le permitió sentarse en uno de los caballos de madera de un tiovivo clausurado. «Era un tiovivo en miniatura», me informó Quisser, como si eso aportara a sus experiencias recordadas un aura de significado o sustancia. Parecía que todas las atracciones eran miniaturas, aseguró: versiones a escala reducida de atracciones de feria que había conocido en otros lugares y que había montado en alguna ocasión. Junto al tiovivo en miniatura, que no se movía ni un centímetro y siempre se alzaba oscuro y silencioso en un remoto paisaje rural, solía haber una noria en miniatura (no más alta que una casa de una planta, dijo Quisser), y en ocasiones un pulpo en miniatura o una montaña rusa en miniatura. Y siempre estaban clausuradas porque en otro tiempo se habían averiado, si es que alguna de ellas estuvo alguna vez operativa, y nunca fueron reparadas. Posiblemente no podrían ser reparadas nunca, pensó Quisser, teniendo en cuenta la antigüedad de las piezas y los mecanismos de aquellas atracciones de feria en miniatura.

Sin embargo, había una atracción crucial que uno siempre esperaba ver abierta al público o, al menos, a aquellos cuyo coche había repostado la suficiente gasolina y que por lo tanto podían pasar libremente por la entrada iluminada en la que la palabra FERIA aparecía enmarcada con luces de colores que se recortaban contra un vasto e inquietante cielo durante el ocaso en algún paraje rural perdido. Quisser me planteó una pregunta: ¿cómo podía un lugar anunciarse como feria, incluso feria de gasolinera, si no incluía esa atracción vital carnavalesca: un espectáculo de feria? Quizás existía alguna ley u ordenanza especial que regulaba tales asuntos, sugirió Quisser en voz alta, algún viejo estatuto que conservara cierta fuerza en zonas remotas donde esas tradiciones poseen una fortaleza desconocida en los centros urbanos. Esto explicaría el hecho de que, excepto en circunstancias extraordinarias (como, por ejemplo, un tiempo peligrosamente revuelto), siempre había algún tipo de actuación en estas ferias de gasolinera, aunque todo lo demás en la feria estuviera a oscuras y averiado.

Por supuesto, estos espectáculos, como Quisser los describía, no eran demasiado sofisticados, ni tan siquiera según los estándares de ferias de segunda categoría, no digamos ya de aquellas que servían de reclamo comercial a algunas gasolineras apartadas. Normalmente había sólo un espectáculo en estas ferias, y en apariencia presentaban la misma imagen a los clientes de la feria: una pequeña carpa de lona rota y sucia. En algún punto del perímetro de la carpa había una solapa suelta de lona

a través de la cual Quisser y sus padres, aunque en ocasiones sólo el propio Quisser, entraban al espectáculo. Dentro de la carpa había unos cuantos bancos de madera que se habían hundido ligeramente en el suelo de tierra aplastada y, a cierta distancia, un escenario pequeño a tan sólo treinta centímetros del suelo. Dos lámparas de pie normales proporcionaban la iluminación —una a cada lado del escenario—, que además carecían de pantallas o de algún otro tipo de cubierta, de manera que las bombillas desnudas brillaban cegadoras arrojando sombras dramáticas en el interior de la carpa. Quisser comentó que siempre se fijaba en los deshilachados cables eléctricos que se alejaban por debajo de la base de cada lámpara y, por medio de varios alargadores, finalmente encontraban una toma de electricidad en la gasolinera… es decir, en el interior del pequeño edificio de ladrillo oculto bajo el montón de carteles de publicidad de tabaco de mascar y otros productos.

Cuando los visitantes de una feria de gasolinera entraban en la carpa del espectáculo y se sentaban en uno de los bancos frente al escenario, normalmente no eran avisados del carácter particular de la actuación o espectáculo que iban a presenciar. Quisser remarcó que no había marquesina ni cartel publicitario de ningún tipo que revelara tal información a los clientes de la feria, ya fuera antes de entrar en la carpa o una vez dentro y sentados en uno de los viejos bancos de madera. Sin embargo, con una notable excepción, todas las actuaciones, o espectáculos, seguían una pauta similar. La audiencia se aposentaba en los bancos de madera, la mayoría de éstos a punto de romperse o (como comentó Quisser) tan inclinados que era imposible sentarse en ellos, y entonces el espectáculo comenzaba.

Las atracciones variaban de un teatrillo a otro y Quisser dijo que era incapaz de recordar todas las que había visto. Recordó lo que describió como la Araña Humana. Era un espectáculo muy breve durante el cual alguien vestido con un desgarbado disfraz caminaba como un arácnido de un lado al otro del escenario, y luego otra vez hacia el extremo opuesto, tras lo cual salía por una abertura en la parte trasera de la carpa. La persona que llevaba el disfraz, añadió Quisser, era aparentemente el encargado que repostaba la gasolina, limpiaba los parabrisas y realizaba varios servicios en la estación de repostaje. En muchas actuaciones de feria, como la del Hipnotizador, Quisser recordaba que el uniforme del encargado de la gasolinera (un mono grasiento gris o azul) era bastante visible bajo el vestuario del personaje. Quisser reconoció que no estaba seguro de por qué llamaba a este espectáculo en particular el del «Hipnotizador», ya que no había ningún hipnotismo en la actuación y, por supuesto, no existía ninguna marquesina o cartel ni fuera ni dentro de la carpa que pudiera llevar a pensar al público que iban a presenciar algún número de hipnotismo. El artista simplemente iba vestido con un abrigo largo y holgado y llevaba una máscara de plástico, que era una réplica muy pálida de un rostro humano, aunque en lugar de ojos (o cuencas de los ojos) había dos discos grandes decorados con espirales pintadas sobre ellos. El hipnotizador gesticulaba de forma caótica delante de la audiencia durante unos segundos, sin duda porque su visión estaba

oscurecida por los discos con espirales sobre los ojos de su máscara, y a continuación salía a trompicones del escenario.

Quisser mencionó muchos otros espectáculos que aseguraba haber visto, incluyendo el de la Marioneta Danzante, el Gusano, el Jorobado, y el doctor Dedos. Con una notable excepción, el número siempre era el mismo: Quisser y sus padres entraban en la carpa del teatrillo y se sentaban en uno de los bancos podridos, poco después algún actor aparecía brevemente sobre el pequeño escenario iluminado por dos lámparas de pie normales. La única excepción a estos números era uno que Quisser llamaba el del Showman.

Mientras que cualquier otro número comenzaba y acababa *después* de que Quisser y sus padres hubieran entrado en la carpa especial y se hubieran sentado, el número llamado el Showman siempre parecía estar *en marcha*. En cuanto Quisser entraba en la carpa —siempre antes que sus padres, afirmó—, veía a la figura allí de pie totalmente inmóvil sobre el pequeño escenario *de espaldas a la audiencia*. Por algún motivo, nunca había otros clientes cuando Quisser y sus padres paraban al caer la noche y visitaban una de estas ferias de gasolinera —con sus atracciones defectuosas de segunda mano— y finalmente entraban en la carpa del espectáculo. Esta situación no parecía extrañar o inquietar al joven Quisser, excepto en aquellas ocasiones en las que entraba en la carpa del espectáculo y veía que el Showman ya estaba en el escenario dándole la espalda a unas cuantas hileras de bancos vacíos, que tenían toda la apariencia de ir a romperse si alguien se sentaba en ellos. Siempre que se enfrentaba a esta escena, Quisser sentía el impulso de dar la vuelta y marcharse de allí. Pero entonces sus padres llegaban empujándole por detrás, dijo, y antes de darse cuenta estaban los tres sentados en uno de los bancos de la primera fila mirando al Showman. Sus padres nunca fueron conscientes del terror que le producía esa figura peculiar de la feria, repitió Quisser varias veces. Además, lo de visitar las ferias de gasolinera, y especialmente entrar en los teatrillos, lo hacían por Quisser; su padre y su madre hubieran preferido repostar simplemente el coche familiar de gasolina y continuar el camino hacia cualquiera que fuera el siguiente destino en su itinerario vacacional.

Quisser sostenía que sus padres en realidad disfrutaban viéndolo allí sentado, aterrado ante el Showman, hasta que ya no podía soportarlo más y les pedía regresar al coche. Al mismo tiempo, se sentía bastante fascinado ante la visión de este personaje, que era muy distinto a cualquiera de los otros que pudiera recordar. Y allí estaba, dijo Quisser, de pie y de espaldas al público con un viejo sombrero de copa y una capa larga que tocaba el suelo sucio del pequeño escenario en el que se alzaba. De debajo del sombrero de copa sobresalían los espesos y largos mechones del pelo tieso y rojo del Showman, dijo Quisser, que parecía el nido de alguna alimaña asquerosa. Cuando le pregunté a Quisser si aquel pelo podría en realidad haber sido una peluca, poniendo a prueba deliberadamente su memoria e imaginación, él me miró con desdén, como si quisiera enfatizar que yo no era el que había visto aquel

pelo rojo y tieso; *él* era el que lo había visto sobresaliendo por debajo del viejo sombrero de copa del Showman. Aparte de éste, los únicos rasgos visibles al público, continuó Quisser, eran los dedos del Showman que agarraban los bordes de su larga capa. Estos dedos le parecían a Quisser que estaban deformados, curvos y apiñados como pequeñas garras, y eran de un color verdoso claro. Aparentemente, según afirmó Quisser, la posición de la figura estaba calculada para sugerir que podría girarse en cualquier momento y mirar a la audiencia de frente, mientras sus dedos mohosos extendían los bordes de la capa, elevándolos a la altura de su cabello rojo y tieso. Sin embargo, la figura nunca se movía. En ocasiones, a Quisser le parecía que el Showman movía la cabeza ligeramente a la izquierda o a la derecha, amenazando con revelar una parte u otra de su rostro, representando un horrible juego del escondite. Pero, finalmente, Quisser concluyó que estos movimientos eran del todo ilusorios y que el Showman estaba siempre en una quietud total, un maniquí de pesadilla que propiciaba todo tipo de imaginaciones por la propia ocultación de cualquier gesto.

—Era todo un asqueroso engaño —me dijo Quisser, y luego hizo una pausa para apurar su copa de vino.

—Pero ¿qué habría pasado si se hubiera girado y mirado al público? —pregunté.

Mientras esperaba su respuesta, sorbí un poco de poleo, que no parecía estar calmando demasiado mi estómago revuelto, aunque tampoco me hacía daño. Encendí uno de los cigarrillos light que fumaba en esa ocasión.

—¿Has oído lo que he dicho? —pregunté a Quisser, que estaba mirando hacia el escenario situado en el rincón más alejado del Cabaret Carmesí—. El escenario es el mismo —le dije con un tono cortante que atrajo las miradas de algunas personas sentadas en otras mesas del club—. Los paneles son los mismos y los dibujos también son los mismos.

Quisser toqueteó nerviosamente su copa vacía de vino.

—Cuando era muy joven —dijo—, algunas veces veía al Showman, pero no se encontraba en su hábitat natural, por decirlo así, de su carpa de feria.

—Creo que ya he escuchado lo suficiente esta noche —le interrumpí, al tiempo que presionaba una mano sobre mi estómago revuelto.

—¿Qué me dices? —preguntó Quisser—. Tú recuerdas esos sitios, ¿no es cierto? Las ferias de gasolinera. Quizás tan sólo sean un *débil* recuerdo. Estaba seguro de que tú serías el único que las recordaría.

—Creo que puedo decir —le dije a Quisser— que ya he escuchado lo suficiente de tu historia sobre las ferias de gasolinera para saber de qué va todo.

—¿A qué te refieres con lo de «de qué va todo»? —preguntó Quisser, que seguía con la mirada fija en el escenario al otro extremo de la sala.

—Bueno, para empezar, tus últimos recuerdos, tus *supuestos* recuerdos, sobre el personaje del Showman. Estabas a punto de contarme que durante tu niñez viste esa figura en varias ocasiones y en distintos lugares. Quizás lo viste en la distancia en un

patio de colegio, de pie y de espaldas a ti. O lo viste en la acera de enfrente de una calle llena de gente, pero cuando cruzaste la calle ya no estaba allí.

—Algo así, sí.

—Y luego ibas a decirme que últimamente has estado viendo esa figura, o leves atisbos de esa figura… vagos reflejos en escaparates de la calle, o visiones fugaces en el retrovisor de tu coche.

—Se parece mucho a una de tus historias.

—En cierta manera, lo es —dije—, y en cierta manera no lo es. Sientes que si alguna vez ves al Showman girar la cabeza para mirarte… piensas que algo terrible ha de suceder, que probablemente mueras en el acto por alguna especie de impacto gigantesco.

—Sí —admitió Quisser—. Un horror insoportable. Pero aún no te he contado lo más extraño. Tienes razón al decir que últimamente he captado atisbos de… esa figura, y también la vi durante mi niñez; fuera de la carpa de feria, quiero decir. Pero lo más extraño de todo es que recuerdo haberla visto en algún otro lugar incluso *antes* de la primera vez que lo vi en las ferias de gasolinera.

—Es precisamente a eso a lo que me refiero —dije.

—¿El qué?

—Que *no hay ferias de gasolinera*. Nunca existieron las ferias de gasolinera. Nadie las recuerda porque nunca existieron. La sola idea es absurda.

—Pero mis padres estaban allí conmigo.

—Exactamente… tu padre muerto y tu madre mentalmente incapacitada. ¿Recuerdas haber hablado alguna vez con ellos sobre vuestras vacaciones en esas gasolineras especiales con atracciones supuestamente anexas a ellas?

—No, no lo recuerdo.

—Eso es porque nunca fuiste a esos lugares con ellos. Piensa por un momento en lo absurdo que suena todo. Que existieran estaciones de repostaje allá en los bosques que atraían a clientes con entradas a ferias desvencijadas… es todo tan ridículo. ¿Atracciones de feria en miniatura? ¿Encargados de gasolineras haciendo doblete como figurantes en un espectáculo de feria?

—Pero no el Showman —me interrumpió Quisser—. Él nunca era un encargado de gasolinera.

—No, claro que no era un encargado de gasolinera, porque era un delirio. Todo es un delirio atroz, pero también es un tipo muy concreto de delirio.

—¿Y qué tipo es? —preguntó Quisser, que seguía lanzando miradas a la zona del escenario en el otro extremo del Cabaret Carmesí.

—No es un tipo habitual de delirio psicológico, si es eso lo que estás pensando que iba a decir. No tengo ningún interés en tales cosas. Pero me interesa mucho el hecho de que alguien sufra un delirio *mágico*. O, más exactamente, estoy interesado en delirios que son el resultado de las *artes mágicas*. ¿Y sabes cuánto tiempo llevas bajo la influencia de este delirio mágico?

—Ahora me he perdido —dijo Quisser.

—Es simple —dije—. ¿Cuánto tiempo llevas imaginando todo este sinsentido sobre las ferias de gasolinera y, concretamente, sobre el personaje que describes como el Showman?

—Supongo que resultaría absurdo que insistiera a estas alturas en que he visto a esta figura desde la niñez, a pesar de que ésa es exactamente mi impresión y lo que recuerdo.

—Por supuesto que sería absurdo, porque, definitivamente, estás delirando.

—Así que yo deliro con el Showman, pero tú no deliras con… ¿cómo lo llamas?

—Las artes mágicas. Todo el tiempo que hayas sido víctima de esta magia en particular, ése es el tiempo que llevas delirando sobre las ferias de gasolinera y los demás fenómenos asociados.

—¿Y cuánto tiempo es eso? —preguntó Quisser.

—Desde que humillaste a la mujer carmesí llamándola *mujer delirante sin talento*. Te dije que tenía conexiones que no podrías ni imaginar.

—Estoy hablando de algo que sucedió en mi niñez, algo que he recordado toda la vida. Tú hablas de hace tan sólo unos cuantos días.

—Eso es porque es exactamente unos cuantos días el tiempo que llevas delirando. ¿No comprendes que mediante sus artes mágicas ha provocado que sufras la peor clase de delirio, lo que podría ser denominado un delirio *retroactivo*? Y no eres el único que ha sufrido estos delirios durante los últimos días y semanas, e incluso meses. Todo el mundo por aquí ha sentido la amenaza de esas artes mágicas desde hace un tiempo. Estoy empezando a pensar que yo mismo las he detectado demasiado tarde, sí, demasiado tarde. Sabes lo que es sufrir un delirio de tipo retroactivo, pero ¿sabes lo que es ser víctima de un grave trastorno estomacal? Estoy sentado aquí en el club de la señora carmesí bebiendo poleo servido por una camarera que es amiga de la señora carmesí, creyendo que lo mejor para mi estómago es el poleo, cuando perfectamente podría estar agravando el problema o incluso transformándolo, siguiendo los principios de las artes mágicas, en algo más serio y más extraño. Pero la mujer carmesí no es la única que practica artes mágicas. Pasa en todas partes por aquí. Se instaló inesperadamente como un banco de niebla en el mar y muchos de nosotros nos estamos perdiendo en ella. Observa los rostros que hay en esta sala y luego dime que eres tú la única víctima de una magia terrible. La mujer carmesí tiene muchos adversarios, y está conectada con aliados poderosos. ¿Cómo podría explicarte quiénes son?… Una especie de grupo especializado en artes mágicas, sin duda, pero no puedo decirte, con frívola certeza: «Sí, debe ser alguna banda de Illuminati», o *científicos esotéricos,* como muchos han empezado a autodenominarse últimamente.

—Pero todo suena como uno de tus relatos —protestó Quisser.

—Por supuesto, ¿es que no crees que *ella* lo sabe? Pero yo no soy el que anda por ahí contando esa historia grotesca de ferias de gasolinera y tenderetes de espectáculos

con pequeños escenarios no muy distintos al escenario que hay justo en el otro extremo de esta sala. No puedes apartar los ojos de él, me he dado cuenta de eso, y también el resto de la gente de la sala. Y sé lo que piensas que estás viendo allí.

—Asumiendo que *tú* sepas de lo que hablas —dijo Quisser, que ahora se obligó a apartar la mirada del escenario—, ¿qué se supone que debo hacer yo?

—Puedes empezar apartando los ojos de ese escenario que hay al otro lado de la sala. No hay nada allí que puedas ver, tan sólo un delirio mágico. No hay nada necesariamente letal o permanente en este delirio. Pero debes creer que te recuperarás, al igual que harías si sufrieras alguna otra enfermedad física no mortal. De lo contrario, estos delirios podrían convertirse en algo mucho más letal, tanto a un nivel físico como psíquico, o ambos. Hazme caso, como alguien acostumbrado a escuchar historias con finales funestos extraordinarios, y aléjate de toda esta locura. Ya existen suficientes fatalidades de lo más prosaicas. Encuentra un lugar tranquilo y espera a que una de ellas te lleve de este mundo.

Ahora pude ver que la intensa convicción contenida en mis palabras por fin causó efecto en Quisser. Su mirada ya no estaba dirigida al pequeño escenario en el extremo opuesto de la habitación, sino que estaba clavada en mí. Se quedó un tanto consternado ante la verdad sobre su delirio y, sin embargo, parecía haberse tranquilizado bastante.

Encendí otro de mis cigarrillos light y eché un vistazo a la sala, sin reparar en nada en particular, sólo juzgando la atmósfera. El humo de tabaco que flotaba por el club era mucho más espeso, las luces ámbar varios tonos más oscuras, y el sonido de las gotas de lluvia seguía oyéndose sobre las ventanas pintadas de negro del Cabaret Carmesí. Ahora estaba de regreso en el camarote de aquel viejo barco mientras éste era zarandeado de un lado a otro en una violenta tormenta en el mar, inseguro en su rumbo y amenazado por fuerzas incontrolables. Quisser se excusó para ir al lavabo, y su silueta pasó por delante de mi campo de visión como una sombra a través de una niebla densa.

No tengo ni idea de cuánto tiempo estuvo ausente de la mesa. Mi atención quedó atrapada por otros rostros en el club y la profunda ansiedad que éstos delataban ante mis ojos, una ansiedad que no era natural o existencial, sino causada por cuestiones peculiares de naturaleza extraña. *Menuda estación nos espera*, parecían decir esos rostros. Y, sin duda, sus voces hubieran expresado directamente ciertas preocupaciones concretas si no hubieran estado abocados a extraños equívocos y dobles entendidos por miedo a ser víctimas del mismo tipo de aflicción sobrenatural que había causado tantos trastornos mentales al crítico de arte Stuart Quisser. ¿Quién sería el siguiente? ¿Qué podía decir nadie en los últimos tiempos, o siquiera pensar, sin temer la repercusión de grupos e individuos poderosamente conectados? Casi podía escuchar sus voces preguntando: «¿Por qué aquí, por qué ahora?» Pero, por supuesto, podrían igualmente haber estado preguntando: «¿Por qué no aquí, por qué no ahora?» No se le pasaba por la mente a ninguno de estos individuos que no había

normas especiales; no se les ocurría, a pesar de que eran todos artistas con mucha imaginación, que todo era simplemente una cuestión de terror aleatorio y sin sentido que convergía en un lugar concreto y un momento concreto sin ningún motivo en particular. Por otro lado, tampoco se les habría pasado por la cabeza que tal vez ellos mismos lo habían deseado, que tal vez tenían cierta responsabilidad en atraer fuerzas y conexiones poderosas a nuestro distrito simplemente al desear que vinieran. Podrían haber deseado una y otra vez que cayera un mal sobrenatural sobre ellos pero, durante un tiempo al menos, nada ocurrió. Entonces el deseo se desvaneció, los viejos deseos fueron olvidados y, sin embargo, al mismo tiempo éstos se fortalecieron, destilándose en una fórmula potente (¡quién lo diría!), hasta que un día la estación terrible comenzó. Porque si hubieran dicho realmente la verdad, estos artistas también podrían haber expresado qué sensación de significado (aunque negativo), por no mencionar la vigorosa emoción (aunque de un tipo atroz), había traído esta estación de mal sobrenatural a sus vidas. ¿Qué otra cosa significa estar vivo sino exponerse al desastre y al sufrimiento en cada momento? Por cada diversión, por cada *emoción* que nuestra naturaleza requiere en este mundo de ferias, incluso hasta el punto del apocalipsis, se deben asumir riesgos. Nadie está a salvo, ni siquiera los que emplean las artes mágicas o los científicos esotéricos, que son los más delirantes entre nosotros porque son los más tentados por un tipo de atracciones extrañas y sobrenaturales, mientras buscamos algo a tientas, como hace cualquier artista o científico, en el *caos inherente de las cosas*. Fue en ese momento, mientras observaba los rostros del Cabaret Carmesí, rumiando mis propios pensamientos sobre dichos rostros, cuando volvió a pasar una sombra por mi brumoso campo de visión. Aunque supuse que aquella sombra era la de Quisser, mi compañero de mesa aquella noche, de regreso de su excursión al lavabo, me encontré frente a frente con la camarera que Quisser afirmaba que era tan leal a la mujer carmesí. Me preguntó si quería pedir otro poleo más, diciéndolo exactamente con estas palabras, *si quería otro poleo más*. Intenté no molestarme por el tono extrañamente sarcástico de su voz, lo cual tan sólo hubiera agravado la situación de mi estómago revuelto y respondí que estaba a punto de irme. Luego añadí que tal vez mi amigo quisiera beber *otra* copa *más* de vino, al tiempo que señalé la copa vacía que Quisser había dejado en la mesa antes de excusarse para ir al lavabo. Pero no había ninguna copa vacía en la mesa; sólo estaba mi taza de poleo vacía. Inmediatamente acusé a la camarera de haberse llevado la copa de vino vacía mientras estaba distraído con los rostros del Cabaret Carmesí. Pero ella negó haber servido una copa de vino a nadie en mi mesa, e insistía en que yo había estado a solas desde el primer momento en que llegué al club y me senté en la mesa apartada de la zona del escenario. Tras una inspección exhaustiva de los lavabos, regresé e intenté encontrar a alguien que también hubiera visto al crítico de arte Quisser hablando conmigo durante un largo rato sobre sus ferias de gasolinera. Pero todos respondían que no habían visto a nadie así.

Incluso el propio Quisser, cuando fui a buscarlo al día siguiente a una galería de

arte de poca monta, sostenía que no me había visto la noche anterior. Dijo que había pasado toda la velada en casa a solas, y aseguraba que había sufrido una indisposición —algún *bicho,* dijo— de la que todavía no se había recuperado del todo. Cuando le dije que era un mentiroso, dio un paso acercándose a mí en medio de aquella galería de poca monta y con un tenso susurro dijo que «tuviera cuidado con lo que decía». Siempre abría mi bocaza, dijo, y en el futuro debería tener mayor discreción con lo que decía y a quién se lo decía. Luego me preguntó si me parecía inteligente abrir la boca en medio de una fiesta y llamar a alguien *mujer delirante sin talento*. Había ciertas personas, dijo, que poseían poderosas conexiones y yo, mejor que nadie, dijo, debería saber lo que me convenía, teniendo en cuenta mi conocimiento de tales cosas y la forma en la que mostraba este conocimiento en los relatos que escribía.

—No es que esté en desacuerdo contigo sobre ya-sabes-quién —dijo—. Pero yo nunca hubiera hecho una declaración pública. La *humillaste*. Y en estos tiempos algo así puede resultar peligroso, si sabes a lo que me refiero.

Por supuesto sabía a lo que se refería, aunque no terminaba de entender por qué él me decía estas palabras a mí en lugar de a sí mismo. ¿No era suficiente, pensé más tarde, que yo aún tuviera el estómago tan revuelto? ¿Tenía además que aguantar la carga del delirio de otro? Pero incluso esta explicación finalmente quedó hecha añicos tras investigar un poco más. Las historias sobre la noche de aquella fiesta se multiplicaban, las habladurías proliferaban entre mis conocidos y compañeros en relación exactamente a *quién* había cometido la humillante ofensa e incluso quién había sido la *parte ofendida*.

—¿Por qué me cuenta estas cosas? —me dijo la señora carmesí cuando le presenté mis más profundas disculpas—. Apenas le conozco. Y, además, ya tengo suficientes problemas. Esa zorra de la camarera del club ha quitado todos mis cuadros y los ha reemplazado con los suyos.

Todos teníamos problemas, o eso parecía, cuyos orígenes eran imposibles de localizar, cruzándose unos con otros como las trayectorias de innumerables gotas de lluvia en una tormenta, fundiéndose para crear una niebla de delirio y contradelirio.

Fuerzas y conexiones poderosas sin duda estaban en juego, y sin embargo no parecían tener ni rostros ni nombres; a saber lo que nosotros —un puñado de delirantes sin talento— podríamos haber hecho para ofenderlos. Habíamos quedado atrapados en una estación de magia abominable, de la cual nada podía librarnos. Cada vez más me sorprendía a mí mismo regresando a aquellos recuerdos de las ferias de gasolinera, buscando una respuesta en los crepúsculos de las remotas zonas rurales donde tiovivos y norias en miniatura yacían averiados en un paisaje desolado.

Pero no hay nadie aquí que quiera escuchar ni tan siquiera mis más abyectas disculpas, en especial el Showman, quien podría estar agazapado tras cualquier puerta (incluso tras ésa que conduce al lavabo del Cabaret Carmesí). Y cualquier habitación en la que entro podría convertirse en una carpa de feria donde debo sentarme en un destartalado banco de madera a punto de romperse. Incluso ahora, el Showman se

aparece ante mis ojos. Su pelo tieso se mueve un poco hacia un hombro, como si fuera a girarse para mirarme, pero entonces vuelve a moverse a su sitio otra vez; a continuación, su cabeza se mueve levemente hacia el otro hombro en este juego interminable del escondite. Tan sólo puedo sentarme y esperar, sabiendo que un día se girará del todo, bajará del escenario y me llevará con él al abismo que siempre he temido. Quizás entonces descubra lo que hice, lo que hicimos cualquiera de nosotros, para merecer este sino.

EL BUNGALOW

A principios del pasado mes de septiembre descubrí entre las exposiciones de una galería de arte local una especie de instalación en formato de cinta de audio. Más tarde descubrí que ésa era la primera de una serie de grabaciones de monólogos oníricos realizados por un artista desconocido. Lo que sigue es un breve extracto sumamente representativo de la primera parte de su obra. Recuerdo que tras unos segundos de ruido blanco de la cinta, la voz comenzó a hablar: «Había mucho más a lo que enfrentarse en el bungalow que simplemente una plaga de alimañas —decía—, aunque también eso presentaba aspectos cuestionables». Entonces, la voz continuó: «Sólo podía ver unos cuantos cuerpos sobre la alfombra, allí donde la luna se colaba a través de las persianas abiertas de las ventanas del salón. Sólo uno de los cuerpos parecía moverse, y lo hacía de forma muy lenta, pero tal vez hubiera más que todavía no habían muerto. Aparte de la silla en la que estaba sentado en la oscuridad, había pocos muebles en la habitación, o en cualquier otro lugar del bungalow. Pero había una serie de lámparas colocadas a mi alrededor, lámparas de pie y lámparas de mesa e incluso dos lámparas diminutas sobre la repisa de la chimenea».

Aquí se produjo una breve pausa en la introducción de la grabación del monólogo onírico, tal como lo recuerdo, tras la cual la voz continuó: «El bungalow fue construido con chimenea, me dije en la oscuridad, y me pregunté cuánto tiempo llevaba allí aquella chimenea, ya que nadie la había usado, ni tampoco ninguna otra cosa de la vivienda. Entonces volví a prestar atención a las lámparas y comencé a probarlas una a una, girando sus pequeños interruptores estriados en la oscuridad. El rayo de luna iluminaba las pantallas, pero su luz no las traspasaba, así que pude comprobar que ninguna de las lámparas estaba equipada con una bombilla, y cada vez que giraba el interruptor de una lámpara de pie o una lámpara de mesa o una de las lámparas diminutas sobre la repisa, nada cambiaba en el oscuro salón del bungalow: el rayo de luna brillaba a través de las polvorientas persianas y revelaba los cadáveres de insectos y otras alimañas sobre la pálida alfombra».

«Los retos y obstáculos a los que me enfrentaba en ese bungalow resultaban cada vez más opresivos —susurró la voz de la cinta—. Había una sensación de desolación tal en aquel lugar en plena noche, aunque ni siquiera sabía la hora que era. Ver sobre la pálida y raída alfombra aquellos cuerpos piojosos, algunos de los cuales estaban aún con un hilo de vida; luego probar cada lámpara y descubrir que ninguna de ellas funcionaba… todo, aparentemente, se aliaba en mi contra, todo se alineaba contra mi decisión de enfrentarme a los problemas del bungalow. Por primera vez advertí que los cadáveres que yacían en su mayoría totalmente inmóviles sobre el trozo de alfombra iluminado por la luna no pertenecían a ninguna especie de alimaña que hubiera visto antes —dijo la voz de la grabación—. Algunos de ellos parecían deformes, y sus contornos ya de por sí repugnantes estaban alterados de manera que

no era capaz de identificarlos. Sabía que necesitaría instrumentos especializados para hacerme cargo de esas criaturas, un arsenal de herramientas avanzadas de exterminación. Era la idea de los venenos —las soluciones y vapores tóxicos que tendría que usar en mi asalto contra las hordas del bungalow— lo que me agobiaba, por la complejidad de la tarea que me esperaba y la penuria de medios de los que disponía para acometerla».

Recuerdo que en este punto de la grabación, como en muchos otros, la voz se hizo casi inaudible. «El bungalow —dijo— era un entorno tan lóbrego en el que atrincherarse: la luz de luna que atravesaba las polvorientas persianas, los cuerpos sobre la alfombra, las lámparas sin bombillas. Y el increíble silencio. No era la ausencia de sonidos lo que se percibía, sino la represión de los innumerables sonidos e incluso voces, el amortiguamiento de todos los ruidos que uno esperaría escuchar en un viejo bungalow en plena noche, así como de otros innumerables sonidos y voces. La fuerza necesaria para lograr este silencio me embargó de pavor. *El terror y la sordidez de un bungalow infestado*, susurré para mis adentros. *Un universo de bungalows*, pensé luego sin pronunciarlo en voz alta. De repente, me sentí invadido por un sentimiento de eufórica desesperanza que me atravesó el cuerpo como una droga poderosa y mantuvo todos mis pensamientos y movimientos en una suspensión flotante e irreal. Ahora, bajo la luz de la luna que brillaba a través de las persianas de aquel bungalow, permanecí tan inmóvil y silencioso como todo lo demás».

El título de la obra en soporte de audio que acabo de citar era *El Bungalow (Más el Silencio).* Descubrí éste y otros monólogos oníricos realizados por el mismo artista en Bellas Artes Dalha D., una galería situada en las proximidades de la Biblioteca Pública (la sede central) donde yo trabajaba en el departamento de Lengua y Literatura. Con frecuencia pasaba mis descansos para comer en la galería, incluso consumía mis almuerzos en bolsas de papel marrón dentro del local. Había unas cuantas sillas y bancos en la galería y sabía que la propietaria no desalentaba ningún tipo de clientela, por muy persistente que fuera. Realmente la galerista ya no vivía de la propia galería. ¿Cómo hubiera podido hacerlo? Bellas Artes Dalha D. era un cuchitril. Uno pensaría que no debía suponer demasiado problema mantener en condiciones un local con tan poco espacio, sólo una estancia que no estaba masificada en absoluto con obras de arte u objetos artísticos. Pero no parecía que se hubiera realizado nunca el esfuerzo. El escaparate estaba tan lleno de polvo que los viandantes apenas alcanzaban a distinguir los cuadros y esculturas que había tras él (las mismas obras año tras año). Desde la calle, aquel pequeño escaparate exhibía la alucinación más desolada de insulsos colores y figuras informes, especialmente durante las tardes de finales de noviembre. Dentro de la galería las cosas estaban en un estado similar: desde el asqueroso suelo de linóleo, donde algunas baldosas agrietadas revelaban el piso de cemento, hasta el techo bastante alto, del que ocasionalmente se desprendían pequeños trozos de enlucido. Si todas las obras de arte y artesanía hubieran sido sacadas de aquel edificio, nadie habría pensado que en

alguna ocasión aquel espacio fue ocupado por una galería de arte y no por algún negocio de menos categoría. Pero como sabían muchas personas, aunque sólo fuera de forma indirecta, la mujer que dirigía la galería Bellas Artes Dalha D. no se ganaba la vida vendiendo esas obras de arte y artículos relacionados, y sólo los artistas más desesperados o ingenuos permitían que sus obras fueran expuestas en aquella galería. Por lo que comentaban todos, incluyendo mis breves conversaciones a la hora del almuerzo con la mujer, ésta había desempeñado varias profesiones en sus años jóvenes. Ella misma había trabajado como artista durante un tiempo, y algunas de sus obras —imbricados ensamblajes dentro de cajas de puros— eran expuestas en una esquina de su galería. Pero era evidente que su negocio de la galería de arte no se autofinanciaba, a pesar de los gastos mínimos, y ella no ocultaba en ningún momento con qué se ganaba verdaderamente la vida.

—¿Quién quiere comprar todos estos trastos? —me explicó en una ocasión al tiempo que señalaba con sus largas uñas pintadas de esmalte verde.

Ese mismo color parecía predominar en su vestuario de prendas largas y holgadas, y muchos de sus conjuntos incluían pañuelos o chales increíbles de ese color que arrastraba por el suelo cuando deambulaba por la galería de arte. Se detuvo y con la punta de uno de sus zapatos verde esmeralda propinó una suave patadita a una papelera de metal llena de las extremidades en miniatura de muñecas, todas ellas pintadas individualmente en una variedad de colores.

—¿Qué tiene la gente en la cabeza cuando hace estas cosas? ¿Qué tenía yo en la cabeza cuando hacía esas estúpidas cajas de puros? Pero ya se ha acabado, definitivamente, ya se ha acabado todo ese tipo de cosas.

Y no ocultaba, aunque con cierta precaución razonable, qué clase de cosas consumían ahora sus energías de mujer de negocios. El teléfono siempre sonaba en la galería de arte, trastocando el ambiente por lo demás tranquilo del local, con su timbre cascado y cantarín que avisaba desde la trastienda. Ella entonces desaparecía enseguida tras una cortina que dividía la parte delantera y la trastienda de la galería de arte. Yo tal vez estaba comiendo un sándwich o una fruta y, entonces, de repente, por cuarta o quinta vez en tan sólo media hora, el teléfono volvía a gritar en la trastienda, convocando a la mujer una vez más tras las cortinas. Pero ella nunca respondía al teléfono informando del nombre de la galería de arte, ni tampoco empleaba ninguna de las frases hechas del protocolo empresarial. Ni siquiera un «Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?» escuché jamás desde aquella trastienda mientras estaba sentado comiendo mi almuerzo en la parte delantera de la galería. Ella respondía al teléfono de la misma forma y con el mismo tono de voz silenciosamente expectante. *Soy Dalha*, decía siempre.

Poco después de conocerla me sorprendí usando su nombre con un tono de lo más familiar. La mera mención de ese nombre me contagiaba de una sensación de *acceso* a lo que ella ofrecía a todos los que llamaban, por no mencionar a aquellos individuos que visitaban personalmente la galería de arte para pedir o confirmar una cita.

Cualquier cosa que alguien deseara probar, cualquier paso que alguien estuviera dispuesto a dar… Dalha podía organizado. Ésta era la verdadera mercancía de la galería de arte, estos *apaños*. Cuando regresaba a la biblioteca después de la comida, continuaba imaginando a Dalha en la galería de arte, corriendo de la parte delantera de la galería a la trastienda, haciendo todo tipo de apaños por teléfono y, en ocasiones, en persona.

El día que advertí por primera vez la nueva obra titulada *El Bungalow*, el teléfono de Dalha estaba extremadamente locuaz. Mientras ella hablaba con sus clientes en la trastienda de la galería de arte, yo me quedé a solas en la parte delantera del local. Sólo por divertirme, me acerqué a la papelera metálica llena de extremidades desmembradas de muñecas, cogí uno de los brazos pintados (¡verde esmeralda!) y lo escondí en el bolsillo interior de mi cazadora. Fue entonces cuando advertí el viejo reproductor de casetes sobre una mesita de plástico en un rincón. Junto al reproductor había una tarjeta en la que se había escrito a mano el título de la obra, junto a las siguientes instrucciones: PULSAR PLAY. POR FAVOR, REBOBINAR DESPUÉS DE ESCUCHARLO. NO SACAR LA CINTA. Me coloqué los auriculares en las orejas y apreté el botón de PLAY. La voz que habló por los auriculares, que eran enormes, sonaba distante y estaba algo distorsionada por el ruido blanco de la cinta de audio. Sin embargo, estaba tan intrigado por los pasajes iniciales de este monólogo onírico, los cuales ya he transcrito, que me senté en el suelo junto a la mesita de plástico en la que el reproductor estaba colocado y escuché toda la cinta, excediendo el tiempo permitido para la comida al menos en media hora. Para cuando la cinta hubo acabado yo me encontraba en otro mundo… es decir, el mundo del bungalow infestado, con toda su podredumbre de pesadilla y sus hediondos encantos.

—No olvides rebobinar el casete —dijo Dalha, que ahora se encontraba de pie inclinada sobre mí, y su largo cabello canoso, como lana de acero, casi me rozaba la cara.

Apreté el botón de rebobinado del reproductor y me levanté del suelo.

—Dalha, ¿me permites usar tu lavabo? —pregunté. Ella señaló la cortina que conducía a la trastienda de la galería de arte—. Gracias —dije.

El efecto de escuchar el primer monólogo onírico fue muy intenso por razones que explicaré en breve. Quería estar a solas para preservar el estado mental al que me había inducido la voz de la cinta, de forma muy similar a como uno intentaría retener las imágenes de un sueño justo después de despertar. Sin embargo, tenía la sensación de que el lavabo de la biblioteca, a pesar de sus peculiares virtudes, que he ido apreciando a lo largo de los años, de alguna manera minaría las sensaciones y el estado mental creado por el monólogo onírico, en lugar de preservar esta experiencia e incluso reforzarla, como esperaba que hiciera el lavabo en la trastienda de la galería de arte de Dalha.

La razón por la que pasaba mi tiempo del almuerzo en la galería de arte de Dalha, tan distinta a la biblioteca, era exactamente la misma razón por la que deseaba usar el

lavabo en la trastienda de aquella galería de arte, y definitivamente no el lavabo de la biblioteca, a pesar de que ya había sobrepasado mi tiempo del almuerzo. Y, a decir verdad, este lavabo tenía las mismas cualidades que el resto de la galería de arte, como ya había supuesto. El hecho de que estuviera situado en la trastienda de la galería, una región de misterios en mi mente, era importante. Justo al lado de la puerta del lavabo había un escritorio pequeño y abarrotado, sobre el que estaba colocado el teléfono que Dalha usaba en su verdadero negocio de organizar citas. El teléfono estaba centrado bajo el débil haz de luz de una lámpara de mesa y advertí mientras pasaba al lavabo que era un objeto pesado con un cable recto (es decir, sin enroscar) que conectaba el receptor a la caja del teléfono, con su enorme dial circular. Pero a pesar de que Dalha contestó varias llamadas mientras yo estaba en el lavabo, éstas parecían ser conversaciones del todo legítimas que tenían que ver o con su vida personal o con cuestiones prácticas relacionadas con la galería de arte.

—¿Cuánto tiempo vas a estar ahí dentro? —preguntó Dalha a través de la puerta del lavabo—. Espero que no vayas a vomitar, porque si lo vas a hacer tendrás que irte a otro sitio.

Exclamé que no me pasaba nada (sino todo lo contrario), y un poco después salí del lavabo. Estaba a punto de preguntarle por el casete de la instalación que acababa de escuchar, ansioso por saber del artista y lo que me costaría la obra titulada *El Bungalow*, así como cualquier otra obra similar que pudiera existir. Pero el teléfono comenzó a sonar otra vez. Dalha respondió con su habitual saludo mientras yo permanecía en la trastienda de la galería de arte, un espacio oscuro pero relativamente despejado que ahora me recordó el salón del bungalow que había descrito el monólogo onírico del casete. La conversación en la que Dalha estaba ocupada (otra llamada no relacionada con los encuentros) parecía interminable y estaba empezando a ponerme nervioso por el tiempo que había pasado ya desde la hora del almuerzo.

—Te veré mañana —dije a Dalha, que respondió con una mirada de sus ojos esmeralda mientras continuaba hablando con su interlocutor al teléfono. Y me sonreía, *como una risa con sordina*, recuerdo que pensé cuando atravesé la entrada con cortina que conducía a la parte delantera de la galería de arte. Eché una mirada al reproductor de casetes sobre la mesa de plástico, pero decidí no llevarme el casete a la biblioteca (y luego a casa, conmigo). Seguiría estando allí cuando pasara al día siguiente durante mi hora del almuerzo. Casi nadie compraba nada de la exposición en la galería.

Durante el resto del día, tanto en la biblioteca como en mi casa, pensé en la grabación del bungalow. Especialmente mientras iba en el autobús de camino a casa desde la biblioteca; pensé en las imágenes y conceptos descritos en la cinta, así como en la voz que los describía y las frases que usaba a lo largo del monólogo onírico sobre el bungalow. La mayor parte de mi trayecto desde casa a la biblioteca, y de nuevo a casa, me llevaba por numerosas calles flanqueadas de un extremo al otro por casas con aspecto de estar abandonadas, y cualquiera de ellas podría haber servido de

inspiración para el bungalow de la grabación. Digo que estas calles estaban flanqueadas «de un extremo al otro» por dicho tipo de casas, aunque el autobús nunca se adentraba en ellas y, por lo tanto, nunca contemplé realmente ni una sola de las calles «de un extremo al otro». De hecho, cuando miraba por la ventanilla junto a mi asiento del autobús —en cualquiera de los dos lados del autobús, siempre me sentaba junto a la ventanilla, nunca en el asiento del pasillo—, las calles que veía parecían interminables y se desvanecían de mi vista hacia un infinito de viejas casas, muchas de ellas abandonadas; una gran parte de ellas eran pequeños bungalows de aspecto desolado.

El monólogo onírico grabado en cinta, como recordé aquel día que volvía a casa en el autobús y miraba por las ventanillas, describía varias características del bungalow infestado… las persianas polvorientas a través de las cuales brillaba la luna, las lámparas con los casquillos vacíos, la alfombra raída y las alimañas muertas o apenas con vida que plagaban la superficie de la alfombra. Así pues, la voz de la grabación me había permitido tener una visión interior del bungalow, pero no del exterior. Por el contrario, las casas que contemplaba con tanta intensidad de camino de ida y de vuelta de la biblioteca sólo las veía desde una perspectiva exterior, y sus interiores sólo eran visibles en mi imaginación. Por supuesto, mi sensación de estos interiores, al ser por completo una proyección de mi imaginación, era muy vaga y carecía del marco físico preciso proporcionado por la grabación del bungalow. De igual modo, los sueños que experimentaba frecuentemente con estas casas eran muy vagos. Sin embargo, las sensaciones y el estado mental propiciados por las proyecciones de mi imaginación *dentro de* estas casas y mis sueños *sobre* éstas concordaban perfectamente con los que había experimentado en la galería de arte de Dalha cuando escuché la cinta titulada *El Bungalow*. Esa sensación de estar en un trance mientras ocupaba, totalmente a solas, el entorno inhóspito y patético de un viejo bungalow, fue provocada de forma poderosa por la voz de la grabación, que describía un mundo silencioso y remoto donde se existía en un estado de abyecta hipnosis. Mientras permanecí sentado en el suelo de la galería de arte escuchando aquella voz por los enormes auriculares, tenía la sensación de que no estaba simplemente *escuchando* las palabras de ese monólogo onírico, sino también *leyéndolas*. Lo que quiero decir es que siempre que tengo ocasión de leer palabras en papel, cualquier palabra en cualquier papel, la voz que escucho pronunciando esas palabras en mi cabeza siempre la reconozco como la mía propia, aunque las palabras sean de otra persona. Quizás sea más exacto decir que, siempre que leo palabras en papel, la voz en mi cabeza es mi propia voz *fusionada con* (o perdida en) las palabras que estoy leyendo. Por el contrario, cuando tengo ocasión de escribir palabras en un papel, aunque sea una pequeña nota o recordatorio de la biblioteca, la voz que escucho dictándome esas palabras *no* suena como la mía… hasta que, por supuesto, vuelvo a leer de nuevo las palabras para mis adentros, y en esta ocasión todo vuelve a la normalidad. La grabación de *El Bungalow* era el ejemplo más dramático que jamás

hubiera escuchado de este fenómeno. A pesar de la mala calidad general de la grabación, la voz distorsionada que leía ese monólogo onírico se fundió con (o se perdió en) mi propia voz perfectamente nítida en mi cabeza, aunque escuchara las palabras con unos auriculares enormes y sin leerlas en papel. Mientras iba en el autobús de regreso a casa desde la biblioteca, observando calle tras calle de casas que tanto recordaban a la descrita en la grabación del monólogo onírico, lamenté no haber comprado esa obra de arte en el momento, o al menos haber preguntado más detalles sobre ésta a Dalha, que había estado ocupada con lo que parecía una cantidad inusualmente alta de llamadas de teléfono esa tarde.

Al día siguiente en la biblioteca estaba ansioso por que llegara la hora del almuerzo para acercarme a la galería de arte y averiguar todo lo que pudiera sobre el casete de *El Bungalow*, así como las condiciones para su compra. Al entrar en la galería de arte miré inmediatamente hacia la esquina donde el reproductor de casetes había estado ubicado sobre la mesita de plástico el día anterior. Por algún extraño motivo, me alivió comprobar que el objeto expuesto seguía en su lugar, como si en aquella galería fuera posible que una obra de arte entrara y saliera en un mismo día.

Me acerqué al reproductor con la intención de verificar que todo lo que vi (y oí) el día anterior era exactamente tal como lo recordaba. Comprobé que el casete continuaba dentro del reproductor y cogí la pequeña tarjeta en la que se informaba del nombre del objeto artístico, junto con instrucciones para la correcta utilización de la obra grabada. Fue entonces cuando me di cuenta de que se trataba de una tarjeta diferente a la primera. Escrito en esta tarjeta aparecía el título de una nueva obra de arte, que se titulaba *La fábrica abandonada con un suelo sucio y voces*.

Aunque estaba entusiasmado por haber descubierto una nueva obra del mismo artista, también sentí una intensa decepción por la ausencia del monólogo onírico de *El Bungalow*, ya que quería comprarlo con algo de dinero extra que había llevado conmigo a la galería ese día. Justo en ese momento en el que experimentaba a un mismo tiempo entusiasmo y decepción, Dalha emergió de detrás de las cortinas que separaban la parte delantera de la trastienda de la galería de arte. Mi idea era mostrarme indiferente al negociar la compra de la obra de arte titulada *El Bungalow*, pero Dalha me pilló desprevenido en un estado de confusa desorientación.

—¿Qué ha pasado con la cinta de *El Bungalow* que estaba aquí ayer? —pregunté, y la tensión de mi voz, al revelar mis deseos, jugó a su favor.

—Ya no está —respondió con un tono gélido mientras deambulaba despacio y sin rumbo por la galería arrastrando su falda y sus fulares color esmeralda por el suelo.

—No entiendo. Era una obra de arte que se exhibía sobre aquella mesita de plástico.

—Sí —confirmó ella.

—Bueno, sólo un día de exposición… ¿y ya ha desaparecido?

—Sí, ha desaparecido.

—Alguien la compró —dije, asumiendo lo peor.

—No —dijo ella—, esa obra no estaba a la venta. Era una instalación. Había que pagar por escuchar, pero tú no pagaste.

Una nauseabunda confusión se añadió ahora al entusiasmo y la decepción que ya se entremezclaban en mi interior.

—No había ningún cartel que indicara que había que pagar por escuchar el monólogo onírico —insistí—. Por lo que pude ver, por lo que cualquiera podría ver, era un objeto a la venta como cualquier otro objeto de este lugar.

—El monólogo onírico, como tú lo llamas, era una obra exclusiva. El cargo estaba detrás de la tarjeta que estás ahora sosteniendo en las manos.

Di la vuelta a la tarjeta para ver el dorso, donde las palabras «veinticinco dólares» estaban escritas con la misma letra que aparecía en todas las etiquetas de precio en la galería. Hablando con el tono de un cliente indignado, le dije a Dalha:

—Tú has escrito el precio sólo en esta tarjeta. No había nada escrito en la tarjeta del bungalow.

Pero incluso cuando pronunciaba estas palabras, sentía que me faltaba la total convicción de que fueran ciertas. En cualquier caso, sabía que si quería escuchar la grabación sobre la fábrica abandonada tendría que pagar lo que debía, o lo que Dalha afirmaba que le debía, por escuchar la cinta de *El Bungalow*.

—Toma —dije mientras sacaba la billetera del bolsillo de atrás—, diez, veinte, veinticinco dólares por *El Bungalow*, y otros veinticinco por escuchar ahora la cinta que hay en el reproductor.

Dalha dio un paso adelante, cogió los cincuenta dólares que le ofrecía y con su voz más gélida dijo:

—Esto sólo cubre la cinta de ayer sobre el bungalow, que claramente costaba cincuenta dólares. Aún tienes que pagarme veinticinco dólares si deseas escuchar hoy la cinta.

—Pero, ¿por qué la cinta del bungalow cuesta veinticinco dólares más que la cinta sobre la fábrica abandonada?

—Simplemente porque esta nueva obra es un trabajo menos ambicioso que el que trataba sobre el bungalow.

De hecho, la grabación titulada *La fábrica abandonada con un suelo sucio y voces* era más corta que *El Bungalow (Más el silencio)*, pero me pareció igualmente maravillosa al describir similares paisajes de «terror y sordidez infinitos». Durante cerca de quince minutos (en mi descanso del almuerzo) me entregué a la belleza degradada de la fábrica abandonada: una estrecha ruina que se alzaba aislada sobre una vasta llanura, sus ventanas rotas sólo permitían que el más precario resplandor de luz de luna alumbrara su suelo de tierra prensada, donde máquinas muertas yacían enterradas en una tumba de sombras y languidecían en los ecos de voces ahogadas y sin sentido. Cuán profundamente desolada y sin embargo a un mismo tiempo maravillosamente reconfortante sonaba la voz que me comunicaba su mensaje por medio de una grabación. Pensar que existía otra persona que compartía mi amor por

la *gélida oscuridad de las cosas*. La satisfacción que sentía al escuchar aquella voz monótona y un tanto distorsionada hablándome de forma tan íntima de escenas y sensaciones que se hacían perfecto eco de ciertos aspectos de mi naturaleza más profunda… era una experiencia que incluso entonces, mientras permanecía sentado en el suelo de la galería de arte de Dalha escuchando la cinta con los enormes auriculares, podría haber sido descorazonadora. Pero quería creer que el artista que creó esos monólogos oníricos sobre el bungalow y la fábrica abandonada no se había propuesto descorazonarme, o descorazonar a nadie. Quería creer que este artista había escapado de los sueños y demonios de todo *sentimiento* para explorar las inmundas y horribles delicias de un universo donde todo había sido reducido a tres principios básicos: primero, que no había ningún lugar a donde ir; segundo, que no había nada que se pudiera hacer; y tercero, que no había nadie a quien conocer. Por supuesto, sabía que este punto de vista era un espejismo como cualquier otro, pero también era un espejismo que me había sustentado durante tanto tiempo y tan bien como cualquier otro y quizás más tiempo, y quizás mejor.

—Dalha —dije cuando hube terminado de escuchar la grabación—, quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre el artista que creó estos monólogos oníricos. Ni tan siquiera firma sus obras.

Desde el otro extremo de la parte delantera de la galería de arte Dalha me habló con una voz extraña y un tanto aturullada.

—Bueno, no sé por qué te extrañas de que no firme sus obras… así son los artistas hoy en día. En todas partes, firman sus obras tan sólo con algún símbolo estúpido o un trozo de chicle o simplemente las dejan sin firmar. ¿Por qué debería importarte su nombre? ¿Por qué debería importarme a mí?

—Porque —respondí— tal vez pueda convencerlo para que me permita comprar sus obras en lugar de estar sentado en el suelo de tu galería de arte alquilando estas audiciones durante mi descanso del almuerzo.

—Así que quieres dejarme fuera del negocio —exclamó Dalha con su voz habitual—. Te advierto que yo soy su agente y cualquier cosa que venda, la venderá *a través de mí*.

—No sé por qué te enojas tanto —dije, levantándome del suelo—. Estoy dispuesto a darte un porcentaje. Lo único que pido es que me organices algo entre el artista y yo.

Dalha se sentó en una silla cerca de la cortina que separaba la parte delantera de la galería y la trastienda. Se ciñó el chal esmeralda alrededor de sus hombros y dijo:

—Aunque deseara organizarte algo, no podría hacerlo. No tengo ni idea de cuál es su nombre. Hace unas noches se me acercó en la calle mientras esperaba un taxi que me llevara a casa.

—¿Qué aspecto tiene? —tuve que preguntarle en ese momento.

—Era muy tarde y yo estaba borracha —replicó Dalha, de una forma que me pareció un tanto evasiva.

—¿Era un hombre joven? ¿Un hombre mayor?

—Un hombre mayor, sí. No muy alto, con espeso pelo blanco, como un profesor de algo. Y dijo que quería llevar su obra de arte a mi galería. Le expliqué mis condiciones habituales lo mejor que pude, ya que estaba bastante borracha. Él estuvo de acuerdo y luego se alejó por la calle. Y no es que sea la mejor parte de la ciudad para ir andando por ahí a solas. Bueno, al día siguiente llegó un paquete con el reproductor de casetes y demás. También había algunas instrucciones que explicaban que debía destruir cada cinta antes de marcharme de la galería de arte al final del día, y que una nueva cinta llegaría al día siguiente, y cada día a partir de ese momento. No hay dirección del remitente en esos paquetes.

—¿Y has destruido la cinta del bungalow? —pregunté.

—Por supuesto —dijo Dalha con cierta impaciencia, pero también con insistencia —. ¿Qué me importa a mí la obra de un artista loco o cómo lleva su carrera? Además, me garantizó que sacaría algo de dinero con el trato y, ya ves, aquí estoy, con setenta y cinco dólares más.

—¿Y por qué no me vendes este monólogo onírico sobre la fábrica abandonada? No diré nada.

Dalha se quedó en silencio durante unos segundos, luego respondió:

—Me dijo que si no destruía las cintas cada día, se enteraría y haría algo al respecto. He olvidado lo que dijo exactamente, estaba muy borracha esa noche.

—Pero *¿cómo* podría enterarse? —pregunté, y por toda respuesta Dalha simplemente me miró en silencio—. De acuerdo, de acuerdo —dije—. Pero todavía quiero que me organices algo. Tienes su dinero por la cinta del bungalow y la cinta sobre la fábrica abandonada. Si es un artista de verdad, querrá que le pagues. Cuando contacte contigo será cuando organices mi encuentro con él. No te quitaré tu porcentaje. Te doy mi palabra.

—Si es que tu palabra vale algo —replicó Dalha, amargamente.

Pero aceptó intentar organizar algo entre el artista de las cintas y yo. Abandoné la galería de arte inmediatamente después de estas negociaciones, antes de que Dalha cambiara de idea. Esa tarde, mientras trabajaba en el departamento de Lengua y Literatura de la biblioteca, no podía pensar en nada más que en la fábrica abandonada descrita de forma tan tentadora en la nueva grabación. El autobús que me lleva y trae de la biblioteca todos los días laborables pasa junto a un edificio similar, que se alza aislado en la distancia, tal como lo describía el artista en su monólogo onírico.

Esa noche dormí mal, revolviéndome en la cama, ni lo bastante dormido ni lo bastante despierto. En ocasiones, tenía la sensación de que había alguien más en el dormitorio que me hablaba, pero por supuesto no era capaz de enfrentarme a esa percepción de ninguna forma realista, ya que estaba medio dormido y medio despierto, de manera que, a efectos prácticos, me encontraba inconsciente.

Alrededor de las tres en punto de la mañana sonó el teléfono. En la oscuridad alargué el brazo buscando a tientas las gafas, que estaban en la mesilla junto al

teléfono y advertí la esfera luminosa de mi despertador. Me aclaré la garganta y dije hola. La voz al otro lado era la de Dalha.

—He hablado con él —dijo.

—¿Dónde has hablado con él? —pregunté—. ¿En la calle?

—No, no, no en la calle —dijo, dejando escapar una ligera risilla. Creo que estaba borracha—. Me llamó por teléfono.

—¿Te llamó por teléfono? —repetí, imaginando durante unos segundos lo que sería poder escuchar la voz de aquel artista hablándome a mí por teléfono y no en una cinta grabada.

—Sí, me llamó por teléfono.

—¿Y qué dijo?

—Bueno, te lo diría si dejaras de hacerme tantas preguntas.

—Dime.

—Llamó hace tan sólo unos minutos. Dijo que se encontraría contigo mañana en la biblioteca, donde trabajas.

—¿Le hablaste de mí? —pregunté, y entonces se hizo un largo silencio—. ¿Dalha?

—Le dije que querías comprar sus grabaciones. Eso es todo.

—Entonces, ¿cómo sabía que trabajo en la biblioteca?

—Pregúntaselo tú mismo. No tengo ni idea. Yo ya he hecho mi parte.

Entonces Dalha dijo adiós y colgó antes de que pudiera despedirme de ella.

Tras hablar con Dalha, me resultó imposible volver a dormir aquella noche, aunque sólo estuviera medio dormido y medio despierto. Lo único en que podía pensar era en el encuentro con el artista de los monólogos oníricos. Así que me preparé para irme al trabajo, dándome prisa, como si llegara tarde, y caminé hasta la esquina de mi calle para esperar el autobús.

Sentía mucho frío allí sentado en la parada cubierta del autobús. Se veía un gajo de luna en la oscuridad allá en lo alto, y aún quedaban varias horas para el amanecer. De alguna manera, me sentía como si esperase el autobús el primer día de clase, ya que, después de todo, era septiembre y yo estaba embargado por el miedo y la excitación. Cuando por fin llegó el autobús, vi que sólo había unos cuantos más madrugadores viajando en dirección al centro. Me senté en uno de los asientos de atrás, miré por la ventanilla y mi propio rostro me devolvió la mirada en un oscuro reflejo.

Según nos aproximábamos a la siguiente parada, vi que otro pasajero solitario estaba sentado en el banco esperando a ser recogido. Llevaba ropa de color oscuro (incluyendo un abrigo largo y un sombrero), y estaba sentado muy recto, con los brazos muy pegados al cuerpo y las manos sobre el regazo. Tenía la cabeza ligeramente inclinada y no pude verle la cara bajo el sombrero. Su actitud física, pensé cuando nos acercamos a la parada cubierta e iluminada, era de reposo disciplinado. Me sorprendió que no se levantara cuando el autobús se aproximó a la

parada, y al final pasamos junto a él. Quise decir algo al conductor del autobús, pero una potente sensación tanto de temor como de excitación me hizo mantenerme en silencio.

Finalmente, el autobús me dejó delante de la biblioteca y corrí hacia las escaleras que conducían a la entrada principal. A través de las gruesas puertas de cristal pude ver que tan sólo unas cuantas luces iluminaban el espacioso interior de la biblioteca. Tras golpear el cristal durante unos segundos, vi aparecer una figura vestida con el uniforme del encargado de mantenimiento en la sombría distancia del interior del edificio. Llamé un poco más y el hombre atravesó lentamente el vestíbulo central abovedado de la biblioteca.

—Buenos días, Henry —dije, mientras abría la puerta.

—Hola, señor —contestó sin apartarse para permitirme entrar en la biblioteca—. Ya sabe que no debo abrir las puertas antes de la hora de apertura.

—He llegado un poco pronto, lo sé, pero estoy seguro de que no pasará nada si me dejas entrar. Después de todo, trabajo aquí.

—Lo sé, señor. Pero hace unos días me advirtieron de que estas puertas no se abrieran cuando no debían abrirse. Es por lo de los objetos robados.

—¿Qué objetos son ésos, Henry? ¿Libros?

—No, señor. Creo que era algo del departamento de medios. Tal vez una cámara de vídeo o una grabadora de casetes. No lo sé con exactitud.

—Bueno, tiene mi palabra… sólo déjeme pasar y subiré directamente a mi escritorio. Tengo un montón de trabajo que hacer hoy.

Henry aceptó por fin mi petición y yo hice lo que le había dicho que haría.

La biblioteca era un edificio grande en su conjunto, pero el departamento de Lengua y Literatura (en la segunda planta) estaba localizado en una zona relativamente pequeña, estrecha y larga, de techo alto y una hilera de ventanales en una pared. Las otras paredes estaban llenas de libros y casi todo el espacio estaba ocupado con largas mesas de estudio. Sin embargo, en su mayor parte, la habitación en la que yo trabajaba estaba bastante despejada de un extremo al otro. Dos arcos de entrada conducían a otras partes de la biblioteca, y una entrada de tamaño normal conducía a las estanterías donde la mayoría de nuestro fondo bibliográfico estaba almacenado, millones de volúmenes en total silencio y escondidos en interminables hileras de estantes. En la oscuridad previa al amanecer las verdaderas dimensiones del departamento de Lengua y Literatura quedaban ocultas. Sólo la luna que brillaba alta en la oscuridad a través de esos ventanales me reveló la ubicación de mi escritorio, que estaba en medio de la habitación larga y estrecha.

Me dirigí a tientas hacia el escritorio y encendí la pequeña lámpara que hace años había llevado de casa (y no es que necesitara añadir más iluminación cuando trabajaba en mi escritorio de la biblioteca, pero me gustaba la apariencia sombríamente anticuada de ese objeto). Durante unos segundos pensé en el bungalow, donde ninguna de las lámparas estaba equipada con bombilla y el rayo de

luna brillaba a través de las ventanas y sobre una alfombra llena de alimañas. De alguna manera, era incapaz de recordar las sensaciones especiales y el estado mental que asociaba con ese monólogo onírico, a pesar de que mi situación presente de soledad en el departamento de Lengua y Literatura horas antes del amanecer resultaba intensamente onírico.

Sin saber qué más hacer, me senté frente a mi escritorio como si estuviera iniciando mi jornada laboral. Fue entonces cuando vi un sobre grande sobre mi escritorio, aunque no recordaba haberlo visto allí cuando me marché de la biblioteca el día anterior. El sobre parecía viejo y descolorido bajo la tenue luz de la lámpara del escritorio. No había nada escrito en ninguna de las caras del sobre, que abultaba ligeramente y que había sido sellado.

—¿Quién anda ahí? —se escuchó una voz que apenas me sonó a la mía propia. Había visto algo por el rabillo del ojo mientras examinaba el sobre en mi escritorio. Me aclaré la garganta—. ¿Henry? —pregunté a la oscuridad sin levantar la mirada del escritorio ni girarme a ningún lado. No recibí ninguna respuesta, pero pude sentir que alguien se había unido a mí en el departamento de Lengua y Literatura de la biblioteca.

Lentamente, giré la cabeza hacia la derecha y me centré en el arco de entrada a cierta distancia al otro lado de la habitación. En el centro de esta entrada, que conducía a otra habitación donde la luna brillaba a través de los ventanales, se recortaba una silueta. No podía ver el rostro, pero inmediatamente reconocí el abrigo largo y suelto y aquel sombrero. Sin duda era el individuo con aspecto de estatua a quien había visto en la parada del autobús cuando viajaba hacia la biblioteca en la oscuridad previa al amanecer. Ahora estaba allí para conocerme ese día en la biblioteca, tal como le había dicho a Dalha. En ese momento parecía no venir al caso preguntar cómo había entrado en la biblioteca o siquiera preocuparse por las presentaciones. Simplemente me lancé a un monólogo que había estado ensayando sin parar desde que Dalha me telefoneó horas antes.

—Tenía muchas ganas de conocerle —comencé—. Sus monólogos oníricos, como yo los llamo, me han impresionado mucho. Es decir, sus *obras de arte* no se parecen a nada que haya experimentado jamás, ni artísticamente ni extraartísticamente. Me parece increíble lo bien que ha logrado expresar usted un tema al que yo mismo me siento íntimamente ligado. Por supuesto, no me refiero al propio tema en sí mismo (el bungalow, etcétera), sino a cómo hace aflorar las visiones subyacentes de las cosas. Cuando, en sus monólogos grabados, su voz pronuncia frases tales como «terror y sordidez infinitos» o «incesante negación del color y la vida», creo que mi respuesta es exactamente la que usted pretende obtener de aquellos que experimentan con sus obras de arte.

Continué en esta línea durante un rato más, hablando a la silueta de alguien que no revelaba signo alguno de estar escuchando nada de lo que estaba diciendo. En un momento dado, sin embargo, mi monólogo derivó hacia unos derroteros que no había

tenido intención de tomar. De repente, comencé a decir cosas que no tenían nada que ver con lo que había dicho antes y que incluso contradecían mis anteriores afirmaciones.

—Desde que tengo uso de razón —continué hablando a la figura de la entrada—, he tenido una percepción intensa y muy estética de lo que yo llamo la *gélida oscuridad de las cosas*. Al mismo tiempo, me he sentido muy solo en esta percepción. Esta conjunción de sentimientos parece paradójica, ya que tal percepción, tal visión de las cosas, parecería excluir la emoción de soledad, o cualquier sensación de una *tristeza mortífera*, tal como yo lo veo. Un sentimiento tan descorazonador, como se considera normalmente, se encogería ante obras de arte como las suyas, que expresan tan poderosamente lo que yo denomino la gélida oscuridad de las cosas, ahogando o arrollando todo sentimiento en una atmósfera potenciada con verdades desoladoras, impregnada por completo de un estancamiento y una inercia visionarios. Sin embargo, debo señalar que el efecto, tal como ahora lo veo, ha sido justamente el contrario. Si usted intentaba evocar la gélida oscuridad de las cosas con sus monólogos oníricos, entonces ha fracasado tanto a un nivel tanto artístico como extraartístico. Le ha fallado a su arte, se ha fallado a sí mismo, y también me ha fallado a mí. Si sus obras de arte hubieran reflejado realmente la *verdadera* oscuridad de las cosas, entonces yo no habría sentido la necesidad de saber quién es, no sentiría esta mortífera tristeza cuando había de hecho alguien que experimentaba las mismas sensaciones y estados mentales que yo y que podía compartirlos conmigo en un formato de monólogos oníricos grabados. ¿Quién es usted para que yo sienta la necesidad de ir a trabajar horas antes de que amanezca, para que sienta que esto era algo que tenía que hacer y que usted era alguien que debía conocer? Este comportamiento viola todos los principios por los que he regido mi vida desde que tengo uso de razón. ¿Quién es usted para hacer que viole estos principios arraigados? Creo que comienzo a entenderlo ahora. Dalha le metió en esto. Usted y Dalha conspiran contra mí y contra mis principios. Todos los días Dalha está al teléfono organizando todo tipo de asuntos para sacar dinero y no puede soportar la idea de que lo único que haga yo sea sentarme allí en paz, tomando mi almuerzo en su horrible galería de arte. Ella siente que, de alguna manera, la estoy engañando porque no gana dinero a mi costa, porque no le pago para que me organice ningún apaño. No intente negar lo que ahora sé que es cierto. Pero podría decir algo, en cualquier caso. Aunque sólo fueran unas pocas palabras pronunciadas con esa voz suya. O, al menos, permítame ver su rostro. Y también podría quitarse ese ridículo sombrero. Parece una de las prendas que Dalha llevaría puesta.

A estas alturas, yo estaba de pie y avanzaba (me tambaleaba, en realidad) hacia la figura que seguía en el arco de entrada. Mientras avanzaba, o me tambaleaba, hacia la figura, también le pedía que respondiera a mis acusaciones. Pero mientras caminaba entre las largas mesas de estudio hacia el arco de entrada, la figura que estaba allí de pie retrocedió y se perdió en la oscuridad de la habitación contigua, donde la luz de la

luna brillaba a través de los ventanales. Cuanto más me aproximaba a ella, más retrocedía en la oscuridad. Y no retrocedía en la oscuridad dando pasos hacia atrás, como yo daba pasos hacia delante, sino que se movía de otra forma que incluso ahora no sabría especificar, como si flotara.

Justo antes de que la figura desapareciera del todo en la oscuridad, me habló. Su voz era la misma que había escuchado por medio de aquellos enormes auriculares en la galería de arte de Dalha, aunque ahora no se escuchaba ninguna interferencia, ninguna distorsión en las palabras que pronunciaba. Estas palabras, que resonaron en mi cerebro al igual que resonaron en las estancias de techos altos de la biblioteca, eran palabras que debería haber agradecido, ya que repetían mis propios y profundos principios privados. Sin embargo, no me alivió en absoluto escuchar otra voz diciéndome que no tenía adónde ir, no tenía nada que hacer y no había nadie a quien conocer.

La siguiente voz que escuché era la de Henry, que gritó hacia la parte alta de la ancha escalinata desde la planta baja de la biblioteca.

—¿Va todo bien, señor? —preguntó.

Me recompuse y pude responder que todo iba bien. Le pedí que encendiera las luces de la segunda planta de la biblioteca. En un minuto las luces se encendieron, pero el hombre del sombrero y el abrigo largo y holgado ya había desaparecido.

Cuando me enfrenté a Dalha en su galería de arte más tarde ese mismo día, no se mostró en absoluto comunicativa en relación a mis preguntas y acusaciones.

—Estás loco —me gritó—. No quiero tener nada más que ver contigo.

Cuando le pregunté a Dalha de qué hablaba, dijo:

—Realmente *no* tienes ni idea, ¿verdad? En realidad eres un loco. No recuerdas la noche que te acercaste a mí en la calle mientras esperaba que apareciera un taxi.

Cuando le dije que no recordaba nada de eso, ella continuó su versión de aquella noche, junto a un relato de los sucesos posteriores.

—Yo estoy ahí de pie tan borracha que apenas puedo entender lo que me dices sobre un pequeño juego al que estás jugando. Luego me envías los casetes. Luego vienes a la galería y pagas por escuchar las cintas, exactamente tal como me dijiste que harías. Justo a tiempo recuerdo que se supone que debo mentirte y decirte que las cintas son obra de un anciano de pelo blanco, cuando de hecho tú eres el que grabas los casetes. Sabía que estabas loco, pero ése era el único dinero que iba a lograr sacarte, a pesar de que día tras día vienes aquí y te comes tu patético almuerzo en mi galería. Cuando te vi aquella noche, al principio no pude reconocer quién se acercaba a mí en la calle. Parecías distinto y llevabas puesto ese sombrero ridículo. Pronto, sin embargo, me doy cuenta de que eres tú. Y que estás fingiendo ser otra persona, aunque al final no sé si finges realmente. Y entonces me dices que debo destruir las cintas y que si no las destruyo pasará algo. Pues bien, déjame decirte, lunático —dijo Dalha—, que no destruí esas grabaciones. Dejé que todos mis amigos las escucharan. Nos sentamos a emborracharnos y nos partimos de risa con tus estúpidos *monólogos*

oníricos. Mira, otra de tus obras de arte llegó en el correo de hoy —dijo mientras atravesaba el espacio de la galería de arte hacia el reproductor colocado sobre una mesita de plástico—. ¿Por qué no la escuchas y me pagas el dinero que me prometiste? Ésta parece buena —dijo, al tiempo que cogía la pequeña tarjeta con el título de la obra—. *La parada de autobús*, dice. Seguro que te resulta de lo más entretenida… una parada de autobús. ¡Ahora págame!

—Dalha —dije con una voz tortuosamente calmada—, por favor, escúchame. Tienes que organizar otro encuentro. Tengo que reunirme otra vez con el artista de las grabaciones. Tú eres la única que puede hacer que esto ocurra. Dalha, temo por nosotros dos si no aceptas organizarlo. Necesito volver a hablar con él.

—Entonces, simplemente, ¿por qué no vas y hablas frente a un espejo? Mira, allí —dijo señalando la cortina que separaba la parte delantera de la galería de la trastienda—. Métete en el baño como hiciste el otro día y habla contigo mismo en el espejo.

—Yo no hablé conmigo mismo en el lavabo, Dalha.

—¿No? ¿Y qué hacías entonces?

—Dalha, tienes que organizarlo todo. Eres la intermediaria. Él contactará contigo si accedes a ello.

—¿*Quién* me contactará?

Era justo que Dalha hiciera esa pregunta, pero también era una pregunta que no podía responderle. Le dije que regresaría al día siguiente para hablar con ella, con la esperanza de que para entonces ya se hubiera calmado.

Por desgracia, nunca volví a ver a Dalha. Esa misma noche la hallaron muerta en la calle. Supuestamente, había estado esperando un taxi que la llevara a casa desde un bar o una fiesta o algún otro lugar de reunión de humanos donde se emborrachó copiosamente. Pero no fue su afición a la bebida o su agotadora vida social bohemia lo que mató a Dalha. De hecho, se ahogó mientras esperaba un taxi a altas horas de la noche. Su cuerpo fue trasladado al hospital para la autopsia. Allí se descubrió que se había alojado un objeto en su interior. Alguien, supuestamente, había metido de forma violenta algo por su garganta. El objeto, según se describía en un artículo de periódico, era el «pequeño brazo de plástico de una muñeca». No se mencionaba en el artículo si dicho brazo de muñeca estaba pintado de color esmeralda o de cualquier otro color. Sin duda, la policía registró la galería Bellas Artes Dalha D. y encontró muchos otros objetos similares en una papelera metálica, y todos ellos estaban pintados de diferentes colores. Sin duda, también descubrieron la exposición de los monólogos oníricos con sus obras de arte sin firmar y el reproductor que había sido robado de la biblioteca. Pero jamás podrían relacionar estas obras de arte grabadas en cintas y la muerte grotesca de la dueña de la galería.

Tras esa noche, ya no sentía la imperiosa necesidad de poseer los monólogos, ni siquiera el último sobre la parada de autobús, el cual no escuché jamás. Ahora tenía en mis manos los manuscritos originales que el artista de las grabaciones había

escrito para los monólogos oníricos y que me dejó en un enorme sobre encima de mi escritorio en la biblioteca. Incluso entonces él supo, aunque yo no, que después de nuestro primer encuentro nunca más nos volveríamos a ver. La letra en las páginas manuscritas es similar a la mía, aunque la inclinación de las letras revela que se trata de un escritor zurdo, mientras que yo soy diestro. Una y otra vez leí los monólogos oníricos sobre la parada y la fábrica abandonada y, especialmente, los del bungalow, donde la luna brilla sobre una alfombra plagada de cuerpos de alimañas. Intento experimentar el terror y la sordidez infinitos de un universo de bungalows como ya hice en el pasado, pero no es lo mismo que antes. No hay alivio en ello, a pesar de que la visión y los principios subyacentes siguen siendo los mismos. Sé de una forma que nunca supe antes que no tengo ningún lugar a donde ir, nada que hacer ni nadie a quien conocer. La voz en mi cabeza no cesa de recitar mis viejos principios. La voz es su voz, y la voz también es mi voz. Y hay otras voces, voces que nunca antes había escuchado, voces que parecen estar muertas o moribundas en una enorme oscuridad iluminada por la luna. Más que nunca, se hace necesario algún tipo de nuevo orden, un nuevo orden radical y desconocido… cualquier cosa que proporcione una liberación de esta descorazonadora tristeza que sufro cada minuto del día (y de la noche), esta mortífera tristeza que parece que jamás me dejará en paz, sin importar adónde vaya, o qué haga o a quién pueda conocer.

SEVERINI

Yo era el único de los conocidos y relacionados con el círculo local que nunca se había encontrado con Severini. A diferencia del resto, no me sentía en absoluto inclinado a visitarle junto a los otros en aquella aislada vivienda que había comenzado a ser conocida como «la choza de Severini». Había un motivo para que yo evitara deliberadamente un encuentro con este individuo extraordinario, pero incluso yo mismo no tenía ni idea de si era cierto. Mi curiosidad estaba tan desarrollada como la de cualquiera de ellos, en realidad más. Sin embargo, alguna clase de escrúpulo o ansiedad especial me mantuvo alejado de lo que otros celebraban como el «espectáculo de Severini».

Por supuesto, no podía escapar al conocimiento indirecto de sus visitas a Severini. Cada uno de esos viajes a aquel solitario tugurio a cierta distancia de la ciudad donde yo vivía era una gran aventura, afirmaban, una excursión a las pesadillas más oscuras e idiosincráticas. La figura que presidía estas reuniones de salón era extremadamente voluble e inspiraba en sus visitantes una sensación de morbosa anticipación, una expectación difusa que en ocasiones alcanzaba niveles de locura. Después escuchaba los detallados relatos de una persona u otra sobre lo que había ocurrido durante una velada concreta dentro de aquella célebre choza, situada al borde de una extensión de tierra salvajemente frondosa y húmeda conocida como el Pantano de St. Alban, un lugar que algunos afirmaban que tenía una conexión siniestra con el propio Severini. Ocasionalmente, tomaba notas de estos relatos, permitiéndome un tipo de archivado de datos imaginativo y también muy analítico. Sin embargo, en su mayor parte simplemente absorbía todas estas anécdotas sobre Severini de una Forma natural y orgánica, muy parecido a como asimilaba tantas cosas del mundo que me rodeaba, sin ninguna consciencia —o ni tan siquiera una posibilidad de consciencia— de si estas cosas podrían ser nutritivas o tóxicas o puramente neutrales. Admito que desde el principio tenía tendencia a ser muy receptivo a cualquier cosa que alguien tuviera que decir sobre Severini, su casa parecida a una choza y el paisaje pantanoso en el que se había instalado. Luego, durante momentos privados, cuando regresaba al pequeño apartamento en el que residí durante ese periodo de mi vida, recreaba en mi imaginación los fenómenos que me habían relatado en conversaciones mantenidas en distintos lugares y momentos. No era frecuente que yo animara de forma activa a otros a abundar en algún aspecto específico de sus aventuras con Severini, pero en varias ocasiones me delaté cuando surgió el tema de su vida pasada antes de establecerse en una choza de los pantanos.

Según testigos directos (es decir, personas que habían realizado el peregrinaje hasta la choza aislada y destartalada), Severini podía mostrarse bastante hablador sobre su historia personal, particularmente sobre los motivos y sucesos que determinaron de forma más directa su vida presente. Sin embargo, estas personas

también admitían que el «maravilloso ermitaño» (Severini) exhibía un notorio desprecio por los hechos comunes y las verdades literales. Así pues, solía hablar de sí mismo por medio de ambiguas parábolas y metáforas, además de anécdotas escandalosas, cuyos hechos siempre parecían anularse unos a otros, así como patentes mentiras que después él mismo a veces revelaba como tales. Pero gran parte del tiempo —y, en opinión de algunos, *todo* el tiempo— el discurso de Severini adoptaba la forma de un total sinsentido, como si hablara en sueños. A pesar de estos obstáculos para alcanzar tanto la credibilidad como la coherencia, todos los individuos que me hablaban sobre el tema de alguna manera me transmitían un retrato sorprendentemente definido del ermitaño Severini, una amalgama de habladurías que alcanzaban el potente estatus de leyenda.

Esta impresión de un Severini legendario sin duda se vio reforzada por lo que ciertas personas describieron como «objetos de exposición del Museo Imaginario». El séquito de visitantes a la ruinosa choza del ermitaño estaba compuesto más o menos por artistas o, como mínimo, individuos con *inclinaciones* artísticas, y su contacto con Severini resultaba ser una poderosa fuente de inspiración que produjo numerosas obras de arte en una variedad de soportes y géneros. Había esculturas, pinturas y dibujos, poemas y relatos breves, composiciones musicales en ocasiones acompañadas de letra, obras conceptuales que sólo existían de forma esquemática o anecdótica, e incluso un plano arquitectónico de un «templo ruinoso en una isla selvática en algún punto de Filipinas». Mientras que, en apariencia, estas obras parecían estar basadas en una multitud de fuentes dudosas, todas ellas afirmaban estar inspiradas de la forma más literal en las propias palabras de Severini, en su *somniloquía*, como lo denominaban. En efecto, yo mismo podía percibir el concluyente factor común de estas obras y su estrecha relación con la figura singular inspiradora que era el propio Severini, aunque nunca había conocido a esta extraordinaria persona y no tenía ningún deseo de hacerlo. Sin embargo, estas llamadas «exposiciones» me ayudaron a recrear en mi imaginación no sólo aquellas visitas tan comentadas a la choza en los pantanos, sino también la historia personal de su solitario habitante.

Cuando pienso ahora en las obras basadas en Severini —es decir, cuando las recreo en mi imaginación—, a pesar de la diversidad de sus géneros y técnicas, veo que éstas destacaban unos cuantos rasgos que siempre eran los mismos y siempre eran tratados de la misma manera. Me sobresalté en un principio cuando comencé a reconocer estos rasgos comunes, porque de alguna manera replicaban muy ajustadamente un número de imágenes y conceptos peculiares que yo mismo ya había experimentado en ensoñaciones de mi imaginación y especialmente durante episodios delirantes provocados por una enfermedad física o por un exceso de agitación psíquica.

Un elemento central de tales episodios era la sensación de un espacio que poseía cualidades que recordaban, por un lado, a un paisaje tropical y, por otro, a una cloaca.

La faceta de una alcantarilla común surgía de la sensación de estar encerrado, pero también en un espacio muy amplio, una red de pasajes retorcidos que se extendían a distancias increíbles en un inframundo de neblinosa oscuridad. En cuanto a la faceta de paisaje tropical, ésta compartía mucho de esa especie de fermento misteriosamente rezumante de la faceta de la alcantarilla, con la impresión añadida de formas de vida exóticas que brotaban por todas partes, cosas que se multiplicaban y que también *mutaban* incesantemente, como una película con tomas a intervalos prefijados de hongos expandiéndose o mohos multicolores del fango sin restricciones en cuanto a sus formas y tamaños. Mientras experimentaba intensas visiones de este lugar, de esta cloaca tropical, a medida que se iba formando en mi delirante imaginación año tras año, yo siempre me encontraba fuera de ésta, a una gran distancia, no atrapado dentro como ocurriría en una pesadilla. Pero aun así mantenía la consciencia (como en una pesadilla) de que había pasado algo en ese lugar, algún suceso desconocido había tenido lugar y había dejado esas impresiones tras de sí como un rastro de fango. Entonces me embargó cierto *sentimiento* y cierto *concepto* se iluminó en mi cabeza.

Era este sentimiento y el concepto que lo acompañaba lo que surgía en el interior de mi ser cuando los otros comenzaban a hablarme sobre sus extrañas visitas a la choza de Severini y me mostraban las distintas obras de arte que este individuo extraño les había inspirado. Uno a uno, examinaba los cuadros o esculturas expuestos en el estudio de algún artista, o escuchaba la música en un club frecuentado por la gente de Severini, o leía las obras literarias que se pasaban unos a otros… y en todas las ocasiones la sensación de esa cloaca tropical revivía en mí, aunque no con la misma intensidad que durante los episodios delirantes que experimentaba cuando padecía alguna enfermedad física o durante periodos de una confusión psíquica excesiva. Tan sólo los títulos de estas obras podrían haber bastado para provocar ese sentimiento en particular y el concepto que lo acompañaba, ambos producidos durante mis episodios delirantes. El concepto al que me he estado refiriendo podría ser expresado de distintas formas, pero habitualmente aparecía en mi mente como una sola frase (o fragmento), casi un lema que me abrumaba con viles e inquietantes alusiones que iban más allá de las meras palabras, que son las siguientes: *la pesadilla del organismo*. Las alusiones viles e inquietantes que subyacían (o que eran inspiradas) por esta frase conceptual eran, como he dicho, provocadas por los títulos de esas obras de arte basadas en Severini, aquellas Exposiciones del Museo Imaginario. Aunque me resulta difícil recordar el tipo de obra que designaba cada título —ya fuera una pintura o una escultura, un poema o una instalación—, todavía puedo citar un buen número de títulos. Uno que brota enseguida en mis recuerdos es el siguiente: *Ningún rostro entre nosotros*. O este otro: *Profanado y entregado*. Y ahora me vienen a la mente muchos de ellos: *El camino de los perdidos, En tierra viscosa y santa* (alias *Los doctores tántricos)*, *En tierra y excrementos, La negra espuma de la existencia, Tegumentos en erupción* y *El descenso hacia lo fungoso*. Todos estos títulos, como mis amigos y conocidos artistas me informaron, estaban

sacados de frases (o fragmentos) pronunciadas por el propio Severini durante sus numerosos episodios de *somniloquía*.

Cada vez que escuchaba uno de esos títulos y veía la obra concreta a la que hacía referencia, siempre me acordaba de esa cloaca tropical de mis episodios delirantes. Además también tenía la sensación de estar a punto de averiguar qué era lo que había sucedido en ese lugar, algún suceso maravilloso o desastroso íntimamente relacionado con la frase conceptual que he acuñado de *la pesadilla del organismo.* Sin embargo, estas obras y sus títulos me aportaban sólo una sensación remota de alguna revelación vil e inquietante. Y era simplemente imposible que los otros me aclararan del todo esta cuestión, teniendo en cuenta que su conocimiento sobre la historia pasada de Severini procedía únicamente de las propias afirmaciones absurdas o cuestionables del ermitaño. Lo máximo que llegaban a especular es que este personaje desquiciado y casi anónimo conocido como Severini tal vez fuera el sujeto voluntario de lo que se denominaba un «tratamiento esotérico» o una «práctica ilícita». En este punto de mis averiguaciones sobre el extraño Severini, me resultaba difícil preguntar sobre la naturaleza exacta de este tratamiento, o práctica, y al mismo tiempo fingir falta de interés en conocer en realidad al habitante de aquella choza ruinosa enclavada en parajes pantanosos a cierta distancia de la ciudad en la que vivía. Sin embargo, parecía que esta práctica o tratamiento, por lo que algunos especulaban, no era un tratamiento médico de ninguna clase conocida. Más bien, pensaban que el tratamiento (o práctica) en cuestión incluía tradiciones ocultas o místicas que, en su expresión más potente, son capaces de existir discretamente sólo en unas pocas partes del mundo. Por supuesto, todas estas especulaciones podrían haber sido una tapadera orquestada por Severini o por sus discípulos —porque en eso se habían convertido—, o por todos ellos juntos. De hecho, durante algún tiempo sospeché que los discípulos de Severini, a pesar de su desfile de obras de arte y extravagantes recuentos de sus visitas a la choza del pantano, sin embargo me ocultaban algún elemento vital de sus nuevas experiencias. Parecía existir alguna verdad que ellos conocían y yo no. No obstante, también parecían desear que, a su debido tiempo, yo compartiera con ellos esa verdad.

Debo admitir que mis sospechas del engaño de los otros provenían de una fuente subjetiva. Era la recreación de mi imaginación, sentado en mi apartamento, del espectáculo de Severini tal como me lo relataban aquellos que habían participado en las visitas a su residencia en el pantano. Me los imaginaba sentados en el suelo de aquella choza pequeña y sin amueblar; la única iluminación existente era la febril luz de velas que los visitantes llevaban y colocaban en un círculo, en cuyo centro se alzaba la figura de Severini. Esta figura siempre les hablaba de esa manera críptica tan singular, la voz de su somniloquio, que fluctuaba en sus cualidades e incluso parecía emanar de lugares fuera de su propio cuerpo, como si estuviera practicando algún tipo de hiperventriloquía. Asimismo, su propio cuerpo, tal como me dijeron y como más tarde imaginé en mi apartamento, parecía reaccionar a las fluctuaciones de

su voz. Estos cambios físicos, decían los otros, en ocasiones eran sutiles y en ocasiones extremos, pero siempre resultaban difusos: no era tanto una transformación limpia como un *rompimiento* de la anatomía y la estructura, y el resultado era algo retorcido y tumoroso, como una masa viva de barro o arcilla putrefacta, un montón de tejido canceroso que se agitaba lentamente a la luz de las velas que iluminaban la vieja choza. Los otros explicaban que estas fluctuaciones, tanto en la voz de Severini como en su cuerpo, no estaban de ninguna manera controladas por él, sino que eran un fenómeno espontáneo al que él se sometía como resultado del tratamiento esotérico o práctica ilícita al que había sido inducido en algún lugar desconocido (posiblemente, «en la región de Filipinas»). Ahora, explicaban los otros, su destino era cumplir cualquier cosa que lo que sin duda eran fuerzas profundamente salvajes y caóticas exigieran de su carne, e incluso su propia consciencia, aseguraban, era tan amorfa y variable como su cuerpo. Sin embargo, cuando me relataban todos estos detalles sobre la naturaleza de Severini, no me transmitían ninguna sensación real de las imágenes y procesos en sus descripciones. Aterradoras, sí; apasionadas, sí; un tanto dementes, sí. Pero de pesadilla… no. Incluso cuando escuchaba sus descripciones de un encuentro concreto con Severini, se me escapaban todas las cualidades y aspectos de pesadilla. Refiriéndose a una de las metamorfosis de Severini, me decían: «Los contornos desnudos de su silueta se retorcían como una charca llena de serpientes, o se agitaban como una masa de arañas recién eclosionadas». Sin embargo, mientras escuchaba afirmación tras afirmación, permanecía relativamente tranquilo, aceptando afirmaciones repulsivas y escandalosas sin sentir repulsión o escándalo. Quizás, pensé en ese momento, estaba simplemente bajo el influjo poderoso del decoro social, que con tanta frecuencia podría explicar sentimientos (o falta de sentimientos) y comportamientos (o falta de comportamientos) que de otra manera resultarían incomprensibles. Pero en cuanto me encontraba a solas en mi apartamento y empezaba a recrear en mi imaginación lo que había escuchado sobre el espectáculo de Severini, me sentía abrumado por su esencia atroz, y en varias ocasiones recaí en mis episodios delirantes con todas esas sensaciones abominables de cloaca tropical y las pesadillas de formas de vida exóticas que eclosionaban por todas partes como pústulas y abscesos desenfrenados. Fue esta discrepancia entre mi reacción *pública* (o falta de reacción) a los datos supuestamente objetivos con los que estaba siendo inundado en relación al asunto de Severini y mi reacción *privada* (o hiperreacción) a estos datos lo que me hizo sospechar que estaba siendo víctima de un engaño, aunque este engaño fuera propiciado tanto por mi parte como por parte de los otros. Entonces pensé que yo no era tanto la víctima del engaño como el sujeto de una *manipulación.*… un proceso de seducción que culminaría cuando me convirtiera en un iniciado de pleno derecho en el culto de Severini. En cualquier caso, seguía convencido de que se me había ocultado algún elemento vital relacionado con el ermitaño del pantano de St. Alban, y cuando llegó el momento propicio estaba preparado para enfrentarme a la verdad que

hasta ese momento se me había negado, o que yo mismo me había negado de forma voluntaria.

Finalmente, una tarde lluviosa, mientras trabajaba en mi apartamento (escribiendo algunas notas sobre Severini), alguien llamó al timbre de abajo. La voz del interfono era la de una mujer llamada Carla, una escultora a quien apenas conocía. Cuando la dejé entrar en mi apartamento, vi que estaba empapada después de haber caminado bajo la lluvia sin abrigo ni paraguas, aunque su cabello liso y negro y sus ropas negras no parecerían muy distintos ya estuvieran húmedos o secos. Le ofrecí una toalla, pero ella se negó diciendo que «le gustaba sentirse empapada y enfermiza», y a partir de ahí seguimos la conversación. Me reveló que la razón de su visita a mi apartamento era invitarme a la primera «exposición colectiva» de las Obras del Museo Imaginario. Cuando le pregunté por qué recibía esa invitación personal en mi apartamento una tarde lluviosa, ella respondió: «Porque la exposición tendrá lugar en *su residencia,* y tú nunca has querido ir allí». Dije que pensaría seriamente en mi asistencia a la exposición y le pregunté si eso era todo lo que tenía que decirme. «No», dijo ella mientras hundía la mano en uno de los bolsillos de sus húmedos pantalones ajustados. «Fue *él* quien quiso que te invitara a la exposición. *Nosotros* nunca le contamos nada sobre ti, pero él siempre mencionaba que tenía la sensación de que faltaba alguien, y por algún motivo pensamos que eras tú». Tras sacar un trozo de papel doblado, lo desplegó y lo sostuvo ante sus ojos. «Apunté lo que dijo». La mujer sujetaba la flácita y arrugada nota cerca de su rostro con ambas manos. Levantó la mirada hacia mí durante unos segundos por encima del borde del papel desplegado (el espeso rímel corría por sus mejillas en hilillos negros), y luego bajó la mirada y leyó las palabras que Severini le había pedido que escribiera. Él dice: «Tú y Severini —siempre se refiere a sí mismo como Severini, como si fuera otra persona —, tú y Severini sois organismos…», y algo más… apenas lo entiendo. Estaba a oscuras cuando lo escribí. Ahí vamos: «Tú y Severini sois *organismos empáticos*». La mujer hizo una pausa para apartar unos cuantos mechones de pelo negro y empapado por la lluvia que habían caído sobre su rostro. Sonreía con una mueca un tanto bobalicona.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Espera, él quería que me asegurase de hacerlo bien. Sólo una cosa más. Él dijo: «Dile que el camino de entrada a la pesadilla es el de salida». Entonces, volvió a plegar el papel y se lo metió en el bolsillo de sus pantalones negros. —¿Tiene sentido para ti algo de esto? —me preguntó.

Le dije que no tenía ningún sentido para mí. Después de prometer que consideraría seriamente la asistencia a la exposición en la residencia de Severini, acompañé a Carla a la salida de mi apartamento y de regreso a la tarde lluviosa.

Debería decir que nunca había hablado a Carla ni a los otros sobre mis episodios delirantes, con sus sensaciones de cloaca tropical y el concepto emergente de la «pesadilla del organismo». Nunca se lo dije a nadie. Pensé que estos episodios y el

concepto de la pesadilla del organismo eran estrictamente un infierno privado, incluso un infierno único. Hasta esa tarde lluviosa había considerado una cuestión de pura coincidencia que las obras de arte inspiradas por Severini, así como los títulos de estas obras, despertaran las sensaciones y sugestiones de mis episodios delirantes. Y entonces recibí el mensaje de Severini, a través de Carla, de que él y yo éramos «organismos empáticos» y que «el camino de entrada a la pesadilla es el de salida». Durante algún tiempo soñé que era liberado de mis episodios delirantes, y de todas las sugestiones y sensaciones que conllevaban… la terrible visión que mostraba a todos los seres vivos, incluyéndome a mí mismo, como poco menos que un hongo o un amasijo de bacterias, una especie de moho del fango monstruoso que vibraba en el paisaje de este planeta (y muy probablemente de otros). Cualquier liberación de tal pesadilla, pensé, implicaría unos tratamientos muy drásticos (y esotéricos), unas prácticas muy extrañas (e ilícitas). Y, al final, concluí que tal liberación, o cualquier otra, no era posible. Simplemente era demasiado bueno, o demasiado malo, para ser cierto… al menos, así es como mi mente lo procesó. Sin embargo, tan sólo unas cuantas palabras de Severini a través de Carla fueron suficientes para que comenzara a soñar con toda clase de posibilidades. En un momento todo había cambiado. Ahora me preparé para dar esos pasos hacia la liberación; de hecho, *no* hacerlo me resultaba intolerable. Parecía que no tenía más remedio que encontrar una salida de la pesadilla, cualesquiera que fueran los tratamientos o prácticas involucrados. Severini había dado esos pasos —estaba convencido de eso—, y yo necesitaba saber adónde le habían conducido.

Como era de esperar, me encontré en un estado de gran agitación incluso antes de la noche de la exposición de las Obras del Museo Imaginario. Pero fue algo más que el torbellino de sueños y expectación lo que afectó a mis experiencias de aquella noche y que ahora afecta a mi habilidad para contar lo que ocurrió en la choza en ruinas a orillas del pantano de St. Alban. Mis episodios delirantes anteriores a esa noche no eran nada (es decir, eran el sumun de la lucidez) en comparación al delirio que me invade cada vez que intento averiguar qué ocurrió en la cabaña del pantano; mis pensamientos se desintegran poco a poco hasta que transito hacia una especie de somniloquio de mi propia cosecha. Vi cosas con mis propios ojos y otras cosas con ojos de otro. Y se escuchaban voces por todas partes…

Todo estaba lleno de sombras alargadas y ranas que croaban en la negrura mientras avanzaba por el estrecho sendero que, según las indicaciones que me habían dado, conducía a la casa de Severini. Dejé el coche aparcado junto a la carretera, donde estaban los vehículos de los otros visitantes. Habían llegado antes que yo, aunque no me había atrasado ni un minuto para asistir a tal evento artístico. Pero hace ya tiempo que había advertido que ellos siempre se mostraban ansiosos cada vez que planeaban una visita a Severini, y se pasaban el día deambulando nerviosos con ademán impaciente hasta que caía la noche y dejaban la ciudad para dirigirse al pantano de St. Alban.

Esperaba ver una luz frente a mí mientras avanzaba por el estrecho sendero, pero lo único que se oía eran las ranas croando en la negrura. La luna llena en un cielo sin nubes me indicaba dónde dar el siguiente paso por el sendero que conducía a la choza a las orillas del pantano. Pero incluso antes de que llegara al claro donde supuestamente se hallaba la choza, mi sentido de lo que me rodeaba comenzó a cambiar. Una niebla cálida se cernía por ambos lados del sendero, como una cortina cerrándose delante de mis ojos, y sentí que algo tocaba mi mente con imágenes y conceptos que provenían de todas partes. «Somos organismos empáticos», escuché entre la niebla. «Acércate más». Pero el angosto sendero parecía no tener fin, como esos pasillos de mis episodios delirantes que se extendían a grandes distancias en la brumosa oscuridad de un paisaje tropical, donde todo a mi alrededor eran formas exóticas de vida que eclosionaban y bullían sin contención. *Debo ir a ese lugar*, pensé como si fueran mis propias palabras y no las palabras de una voz totalmente distinta, una voz llena de desesperada intensidad y aspiraciones confundidas. «Cálmese, señor Severini, si insiste puedo seguir llamándole por ese nombre. Como su terapeuta, no puedo recomendarle que continúe por este camino… persiguiendo milagros, si eso es lo que usted *imagina*… este "templo", como lo denomina, es una forma de evitar un enfrentamiento real con…»

Pero él sí encontró su camino hacia la libertad, aunque sin haber sido apropiadamente despedido de la institución mental, y se fue a aquel lugar.

«¡Documentes! ¡Passportas!» Al ver a tu alrededor aquellos rostros amarillos parduzcos, por fin estabas allí. Llegaste a esa isla selvática, esa cloaca tropical, un gran templo que se cernía en la brumosa oscuridad de tus sueños. Llovía en todas las ciudades y las calles estaban inundadas como cloacas. *«Disentaría»*, dictaminó el médico que te atendía. Pero no era el tipo de médico que uno buscaría en aquel lugar. Amebiasis… y ahí estaba, la pesadilla continuaba, podía adoptar tantas formas… *El camino de entrada a la pesadilla es el de salida*. Y tú estabas dispuesto a seguir esa pesadilla hasta donde fuera necesario para encontrar la salida, al igual que yo seguía aquel angosto sendero hacia tu choza a orillas del pantano de St. Alban para entrar en esa misma pesadilla que trajiste contigo. La exposición del Museo Imaginario. Tu choza ahora era una galería de las pesadillas que habías inspirado a otros con tus somniloquios y las *fluctuaciones* de tu cuerpo, esos milagros escandalosos que no habían escandalizado a nadie. Sólo cuando me encontraba en mi apartamento, recreando con mi imaginación lo que otros me habían contado, podía ver aquellos milagros como las pesadillas que eran en realidad. Sabía todo esto gracias a mis episodios delirantes, que nadie más conocía. *Ellos* eran los organismos empáticos, no yo. Yo era antagónico a ti, no empático. Porque yo no entraría en la pesadilla, como sí hiciste tú. El Templo de la Medicina Tántrica, eso es lo que soñaste que encontrarías en aquellas cloacas tropicales… un lugar donde los milagros podían ocurrir, donde esa secta de «médicos» podía aplicar tratamientos esotéricos y realizar prácticas ilícitas. Pero ¿qué encontraste en lugar de eso? *«Disentaría»*, diagnosticó el médico

asistente. Luego, un pequeño grupo de aquellos rostros amarillos parduzcos te contaron, *nos* contaron, lo de ese otro templo sin nombre. «Para la enfermedad de la barriga», dijeron. Amebiasis, simplemente otra versión de la pesadilla del organismo de la que ninguno de los médicos que te habían examinado en el pasado pudo liberarte. «¿Cómo puede la enfermedad curarse de sí misma?», les preguntaste. «Mi cuerpo… un tumor que en otro tiempo fue extirpado del cuerpo de otro tumor, un bulto enfermo que siempre está bullendo con su propia enfermedad. Y mi mente… es otra enfermedad, la enfermedad de una enfermedad. Por todas partes mi mente ve la enfermedad de otras mentes y otros cuerpos, esos otros organismos que sólo son otras tantas enfermedades, una pesadilla absoluta del organismo. ¡Adónde me lleváis!», gritaste (gritamos) a los rostros amarillos parduzcos. «Curar la enfermedad de la barriga. Sabemos, sabemos». Entonaron estas palabras por el camino mientras la ciudad desaparecía tras los árboles y las lianas, tras las flores gigantescas que olían a carne podrida y los hongos y estiércol de esa cloaca tropical. Ellos conocían la enfermedad y la pesadilla porque vivían en aquel lugar donde el organismo florecía sin restricciones, con sus formas variadas y exóticas y su destino ineludible. «*Disentaría*», diagnosticó el médico. Conocían el camino a través de los pasillos de mampostería, las paredes rezumaban fango y se iban haciendo más mullidas con capas de musgo a medida que nos aproximábamos a la estancia central del templo sin nombre. Dentro del corazón en ruinas del templo había velas encendidas por todas partes; su luz parpadeante revelaba una variedad de estilos artísticos y ornamentales. Murales intrincados aparecían sobre las paredes, mezclándose con el fango y el moho de aquella cloaca tropical. Esculturas de todos los tamaños y formas se adivinaban entre las sombras húmedas y viscosas. En el centro de la estancia había un gran altar circular, un enorme mandala compuesto de innumerables joyas, piedras preciosas, o simples fragmentos de cristal que brillaban a la luz de las velas como una charca de mohos multicolores del fango.

Colocaron tu cuerpo sobre el altar; sabían qué hacer contigo (con nosotros): qué palabras pronunciar, qué canciones cantar y qué tratamientos esotéricos seguir. Era casi como si yo pudiera entender las cosas que entonaban con voces de torturada solemnidad. *Libera al yo que conoce la enfermedad del yo que no la conoce. Hay dos rostros que nunca deben enfrentarse. Hay sólo un cuerpo que debe luchar por contener ambos*. Y la garra fantasma de la enfermedad, aquella amebiasis, pareció cerrarse sobre mí mientras avanzaba por ese sendero estrecho que conducía a la choza de Severini situada a orillas del pantano de St. Alban. Dentro de la choza estaban todos los objetos de la exposición del Museo Imaginario, los cuadros que flanqueaban la madera húmeda de las paredes y las esculturas que se adivinaban entre las sombras a la luz de las velas que iluminaban la única estancia de aquel tugurio en ruinas. Había recreado con mi imaginación el interior de la choza de Severini muchas veces siguiendo las descripciones de los otros acerca de este lugar y su increíble habitante. Imaginé cómo podías olvidarte de ti mismo en un lugar así, cómo podías liberarte de

las pesadillas y los episodios delirantes que te atormentaban en otros lugares, incluso convirtiéndote en otra persona (o cosa) al entregarte por completo a las fluctuaciones del organismo a orillas del pantano de St. Alban. Necesitabas ese pantano porque te ayudaba a recrear con tu imaginación esa cloaca tropical (donde fuiste conducido *al interior* de la pesadilla), y necesitabas esas obras de arte para convertir la choza destartalada en aquel templo (donde se suponía que encontrarías la salida de la pesadilla). Pero, sobre todo, los necesitabas, a los otros, porque eran organismos empáticos. Yo, por el contrario, ahora era un organismo antagónico que no quería tener nada más que ver con tus tratamientos esotéricos y prácticas ilícitas. *Libera al yo que conoce la enfermedad del yo que no la conoce. Los dos rostros… un solo cuerpo*. Tú querías que ellos entraran en la pesadilla, aquellos que ni tan siquiera conocían la pesadilla como *nosotros* la conocíamos. Necesitabas que ellos y sus obras de arte entraran en la pesadilla del organismo hasta *su final definitivo*, para encontrar así tu camino de salida de la pesadilla. Pero no podías llegar al final definitivo de la pesadilla a menos que yo estuviera contigo, yo, que ahora era un organismo antagónico sin ninguna esperanza de encontrar una salida de la pesadilla. Estábamos en perpetua separación, un rostro del otro, luchando dentro del cuerpo —el organismo— que compartíamos.

No llegué a la choza esa noche; nunca entré en ella. Cuando caminaba por aquel sendero angosto envuelto en la niebla, me sentí febril («Amebiasis», dictaminó el médico que visité al día siguiente). Fue el rostro de Severini el que apareció en la choza esa noche, no el mío. Era siempre su rostro el que los otros veían las noches que venían de visita. Pero yo no estaba allí con ellos; es decir, mi rostro no estaba allí. Era su rostro el que vieron cuando estaban sentados entre las obras expuestas del Museo Imaginario. Pero fue mi rostro el que regresó a la ciudad; fue mi cuerpo, que ahora ya poseía del todo como un organismo que perteneciera sólo a mi rostro. Pero los otros nunca regresaron de la choza a orillas del pantano de St. Alban. Nunca volví a verlos después de esa noche, porque esa noche él se los llevó a la pesadilla, con las llamas de las velas parpadeando sobre las obras de arte y las formas fluctuantes que se les revelaban como una charca llena de serpientes retorciéndose o una masa de arañas recién eclosionadas. Él les mostró el camino hacia la pesadilla, pero no pudo enseñarles el camino de salida. No hay un camino de salida de la pesadilla cuando has penetrado lo suficiente en sus profundidades. Ahí es donde él se pierde para siempre, él y los otros que se ha llevado con él.

Pero no me llevó con él al pantano para que continuara mi existencia como un hongo o como una espuma de moho multicolor del fango. Así es como lo veo en mis *nuevos episodios delirantes*. Sólo en los momentos en que sufro alguna dolencia física o una confusión psíquica excesiva veo realmente cómo existe ahora, él y los otros. Porque nunca miré directamente los charcos de vida rezumante cuando me detuve frente a la choza a orillas del pantano de St. Alban. Estaba saliendo de la ciudad aquella noche cuando me paré y sólo permanecí allí el tiempo suficiente para

rociar el lugar de gasolina y prenderle fuego. Ardió con todo el fulgor de las pesadillas que todavía estaban expuestas en su interior, arrojando su luz sobre el pantano y dejando una imagen oscura de lo que quedaba allí: una inmensa y vaga sensación de esa enorme vida negra de la que todos hemos brotado y de la cual todos estamos hechos.

LA SOMBRA, LA OSCURIDAD

Aparentemente, Grossvogel nos había cobrado una cantidad *excesiva* de dinero por lo que nos ofrecía. Algunos (éramos alrededor de una docena) nos culpamos a nosotros mismos y nuestra propia estupidez en cuanto llegamos a aquel lugar, que un caballero mayor pulcramente vestido bautizó de inmediato como el «centro de ninguna parte». Ese mismo caballero, que unos días antes había anunciado a varias personas que abandonaba la poesía debido a lo que él consideraba una inmerecida falta de reconocimiento a la innovadora técnica de su «lírica hermética», prosiguió diciendo que un lugar como en el que nos encontrábamos era exactamente lo que deberíamos haber esperado, y probablemente, lo que nosotros, idiotas y fracasados, merecíamos. No teníamos ningún motivo para aspirar a nada más, explicó, que acabar en la ciudad muerta de Crampton, de hecho en una zona remota del país y del mundo, en una anodina estación del año entre un exuberante y brillante otoño y lo que prometía ser también un exuberante y brillante invierno. Estábamos atrapados, dijo, perdidos a efectos prácticos en una parte del país y del mundo donde todas las manifestaciones de esa lóbrega época del año, o más bien la *ausencia* de manifestaciones, resultaban evidentes en el paisaje que nos rodeaba, en el que todo estaba desnudo hasta los huesos y el patético vacío de formas en su estado puro resultaba tan brutalmente visible. Cuando comenté que aquel folleto de Grossvogel sobre la excursión o, como él la llamaba, «excursión físico-metafísica», no falseaba nuestro destino en el sentido estricto de la palabra, sólo recibí miradas iracundas por parte de algunos de la mesa donde estábamos sentados, así como de las mesas vecinas de la pequeña cafetería, casi diminuta, en la que todo el grupo se encontraba ahora reunido, llenando su aforo con la presencia de exóticos forasteros que, tras discutir durante unos segundos, simplemente observaban por las ventanas sumidos en un silencio sepulcral las calles vacías y los edificios desvencijados de la ciudad muerta de Crampton. La ciudad además fue descrita por alguien como un «abismo gris», y el que pronunció dicha frase en esta ocasión era un individuo esquelético que siempre se presentaba como un «académico proscrito». Esta autodesignación solía propiciar preguntas sobre su significado, tras lo cual y con muchas palabras, el hombre abundaba acerca de cómo su incapacidad de sesgar su pensamiento para ajustarlo a los cánones, como los denominaba, del «mercado intelectual», además de su incapacidad para ocultar sus estudios y metodologías heterodoxas, habían dado como resultado su permanente incapacidad de asegurarse un puesto en una institución académica reputada, o en cualquier clase de institución o centro de negocios. Así pues, según su punto de vista, su fracaso se debía más o menos a su definitiva excelencia, y éste era un sentimiento compartido por los que estábamos allí repartidos en las pocas mesas y en taburetes junto a la barra de aquella cafetería en miniatura, quejándonos de que Grossvogel nos había cobrado demasiado y que hasta cierto

punto había falseado en su folleto el valor y propósito de la excursión a la ciudad muerta de Crampton.

Tras sacar mi folleto de Grossvogel del bolsillo de atrás de mis pantalones, desplegué sus hojas y las coloqué delante de los otros tres que estaban sentados a la misma mesa que yo. Luego saqué mis frágiles gafas de leer del bolsillo del viejo cárdigan que llevaba bajo mi chaqueta, incluso más vieja, para examinar aquellas páginas una vez más y confirmar así las sospechas que había tenido sobre su significado.

—Si estás buscando la letra pequeña… —dijo el hombre sentado a mi izquierda, un «fotógrafo retratista» que solía sufrir ataques de tos en cuanto empezaba a hablar, como le ocurrió en esta ocasión.

—Lo que creo que iba a decir mi amigo —dijo el hombre sentado a mi derecha —, es que hemos sido víctimas de una estafa sutil e intrincada. Digo esto por él, porque así es como funciona su mente, ¿me equivoco?

—Una *estafa metafísica* —confirmó el hombre a mi izquierda, que había dejado de toser por el momento.

—En efecto, una estafa metafísica —repitió el otro hombre en tono un tanto burlón—. Nunca me habría imaginado a mí mismo engañado por algo así, teniendo en cuenta mi experiencia y mi campo concreto de conocimientos. Pero esto, por supuesto, es parte de una trama sutil e intrincada.

Aunque sabía que el hombre a mi derecha era el autor de un tratado filosófico inédito titulado *Una investigación sobre la conspiración contra la especie humana*, no estaba seguro de qué quiso decir cuando mencionó su «experiencia y campo concreto de conocimientos». Antes de que pudiera preguntarle sobre este asunto, fui descaradamente interrumpido por la mujer sentada frente a mí.

—El señor Reiner Grossvogel es un farsante, así de simple —dijo lo suficientemente alto para que todos los que estábamos en la cafetería pudiéramos escucharlo—. Estoy al tanto de su naturaleza de farsante desde hace tiempo, como ya sabéis. Incluso antes de lo que él denomina su «experiencia metamórfica», o como lo llame…

—Recuperación metamórfica —dije, a modo de corrección.

—Magnífico… su recuperación metamórfica, sea lo que sea que signifique. Incluso antes de eso podía ver que el individuo tenía todas las trazas de ser un fraude. Sólo necesitaba la conjunción apropiada de circunstancias para sacar ese rasgo de su interior. Y entonces llegó esa enfermedad supuestamente casi mortal que dice que le condujo a esa, me cuesta pronunciarlo, *recuperación metamórfica*. Después de eso fue capaz de emplear todos sus talentos desaprovechados para convertirse en el farsante que siempre había estado destinado a ser y siempre quiso ser. Me uní a esta absurda excursión, o lo que sea, sólo por la satisfacción de ver a los demás descubrir lo que siempre he sabido y siempre he mantenido sobre Reiner Grossvogel. Todos sois mis testigos.

Tras lo cual calló y sus ojos arrugados y excesivamente maquillados examinaron nuestros rostros y los de los demás presentes en la cafetería buscando confirmación a sus palabras.

Conocía a aquella mujer sólo por su nombre profesional de señora Ángela. Hasta hacía poco regentaba lo que entre los de nuestro círculo denominábamos una «cafetería psíquica» que, además de otros productos y servicios, era popular por los excelentes pasteles que ella misma horneaba, o al menos eso decía, fuera del local. Sin embargo, el negocio nunca pareció prosperar, ni gracias a su reclamo de lecturas psíquicas, que eran realizadas por varias personas empleadas por la señora Ángela, ni gracias a sus excelentes tartas y un café de precio un tanto excesivo. Fue la señora Ángela la primera que se quejó de la calidad tanto del servicio como de la frugal comida que nos ofrecieron en la cafetería de Crampton. Poco después de que llegáramos esa tarde y nos refugiáramos en lo que parecía ser el único local abierto en la ciudad, la señora Ángela llamó a la joven camarera, cuya única tarea era ocuparse de nuestro grupo.

—Este café sabe increíblemente amargo —le gritó a la chica, que iba vestida con lo que parecía ser un uniforme blanco totalmente nuevo—. Y estos donuts están rancios, todos ellos. ¿Qué clase de lugar es éste? Mucho me temo que esta ciudad y todo lo que contiene es un fraude.

Cuando la chica se acercó a nuestra mesa y se quedó frente a nosotros, advertí que su uniforme se parecía más al de una enfermera que al de una camarera de cafetería. En concreto, me recordaba a los uniformes que había visto que llevaban las enfermeras del hospital donde Grossvogel fue tratado de lo que en apariencia era una enfermedad muy grave, pero de la que finalmente se recuperó. Mientras la señora Ángela reprendía a la camarera por la calidad del café y los donuts que nos habían servido y que estaban incluidos en el pack de viaje que describía el folleto de Grossvogel como la «excursión físico-metafísica definitiva», me puse a revisar mis recuerdos sobre Grossvogel en aquel hospital austero y anticuado donde había sido tratado, aunque brevemente, unos dos años antes de nuestra visita a la ciudad muerta de Crampton. Había sido ingresado en el edificio por la sala de urgencias, que no era más que la entrada trasera de lo que, más que un hospital propiamente dicho, era más bien una clínica improvisada instalada en un viejo edificio del deteriorado barrio donde Grossvogel y la mayoría de aquellos que lo conocíamos nos veíamos forzados a vivir debido a nuestros modestos medios económicos. Yo mismo fui quien lo llevó en taxi hasta la sala de urgencias y quien proporcionó toda la información pertinente relacionada con Grossvogel a la mujer del mostrador de ingresos, ya que él no estaba en condiciones de hacerlo por sí mismo. Más tarde, expliqué a la enfermera (a quien no podía evitar ver simplemente como una auxiliar de urgencias vestida de enfermera, teniendo en cuenta su aparente falta de experiencia médica) que Grossvogel había sufrido un síncope en una galería de arte local durante una modesta exposición de su obra. Informé a la enfermera de que ésta era su primera experiencia

tanto en exponer públicamente su obra como en ser víctima de un síncope. Sin embargo, no mencioné que la galería de arte a la que me refería podría haber sido más apropiadamente descrita como un local comercial vacío que de vez en cuando se limpiaba y era usado para exposiciones o actuaciones artísticas de distinto tipo. Informé a la enfermera de que Grossvogel se había estado quejando durante toda la velada de dolores abdominales, y luego se lo repetí a uno de los médicos de urgencias, que también me dio la impresión de que era un auxiliar médico en lugar de un verdadero doctor en medicina. La razón de que esos dolores abdominales hubieran ido en aumento a lo largo de la velada, comenté tanto a la enfermera como al médico, quizás fuera la creciente ansiedad que atenazaba a Grossvogel al ver su obra expuesta por primera vez, ya que era conocida por todos su inseguridad respecto a su talento como artista, en mi opinión con razones fundadas. Por otro lado, también podría estar involucrado algún grave desarreglo orgánico, admití mientras hablaba con la enfermera y más tarde con el médico. En cualquier caso, Grossvogel se desmayó en la galería de arte y no era capaz de hacer nada más que gruñir de forma lastimera y, en honor a la verdad, un tanto irritantemente desde entonces.

Después de escuchar mi relato del síncope de Grossvogel, el médico ordenó al artista que se echara en una camilla que había al final de un pasillo mal iluminado, mientras el propio doctor y la enfermera se marchaban en dirección contraria. Me quedé junto a Grossvogel durante el tiempo en el que estuvo echado en la camilla entre las penumbras de aquella clínica improvisada. Ya eran altas horas de la noche para entonces y los gemidos de Grossvogel se aplacaron levemente, pero sólo para ser reemplazados por lo que entendí en aquel momento como una serie de frases delirantes. Durante el transcurso de este delirio retórico, el artista mencionó en varias ocasiones algo que denominaba la «sombra que todo lo invade». Le dije que sólo era la pobre iluminación del pasillo, y mis propias palabras me sonaron de alguna manera delirantes debido a la fatiga causada por los sucesos de esa noche, tanto en la galería de arte como en la sala de urgencias de aquel escabroso hospital. Después de eso, simplemente me quedé allí escuchando a Grossvogel murmurando a intervalos, pero me resistía a responder a sus delirantes frases cada vez más elaboradas sobre «la sombra que todo lo invade y hace que las cosas sean lo que no habrían sido», o «la oscuridad que todo lo mueve y hace que las cosas hagan lo que no habrían hecho».

Después de escuchar los delirios de Grossvogel durante casi una hora, advertí que el médico y la enfermera estaban ahora reunidos en la otra punta de aquel pasillo oscuro. Parecían estar consultándose algo, y de vez en cuando uno de ellos miraba en la dirección donde yo estaba de pie junto al postrado y susurrante Grossvogel. Me pregunté cuánto tiempo continuarían con lo que me parecía una pantomima médica, una bufonada clínica, mientras el artista seguía allí echado gimiendo, y ahora farfullando sobre el tema de la sombra y la oscuridad. Quizás me quedara traspuesto durante unos segundos, porque me dio la impresión de que la enfermera apareció de la nada a mi lado, mientras que el médico se había esfumado. El uniforme blanco de

la enfermera parecía casi brillar en las lúgubres sombras de aquel pasillo.

—Ya puede irse a casa —me dijo—. Su amigo va a ser ingresado en el hospital.

Luego empujó la camilla de Grossvogel hacia las puertas de un ascensor al final del pasillo. En cuanto se aproximó a las puertas del ascensor, éstas se abrieron rápida y silenciosamente, derramando una luz muy brillante al oscuro pasillo. Cuando las puertas se abrieron del todo, pude ver al médico allí dentro. Tiró de la camilla de Grossvogel y lo metió en el ascensor brillantemente iluminado mientras la enfermera empujaba la camilla por detrás. En cuanto estuvieron los tres dentro, las puertas del ascensor se cerraron rápida y silenciosamente, y el pasillo en el que todavía me encontraba me pareció aún más oscuro y más lleno de sombras que antes.

Al día siguiente fui al hospital a visitar a Grossvogel. Había sido ubicado en una pequeña habitación privada en una de las lejanas esquinas de la planta más alta. Mientras me dirigía hacia la habitación buscando el número que me habían dado en el mostrador de información de la planta baja, tuve la impresión de que ninguna otra de las habitaciones de esa planta estaba ocupada por pacientes. Sólo cuando encontré el número que buscaba, miré dentro y vi una cama ocupada, incluso obviamente ocupada, ya que Grossvogel era un individuo bastante corpulento que llenaba a lo largo y a lo ancho el viejo colchón hundido. Parecía un gigante tendido en aquel colchón institucional demasiado pequeño, dentro de aquella habitación demasiado pequeña y sin ventanas. Apenas había espacio para pasar entre la pared y el lateral de la cama del artista, que parecía seguir en el mismo estado delirante de la noche anterior. No daba ninguna señal de ser consciente de que yo estaba en la misma habitación, aunque estábamos tan cerca que yo me encontraba prácticamente encima de él. Incluso después de pronunciar su nombre varias veces, su llorosa mirada no delató ningún signo de reconocimiento. Sin embargo, me disponía ya a abandonar la habitación cuando pegué un respingo al sentir que Grossvogel me agarraba con fuerza del brazo con su enorme mano izquierda, que era la mano que usaba para pintar y dibujar las obras que había expuesto en la galería de arte la noche anterior.

—Grossvogel —dije esperanzado, creyendo que al fin me respondería, aunque sólo fuera para hablar de la sombra que todo lo invade (y que hace que las cosas sean lo que no habrían sido) y la oscuridad que todo lo mueve (y que hace que las cosas hagan lo que no habrían hecho). Pero unos segundos más tarde su mano quedó inerte y cayó de mi brazo sobre el borde del colchón institucional deformado en el que su cuerpo volvía a yacer inmóvil e indiferente.

Tras unos segundos, salí de la habitación privada de Grossvogel y me dirigí al puesto de la enfermera en la misma planta del hospital para preguntar por el estado médico del artista. La única enfermera de turno escuchó mi petición y consultó una carpeta con el nombre de Reiner Grossvogel mecanografiado en una de las esquinas superiores. Tras examinarme más tiempo a mí que las páginas relacionadas con la salud del artista, la mujer se limitó a decirme:

—Su amigo está en observación.

—¿Es eso todo lo que puede decirme? —pregunté.

—Todavía no tenemos los resultados de los análisis. Puede preguntar por ellos más tarde.

—¿Más tarde hoy mismo?

—Sí, más tarde hoy mismo —dijo, al tiempo que cogía la carpeta de Grossvogel y se metía en otro cuarto. Escuché el chirrido del cajón de un viejo archivador abriéndose y luego cerrándose con fuerza. Por algún motivo me quedé allí esperando a que la enfermera saliera del cuarto donde había guardado el historial médico de Grossvogel. Por fin, me di por vencido y regresé a casa.

Cuando llamé al hospital más tarde ese mismo día, me informaron de que Grossvogel había sido dado de alta.

—¿Se ha ido a casa? —pregunté, ya que era lo único que se me ocurrió en ese momento.

—No sabemos adónde ha ido —contestó la mujer al teléfono antes de colgarme.

Pero nadie sabía adónde había ido Grossvogel, porque no se encontraba en su casa y ninguna persona de nuestro círculo de amistades sabía dónde estaba.

Habían pasado ya varias semanas, quizás más de un mes, tras el alta del hospital de Grossvogel y su aparente desaparición, cuando algunos coincidimos, por pura casualidad, en la galería de arte donde el artista se desmayó durante la inauguración de su primera exposición. A estas alturas, incluso yo había dejado de preocuparme por Grossvogel o por el hecho de que hubiera desaparecido sin previo aviso. En efecto, él no era el primero en hacer algo así entre nuestro círculo de amistades, todas ellas con vidas más o menos inestables, en ocasiones personas peligrosamente explosivas que tal vez se involucraban en actividades de dudosa moralidad por el bien de alguna visión artística o intelectual, o simplemente por pura desesperación espiritual. Creo que la única razón por la que alguno de nosotros mencionábamos de vez en cuando el nombre de Grossvogel mientras deambulábamos por la galería de arte aquella tarde, fue el hecho de que sus obras todavía permanecieran expuestas, y allá a donde miráramos nos encontrábamos con alguna de sus pinturas o dibujos que, en el folleto que acompañaba a la exposición, yo mismo había escrito que eran «expresiones artísticas de un visionario de singular talento», cuando de hecho eran todas sin excepción muestras bastante mediocres de la clase de sinsentido artístico que, por razones desconocidas por todos los concernidos, ocasionalmente reportan fama o incluso un cierto prestigio a su creador.

—¿Qué se supone que debo hacer con todos estos trastos? —se quejó la mujer, propietaria o tal vez sólo arrendataria del edificio comercial en el que se había instalado la galería de arte.

Estaba a punto de decirle que yo me responsabilizaba de retirar las obras de Grossvogel de la galería, y quizás incluso almacenarlas en algún lugar durante un tiempo, cuando el tipo esquelético que siempre se presentaba como un académico proscrito terció sugiriendo a la nerviosa propietaria (o, al menos, directora) de la

galería de arte que debería enviarlos al hospital donde Grossvogel había «sido tratado supuestamente» tras el síncope. Cuando pregunté por qué había usado la palabra «supuestamente», contestó:

—Llevo ya tiempo sospechando que se trata de una institución bastante sospechosa, y no soy el único que alberga esta sospecha.

Luego le pregunté si existía alguna base creíble para tal sospecha, pero él se limitó a cruzar sus brazos esqueléticos y a mirarme como si acabara de insultarle de alguna manera.

—Señora Ángela —dijo a la mujer que estaba de pie junto a él examinando uno de los cuadros de Grossvogel como si estuviera pensando seriamente en comprarlo.

En esa época, la cafetería psíquica de la señora Ángela todavía no había resultado ser un fracaso, y posiblemente pensaba que las obras de Grossvogel, aunque bastante mediocres desde un punto de vista artístico, tal vez podrían complementar el ambiente de su local, donde los clientes podían sentarse a las mesas y recibir ayuda de los consejeros psíquicos mientras degustaban las variedades de su excelente pastelería.

—Deberías escuchar lo que dice él sobre ese hospital —me dijo la señora Ángela sin apartar la mirada del cuadro de Grossvogel—. He mantenido una firme convicción respecto a ese lugar durante mucho tiempo. Algunas cuestiones relacionadas con esa institución son extremadamente sinuosas.

—*Sospechosas* —le corrigió el académico proscrito.

—Sí —respondió la señora Ángela—. Desde luego no es un lugar en el que me gustaría encontrarme al despertar.

—Escribí un poema sobre ello —dijo el caballero pulcramente vestido que había estado merodeando por la galería, sin duda a la espera del momento más propicio para abordar a la propietaria o arrendataria del local y persuadirla para organizar lo que él siempre andaba vendiendo como una «velada de lecturas herméticas», en la cual por supuesto se otorgaría un lugar prominente a sus obras—. Una vez recité aquel poema para usted —dijo, dirigiéndose a la propietaria de la galería.

—Sí, usted me lo recitó —contestó ella sin apenas vocalizar.

—Lo escribí tras haber sido tratado en la sala de urgencias de aquel lugar a altas horas de la noche —explicó el poeta.

—¿Qué le pasaba? —le pregunté.

—Oh, nada serio. Volví a casa tan sólo unas horas más tarde. Me congratula decir que nunca me ingresaron como paciente. Era, citando mi poema sobre el tema, el «núcleo de lo abismal».

—Todo eso suena muy bien —dije—. Pero ¿sería posible que habláramos en términos más explícitos?

Sin embargo, antes de que pudiera obtener una respuesta del hombre que se autodenominaba escritor de líricas herméticas, la puerta de la galería de arte se abrió de repente con una fuerza sorprendente que todos reconocimos de inmediato. Unos

segundos más tarde teníamos de pie ante nosotros la corpulenta figura de Reiner Grossvogel. En general, físicamente parecía ser la misma persona que recordaba antes de su desmayo en la galería a no más de unos metros de donde yo estaba ahora apostado, y no quedaba ni rastro de aquella criatura delirante y gimiente a quien llevé en taxi al hospital para ser atendido de urgencia. Sin embargo, sí parecía haber algo diferente en él, un cambio sutil pero profundo en la forma en la que miraba lo que había ante él: mientras la mirada característica del artista en el pasado era alicaída o nerviosamente huidiza, ahora sus ojos parecían totalmente centrados e imbuidos de una calmada determinación.

—Me voy a llevar todo esto —dijo, señalando con un gesto amplio pero sutil las obras de arte que llenaban la galería, de las que no se había vendido ninguna la noche de inauguración de la exposición ni durante el periodo siguiente a su desaparición—. Les agradecería su ayuda, si me la ofrecieran.

Comenzó a descolgar los cuadros y los dibujos de las paredes.

El resto nos unimos a él en la tarea sin preguntar ni comentar nada, y cargados con obras de arte grandes y pequeñas le seguimos fuera de la galería hacia una camioneta desvencijada aparcada frente al local. Grossvogel lanzó sin miramientos sus obras a la parte trasera de la camioneta alquilada, o posiblemente tomada prestada (ya que jamás se había visto al artista con ningún tipo de vehículo antes de ese día), sin ninguna precaución por evitar daños que pudieran afectar a lo que en otro tiempo consideró la cumbre de su producción artística hasta el momento. Hubo unos segundos de duda por parte de la señora Ángela, que quizás todavía estaba considerando qué tal quedaría una o más de esas obras en su local, pero al final se puso también a sacar las obras de Grossvogel de la galería y a lanzarlas a la parte trasera de la camioneta donde se apilaban como si fueran basura, hasta que las paredes y el suelo de la galería se vieron totalmente limpios y el lugar quedó convertido en un local comercial cualquiera. Entonces, Grossvogel se subió a la camioneta mientras el resto permanecíamos mirándolo en sorprendido silencio fuera de la galería de arte vacía. Tras sacar la cabeza por la ventanilla de la camioneta prestada, llamó a la directora de la galería. Ella se acercó a la parte del conductor de la camioneta e intercambió unas cuantas palabras con el artista antes de que arrancara el motor del vehículo y se marchara. La directora regresó donde estábamos en la acera y nos anunció a todos que, en unas pocas semanas, habría una segunda exposición de la obra de Grossvogel en la galería.

Éste fue el mensaje que se extendió por el círculo de personas con el que yo me relacionaba por aquel entonces: que Grossvogel, tras sufrir un colapso físico debido a una enfermedad sin diagnosticar en la primera exposición con escaso éxito de sus obras, ahora iba a realizar una segunda exposición, y por ello había despejado de forma sumaria la galería de arte de esos cuadros mediocres ya expuestos al público y los había arrojado a la parte trasera de una camioneta.

La nueva exposición de Grossvogel fue sorprendentemente bien publicitada por la

propietaria de la galería de arte, la cual esperaba sacar beneficio con la venta de las que se decía un tanto torpemente, y citando una frase de la octavilla promocional del evento, «las obras radicales y revisionistas del célebre visionario artístico Reiner Grossvogel». Sin embargo, debido a las circunstancias que rodearon tanto la exposición previa como las venideras, todo el asunto se transformó casi inmediatamente en una telaraña de indiscreciones y especulaciones delirantes y, en ocasiones, escabrosas. Esta evolución de los acontecimientos estaba en total conformidad con la naturaleza de aquellos que formábamos aquel círculo de artistas e intelectuales escépticos, por no decir retorcidos, entre los cuales yo me había convertido de forma inesperada en una figura central. Después de todo, fui yo quien llevó a Grossvogel al hospital tras el colapso que sufrió en la primera exposición de sus obras, y era el hospital —ya de por sí de dudosa reputación, como descubrí— lo que destacaba tan prominentemente dentro de la maraña de chismorreos y especulaciones sobre la próxima exposición de Grossvogel. Incluso se habló de algunos tratamientos y medicamentos especiales a los que se había sometido el artista durante su breve reclusión en esa institución, los cuales explicarían su inexplicable desaparición y posterior reaparición con el fin de perpetrar lo que muchos asumieron que sería una asombrosa «consciencia artística». Sin duda fue esa expectación, esa ansia desesperada por algo flamantemente novedoso y de una imaginación espléndida y colorida (y que, en las mentes de algunas personas impresionables, prometía exceder el ámbito de lo estético, sobrepasando incluso los límites de la expresión artística) lo que hizo que nuestro círculo aceptara la naturaleza heterodoxa de la nueva exposición de Grossvogel, y también explicaba el hundimiento emocional que provocó en todos los que asistimos aquella noche a la inauguración de la exposición.

Y, de hecho, lo que ocurrió en la galería aquella noche no se asemejaba en absoluto a la clase de exposiciones a las que estábamos acostumbrados: el espacio y las paredes de la galería seguían tan desnudos como el día en el que apareció Grossvogel con una camioneta para trasladar todas las obras de su antigua exposición, mientras que la nueva, como supimos poco después de llegar, iba a tener lugar en la pequeña trastienda del local. Además, nos cobraron una entrada bastante elevada para acceder a aquella pequeña estancia, que estaba iluminada sólo por unas pocas bombillas de muy pocos vatios y que colgaban aquí y allá del techo. Una de las bombillas colgaba en uno de los rincones de la habitación, directamente encima de una pequeña mesa con un retal de sábana por encima que ocultaba algo que abultaba. Partiendo desde ese rincón con su tenue bombilla y pequeña mesa, se extendían varias hileras holgadas de sillas plegables. Estos incómodos asientos fueron ocupados por aquellos de nosotros, alrededor de una docena, que aceptamos pagar la elevada tarifa por lo que parecía ser un evento más al estilo de una representación teatral primitiva que una exposición de arte. Podía oír a la señora Ángela en uno de los asientos detrás de mí diciendo una y otra vez a los que la rodeaban: «¿Qué demonios es esto?» Finalmente se inclinó hacia delante y me dijo: «¿Qué se piensa Grossvogel

que está haciendo? Tengo entendido que va hasta las cejas de medicamentos desde su estancia en aquel hospital». Sin embargo, el artista parecía estar lo suficientemente lúcido cuando unos segundos más tarde se abrió paso por las hileras de sillas plegables y se situó junto a la mesa pequeña con el retal de sábana por encima y la bombilla de pocos vatios que colgaba arriba. En el rincón más remoto de la trastienda de la galería, el corpulento Grossvogel parecía casi un gigante, como cuando lo vi echado sobre aquel colchón institucional de la habitación privada del hospital. Incluso su voz, que normalmente era baja e incluso un tanto susurrante, sonó fuerte cuando comenzó a hablarnos.

—Gracias a todos por venir esta noche —comenzó—. Esto no nos llevará mucho tiempo. Sólo tengo unas cuantas cosas que deciros y luego algo que me gustaría mostraros. Realmente es un verdadero milagro que pueda estar ahora ante vosotros y hablar de esta manera. No hace mucho, como algunos de vosotros recordaréis, sufrí un ataque terrible en esta misma galería de arte. Espero que no os importe que os comente algunas cuestiones sobre la naturaleza de este ataque y sus consecuencias, son cosas que considero esenciales para apreciar lo que tengo que mostraros esta noche.

»Bueno, comenzaré diciendo que el ataque que sufrí en esta galería de arte durante la noche de la inauguración de una exposición de mis obras se debió a una simple convulsión gastrointestinal, aunque fue un episodio severo. Durante algún tiempo, esta convulsión gastrointestinal, resultado de un trastorno de mi sistema digestivo, había estado expandiéndose en mi interior. A lo largo de un periodo de varios años, este trastorno evolucionó progresiva e insidiosamente, a un nivel, en las profundidades de mi cuerpo y, a otro del todo distinto, en la faceta más oscura de mi ser. Este periodo coincidió con (y de hecho fue consecuencia directa de) mi implicación con la creación de obras de arte… mi intenso deseo de hacer arte, o dicho de otra manera, el deseo de *hacer algo* y el deseo de *ser* algo, es decir, un artista. Durante este periodo del que hablo —y, en ese sentido, durante toda mi vida— estaba intentando *hacer algo con mi mente*, en concreto crear obras de arte por el único medio posible que creía tener a mi alcance, que era usar mi mente, o mi imaginación o mis *facultades creativas*, alguna fuerza o pulsión de lo que la gente llamaría alma o espíritu o simplemente un yo personal. Pero cuando me encontré derrumbado en el suelo de esta galería de arte y más tarde en el hospital, experimentando aquel dolor agónico abdominal, me abrumó el hecho de ser consciente de que no tenía mente o imaginación que pudiera usar, de que no había nada a lo que pudiera llamar alma o yo… todas esas cosas eran sinsentidos y sueños. Fui consciente, durante mi grave trastorno gastrointestinal, de que la única cosa que poseía alguna existencia era este cuerpo mío más grande de lo normal. Y me di cuenta entonces de que este cuerpo no tenía otra cosa que *hacer* que experimentar el dolor físico y de que no había nada que pudiera *ser* a excepción de lo que era… ni un artista ni un creador de ningún tipo, sino sólo una masa de carne, una red de tejidos y huesos y demás, sufriendo las

agonías de un trastorno del sistema digestivo, y que cualquier cosa que no proviniera de estos hechos, en especial la producción de obras de arte, era profunda y absolutamente *falsa e irreal*. Al mismo tiempo, también fui consciente de la fuerza que había tras mi intenso deseo de hacer algo y ser algo, en concreto, mi deseo de crear obras de arte falsas e irreales. En otras palabras, fui consciente de lo que en realidad *activaba* mi cuerpo. Esta consciencia no fue aprehendida con mi mente o mi imaginación, y sin duda tampoco a través de algún medio como mi alma o mi yo, los cuales no son más que sinsentidos y sueños. Esta consciencia de lo que activaba mi cuerpo y sus deseos se logró por el único medio posible: por medio del propio cuerpo humano y sus órganos sensoriales. Ésta es la manera exacta en la que el mundo de los cuerpos no humanos siempre ha funcionado y lo hace mucho mejor que el mundo de los cuerpos humanos, que siempre se halla obstaculizado por todas esas tonterías que nos inventamos acerca de tener mentes y almas y yoes. El mundo de los cuerpos no humanos se halla activado directamente siguiendo las órdenes de esa fuerza terrible que subyace en toda existencia y que sólo desencadena unos pocos y simples deseos, ninguno de los cuales tiene que ver con un sinsentido o ensoñación tal como crear obras de arte o ser artista, o hacer o ser algo como estas cosas profundamente falsas e irreales. Así pues, el mundo de los cuerpos no humanos jamás precisa experimentar el dolor de perseguir deseos falsos e irreales porque tal sentimiento no posee ninguna relevancia para esos cuerpos y nunca brota en ellos.

Antes de continuar con la charla introductoria que conformaba la primera parte de la exposición de arte o, como yo suponía, representación artística, Grossvogel se calló y durante unos segundos pareció examinar los rostros de la escasa audiencia sentada en la trastienda de la galería. Lo que él nos había expresado sobre su cuerpo y sus disfunciones digestivas era en general bastante comprensible, aunque ciertas ideas que comentó entonces parecían cuestionables y su discurso general un tanto anodino. Sin embargo, aceptamos las palabras de Grossvogel, creo, porque pensamos que nos llevaba con ellas a otra fase, posiblemente más atractiva, de su experiencia, que, de alguna manera, ya sospechábamos que no estaba totalmente separada de la nuestra propia, nos identificáramos o no con su peculiar naturaleza gastrointestinal. Por lo tanto, permanecimos en silencio, casi con respeto, considerando el desarrollo heterodoxo de aquella velada, mientras Grossvogel continuaba con lo que debía contarnos antes de que llegara el momento de desvelar lo que había traído para mostrárnoslo.

—Es todo tan… tan simple —continuó el artista—. Nuestros cuerpos son sólo una manifestación de la energía, la *fuerza activadora* que imprime movimiento a todos los objetos, a todos los cuerpos de este mundo y les permite existir de la manera en que lo hacen. Esta fuerza activadora es algo parecido a una sombra que no está en el exterior de los cuerpos de este mundo, sino que está *dentro* de todo e invade a fondo todas las cosas… una oscuridad omnipotente sin sustancia pero que mueve todos los objetos de este mundo, incluyendo aquellos objetos que llamamos nuestros

cuerpos. Mientras me encontraba en las garras de mi episodio gastrointestinal en el hospital donde me trataron, descendí, por decirlo de alguna manera, hasta ese profundo abismo de entidad donde podía sentir cómo esta sombra, esta oscuridad, activaba mi cuerpo. También podía oír su movimiento, no sólo dentro de mi cuerpo sino también en todo lo que me rodeaba, porque el sonido que emitía no era el sonido de mi cuerpo… era el sonido de esta sombra, esta oscuridad, el cual no se parece a ningún otro sonido. Asimismo, podía detectar el funcionamiento de esta fuerza penetrante —y que todo lo mueve— a través del sentido del olfato y el sentido del gusto, así como por el sentido del tacto con el que mi cuerpo está equipado. Finalmente, abrí los ojos, porque durante la mayor parte de este trauma agónico de mi sistema digestivo mis párpados habían permanecido cerrados por el dolor. Y cuando abrí los ojos descubrí que podía ver cómo todo lo que me rodeaba, incluyendo mi propio cuerpo, estaba activado desde dentro por esta sombra penetrante, esta oscuridad que todo lo mueve. Y nada tenía el aspecto que había tenido siempre. Antes de esa noche jamás había experimentado el mundo tan sólo por medio de mis órganos sensoriales, los cuales son el punto directo de contacto con ese abismo profundo de la entidad al que yo llamo la sombra, la oscuridad. Mis obras falsas e irreales como artista eran simplemente la prueba de lo que tramaba en mi mente o mi imaginación, y son en esencia invenciones irreales y sin sentido que sólo interfieren con el funcionamiento de nuestros sentidos. Creí que esas obras de arte reflejaban de alguna manera la naturaleza de mi yo o mi alma, cuando en realidad tan sólo reflejaban mis deseos desquiciados e inútiles de *hacer* algo y de *ser* algo, lo cual siempre significa hacer y ser algo falso e irreal. Como todos los demás, estos deseos habían sido activados por la misma sombra penetrante, la oscuridad que todo lo mueve y que, debido a la agonía autoaniquiladora de mi trastorno gastrointestinal, ahora pude experimentar directamente por medio de mis órganos sensoriales y sin la interferencia de mi mente imaginaria o mi yo imaginario.

»Debo confesar que antes de mi colapso físico en esta misma galería de arte, sufrí un colapso psíquico… un colapso de algo falso e imaginario, de algo sin sentido e irreal, aunque por supuesto todo me parecía muy genuino y real en esos momentos. Este colapso de mi mente y mi yo fue el resultado de la mala acogida que estaban teniendo mis obras de arte por aquellos que asistieron a la noche de inauguración de mi primera exposición, del profundo fracaso de mis creaciones artísticas, miserablemente infructuosas incluso en la esfera de las creaciones artísticas falsas e irreales. Esta exposición sin éxito me demostró lo mucho que habían fracasado mis esfuerzos por convertirme en un artista. Todos los presentes en la exposición podían ver la mediocridad de mis obras de arte y yo podía verlos a todos siendo testigos de mi absoluto fracaso como artista. Ésta fue la crisis psíquica que precipitó mi crisis física y el colapso de mi cuerpo con espasmos de tormento gastrointestinal. En cuanto mi mente y mi sentido personal del yo se derrumbaron, lo único que continuó funcionando fueron mis órganos físicos sensoriales, por medio de los cuales fui capaz

por primera vez de experimentar directamente ese abismo profundo de la entidad que es la sombra, la oscuridad que había activado mi intenso deseo de tener éxito *haciendo* algo y *siendo* algo, y por lo tanto también había activado mi cuerpo al moverse en este mundo, al igual que todos los cuerpos son igualmente activados. Y lo que experimenté a través de mis canales sensoriales —el espectáculo de la sombra dentro de todo, la oscuridad que todo lo mueve— fue tan atroz que estuve seguro de que iba a dejar de existir. De alguna manera, debido a como ahora funcionaban mis sentidos, especialmente mi sentido de la vista, en efecto dejé de existir tal como existía antes de esa noche. Sin la interferencia de mi mente y mi imaginación, de todo aquel sueño absurdo sobre mi alma y mi yo, me vi obligado a ver las cosas bajo el prisma de la sombra en su interior, de la oscuridad que las activaba. Y era absolutamente atroz, mucho más de lo que mis palabras podrían expresaros.

Sin embargo, Grossvogel continuó explicando en detalle, a todos los que habíamos pagado el precio desorbitado para ver su representación, la forma atroz en la que se vio obligado a ver el mundo a su alrededor, incluyendo su propio cuerpo sufriendo un trastorno gastrointestinal, y a confirmar su convicción de que esa visión de las cosas pronto sería la causa de su muerte, a pesar de las medidas tomadas para salvarlo durante su estancia en el hospital. Grossvogel estaba convencido entonces de que su única esperanza de sobrevivir era perecer completamente, en el sentido de que la persona (o la mente o el yo) que antes fue Grossvogel realmente cesara de existir. Esta condición necesaria para sobrevivir, afirmó, impulsó a su cuerpo físico a someterse a una «recuperación metamórfica». En cuestión de horas, nos contó Grossvogel, dejó de sufrir los síntomas de aquellos terribles dolores abdominales que iniciaron la crisis, y además era capaz de tolerar la forma en la que ahora se veía forzado permanentemente a ver las cosas, como él decía, «bajo el prisma de la sombra en su interior, de la oscuridad que los activaba». Como la persona que había sido Grossvogel había perecido, tal como nos explicó Grossvogel, el cuerpo de Grossvogel pudo continuar existiendo como un *organismo exitoso* impasible ante los tormentos imaginarios que en el pasado le fueron infligidos por su mente ficticia y su yo falso e irreal. Tal como lo expresó: «Ya no *pierdo el tiempo* conmigo mismo o con mi mente». Lo que los presentes veíamos ahora ante nosotros, dijo, era el cuerpo de Grossvogel hablando con la voz de Grossvogel y usando la circuitería neurológica de Grossvogel, pero sin la interferencia del «personaje imaginario» conocido como Grossvogel: todas sus palabras y acciones, dijo, emanaban ahora directamente de esa misma fuerza que nos activa a cada uno de nosotros, si tan sólo pudiéramos comprenderlo de la misma manera en la que él había sido obligado a hacerlo para mantener su cuerpo vivo. El artista enfatizó con ese espantoso tono de calma que en ningún sentido él había elegido su singular camino de recuperación. Nadie elegiría de forma voluntaria tal cosa, afirmó. Todo el mundo prefiere continuar su existencia como una mente y un yo, por mucho dolor que les cause, o por muy falso e irreal que pueda ser, que tener que enfrentarse a la cruda y obvia realidad de ser sólo un cuerpo

movido por esta fuerza inconsciente sin mente ni alma que él llamaba la sombra, la oscuridad. No obstante, Grossvogel nos reveló que ésa era exactamente la realidad que necesitaba albergar en su sistema para que su cuerpo continuara existiendo y así prevalecer como organismo. «Es una cuestión de pura supervivencia física», dijo. «Cualquiera debería ser capaz de entenderlo. Cualquiera haría lo mismo». Además, la famosa recuperación metamórfica mediante la cual Grossvogel-persona murió y Grossvogel-cuerpo sobrevivió, había sido tan exitosa, informó al público de su función, que se embarcó de inmediato en un extenuante periodo de viajes, principalmente por medio de líneas baratas de autocares que le transportaban a grandes distancias de un lado a otro del país, de manera que pudo observar diversas gentes y lugares mientras ejercía su nueva facultad de ser capaz de ver la sombra que los invadía, la oscuridad que todo lo mueve que los activaba, ya que había dejado de estar sujeto a las ideas falsas sobre el mundo que habían sido creadas por la mente o la imaginación (esos mecanismos bloqueantes que ahora habían sido eliminados de su organismo), ni tampoco imaginaba erróneamente que nadie ni nada poseyera un alma o un yo. Y allá a donde iba contemplaba el espectáculo que tanto le había consternado previamente, hasta el punto de dejarlo en un estado clínico casi terminal.

—Ahora podía conocer el mundo directamente a través de los sentidos de mi cuerpo —continuó Grossvogel—. Y veía con mi cuerpo lo que nunca había visto con mi mente o mi imaginación durante mi carrera de artista fracasado. Allá a donde viajaba, veía cómo la sombra penetrante, la oscuridad que todo lo mueve, *usaba nuestro mundo*. Porque esta sombra, esta oscuridad, no tiene nada propio y sólo puede existir como una fuerza o energía activadora, mientras que nosotros tenemos nuestros cuerpos, *sólo* somos nuestros cuerpos, tanto da que sean orgánicos o inorgánicos, humanos o no-humanos… todos ellos son cuerpos y tan sólo cuerpos, sin ningún otro componente, sin una mente, o un yo o un alma. Así pues, la sombra, la oscuridad, *usa nuestro mundo para obtener aquello que necesita para desarrollarse*. No tiene nada, sólo su energía activadora, mientras que nosotros no somos nada más que nuestros cuerpos. Éste es el motivo de que la sombra, la oscuridad, haga que las cosas sean lo que no serían y hagan lo que no harían. Porque sin la sombra dentro de ellos, sin la oscuridad que todo lo mueve y que los activa, sólo serían lo que son… pedazos de materia carentes de cualquier impulso o instinto por desarrollarse, por *tener éxito* en este mundo. Este estado de las cosas debería ser definido como lo que es: una pesadilla absoluta. Eso es exactamente lo que experimenté en el hospital cuando fui consciente, debido a mi intenso sufrimiento gastrointestinal, de que no tenía mente ni imaginación, ni alma o yo… que todas esas cosas eran intermediarios absurdos e irreales inventados para evitar que los seres humanos sean conscientes de lo que realmente somos: un grupo de cuerpos activados por la sombra, la oscuridad. Aquellos de nosotros que llegamos a ser organismos con éxito, incluyendo a los artistas, lo somos sólo en cuanto funcionamos como cuerpos, y en absoluto como mentes o yoes. Así es exactamente como yo había fracasado de

forma tan estrepitosa, porque estaba convencido de la existencia de mi mente y mi imaginación, de mi alma y mi yo. La única esperanza residía en mi capacidad de someterme a una recuperación metamórfica, de *aceptar en todas sus facetas* el orden de pesadilla de las cosas y poder así continuar existiendo como un organismo exitoso aunque sin el protector sinsentido de la mente y la imaginación, sin el sueño protector de tener alguna clase de alma o yo. De lo contrario, habría sido aniquilado por una demencia mortalmente traumática causada por el impacto de esta demoledora constatación. Por lo tanto, la persona que fue Grossvogel debía perecer en ese hospital —de lo cual me alegro— para que el cuerpo de Grossvogel pudiera liberarse de su ataque gastrointestinal, partiera a viajar en todas direcciones y por varios medios de transporte, principalmente el transporte económico proporcionado por los autocares interestatales, y fuera testigo del espectáculo de la sombra, la oscuridad que utiliza nuestro mundo de cuerpos para obtener aquello que necesita para nutrirse y crecer. Y, tras ser testigo de ese espectáculo, era inevitable que lo plasmara de alguna manera, no como un *artista que ha fracasado* porque se vale de algún sinsentido llamado mente o imaginación, sino como un *cuerpo que ha tenido éxito* en percibir cómo funciona todo lo que hay en el mundo. Eso es lo que he venido a mostraros, a exponeros en esta velada.

Yo, que hasta el momento había estado tan arrullado o conmovido por el discurso de Grossvogel como cualquier otra persona del público, me sentí por algún motivo sorprendido, e incluso preocupado, cuando de repente finalizó su charla o monólogo de fantasía, o lo que fueran esas palabras, en ese momento. Por mí, podría haber continuado hablando eternamente en la trastienda de aquella galería de arte, donde unas bombillas de pocos vatios colgaban del techo y una de ellas pendía directamente sobre la mesa cubierta con un retal de sábana. Pero ahora Grossvogel levantaba una esquina del retal para mostrarnos, por fin, lo que había creado, no por medio de la mente o la imaginación, las cuales afirmaba que ya no existían en él, al igual que no existía el alma o el yo, sino gracias a los órganos sensoriales de su cuerpo. Cuando por fin desveló la pieza y ésta quedó a la vista bajo la mortecina luz de la bombilla que colgaba encima, ninguno de nosotros reaccionó positiva o negativamente en un principio, probablemente porque nuestras mentes se encontraban aturdidas por todo aquel armazón verbal que había precedido a este momento de revelación.

Parecía tratarse de una especie de escultura. Sin embargo, en un primer momento me pareció imposible otorgar a ese objeto una designación genérica, ya fuera artística o no artística. Podría haber sido cualquier cosa. La superficie de la pieza era de una oscuridad brillante e irradiaba un fulgor satinado bajo el que se expandía un confuso torbellino de sombras que casi parecían moverse, un efecto que probablemente fuera el resultado de alguna ligera oscilación de la bombilla de arriba. Su contorno se asemejaba al de alguna clase de criatura, quizás una versión tosca y distorsionada de un escorpión o un cangrejo, ya que mostraba bastantes protuberancias con forma de pinza que brotaban de una masa central informe. Pero también parecía tener algunos

apéndices que sobresalían hacia arriba, picos o cuernos que se elevaban en ángulo recto acabados en punta y en ocasiones rematados con un bulto blando con apariencia de cabeza. Como Grossvogel había hablado de esos cuerpos, resultaba natural considerar tales formas, de una manera un tanto desquiciada, como la base del objeto o como algo incorporado en él de alguna manera… un mundo caótico de cuerpos de todo tipo, de formas activadas por la sombra en su interior, la oscuridad que les hacía ser lo que no serían y hacer lo que no harían. Y entre estas formas con apariencia de cuerpos reconocí claramente la figura corpulenta del propio artista, aunque la importancia de que Grossvogel se hubiera *implantado* allí dentro escapaba a mi comprensión mientras permanecía allí sentado contemplando aquella modesta exposición.

Fuera lo que fuese lo que la escultura de Grossvogel representaba, por partes o en su conjunto, ésta contenía más de un indicio de esa «pesadilla absoluta» que el artista, por decirlo de alguna manera, había descrito durante su charla o monólogo fantástico al principio de la velada. Sin embargo, esta cualidad de la obra, incluso para un público versado en temas y contornos de pesadilla, no fue suficiente para justificar el alto precio que nos habían hecho pagar por el privilegio de enterarnos del trastorno gastrointestinal del artista y la autoproclamada recuperación metamórfica. Poco después, el artista nos reveló su obra y todos nos levantamos de aquellas incómodas sillas plegables y se escucharon por todas partes excusas para abandonar el local. Antes de retirarme de allí advertí que, discretamente expuesto junto a la escultura de Grossvogel, había una pequeña tarjeta en la que estaba impreso el título de la obra. TSALAL Nº 1, se leía. Más tarde, descubrí algo sobre el significado de ese término, el cual, como ocurre con las palabras, esclarece tanto como oculta la naturaleza de la cosa que denomina.

El tema de la escultura de Grossvogel (más tarde creó una serie de varios cientos, cada una de ellas con el mismo título seguido de un número que la ubicaba en una secuencia de producción artística) fue discutido largo y tendido mientras estábamos sentados en la cafetería situada en la calle principal de la ciudad muerta de Crampton. El caballero sentado a mi izquierda reiteró sus acusaciones contra Grossvogel.

—Primero nos sometió a una estafa artística —dijo esta persona proclive a sufrir repentinos y prolongados ataques de tos—, y ahora nos ha sometido a una estafa metafísica. Lo nunca visto, que nos cobrara tal precio por esa exposición y que ahora nos cobre tan escandalosamente de nuevo por esta «excursión físico-metafísica». Todos hemos caído en la trampa…

—Es un farsante absoluto —dijo la señora Ángela cuando el hombre a mi izquierda no pudo completar su frase porque había vuelto a sufrir un ataque de tos—. No creo ni tan siquiera que aparezca por aquí —continuó la mujer—. Nos convence para que vengamos a esta ciudad de mala muerte. Dice que éste es el lugar donde debemos reunimos para su excursión. Pero no se asoma por ningún lado. ¿Cómo encontró este lugar? ¿En uno de esos viajes en autocar de los que siempre hablaba?

Aparentemente, sólo podíamos culparnos a nosotros mismos y a nuestra propia estupidez por la situación en la que nos encontrábamos. Aunque nadie lo admitió abiertamente, la verdad era que aquellos que estábamos presentes habíamos quedado muy impresionados con Grossvogel el día en que entramos en la galería de arte y nos pidió que le ayudáramos a echar las obras de la exposición a la parte trasera de una camioneta destartalada. Ninguno de los que formábamos aquel pequeño círculo de artistas e intelectuales habíamos hecho nada remotamente parecido, ni tan siquiera habíamos soñado con hacer algo tan drástico y lleno de dramatismo. Desde ese día nos convencimos tácitamente de que Grossvogel había encontrado algo de importancia y asumimos nuestro vergonzoso secreto de desear su compañía para sacar provecho de alguna manera de nuestra asociación con él. Al mismo tiempo, por supuesto, también nos contrariaba el comportamiento temerario de Grossvogel y estábamos preparados para dar la bienvenida a otro fracaso por su parte, quizás incluso otro colapso sobre el suelo de la galería en la que él y sus obras de arte ya habían dejado profundamente insatisfechos a todos. Tal confusión de motivos era suficiente razón para que pagáramos la tarifa desorbitada que Grossvogel nos cobró por su nueva exposición, lo cual más tarde olvidamos de una u otra manera.

Aquella noche, tras la representación, me quedé fuera de la galería de arte, escuchando de nuevo las suposiciones de la señora Ángela en relación al verdadero origen de la recuperación metamórfica y la inspiración artística de Grossvogel.

—El señor Reiner Grossvogel iba medicado hasta las cejas desde que salió de aquel hospital —me dijo como si lo mencionara por primera vez—. Conozco a una de las chicas que trabaja en la farmacia que le suministra los medicamentos. Es una buena clienta mía —añadió, y sus ojos arrugados y con exceso de maquillaje brillaron de autosatisfacción; luego continuó sus revelaciones escandalosas—. Creo que tú sabes la clase de medicación que se prescribe a alguien con la enfermedad de Grossvogel, que realmente no es una enfermedad, sino un trastorno psicofísico que yo o cualquier otro de los que trabajaba para mí podría haberle diagnosticado desde hace mucho tiempo. El cerebro de Grossvogel ha estado chapoteando en todo tipo de tranquilizantes y antidepresivos desde hace meses, y no sólo eso. También ha estado tomando un compuesto antiespasmódico para esa enfermedad suya de la que se supone que se ha recuperado por unos medios tan milagrosos. No me sorprende que piense que no tiene mente o alguna clase de yo, lo cual es, en todo caso, una patraña.

»*Antiespasmódico* —me susurró la señora Ángela mientras estábamos apostados fuera de la galería de arte tras la exposición de Grossvogel—. ¿Sabe lo que eso significa? —me preguntó, y enseguida se respondió a sí misma—: Significa belladona, un alucinógeno venenoso. Significa fenobarbital, un barbitúrico. La chica de la farmacia me lo contó. Grossvogel ha estado abusando de todas esas drogas, ¿lo entiendes? Por eso ha estado viendo las cosas de esa forma tan peculiar que quiere hacernos creer. No es una sombra o lo que sea que dice lo que está *activando* su cuerpo. Yo ya me habría enterado de la existencia de algo así, ¿no es cierto? Tengo un

don especial que me proporciona conocimiento sobre cosas como esa.

Pero, a pesar de sus dones, además de sus excelentes pasteles, la cafetería psíquica de la señora Ángela no prosperó y al final se fue a pique. Por otro lado, las esculturas de Grossvogel, que producía a un ritmo frenético, estaban teniendo un éxito increíble, tanto por parte de compradores locales de productos de arte como entre los marchantes y coleccionistas del resto del país, llegando incluso a entrar hasta cierto punto en el circuito internacional. Reiner Grossvogel también fue aclamado en reportajes de importantes revistas de arte, así como en publicaciones no artísticas, aunque normalmente era presentado, en palabras de un crítico, como una «parada de monstruos artística y filosófica de un solo hombre». Sin embargo, desde cualquier punto de vista, Grossvogel funcionaba ahora como un organismo extremadamente exitoso. Y debido a ese éxito, al que jamás nadie de nuestro pequeño círculo de artistas e intelectuales había logrado ni tan siquiera acercarse, aquellos de nosotros que habíamos abandonado a Grossvogel tras escuchar su charla sobre su recuperación metamórfica a partir de un grave trastorno gastrointestinal y contemplar la primera obra de su prodigiosa serie *Tsalal* de esculturas, ahora de nuevo, nosotros y nuestras carreras fracasadas nos asociamos con él y su exitoso cuerpo sin mente ni yo. Incluso la señora Ángela, finalmente, comenzó a familiarizarse con las «consciencias» que Grossvogel había propugnado en su charla inicial en la trastienda de aquella galería de arte y que ahora difundía en lo que parecía una cadena interminable de panfletos filosóficos, que se convirtieron en algo casi tan codiciado por los coleccionistas como sus series de esculturas *Tsalal*. Así pues, cuando Grossvogel repartió un folleto entre el pequeño círculo de artistas e intelectuales que nunca abandonó, incluso después de haber logrado tan asombroso éxito económico y celebridad, un folleto que anunciaba una «excursión físico-metafísica» a la ciudad muerta de Crampton, todos nos mostramos más que dispuestos a pagar el precio desorbitado que nos pedía.

Éste era el folleto que mencioné a los que estaban sentados a la misma mesa que yo en la cafetería de Crampton: el fotógrafo de retratos que padecía los ataques de tos a mi izquierda, el autor del tratado filosófico inédito titulado *Una investigación sobre la conspiración contra la especie humana* a mi derecha, y la señora Ángela justo enfrente de mí. El hombre a mi izquierda seguía repitiendo, con sus interrupciones prolongadas de tos (las cuales omitiré aquí), la acusación de «estafa metafísica» que Grossvogel había perpetrado con su carísima «excursión físico-metafísica».

—Todo eso que decía Grossvogel sobre la sombra y la negrura y el mundo de pesadilla que supuestamente veía… y luego ¿dónde hemos acabado?… en una ciudad de mala muerte que se rindió hace ya mucho tiempo, perdida en alguna parte del país donde todo parece una fotografía sobreexpuesta. Llevo mi cámara preparada para retratar rostros que hayan contemplado la vaga negrura de Grossvogel, o lo que sea que nos tiene preparado aquí. Incluso he pensado en algunos buenos títulos e ideas para estos retratos fotográficos, que imagino podrán ser publicados en un libro, o al

menos en un reportaje de alguna publicación importante de fotografía. Pensé que al menos podría llevarme una serie de retratos fotográficos de Grossvogel, con ese enorme rostro suyo. Podría haberlos colocado sin problemas en cualquiera de las mejores revistas de arte. Pero ¿dónde está el célebre Grossvogel? Dijo que nos recibiría aquí. Dijo que averiguaría todo lo referente a esa sombra, según le entendí. Además, tengo mi mente preparada para esas pesadillas absolutas sobre las que Grossvogel parloteaba en sus panfletos y en ese folleto tan decepcionante.

—Este folleto —dije durante uno de los intervalos más ruidosos de tos del hombre— no hace ninguna promesa explícita sobre ninguna de esas cosas que imagináis que contiene. Concretamente, anuncia que ésta es una excursión, y cito: «a una ciudad *muerta*, una ciudad *acabada*, una ciudad *fracasada*, un entorno falso e irreal que es producto de organismos fallidos y, por lo tanto, una ciudad que ejemplifica ese estado extremo de fracaso que tanto podría perturbar a los sistemas orgánicos humanos, en concreto al sistema gastrointestinal, hasta el punto de debilitar sus defensas imaginarias e inventadas (por ejemplo, la mente, el yo), precipitando así una crisis de visión de pesadilla que implica…» Creo que todos estamos familiarizados con esa charla sobre la sombra y la oscuridad que sigue. La cuestión es que Grossvogel no promete nada en su folleto, sólo un entorno que huele a fracaso, una especie de invernadero para organismos fallidos. El resto procede de vuestras propias imaginaciones… y de la mía, debo añadir.

—Bien —dijo la señora Ángela al tiempo que tiraba del folleto que yo había colocado sobre la mesa—, ¿es que he imaginado leer que, y cito: «se proporcionará una comida adecuada»? Café amargo y donuts rancios no es lo que yo llamaría adecuado. Grossvogel es ahora un hombre rico, como todo el mundo sabe, ¿y es esto lo mejor que puede ofrecernos? Hasta el último día antes de cerrar mi negocio para siempre serví un café excelente, por no mencionar mis excelentes pasteles, aunque reconozco que no los hacía yo misma. Y mis lecturas psíquicas, mías y de toda mi gente, eran tan impresionantes como las mejores. Mientras tanto, el hombre rico y esa camarera están prácticamente envenenándonos con este café amargo y estos donuts de saldo increíblemente rancios. Lo que en este mismo instante me vendría bien es un poco de ese antiespasmódico que Grossvogel ha estado tomando en tan generosas dosis durante tanto tiempo. Estoy segura de que llevará un montón consigo, si es que alguna vez aparece por aquí, lo cual dudo que haga después de hacernos enfermar con esta comida tan adecuada. Si me disculpan unos segundos…

Mientras la señora Ángela se abría camino hacia los lavabos en el otro extremo de la cafetería, advertí que ya había otros guardando turno fuera de la única puerta sobre la que se anunciaban los SERVICIOS. Eché un vistazo a mi alrededor, a los que permanecían todavía sentados en unas cuantas mesas o en los taburetes junto a la barra de la cafetería, y parecía haber un número de personas que se echaban las manos a la barriga, y algunas de ellas se masajeaban tiernamente su región abdominal. Incluso yo estaba comenzando a sentir cierta molestia intestinal que

podría ser atribuida a la pobre calidad del café y los donuts que la camarera nos había servido, la cual parecía haberse esfumado. El hombre sentado a mi izquierda también se había excusado y atravesó el comedor. Justo cuando estaba a punto de levantarme de la mesa para unirme a él y los otros en la cola que se había formado fuera del servicio, el hombre sentado a mi derecha comenzó a hablarme de sus «investigaciones» y sus «especulaciones», que formaban la base de su tratado filosófico inédito titulado *Una investigación sobre la conspiración contra la especie humana*, y cómo éstas se relacionaban con sus «intensas sospechas» sobre Grossvogel.

—Debería habérmelo pensado antes de tomar parte en esta… excursión —dijo el hombre—. Pero sentí la necesidad de saber más sobre lo que había de cierto tras la historia de Grossvogel. Yo era un escéptico convencido respecto a sus afirmaciones y explicaciones acerca de su recuperación metamórfica y sobre tantas otras cosas. Por ejemplo, su afirmación (su consciencia, como la llama) de que la mente y la imaginación, el alma y el yo, son simplemente *sinsentidos y sueños*. Y, sin embargo, argumenta que lo que él llama la sombra, la oscuridad, el *Tsalal*, como se titulan sus obras de arte, *no* es un sinsentido ni un sueño, y que usa nuestros cuerpos, como él afirma, *para obtener lo que necesita y así nutrirse y crecer*. En serio, ¿en qué se basa para rechazar la mente, la imaginación y demás y aceptar la realidad de su Tsalal, que parece igualmente el producto de algún sueño absurdo?

Las preguntas suspicaces del hombre me resultaron una oportuna distracción de la presión intestinal que ahora se iba formando en mi estómago. Como respuesta a su pregunta, dije que sólo podía repetir la explicación de Grossvogel acerca de que ya no experimentaba las cosas, es decir, ya no *vela* las cosas con su mente y su yo supuestamente ilusorios, sino con su cuerpo, que, como explicaba, estaba activado e *invadido* por la sombra que es el Tsalal.

—Desde luego, ésta no es la revelación más absurda que haya oído de este tipo, al menos según mi experiencia —dije en defensa de Grossvogel.

—Ni tampoco según la mía —dijo él.

—Además —continué—, esas esculturas de nombre tan curioso de Grossvogel poseen un mérito e interés propio, aparte de un contexto y bases estrictamente metafísicas.

—¿Sabe el significado de esta palabra, Tsalal, que él usa como único título de todas sus obras?

—No, me temo que no tengo ninguna noción sobre su origen o significado —confesé apesadumbrado—. Pero supongo que usted podrá arrojar algo de luz.

—La luz no tiene nada que ver con esta palabra, que procede del hebreo arcaico. Significa «oscurecerse… ensombrecerse», por decirlo de alguna manera. Este término surgió con frecuencia durante el transcurso de las investigaciones que realicé para mi tratado titulado *Una investigación sobre la conspiración contra la especie humana*. Por supuesto, aparece en numerosos pasajes del Antiguo Testamento… esa

novelucha de apocalipsis menores y mayores.

—Tal vez —dije—. Pero no estoy de acuerdo con que el uso por parte de Grossvogel de un término de la mitología hebrea necesariamente cuestione la sinceridad de sus afirmaciones, o incluso la validez de éstas, si es que quiere llevarlo hasta ese punto.

—Sí, bueno, parece que no me estoy explicando con suficiente claridad. El tema surgió en los primeros estadios de mis investigaciones y especulaciones preliminares para mi *Investigación*. En primer lugar quiero dejar claro que no tengo intención de arrojar ninguna duda sobre el Tsalal de Grossvogel. De hecho, mi *Investigación* resultó ser bastante explícita e inequívoca sobre este fenómeno, aunque yo nunca adoptaría ese enfoque tan sorprendente y un tanto trivial que Grossvogel ha adoptado, lo cual hasta cierto punto podría explicar el fabuloso éxito de sus esculturas y panfletos, por un lado y, por el otro, el fracaso abismal de mi tratado, que permanecerá para siempre inédito y sin ser leído. Aparte de esto, no quiero decir que ese Tsalal de Grossvogel *no sea* de alguna manera un fenómeno real. Sé demasiado bien que la mente y la imaginación, el alma y el yo, no son sólo los sueños absurdos que Grossvogel asegura que son. En realidad no son más que una forma de encubrimiento… tan falso e irreal como el arte que Grossvogel estaba produciendo antes de sus problemas médicos y su recuperación. Grossvogel fue capaz de conocer este hecho por una circunstancia extremadamente extraña, que sin duda tuvo algo que ver con su problema médico.

—Su trastorno gastrointestinal —dije, sintiendo cada vez más los síntomas de esa enfermedad en mi propio cuerpo.

—Exactamente. Es la mecánica precisa de esta experiencia suya lo que me interesó lo suficiente para invertir en esta excursión. Esto es lo que permanece tan oscuro. No hay nada obvio, si se me permite decir, en su Tsalal o su mecanismo y, sin embargo, Grossvogel realiza lo que en mi opinión son unas afirmaciones y distinciones fascinantes con una certeza abrumadora. Pero sin duda está equivocado, o posiblemente está siendo engañoso, al menos en un punto. Digo esto porque sé que él no ha explicado del todo su estancia en el hospital donde fue tratado. En la investigación relacionada con mi tratado he estudiado tales instituciones y cómo operan. Sé a ciencia cierta que el hospital donde Grossvogel fue tratado es una institución profundamente corrompida. Todo lo relacionado con ella es una farsa y una tapadera para ocultar tejemanejes truculentos, cuyo verdadero alcance no estoy seguro de que ni siquiera los involucrados conozcan. No se trata de algún tipo de depravación, por decirlo de alguna manera, o de una intención maligna. Simplemente se establece una especie de… confluencia, una alianza corrupta por parte de ciertas personas y lugares. Están confabulados con… bueno, si al menos pudiera usted leer mi *Investigación*, sabría la clase de pesadilla a la que Grossvogel se enfrentó en ese hospital, un lugar plagado de pesadillas. Sólo en un lugar así podría haberse enfrentado Grossvogel a aquellas visiones de pesadilla sobre las que tanto ha contado

en sus innumerables panfletos y plasmado en su serie de esculturas Tsalal, las cuales dice que no fueron producto de su mente o imaginación, ni de su alma o su yo, sino el producto de lo que veía con su cuerpo y sus órganos sensoriales… la sombra, la oscuridad. La mente y todo eso, el yo y todo eso, sólo son una tapadera, una invención, como dice Grossvogel. Son cosas que no pueden ser vistas con el cuerpo, que no pueden ser sentidas por ningún órgano sensorial. Esto es así porque en realidad son encubrimientos, máscaras, disfraces inexistentes de aquello que realmente activa nuestros cuerpos de la manera en la que Grossvogel explicó: activándolos y usándolos para obtener aquello que necesita para expandirse. Ellos son la obra, las obras de arte, de hecho, *del propio Tsalal*. Oh, es imposible simplemente contárselo. Ojalá pudiera leer mi *Investigación*. Le habría aclarado todo, le hubiera revelado todo. Pero, en primer lugar, ¿cómo podría leer algo que nunca fue escrito?

—¿Nunca fue escrito? —pregunté—. ¿Por qué no fue escrito?

—¿Por qué? —preguntó, e hizo una breve pausa con una mueca de dolor en el rostro—. La respuesta a esa pregunta es exactamente lo que Grossvogel ha estado predicando tanto en sus panfletos como en sus apariciones públicas. Toda su doctrina, si es que puede llamarse así, si es que puede existir algo así en cualquier sentido, está basada en la no existencia, en la naturaleza imaginaria de todo lo que nos creemos ser. A pesar de sus esfuerzos por expresar lo que le ha ocurrido, debe saber perfectamente bien que no hay palabras capaces de explicar tal cosa. Las palabras son una ofuscación total del hecho más básico de la existencia: la propia conspiración contra la especie humana que mi tratado tal vez baya logrado esclarecer. Grossvogel ha experimentado la esencia de esta conspiración de primera mano, o, al menos, afirma haberla experimentado. Las palabras son sólo una maniobra de encubrimiento de esta conspiración. Son el medio definitivo de encubrirla, la última obra de arte de la sombra, de la oscuridad… su encubrimiento artístico definitivo. Debido a la existencia de las palabras, pensamos que existe una mente, que alguna clase de alma o yo existe. Ésta es simplemente otra de las infinitas capas de encubrimiento. No hay mente que hubiera sido capaz de escribir *Una investigación sobre la conspiración contra la especie humana.*… no hay mente que pudiera escribir tal libro ni mente que pudiera leerlo. No hay nadie en absoluto que pueda decir nada sobre este hecho básico de la existencia, nadie que pueda traicionar esta realidad. Y no hay nadie a quien se le pudiera comunicar.

—Todo eso parece imposible de comprender —repliqué.

—Y probablemente lo sería, si hubiera realmente algo que comprender o alguien que pudiera comprenderlo. Pero no existen tales entes.

—Si esto es así —dije, mientras me estremecía por las molestias abdominales—, entonces ¿quién está manteniendo esta conversación?

—Efectivamente, ¿quién? —respondió—. Sin embargo, me gustaría seguir hablando. Aunque esto sólo sea un sinsentido y un sueño, siento la necesidad de perpetuarlo todo. Especialmente en este momento, cuando este dolor invade mi mente

y mi yo. Muy pronto, nada de esto importará. No —dijo con voz mortecina—. Ya no importa.

Advertí que el hombre había estado mirando por la ventana de la cafetería durante un rato, observando la ciudad. Otros en la cafetería hacían lo mismo, estupefactos ante lo que veían y angustiados, como yo, por los sentidos con los que lo veíamos. La escena desierta de las calles vacías de la ciudad y la desolación que había reinado en el paisaje circundante, aquel lugar que habíamos despreciado por carecer de cualquier interés cuando llegamos allí, estaba sufriendo una metamorfosis visible ante los ojos de muchos de nosotros, como si estuviera teniendo lugar un eclipse. Pero lo que veíamos ahora no era la oscuridad descendiendo de lo alto del cielo, sino una sombra que brotaba desde dentro de la ciudad muerta que nos rodeaba, como si un torrente de sangre negra hubiera comenzado a inundar su cuerpo pálido. Me di cuenta entonces de que súbita e inconscientemente me había unido ante la cristalera de la cafetería a aquellos todavía afectados por los cambios que se estaban produciendo, aunque literalmente yo no tenía ni *idea* de lo que estaba ocurriendo, ningún pensamiento ocupó mi mente, que había dejado de funcionar como había funcionado tan sólo unos segundos antes, dejando mi cuerpo agónicamente entumecido mientras los órganos sensoriales registraban el truculento espectáculo de las cosas a mi alrededor: otros cuerpos eclipsados por la sombra que ondeaba bajo sus pieles, y algunos de ellos seguían hablando como si fueran personas que todavía poseían una mente y un yo, entidades imaginarías que todavía se quejaban con palabras humanas de un dolor del que ahora empezaban a ser conscientes, que suplicaban remedios mientras entraban en el «núcleo de lo abismal», y todavía veían con su mente, hasta el momento en que su mente los abandonó del todo, disipándose como un espejismo, y entonces ya sólo eran capaces de decir cómo aparecían las cosas en su mente, cómo las formas de la ciudad al otro lado de las ventanas de la cafetería se tornaban ganchudas y apelmazadas, avanzando hacia ellos como si tuvieran garras y alzándose como extraños picos y cuernos hacia el cielo, que ya no era pálido y gris, sino que bullía con la sombra penetrante, la oscuridad que todo lo mueve y que ellos podían ver por fin tan perfectamente porque ahora veían con sus cuerpos, sólo con sus cuerpos sumergidos en un enorme y negro dolor. Y una voz gritó —una voz que a un mismo tiempo gimió y tosió— que había un rostro fuera, un «rostro a lo largo y ancho del cielo», dijo. El cielo y la ciudad estaban ahora tan oscuros que quizás sólo alguien preocupado por la fotografía del rostro humano hubiera visto plasmado un rostro en ese mundo de sombras que bullía al otro lado de las ventanas de la cafetería. Poco después las palabras prácticamente cesaron, porque nuestros cuerpos atenazados por un dolor genuino no hablaban. Las últimas palabras que recuerdo fueron las de una mujer que gritó para que alguien la llevara al hospital. Y, extrañamente, ésa era una petición que había sido prevista por el que nos había inducido a experimentar esta «excursión físico-metafísica», y cuyo cuerpo ya había dominado lo que nuestros cuerpos apenas estaban comenzando a aprender: la pesadilla de un cuerpo que está

siendo utilizado y que sabe qué está utilizándolo, haciendo que las cosas sean lo que no serían y que hagan lo que no harían. Sentí la presencia de una mujer joven que llevaba un uniforme tan blanco como una gasa. Ella había vuelto. Y había otros como ella que se movían entre nosotros, y que sabían cómo hacerse cargo de nuestros dolores con el fin de llevar a cabo nuestra recuperación metamórfica. No necesitamos ser ingresados en su hospital, ya que el hospital y toda su podredumbre habían sido llevados hasta nosotros.

Y por mucho que me gustaría decir que lo que nos ocurrió en la ciudad de Crampton (cuya falta de vida y desolación parecía un espejismo paradisiaco tras haber sido testigos de su vida oculta), por mucho que me gustaría decir cómo fuimos transportados desde aquella región del país, ese núcleo de ningún sitio, y cómo regresamos a nuestros lejanos hogares… por mucho que me gustaría decir con exactitud qué ayuda y tratamientos recibimos para ser liberados de aquel lugar y del dolor que experimentamos allí, no puedo decir ni una sola palabra sobre ello. Porque cuando le salvan a uno de tal agonía, lo más difícil es cuestionar los medios de dicha salvación: el cuerpo ni sabe ni le importa lo que elimina el dolor y es incapaz de cuestionar tales cosas. Porque eso es en lo que nos hemos convertido, o en lo que casi nos hemos convertido: cuerpos sin el espejismo de la mente o la imaginación, cuerpos sin las distracciones del alma o del yo. Ninguno de los de nuestro círculo cuestionó este hecho, aunque nunca hemos hablado sobre ello desde nuestra… recuperación. Ni tampoco hemos hablado de la ausencia de Grossvogel de nuestro círculo, que ya no es como solía ser, es decir, un grupo de artistas e intelectuales. Nos convertimos en los beneficiarios de lo que alguien bautizó como el «legado de Grossvogel», que era más que una expresión metafórica, ya que el artista de hecho nos legó a cada uno de nosotros, a condición de que hubiera tenido lugar «su muerte o desaparición durante un periodo estipulado de tiempo», una parte de la considerable fortuna que había amasado con las ventas de sus obras.

Pero esta herencia estrictamente monetaria fue sólo el principio del éxito que los que pertenecíamos a ese círculo proscrito de artistas e intelectuales experimentamos, la semilla a partir de la cual comenzamos a despegarnos de nuestra existencia como mentes y yoes fallidos y a acercarnos a nuestras nuevas vidas de organismos exitosos, cada uno en nuestro campo profesional. Por supuesto, no podríamos haber fracasado, ni siquiera intentándolo, en lograr cualquier objetivo que nos propusiéramos, porque todo lo que hemos experimentado y hemos creado era una manifestación de la sombra, la oscuridad que se expandía hacia fuera y hacia arriba desde nuestro interior para trepar abriéndose paso a arañazos y codazos hacia las alturas de una montaña de cuerpos humanos y no humanos. Esto es todo lo que tenemos y todo lo que somos; esto es lo que usa para nutrirse y crecer. Puedo sentir mi propio cuerpo usado y cultivado, los deseos e impulsos que tiran de él para que tenga éxito, que *tiran* de él hacia toda clase de éxito. No hay forma de oponerse a estos deseos e impulsos, ahora que existo como un cuerpo que sólo busca perpetuarse eficientemente, de manera que

sirva para que aquello que lo necesita se nutra de él, sin posibilidad de traicionarlo de ninguna manera. Aunque este breve relato, esta pequeña crónica parece revelar secretos que podrían socavar el orden de pesadilla de las cosas, no hace más que apoyar y promulgar ese orden. Nada puede resistir o traicionar esta pesadilla, porque no existe nada que pueda *hacer* algo, nada que pueda traigo que logre tener éxito en ese sentido. La sola idea de tal cosa es un sinsentido y un sueño.

Nunca podría haber nada escrito sobre la «conspiración contra la especie humana», porque el fenómeno de una conspiración precisa de una multiplicidad de agentes, una división de partes, una de las cuales está debilitando a la otra de alguna manera, y la otra tiene una existencia susceptible de ser debilitada. Pero no existe tal multiplicidad o división, no hay debilitamiento o resistencia o traición por ninguna de las partes. Lo que existe es sólo este *tira y afloja de* todos los cuerpos de este mundo. Pero estos cuerpos poseen una existencia colectiva sólo en un sentido taxonómico o, tal vez, topográfico, y de ninguna manera constituyen una entidad colectiva, una asociación que podría ser objeto de una conspiración. Y una entidad colectiva llamada la especie humana no puede existir cuando sólo hay una colección de no-entidades, de cuerpos que son en sí mismos sólo provisionales y que se perderán uno tras otro, todos ellos siempre aproximándose al absurdo, siempre disolviéndose en sueños. No puede existir conspiración en un vacío, o, más bien, en un abismo negro. Sólo puede existir esa pulsión de todos estos cuerpos hacia ese éxito definitivo, de lo cual aparentemente mi amigo corpulento fue consciente cuando ya estaba gastado y su cuerpo extenuado, *totalmente consumido* por aquello que lo necesitaba para expandirse.

«Sólo hay un verdadero y único éxito para la sombra que hace a las cosas ser lo que no serían», proclamaba Grossvogel en el último de sus panfletos. «Sólo hay un verdadero y único éxito para la oscuridad que todo lo mueve y que hace que las cosas hagan lo que no harían», escribió. Y éstas eran las últimas líneas del último panfleto. Grossvogel no era capaz de explicarse más allá de estas frases no concluyentes. Se le habían gastado las palabras que (citando a alguien que permanecerá tan anónimo como sólo un miembro de la especie humana puede ser) son la obra de arte definitiva de la sombra, la oscuridad… su última tapadera artística. Al igual que era incapaz de resistirse cuando su cuerpo era empujado hacia aquel éxito definitivo, tampoco podía traicionarlo con sus palabras.

Fue durante el invierno que sucedió a la excursión de Crampton cuando comencé a comprender a qué apuntaban estas últimas palabras de Grossvogel. Ya tarde, cierta noche me quedé mirando por una ventana mientras la primera nieve de la estación empezaba a caer y a cuajar a medida que transcurrían las oscuras horas y yo observaba su evolución con mis órganos sensoriales. En ese momento podía ver lo que había dentro de los copos de nieve que caían, al igual que podía ver lo que había dentro de todas las otras cosas, activándolas con su fuerza. Y lo que vi fue una nieve negra que caía de un cielo negro. No había nada reconocible en aquel cielo…

ciertamente, no había ningún semblante familiar desplegado en la noche e incrustado en el cielo. Sólo había esa negrura allá arriba y esta negrura aquí abajo. Sólo existía esa negrura devoradora y creciente cuyo único triunfo final y verdadero era perpetuarse tan exitosamente como pudiera en un mundo donde no existe nada que pueda aspirar jamás a ser algo distinto de lo que aquello necesita para nutrirse… hasta que todo es consumido por completo y sólo queda una cosa en toda existencia, y es un cuerpo infinito de negrura que se activa a sí mismo y se nutre de sí mismo con eterno éxito en el abismo más profundo de la entidad. Grossvogel no pudo resistirse ni traicionarlo, a pesar de que era una pesadilla absoluta, la pesadilla físico-metafísica definitiva. Dejó de ser una persona para poder seguir existiendo como un organismo exitoso. «Cualquiera haría lo mismo», dijo.

Y da igual lo que diga, yo no puedo resistirme ni traicionarlo. Nadie podría, porque no hay nadie aquí. Sólo existe este cuerpo, esta sombra, esta oscuridad.

F I N